

Correspondencia
José Martí
Máximo Gómez



Correspondencia
José Martí
—
Máximo Gómez

Compilación y notas
RAFAEL RAMÍREZ GARCÍA
NADIA GARCÍA ESTRADA



Centro de Estudios Martianos
La Habana, 2005

Edición: Laura Álvarez Cruz
Corrección: Silvia Aguila Fonseca
Regina Arango Echevarría
Diseño y cubierta: Ernesto Joan
Realización: Eduardo A. González Hernández
Composición: Luisa María González Carballo

Primera edición, 2003
Centro de Estudios Martianos

© Rafael Ramírez García
Nadia García Estrada, 2005

© Sobre la presente edición:
Centro de Estudios Martianos y Feria Internacional
del Libro de Santo Domingo, 2005

ISBN 959-271-017-1

CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS
Calzada No. 807 esq. 4, El Vedado, Plaza
La Habana 10400, Cuba
Fax: (537) 8333721
E.mail: amarti@ceniai.inf.cu

PRÓLOGO

Un Epistolario no es sólo la sumatoria de cartas de una determinada persona o grupo, sino también el reflejo de una época, de las ideas de hombres o mujeres relacionados en un contexto social determinado, sus sueños, sus esperanzas. Es el registro de los sentimientos que los embargaron en el momento de conformar confesionarios privados que el tiempo hace públicos; y eso los acerca a la vida, a la creación trascendente.

Las cartas cruzadas entre José Martí y Máximo Gómez no son una excepción. Si pretendemos acercarnos no sólo a los vínculos que existieron entre ellos, sino a las concepciones político-militares con que se preparó la guerra “fatalmente necesaria”, concluimos que son de obligatoria consulta. Por ello, la publicación, por primera vez,¹ de todas las cartas que han podido ser localizadas hasta el momento, de seguro, será de gran utilidad para estudiosos y amantes de la historia. Por lo regular, la referencia historiográfica ha sido unilateralmente el epistolario de Martí.

Para su mejor comprensión, en ocasiones, hemos respetado las notas de los compiladores de José Martí. Epistolario (compilación, ordenación y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Plá, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1993); otras se han enriquecido, o hemos incorporado nuevas.

Entendemos necesario hacer algunas aclaraciones sobre estas cartas y comentarios.

Sobre la carta de Martí a Gómez en 1877 podemos decir que, aún suponiendo que fue dirigida a Gómez, pensamos —como muchos— que no fue enviada. Una lectura de la carta del 20 de julio de 1882 nos da elementos suficientes para llegar a esta conclusión.

¹ Gonzalo de Quesada en Papeles de Martí (Archivo de Gonzalo de Quesada, t. III, Miscelánea, Academia de Historia de Cuba, La Habana, 1935), publicó gran parte de esta correspondencia (treinta y tres cartas) en colaboración con la familia de Máximo Gómez, la cual donó parte de la papelería del Generalísimo y autorizó su publicación.

La carta del 20 de octubre de 1884, los comentarios de Gómez a la misma, así como la carta de este a Juan Arnao del 1ro de junio de 1885, se incluyen dentro del rompimiento de Martí con el Plan Gómez.² Rompimiento que ha dado lugar a las más variadas opiniones, llegando algunos a considerarlo como la génesis de lo acontecido en La Mejorana once años después.

Como es conocido, los motivos de la decisión tomada por Martí están, fundamentalmente, en los hechos acaecidos el 18 de octubre de 1884, fecha en que se reunieron Gómez, Martí y Maceo para ultimar detalles del viaje de los dos últimos a México en busca de fondos. Allí, según Martí, tuvo que escuchar con “asombro y disgusto”³ “un inoportuno arranque”⁴ de Gómez y “una curiosa conversación que provocó a propósito de él el Gral. Maceo,⁵ en la que quiso,—ilocura mayor!—darme a entender que debíamos considerar la guerra de Cuba como una propiedad exclusiva de Vd., en la que nadie puede poner pensamiento ni obra sin cometer profanación, y la cual ha de dejarse, si se la quiere ayudar, servil y ciegameamente en sus manos”.⁶

Martí entendió que la guerra que preparaba Gómez conduciría y él contribuiría a llevar a Cuba a un “...régimen de despotismo personal, que sería más vergonzoso y funesto que el despotismo político que ahora soporta, y más grave y difícil de

² Aunque conocido como el Plan Gómez-Maceo o Proyecto de San Pedro Sula, preferimos darle esta denominación, por cuanto sus ideas originales fueron elaboradas por Máximo Gómez, quien luego las sometió al criterio de la emigración.

³ Ver en esta obra Carta de José Martí a Máximo Gómez, Nueva York, 20 de octubre de 1884, p. 30.

⁴ Ídem.

⁵ José Antonio de la Caridad Maceo y Grajales (1845-1895). Mayor General. Nació en Santiago de Cuba. Formó parte de las guerras del 68 y del 95. Protagonista de la Protesta de Baraguá frente al Pacto del Zanjón. Aunque conspiró, no pudo participar en la Guerra Chiquita. Intervino en los fracasados Plan Gómez (1884-1886) y la conspiración de la Paz del Manganeso (1890). Junto a Gómez realizó la invasión a Occidente y fue jefe del contingente invasor. Cayó en el combate de San Pedro de Punta Brava, el 7 de diciembre de 1896.

⁶ Ver en esta obra Carta de José Martí a Máximo Gómez, Nueva York, 20 de octubre de 1884, pp. 29-30.

desarraigar, porque vendría excusado por algunas virtudes, embellecido por la idea encarnada en él, y legitimado por el triunfo”.⁷

Estos fueron los criterios que se formó Martí. Sin embargo, nos surgen algunas interrogantes. ¿Por qué Martí no fue a entrevistarse con Gómez —como lo había hecho en otras ocasiones— y le expuso sus puntos de vista en lugar de enviar una carta? ¿Era inevitable el rompimiento? ¿Hasta qué punto no hizo algo que pudiera frenar el movimiento?

En cuanto a por qué Gómez no respondió la carta de Martí, aún cuando plantea que “no se da contestación a los insultos”,⁸ pensamos que influyó en él “el profundísimo dolor” que sintió al conocer el contenido de la misma, sobre todo, porque ya Martí le simpatizaba. Al decir de Gómez: “...y si se pudiera saber el grado de simpatías que al conocer a Martí sentí por él, solo así se podrá tener una idea cabal de lo sensible que me ha sido leer los conceptos que sin ambages ni rodeos ha hecho de mí, y del mismo modo emite”.¹⁰

Sobre la actividad martiana, luego de esta carta, basta citar los planteamientos de distintos participantes en el plan, de Gómez y de Maceo, acerca de la labor del Maestro al frente de la Asociación Cubana de Socorro. El doctor Juan M. Párraga le comunicaba a Maceo desde Nueva York, el 1ro de junio de 1885:

Siento manifestarle que el amigo Martí, se ha inutilizado asimismo con respecto a la colonia; su carácter y sus actos, le han creado antipatía entre todos los que lo eligieron Presidente de la “Asociación Cubana de Socorro” en la noche del 15 de octubre de 1884¹¹ y como es natural, su deposición —si no renuncia— será inevitable, yo lo siento, más lo creo

⁷ Ídem.

⁸ Ver en esta edición las notas de Máximo Gómez del día 22 de octubre de 1884 a la carta de José Martí del 20 de octubre del mismo año, p. 35.

⁹ *Ibidem*, p. 34.

¹⁰ Ídem.

¹¹ Esta fecha desmiente lo expresado por Carlos Ripoll en José Martí: letras y huellas desconocidas, cuando plantea que fue electo presidente de dicha sociedad con posterioridad a la ruptura del 20 de octubre de 1884. También es falso, igualmente, el hecho de que Martí renunció a dicho cargo, cuando es harto conocida su deposición, ocurrida el 13 de junio de 1885.

conveniente, porque el amigo Martí no trabaja, ni deja trabajar, según dicen sus compañeros del directorio”.¹²

Por su parte, Juan Arnao, con fecha 10 de junio de 1885, le comunicaba a Maceo desde Nueva Orleans, en respuesta a carta de este solicitando apoyo por mediación de José Martí:

por cuanto alude á Martí, si consistiera su influencia a favor de la causa, en que tuviéramos unidos él y yo, no habría el menor motivo de oposición, pues le hemos suplicado que nos ayude y asista en nuestros trabajos. Se le han pasado comunicaciones, y nos ha desairado con airado desdén. Me permitiré la franqueza de advertir a Vd. que el suponerlo un émulo capaz de influencias contrarias es atribuirle importancias que él mismo se encarga de desmentir con su proceder censurable.¹³

También Enrique Trujillo le escribía a Maceo desde Nueva York con fecha 14 de junio de 1885:

Cité, ante todo, al Sr. Martí para una entrevista, y a ella no ha concurrido.

No puedo determinar las causas.

Empezando por ese señor, diré a Vd. que tengo noticias que desde hace muchos meses, tiene resentimientos personales con el Gral. Gómez sobre, cuestión de procedimientos en nuestros asuntos.

A manera como conozco el incidente creo que el primero tiene razón. El General Gómez nunca me habló de ese asunto y siempre tuvo para conmigo frases de elogio para el Sr. Martí. El caso es que parece que este amigo no está dispuesto tomar parte directa en los trabajos revolucionarios iniciales.¹⁴

Son estos comentarios los que generan las cartas de Gómez y Maceo, en las cuales dan criterios negativos sobre José Martí.

¹² G. Cabrales: Epistolario de héroes, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1996, p. 285.

¹³ *Ibídem*, p. 230.

¹⁴ *Ibídem*, p. 234.

El primero de ellos en carta a Juan Arnao, fechada el 20 de enero de 1885, le manifestaba lo siguiente:

Respecto a la negativa de Martí no me extraña. Martí desde el primer día que me conoció en Nueva York se hubiera separado, pero no encontraba un medio hábil hasta que la casualidad se lo dio. Y digo se hubiera separado, porque él no es hombre que puede jirar en ninguna esfera sin la pretensión de dominar i al tomarme el pulso se dijo para sus adentros “con este viejo soldado es imposible hacer eso... [sic]¹⁵

Por su parte, Maceo, en principio, duda de lo que le comunican sobre la conducta de Martí. En carta a Ramón Rubiera le dice:

Por la carta que Vd. y otros han dirigido al General Gómez, hablándole de la conducta del Dr. Martí, entiendo que mi súplica á esa emigración por conducto de él, no tendrá eco, pues á ser cierto lo que de él se dice, está completamente virado; no obstante eso, me permite indicarle averigüe las causas que motivan esa actitud, pues casi no se explica que hombres de las elevadas condiciones del Dr. Martí, procedan así contra sus propios intereses, haciendo daño a la causa común: desearía que fuera un error de los que así creen y que él pudiera vindicarse, a fin de que ese hombre tan importante por su honradez y su saber, una su nombre a los defensores de nuestra causa; no debe estar fuera de nuestro círculo pero si obstaculizara sistemáticamente la revolución, debe excluirse de la importante participación que tiene en nuestra empresa.¹⁶

Sobre estas cartas, Carlos Ripoll, comenta:

[...] Ni los peores enemigos de Martí enjuician tan severamente su conducta como Gómez y Maceo [...] Creían que sus principios civilistas y democráticos eran la excusa de un débil o de un ambicioso, y su inflexibilidad, caprichos. Años más tarde, cuando se inician las gestiones que llevaban a

¹⁵ Carta de Máximo Gómez a Juan Arnao, 20 de enero de 1885. En Oficina de Asuntos Históricos, Fondo Siglo XIX, Subfondo Antonio Maceo.

¹⁶ Carta de Antonio Maceo a Ramón Rubiera, New Orleans, 10 de junio de 1885. En G. Cabrales: Ob. cit., p. 231.

la guerra del 95, el empeño patriótico y la grandeza de estos hombres pasa por encima del desagradable incidente, pero allí nació más de una raíz del encuentro de La Mejorana.¹⁷

No tiene en cuenta Ripoll el momento en que fueron escritas las opiniones. Gómez y Maceo se encontraban en Nueva York, por invitación de los emigrados cubanos, de los que Martí formaba parte. Cualquiera como ellos, que lo habían dejado todo atrás para participar en un proyecto independentista, al encontrarse ahora abandonados por los que antes les dieron seguridades de llegar a Cuba, no hubiera escrito elogios sobre estos. Años después, en carta a Francisco Carrillo, valorando aquel momento, Gómez expresó:

Si hombres como Tomasito¹⁸ y Martí, junto con Lamadriz,¹⁹ Don Ignacio, Giraudy,²⁰ Dr. Luis²¹ y Párraga²² y Coroailes²³ se hubieran puesto a nuestro lado, cerrando los ojos, y hasta el corazón a lo malo que vieran o sintieran y solo con el firme propósito de habernos empujado a Cuba, a cada uno de nosotros, siquiera con 30 hombres (mi plan), ¿cómo andaría la cosa a estas horas habiendo todos ellos quedándose detrás guardándonos las espaldas.

No sé decir de quienes hubieran sido mayores el nombre y la gloria, si de los que íbamos a combatir o de los que nos ponían en condiciones de principiar y sostener la lucha. Pero nos dejaron solos; pero aún hubo más, algunos nos despreciaron y nos insultaron. Con todo eso, siempre estamos dispuestos a ir a morir a Cuba. No se puede pedir más abnegación a los hombres.²⁴

¹⁷ Ver "La polémica Martí, Gómez y Maceo". En Carlos Ripoll: José Martí: letras y huellas desconocidas, Elisio Torres and Sons, New York, 1976, p. 91.

¹⁸ Tomás Estrada Palma.

¹⁹ José Francisco Lamadriz y del Junco.

²⁰ Federico Giraudi.

²¹ J.J. Luis.

²² José Miguel Párraga.

²³ Manuel Coroailes.

²⁴ Carta a Francisco Carrillo, Panamá, 23 de noviembre de 1887. En Máximo Gómez. Cartas a Francisco Carrillo, (compilación, introducción y notas por Hortensia Pichardo), Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986, pp. 76-79.

Hay que agregar, además, que se intentó, por parte de algunos, limar las diferencias surgidas. Gómez, reticente al principio, accedió; pero Martí, no. Como bien explica el doctor Eusebio Hernández, a partir de la difícil situación por la que atravesaba el plan, se decidió la elaboración de un documento, que redactado por Gómez le fue enviado a él para su revisión y publicación. En carta adjunta le comentaba: “Los manifiestos revolucionarios son como las cartas amorosas; se necesita para que su lectura produzca sensación, que el que escriba sienta mucho amor y mucho fuego en el alma, prescindiendo de eso, ninguno en ese caso, diría más ni más bonito, que José Martí.”²⁵

Sin embargo, a la reunión convocada por Hernández en la casa de José Miguel Párraga para estudiar y reelaborar dicho manifiesto, Martí no asistió.

Esta actitud de Martí, que fue uno de los factores que influyó en el fracaso del Plan Gómez, no determinó en el ánimo de Gómez y Maceo, para años después responder de manera positiva a la carta de la Comisión Ejecutiva, de la que también formaba parte Martí, y que les fue enviada el 16 de diciembre de 1887.

Sobre esta carta es necesario decir que siempre ha aparecido, en las distintas compilaciones de la correspondencia martiana, como dirigida sólo a Gómez, lo que no es cierto. Fue enviada, además, a Maceo y a Francisco Carrillo. Las respuestas de estos últimos pueden ser localizadas.²⁶

Nos surge una duda solamente: ¿cuál fue el resultado de esta gestión luego de las respuestas positivas dadas por Gómez y el resto de los oficiales al proyecto mencionado? En la carta que Maceo le enviara a Enrique Trujillo criticándole su actitud hacia Martí, le señala: “Que el Sr. Martí no quisiera ayudarnos en el 87 no es para que yo deje de servir a mi patria ahora”.²⁷

²⁵ Eusebio Hernández: “El período revolucionario de 1879 a 1895”. En *Dos conferencias históricas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990, pp. 149-150.

²⁶ En el caso de Maceo, con fechas 4 y 15 de enero de 1888, en Fernando Portuondo: *Pensamiento vivo de Maceo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1976, pp. 109 y 112. La de Carrillo, del 20 de febrero de 1888, se encuentra en *Destinatario José Martí*, (compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual), Casa Editora Abril, La Habana, 1999, pp. 162-163 y 167.

²⁷ Carta de Antonio Maceo a Enrique Trujillo, Costa Rica, 22 de agosto de 1894. En G. Cabrales: *Ob. cit.*, p. 175.

¿Hubo otra falta de apoyo por parte de Martí a algún proyecto independentista o fue un error de Maceo al poner la fecha?

Algo queda claro. A partir de 1892, tanto Gómez como Maceo subordinaron sus proyectos revolucionarios a los de José Martí y el Partido Revolucionario Cubano (PRC). Prueba de ello son el conocido Pacto de Santiago de los Caballeros —elaborado por ambos—, en el que Martí invitaba al Generalísimo, “sin temor de negativa”,²⁸ a participar en el nuevo proyecto independentista, esperando como remuneración “el placer de su sacrificio y la ingratitud probable de los hombres”;²⁹ así como su aceptación del cargo de General en Jefe y responsable del ramo de la guerra dentro del PRC: “Para la parte de trabajo que me toca, para la parte de labor revolucionaria que me corresponde, desde ahora puede Vd. disponer con mis servicios”.³⁰

En el caso de Maceo, al imponer Martí el nuevo proyecto independentista, no sólo aceptó la jefatura de Gómez, sino que entregó sus responsabilidades, que, como parte del Contrato Lizano, Maceo tenía ante el gobierno de Costa Rica, para dedicarse a las labores conspirativas.

En cuanto al reencuentro en 1892, Martí comprendió la necesidad de la incorporación de Gómez al proyecto revolucionario que se iniciaba. Según el comandante del Ejército Libertador, Gerardo Castellanos Leonard, en la reunión sostenida en la sede de la Convención Cubana, donde se hallaban Serafín Sánchez, Carlos Roloff, José Dolores Poyo y Fernando Figueredo, Martí le propuso partir en misión a Cuba, lo que fue aceptado por Castellanos. Al referirse a Gómez, El Delegado, de modo claro y terminante, adelantó que “tanto confiaba en el patriotismo y desinterés del general Gómez que le autorizaba para que contestara que Gómez estaría en su puesto como jefe del sector militar”.³¹ En tal sentido, en carta a

²⁸ Ver en esta edición Carta de José Martí a Máximo Gómez, Santiago de los Caballeros, 13 de septiembre de 1892, p. 48.

²⁹ Ídem.

³⁰ Ver en esta edición Carta de Máximo Gómez a José Martí, Santiago de los Caballeros, 15 de septiembre de 1892, p. 51.

³¹ Gerardo Castellanos García: Misión a Cuba. Cayo Hueso y Martí, Imprenta y Pap. ALFA, La Habana, 1940, p. 139.

Fernando Figueredo, le decía: “con esta alma, y seguro que de antemano me la conoce y entiende el bravo viejo, iré, con la firme sencillez de que ya él sabe, a ver al glorioso Gómez”.³² Por su parte, el viejo general, en carta al propio Figueredo, expresaba: “Espero la anunciada visita de Martí y le recibiré como se merece tan buen cubano [...] Yo opino, como amante leal y desinteresado de la independencia de Cuba, que no debe darse un paso que pueda desconcertar los trabajos iniciado con tan buen éxito por Martí”.³³

Esta convicción de Gómez está expuesta en varias de las respuestas que envía —tanto en 1882, como en 1887— a José Martí. Asombra, en tal sentido, la evolución de sus concepciones político-militares luego del fracaso del Proyecto de San Pedro Sula. La identificación con los criterios martianos se conjuga no sólo en la firma del Manifiesto de Montecristi (al que no quitó ni puso una coma), sino también en la rúbrica conjunta de las distintas circulares de guerra luego del arribo de ambos a Cuba en 1895. Con ello, a la vez, se cumplía una de las labores que debía desarrollar el Partido Revolucionario Cubano al inicio de la guerra: dirigir las operaciones político-militares dentro y fuera de la Isla, convocar a la Asamblea de Representantes para constituir gobierno, donde ambos depondrían la autoridad que le habían otorgado las emigraciones, así como la labor diplomática. Estas tareas eran responsabilidad directa tanto del Delegado como del General en Jefe.

Un estudio de dicha correspondencia nos refleja el tacto político con que Martí escribió al viejo general del 68, aun cuando se expresa impaciencia porque la guerra estalle. Esa angustia, ese apuro, es también una constante en su correspondencia con Serafín Sánchez y con Maceo. Pero, indiscutiblemente, no podemos obviar que Gómez era el responsable del ramo de la guerra del Partido, por tanto, le correspondía a él dar las últimas indicaciones para la continuación gloriosa,

³² Carta de José Martí a Fernando Figueredo, 18 de agosto de 1892. En José Martí: Obras Completas, t. 2, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1963-1973, p. 123.

³³ Carta de Máximo Gómez a Fernando Figueredo, Montecristi, 9 de septiembre de 1892. En Emilio Rodríguez Demorizi: Martí en Santo Domingo, Impresores UCAR GARCÍA, S.A., La Habana, 1953, pp. 46-47.

en una guerra “necesaria” y “breve”, de la Revolución iniciada en Yara.

Algunos “baches” se aprecian en la correspondencia, lo que no siempre es provocado por la pérdida o extravío de cartas. Así, por ejemplo, en el período de septiembre de 1892 al 6 de mayo de 1893, aun cuando algunas cartas no aparecen, Martí no escribe a Gómez porque “Vd. me veía vivir, y nos lo habíamos dicho todo de una vez [...], y Vd. sabía en qué andaba yo”.³⁴

En cuanto al año 1895, recordemos que Martí parte para Santo Domingo a fines de enero. A partir de entonces, ya no se separarían más hasta el infausto 19 de mayo. Al decir esto, no tenemos en cuenta las breves separaciones que tuvieron lugar por interés de los preparativos de la expedición para partir hacia Cuba, y por operaciones militares.

Lo que asombra al estudiar su correspondencia es el hecho cierto de que en medio de la vorágine de atender la labor conspirativa de dentro y fuera de la Isla, la diplomacia del Partido, la evasión del espionaje español y norteamericano, la solución de conflictos como el de El Cayo, los alzamientos prematuros como el de Purnio y los de Cruces y Lajas, las situaciones imprevistas como el atentado a Maceo en Costa Rica, así como los viajes constantes dentro y fuera de los Estados Unidos, aún Martí tuviera tiempo para escribir tanta correspondencia y “atender a todo”.

Esto era una obra de gigantes, o de alguien con una salud de acero y una voluntad de hacer muy grande, unido a una gran confianza en los hombres. El Apóstol no gozó, como sabemos, de una buena salud, pero sí de los otros ingredientes, esos que al fundirse en su corazón glorioso le llevaron a “conquistar el respeto y la estimación de ilustres personalidades del mundo entero”.³⁵ Las cartas, a su vez, nos conducen a otro camino

³⁴ Ver en esta edición Carta de José Martí a Máximo Gómez, Key West, 6 de mayo de 1893, p. 54. Se refiere al viaje realizado por Martí a República Dominicana entre el 9 y el 21 de septiembre de 1892.

³⁵ Carta de Antonio Maceo a Máximo Gómez, s.l., s.f.. En Juan Andrés Cue: “Correspondencia inédita de Antonio Maceo”, Santiago, no. 22/76, p. 207.

poco trillado: los vínculos de Martí con la familia del general Gómez.

A partir del encuentro entre ellos en 1892, este será un tema constante de su “conversación epistolar”. Tan profundo es el vínculo y la identificación recíprocas, que sólo así se puede entender que Gómez autorizara a su hijo Pancho a quedarse con Martí en Nueva York, y que el muchacho efectuara, junto a este, un viaje por Centroamérica en 1894. No es casual que Manana —la esposa del viejo general— le confesara a Martí: “Me consuela mucho que Vd. haya ido junto a Máximo, porque Vd. es el hijo, y es el hermano que tiene que darnos cuenta de él; Vd. es el hijo que ha ido para cuidarlo, para que no le falte el cariño de nosotros—a Vd. solo confiamos tan grande encargo”.³⁶

Por su parte, Panchito, en carta que escribió a Martí, le comentó los celos de la familia al pensar que alguno de ellos lo quería más que el otro, y le afirmó: “¡usted vive aquí!”³⁷

Hemos incluido en esta ocasión una gran cantidad de cables correspondientes, sobre todo, a 1895, que nos acercan a la situación que vivían aquellos hombres, luego del fracaso de Fernandina y el inicio de la Guerra del 95. Se entrega, además, una cronología de las cartas cruzadas con notas aclaratorias para ayudar a una fácil localización de las mismas. El autor de esta obra ha cotejado las cartas por los manuscritos originales, que se encuentran en la biblioteca del Centro de Estudios Martianos y en los archivos de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado y en el Archivo Nacional. La fuente fundamental consultada es José Martí: Obras completas, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

La correspondencia entre ambos, una vez comenzada la guerra, es escasa, debido, principalmente, a que marchan juntos en la contienda. Sus vivencias y criterios mutuos son reflejados en las misivas enviadas a la emigración, o en algo más íntimo: los Diarios de Campaña. Así, en carta a Gonzalo

³⁶ Carta de Manana a Martí, 12 de junio de 1895. En Destinatario José Martí, Ed. cit., p. 359.

³⁷ Carta de Panchito Gómez Toro a Martí, 15 de junio de 1895. *Ibidem*, p. 360.

de Quesada y a Benjamín Guerra, Martí les dice: “Ni se nota divorcio de mentes, ni agrio de almas, ni gocé nunca de tanta paz y dicha”.³⁸ Por su parte Gómez, al referirse a Martí luego de su caída en combate, escribió: “Él ha muerto en una hora de ruda refriega y a los primeros disparos de esta guerra, como si al despertar de este pueblo, que él mismo sacudiera para que se des Perezara y se irguiese digno y fiero contra la tiranía, quisiera haberle dado con su muerte, ejemplo de resolución y bravura. Más grandeza no puede esperarse de un hombre!”³⁹

R. R. G.

³⁸ Carta de José Martí a Gonzalo de Quesada y a Benjamín Guerra, Filipinas, Jurisdicción de Guantánamo, 30 de abril de 1895. En José Martí. Epistolario, t. V, Ed. cit., p. 201.

³⁹ “El general Gómez y sus recuerdos”. En El general Gómez, Editora Política, La Habana, 1986, p. 198.

Cartas Cruzadas
Martí-Gómez

De Martí a Gómez

[Guatemala, 1877]¹

General:²

He conmovido muchas veces refiriendo la manera con que Vd. pelea:—la he escrito, la he hablado:—en lo moderno no le encuentro semejante: en lo antiguo, tampoco.—Sea esta una razón para que Vd. disculpe esta carta.—

Escribo un libro, y necesito saber qué cargos principales pueden hacerse a Céspedes,³ qué razones pueden darse en su defensa—que, puesto que escribo, es para defender.—Las glorias no se deben enterrar sino sacar a luz. Sobre todo, necesito saber qué fue una carta que Ignacio Agramonte envió a Céspedes sobre renuncia de mando y mantenimiento de pensión.—⁴

¹ Según Emilio Rodríguez Demorizi: “esta carta no fue enviada o no pudo ser llevada a su destino” (en Martí en Santo Domingo, Ed. cit., p. 17.) Esto queda evidenciado por el tema de la carta del 20 de julio de 1882: denota que anteriormente no hubo intercambio epistolar entre ambos.

² “Este borrador de carta se ha considerado habitualmente como destinado al general Máximo Gómez. [Luis Toledo Sande en su “José Martí, combatiente del 68 y de todos los tiempos” (publicado en Bohemia, La Habana, a. 76, n. 42, 19 de octubre, pp. 82-89), añade al respecto: ‘no conozco que se haya argumentado —ni siquiera en la primera edición del texto— [...] la categórica indicación de que Máximo Gómez era el destinatario de su mensaje. [...] Pero esto es conjetural, y tal vez Quesada y Miranda recibió de su padre, secretario de Martí, alguna información por la cual él podía determinar que el destinatario era precisamente Máximo Gómez.’]” (Nota de García Pascual y Moreno Plá: José Martí. Epistolario, t. 1, Ed. cit., nota 2, p. 83.)

³ Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo, conocido por El Padre de la Patria, dio el grito de “Independencia o muerte” en el ingenio Demajagua, el 10 de octubre de 1868. Fue el primer Presidente de la República en Armas. Destituido de su cargo en octubre de 1873, cayó en desigual combate el 27 de febrero de 1874.

⁴ Se refiere a la carta que el general Ignacio Agramonte escribió a Céspedes, el 16 de mayo de 1870. Ver Juan Jiménez Pastrana: Ignacio Agramonte. Documentos, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, pp. 222-223.

A otros pudiera dirigirme: en Vd. fío. Como algún día he de escribir su historia, deseo comenzar ya haciendo colección de sus autógrafos.

De mí, tal vez nadie le dé razón, Rafael Mendive⁵ fue mi padre: de la escuela fui a la cárcel, y a un presidio, y a un destierro, y a otro.—Aquí vivo, muerto de vergüenza porque no peleo.—Enfermo seriamente y fuertemente atado, pienso, veo y escribo.—Veo las pobrezas de estas tierras, y pienso con orgullo, que nosotros no las tendremos.—En tanto que, en silencio, admiro a los que lo merecen, y envidia a los que luchan, sírvase darme las noticias históricas que le pido,—que tengo prisa de estudiarlas y de publicar las hazañas escondidas de nuestros grandes hombres.—Seré cronista, ya que no puedo ser soldado.

No extrañe este lenguaje.—Cuando se sirve bien a la patria, se tienen en todas partes muchos amigos viejos.—De los más ignorados, no de los menos ardientes, es para el General animoso, poco el mutilado silente,⁶

JOSÉ MARTÍ

Mi dirección:

José Martí.—
Guatemala.—.

Cotejada con el manuscrito original.

⁵ Rafael María de Mendive fue el maestro de Martí.

⁶ Martí fue arrestado y condenado a presidio al encontrarse en su casa una carta en la que acusaba a un discípulo (Carlos de Castro y Castro) de apostasía por haberse incorporado como voluntario. Sufrió trabajos forzados en las canteras de San Lázaro, lo que se le conmutó por el destierro en la finca El Abra, en Isla de Pinos. De allí salió deportado para España. En este último lugar escribió El Presidio Político en Cuba.

De Martí a Gómez

Sr. Gral. Máximo Gómez.—
N. York, 20 de Julio de 1882

Sr. y amigo:

El aborrecimiento en que tengo las palabras que no van acompañadas de actos, y el miedo de parecer un agitador vulgar, habrán hecho, sin duda, que V. ignore el nombre de quien con placer y afecto le escribe esta carta. Básteme decirle que, aunque joven, llevo muchos años de padecer y meditar en las cosas de mi patria; que ya después de urdida en N. York la segunda guerra,¹ vine a presidir, mas para salvar de una mala memoria nuestros actos posteriores que porque tuviese fe en aquellos, el Comité de N. York; y que desde entonces me he ocupado en rechazar toda tentativa de alardes inoficiosos y pueriles, y toda demostración ridícula de un poder y entusiasmo ficticios, aguardando en calma aparente los sucesos que no habían de tardar en presentarse, y que eran necesarios para producir al cabo en Cuba, con elementos nuevos, y en acuerdo con los problemas nuevos, una revolución seria, compacta e imponente, digna de que pongan mano en ella los hombres honrados. La honradez de V., General, me parece igual a su discreción y a su bravura. Esto explica esta carta.

Quería yo escribirle muy minuciosamente sobre los trabajos que llevo emprendidos, la naturaleza y fin de ellos, los elementos varios y poderosos que trato ya de poner en junto, y las impaciencias aisladas, bulliciosas y perjudiciales que hago por contener. Porque V. sabe, Gral, que mover un país, por pequeño que sea, es obra de gigantes. Y quien no se sienta gigante de amor, o de valor, o de pensamiento, o de paciencia, no debe emprenderla. Pero mi buen amigo Flor Crombet² sale de N. York

¹ “Segunda guerra” se refiere a la Guerra Chiquita (26 de agosto de 1879-agosto de 1880).

² Francisco Adolfo Crombet Tejera (Flor), (1851-1895). Mayor General. Combatiente en las tres guerras. Cayó en combate el 10 de abril de 1895, en Alto Palmarito, Baracoa. Esta carta y la que Martí escribió a Maceo, el mismo día, Flor las llevó a Honduras, donde Gómez y Maceo residían.

inesperadamente, antes de lo que teníamos pensado que saliese: y yo le escribo, casi de pie y en el vapor, estos renglones, para ponerle en conocimiento de todo lo emprendido, para pedirle su cuerdo consejo, y para saber si en la obra de aprovechamiento y dirección de las fuerzas nuevas que en Cuba surgen ahora, sin el apoyo de las cuales es imposible una revolución fructífera, y con las cuales será posible pronto,—piensa V. como sus amigos, y los míos, y los de nuestras ideas piensan hoy.—Porque llevamos ya muchas caídas para no andar con tiento en esta tarea nueva. El país vuelve aún los ojos confiados a aquel grupo escaso de hombres que ha merecido su respeto y asombro por su lealtad y valor: importa mucho que el país vea juntos, sensatos, ahorradores de sangre inútil, y preveedores de los problemas venideros, a los que intentan sacarlo de su quicio, y ponerlo sobre quicio nuevo.—Por mi parte, General, he rechazado toda excitación a renovar aquellas perniciosas camarillas de grupo de las guerras pasadas, ni aquellas Jefaturas espontáneas, tan ocasionadas a rivalidades y rencores: solo aspiro a que formando un cuerpo visible y apretado, aparezcan unidos por un mismo deseo grave y juicioso de dar a Cuba libertad verdadera y durable, todos aquellos hombres abnegados y fuertes, capaces de reprimir su impaciencia en tanto que no tengan modo de remediar en Cuba con una victoria probable los males de una guerra rápida, unánime y grandiosa,—y de cambiar en la hora precisa la palabra por la espada.

Yo estaba esperando, Señor y amigo mío, a tener ya juntos y de la mano algunos de los elementos de esta nueva Empresa. El viaje de Crombet a Honduras, aunque precipitado ahora, es una parte de nuestros trabajos, y tiene por objeto, como él explicará a V. largamente, decirle lo que llevamos hecho, la confianza que V. inspira a sus antiguos Oficiales, lo dispuesto que están ellos—aun los que parecían más reacios—a tomar parte en cualquier tentativa revolucionaria, aun cuando fuera loca, y lo necesitados que estamos ya de responder de un modo oíble y visible a la pregunta inquieta de los elementos más animosos de Cuba, de los cuales muchos nos venían desestimando, y ahora nos acatan y nos buscan. Antes de ahora, Gral, una excitación revolucionaria hubiera parecido una pretensión ridícula, y acaso criminal, de hombres tercios, apasionados e impotentes: hoy,

la aparición en forma serena y juiciosa de todos los elementos unidos del bando revolucionario, es una respuesta a la pregunta del país. Esperar es una manera de vencer. Haber esperado en esto,—nos da esta ocasión, y esta ventaja. Yo creo que no hay mayor prueba de vigor que reprimir el vigor.—Por mi parte, tengo esta demora como un verdadero triunfo.

Pero así como el callar hasta hoy ha sido cuerdo, el callar desde hoy sería imprudente. Y sería también imprudente presentarnos al país de otra manera que de aquella moderada, racional y verdaderamente redentora que espera de nosotros. Ya llegó Cuba, en su actual estado y problemas, al punto de entender de nuevo la incapacidad de una política conciliadora, y la necesidad de una revolución violenta. Pero sería suponer a nuestro país un país de locos, exigirle que se lanzase a la guerra en pos de lo que ahora somos para nuestro país—en pos de un fantasma.—Es necesario tomar cuerpo, y tomarlo pronto, y tal como se espera que nuestro cuerpo sea. Nuestro país abunda en gente de pensamiento,—y es necesario enseñarles que la Revolución no es ya un mero estallido de decoro, ni la satisfacción de una costumbre de pelear y mandar, sino una obra detallada y previsoramente de pensamiento. Nuestro país vive muy apegado a sus intereses,—y es necesario que le demostremos hábil y brillantemente que la Revolución es la solución única para sus muy amenazados intereses. Nuestro país no se siente aún fuerte para la guerra,—y es justo, y prudente, y a nosotros mismos útil, halagar esta creencia suya, respetar este temor cierto e instintivo, y anunciarle que no intentamos llevarle contra su voluntad una guerra prematura, sino tenerlo todo dispuesto para cuando él se sienta ya con fuerzas para la guerra. Por de contado, Gral, que no perdonaremos medios de provocar naturalmente esta reacción. Violentar el país sería inútil. Y precipitarlo sería una mala acción. Puesto que viene a nosotros, lo que hemos de hacer es ponernos en pie para recibirlo. Y no volver a sentarnos.

Y aun hay otro peligro mayor, mayor tal vez que todos los demás peligros. En Cuba ha habido siempre un grupo importante de hombres cautelosos, bastante soberbios para abominar la dominación española, pero bastante tímidos para no exponer su bienestar personal en combatirla. Esta clase de

hombres, ayudados todos por los que quisieran gozar de los beneficios de la libertad sin pagarlos en su sangriento precio, favorecen vehementemente la anexión de Cuba a los Estados Unidos. Todos los tímidos, todos los irresolutos, todos los observadores ligeros, todos los apegados a la riqueza, sienten tentaciones marcadas de apoyar esta solución, que creen poco costosa y fácil. Así halagan su conciencia de patriotas, y su miedo de serlo verdaderamente. Pero como esa es la naturaleza humana, no hemos de ver con desdén estoico sus tentaciones, sino de atacarlas.

¿A quién se vuelve Cuba, en el instante definitivo, y ya cercano, de que pierda todas las nuevas esperanzas que el término de la guerra, las promesas de España, y la política de los liberales le han hecho concebir? Se vuelve a todos los que le hablan de una solución fuera de España. Pero si no está en pie, elocuente, erguido, moderado, profundo, un partido revolucionario que inspire, por la cohesión y modestia de sus hombres, y la sensatez de sus proyectos, una confianza suficiente para acallar el anhelo del país—¿a quién ha de volverse, sino a los hombres del partido anexionista que surgirán entonces? ¿Cómo evitar que se vayan tras ellos todos los aficionados a una libertad cómoda, que creen que con esa solución salvan a la par su fortuna y su conciencia?—Ese es el riesgo grave. Por eso es llegada la hora de ponernos en pie.

A eso iba, y va, Flor Crombet a Honduras. Querían hacerle picota de escándalo, y base de operaciones ridículas. Él tiene noble corazón, y juicio sano, y creo que piensa como pienso. A eso va, sin tiempo de esperar al discreto comisionado que tengo en estos instantes en la Habana, comenzando a tejer en junto todos los hilos que andan sueltos. Porque yo quería, Gral., enviar a V. más cosas hechas. Va Crombet a decirle lo que ha visto, que es poco en lo presente visible, y mucho más en lo invisible y en lo futuro. Va en nombre de los hombres juiciosos de la Habana y el Príncipe³ y en el de D.S. Cisneros,⁴ y en mi

³ Príncipe o Puerto Príncipe, antiguo nombre de Camagüey.

⁴ Salvador Cisneros Betancourt, marqués de Santa Lucía. Nació en Puerto Príncipe, Camagüey, el 10 de febrero de 1828. Electo Presidente de la Cámara de Representantes el 10 de abril de 1869. Sustituyó a Céspedes en la presidencia de la República, cargo al que renunció ante las presiones

nombre, a preguntarle si no cree V. que esas que llevo precipitadamente escritas deben ser las ideas capitales de la reaparición, en forma desemejante de las anteriores, y adecuada a nuestras necesidades prácticas, del partido revolucionario. Va a oír de V. si no cree que esos que le apunto son los peligros reales de nuestra tierra y de sus buenos servidores. Va a saber previamente, antes de hacer manifestación alguna pública,—que pudiera parecer luego presuntuosa, o desmentida por los sucesos,—si V. cree oportuno y urgente que el país vea surgir como un grupo compacto, cuerdo, y activo a la par que pensador, a todos aquellos hombres en cuya virtud tiene fe todavía. Va a saber de V. si no piensa que esa es la situación verdadera, ésa la necesidad ya inmediata, y ese, en rasgos generales, el propósito que puede realzar, acelerar sin violencia, acreditar de nuevo, y dejar en mano de sus guías naturales e ingenuos la Revolución.—Ni debe ésta ir a otro país, Gral., ni a hombres que la acepten de mal grado, o la comprometan por precipitarla, o la acepten para impedir la, o para aprovecharla en beneficio de un grupo o una sección de la Isla.

Ya se va el correo, y tengo que levantar la pluma que he dejado volar hasta aquí. Me parece, General, por lo que le estimo, que le conozco desde hace mucho tiempo, y que también me estima. Creo que lo merezco, y sé que pongo en un hombre no común mi afecto. Sírvase no olvidar que espero con impaciencia su respuesta, porque hasta recibirla todo lo demoro, y la aguardo, no para hacer arma de ella, sino con esta seguridad y contento interiores, empezar a dar forma visible a estos trabajos ya animados, tenaces y fructuosos. Jamás debe cederse a hacer lo pequeño por no parecer tibio o desocupado;—pero no debe perderse tiempo en hacer lo grande.

¿Cómo puede ser que Vd., que está hecho a hacerlo, no venga con toda su valía a esta nueva obra? Ya me parece oír la respuesta de sus labios generosos y sinceros. En tanto, queda

de los sediciosos de Lagunas de Varona (26 de enero de 1877). En la Guerra del 95 fue electo presidente de la República en Armas (Asamblea de Jimaguayú, 13 de septiembre de 1895). En la República, como Delegado a la Asamblea Constituyente, se opuso a la Enmienda Platt. Murió el 28 de febrero de 1914.

respetando al que ha sabido ser grande en la guerra y digno
en la paz,

su amigo y estimador

JOSÉ MARTÍ

CONTESTADA 8 DE OCTUBRE—FECHA RECIBIDA [NOTA DE GÓMEZ]

324 CLASSON AVENUE

BROOKLYN

L.I. (J)

[CON LETRA DE MARTÍ]

Cotejada con el manuscrito original.

De Gómez a Martí

San Pedro Sula, 8 octubre 1882¹

Don José Martí

New York

Señor mío: Ayer he leído con detenimiento su juiciosa cuanto apreciada carta del 20 de julio² que con el mayor gusto paso a contestar.

Para q^e. Vd. se persuada de q^e. estamos conformes en nuestras opiniones, con respecto a las cosas de Cuba, creo q^e. será del caso, repetir a V. las palabras que mucho tiempo ha, dirigí al General Íñiguez,³ cuando desde esa ciudad, me llamara, para q^e. lo acom-

¹ Sobre esta carta, el periodista dominicano Ramón Roa Rivera ha escrito: “Respecto a la invitación hecha por Martí el 20 de julio de 1882 Máximo Gómez tardó cuatro meses en contestar, disgustado como estaba con el fracaso de un alzamiento precipitado en 1880 bajo el mando del general Calixto García y al que se le llamó ‘La guerra chiquita’.” (Ver Ramón Roa Rivera: “Martí en el ámbito dominicano I”, en *Listín Diario*, 9 de septiembre de 1992).

En realidad, la carta que Flor Crombet —portador de las cartas de Martí a los generales Gómez y Maceo, que por entonces radicaban en Honduras—, le envía a Martí, desmiente esta versión. En ella le comunica que: “A mi llegada a esta ciudad recibí la noticia de hallarse muy distantes los Gerls. Gómez y Maceo, he ahí el porqué aún no he tenido contestación de ellos”. (Carta de Flor Crombet a José Martí, Tegucigalpa, 25 de septiembre de 1882. En *Destinatario José Martí*: Ed. cit., p. 106).

Por otro lado, la respuesta de Gómez deja bien claro cuál era su posición respecto a La Guerra Chiquita. En igual sentido, se puede consultar la carta de Gómez a María Cabrales, indicándole que le diga a Maceo que no vaya a Cuba.

² En esta misma edición, en pp. 21-26.

³ Calixto Ramón García Íñiguez. Mayor General. Nació en Holguín, Oriente, el 4 de agosto de 1839. General de las tres guerras. Cayó herido, al intentar quitarse la vida disparándose su revólver en la boca, el 6 de septiembre de 1874, en San Antonio de Oriente. Presidió el Comité Revolucionario Cubano en Nueva York, que organizó la Guerra Chiquita. Se incorporó a la Guerra del 95, el 24 de marzo de 1896, con una fuerte expedición. Ocupó el cargo de Lugarteniente General al caer Maceo el 7 de diciembre de 1896. Colaboró, por indicaciones del Gobierno, con el Ejército de los Estados Unidos en las operaciones que condujeron a la derrota española en la Guerra hispano-cubano-norteamericana. El 13 de septiembre de 1898

pañase a una intentona. Le dije, “siempre estoy y estaré dispuesto como el primero a ocupar mi puesto lleno mi corazón del mismo ardor y el mismo entusiasmo, pero permítame decirle q^e., a mi juicio, el movimiento q^e. V. intenta es prematuro, no ha sonado la hora y es muy posible que V. en vez de alcanzar una victoria, recoja un fracaso. Es tristísimo, pero necesario dejar q^e. aquel pueblo que se cansó con la larga lucha que terminó en el Zanjón sufra de nuevo el ultraje con que España castigará su debilidad y su ceguera, y entonces verá V. amalgamados el viejo elemento con el nuevo, tendremos el momento del alzamiento menos costoso y más seguro. Mientras tanto preparémoslo todo con calma, sin alarde de ningún género y sobre todo tratemos de conservar nuestro prestigio para que podamos contar con la confianza de aquellos hombres q^e. en su desesperación, muy bien puede echarse en brazos de cualquiera”.

Ahora bien, Señor Martí, no sé si la hora ha sonado ya, mejor creo que se aproxima, pero precisamente para eso es que necesitamos mucha cordura, para ni detener ni precipitar los acontecimientos. Ambos extremos, son en extremo, peligrosísimos: es preciso no dejar brecha abierta, ni a los tímidos ni a los violentos ni a los malintencionados.

No sé la clase de trabajos q^e. VV. tengan elaborados o en la forma q^e. los han organizado y es precisamente, lo q^e. si es posible deseara saber, p^a. entonces darle mi humilde opinión.

Por lo demás, sépalo V. y sépanlo también los buenos y malos patriotas q^e. siempre estaré dispuesto a ocupar el puesto que me señale la revolución bien organizada.

Cuente Vd. con mi particular aprecio.

S. s. q. b. s. m.

M GÓMEZ .:

Archivo Nacional. Fondo: Adquisiciones. Caja 2, no. 4. Ahora no se ha localizado este original. Otra versión de esta carta aparece en Gonzalo de Quesada: Papeles de Martí, t. 1, Ed. cit., pp. 5-6.

el Consejo de Gobierno lo destituyó del cargo, pues consideró que había dejado de merecer su confianza. Murió en los Estados Unidos, el 11 de diciembre de 1898, mientras cumplía una misión de la Asamblea de Santa Cruz ante ese Gobierno.

De Martí a Gómez

Sr. Gral. Máximo Gómez

N. Y.

Distinguido General y amigo:

Salí en la mañana del sábado¹ de la casa de Vd. con una impresión tan penosa, que he querido dejarla reposar dos días, para que la resolución que ella, unida a otras anteriores, me inspirase, no fuera resultado de una ofuscación pasajera, o excesivo celo en la defensa de cosas que no quisiera ver yo jamás atacadas,—sino obra de meditación madura:—¡qué pena me da tener que decir estas cosas a un hombre a quien creo sincero y bueno, y en quien existen cualidades notables para llegar a ser verdaderamente grande!—Pero hay algo que está por encima de toda la simpatía personal que Vd. pueda inspirarme, y hasta de toda razón de oportunidad aparente: y es mi determinación de no contribuir en un ápice, por amor ciego a una idea en que me está yendo la vida, a traer a mi tierra a un régimen de despotismo personal, que sería más vergonzoso y funesto que el despotismo político que ahora soporta, y más grave y difícil de desarraigar, porque vendría excusado por algunas virtudes, embellecido por la idea encarnada en él, y legitimado por el triunfo.

Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento:—y cuando en los trabajos preparatorios de una revolución más delicada y compleja que otra alguna, no se muestra el deseo sincero de conocer y conciliar todas las labores, voluntades y elementos que han de hacer posible la lucha armada, mera forma del espíritu de independencia, sino la intención, bruscamente expresada a cada paso, o mal disimulada, de hacer servir todos los recursos de fe y de guerra que levante este espíritu a los propósitos cautelosos y personales de los jefes justamente afamados que se presentan a capitanear la guerra, ¿qué garantías puede haber de que las libertades públicas, único objeto digno de lanzar un país a la

¹ Para conocer las motivaciones de esta carta, ver las notas de Gómez a continuación de esta.

lucha, sean mejor respetadas mañana? ¿Qué somos, General?: ¿los servidores heroicos y modestos de una idea que nos calienta el corazón, los amigos leales de un pueblo en desventura, o los caudillos valientes y afortunados que con el látigo en la mano y la espuela en el tacón se disponen a llevar la guerra a un pueblo, para enseñorearse después de él? ¿La fama que ganaron Vds. en una empresa, la fama de valor, lealtad y prudencia, van a perderla en otra?—Si la guerra es posible, y los nobles y legítimos prestigios que vienen de ella, es porque antes existe, trabajado con mucho dolor, el espíritu que la reclama y hace necesaria:—y a ese espíritu hay que atender, y a ese espíritu hay que mostrar, en todo acto público y privado, el más profundo respeto;—porque tal como es admirable el que da su vida por servir a una gran idea, es abominable el que se vale de una gran idea para servir a sus esperanzas personales de gloria o de poder, aunque por ellas exponga la vida.—El dar la vida sólo constituye un derecho cuando se la da desinteresadamente.

Ya lo veo a Vd. afligido, porque entiendo que Vd. procede de buena fe en todo lo que emprende, y cree de veras, que lo que hace, como que se siente inspirado de un motivo puro, es el único modo bueno de hacer que hay en sus empresas. Pero con la mayor sinceridad se pueden cometer los más grandes errores; y es preciso que, a despecho de toda consideración de orden secundario, la verdad adusta, que no debe conocer amigos, salga al paso de todo lo que considere un peligro, y ponga en su puesto las cosas graves, antes de que lleven ya un camino tan adelantado que no tengan remedio. Domine Vd., Gral., esta pena, como dominé yo el sábado el asombro y disgusto con que oí un inoportuno arranque de Vd. y una curiosa conversación que provocó a propósito de él el Gral. Maceo,² en la que quiso—ilocura mayor!—darme a entender que debíamos considerar la guerra de Cuba como una propiedad exclusiva de Vd., en la que nadie puede poner pensamiento ni obra sin cometer profanación, y la cual ha de dejarse, si se la quiere

² El general Antonio Maceo.

ayudar, servil y ciegamente en sus manos.—No: no por Dios!—¡pretender sofocar el pensamiento, aun antes de verse, como se verán Vds. mañana, al frente de un pueblo entusiasmado y agradecido, con todos los arreos de la victoria? La patria no es de nadie: y si es de algúien, será, y esto sólo en espíritu, de quien la sirva con mayor desprendimiento e inteligencia.

A una guerra, emprendida en obediencia a los mandatos del país, en consulta con los representantes de sus intereses, en unión con la mayor cantidad de elementos amigos que pueda lograrse;—a una guerra así, que venía yo creyendo—porque así se la pinté en una carta mía de hace tres años que tuvo de Vd. hermosa respuesta,³—que era la que Vd. ahora se ofrecía a dirigir;—a una guerra así el alma entera he dado, porque ella salvará a mi pueblo;—pero a lo que en aquella conversación se me dio a entender, a una aventura personal, emprendida hábilmente en una hora oportuna, en que los propósitos particulares de los caudillos pueden confundirse con las ideas gloriosas que los hacen posibles; a una campaña emprendida como una empresa privada, sin mostrar más respeto al espíritu patriótico que la permite, que aquel indispensable, aunque muy sumiso a veces, que la astucia aconseja, para atraerse las personas o los elementos que pueden ser de utilidad en un sentido u otro; a una carrera de armas, por más que fuese brillante y grandiosa; y haya de ser coronada por el éxito—,y sea personalmente honrado el que la capitaneé;—a una campaña que no dé desde su primer acto vivo, desde sus primeros movimientos de preparación, muestras de que se la intenta como un servicio al país, y no como una invasión despótica;—a una tentativa armada que no vaya pública, declarada, sincera y únicamente movida del propósito de poner a su

³ La carta enviada a Gómez es la del 20 de julio de 1882, cuya respuesta aparece en esta edición. Para conocer más sobre el rompimiento de 1884 puede consultarse en José Martí. Epistolario, t. 1, Ed. cit.: Carta a Manuel Mercado, Nueva York, 13 de noviembre de 1884, p. 283; versada a Enrique Estrázula, 1885, pp. 293-296; carta a El Avisador Cubano, Nueva York, 6 de julio de 1885, pp. 304-307; y carta a José Alfonso Lucena y Francisco Domínguez, Nueva York, 9 de octubre de 1885, pp. 310-314.

remate en manos del país, agradecido de antemano a sus servidores, las libertades públicas; a una guerra de baja raíz y temibles fines cualesquiera que sean su magnitud y condiciones de éxito—y no se me oculta que tendría hoy muchas—no prestaré yo jamás mi apoyo.—Valga mi apoyo lo que valga,—yo sé que él, que viene de una decisión indomable de ser absolutamente honrado, vale por eso oro puro,—yo no se lo prestaré jamás.

¿Cómo, General, emprender misiones, atraerme afectos, aprovechar los que ya tengo, convencer a hombres eminentes, deshelar voluntades, con estos miedos y dudas en el alma?—Desisto, pues, de todos los trabajos activos que había comenzado a echar sobre mis hombros.

Y no me tenga a mal, General, que le haya escrito estas razones. Lo tengo por hombre noble, y merece Vd. que se le haga pensar. Muy grande puede llegar a ser Vd.,—y puede no llegar a serlo. Respetar a un pueblo que nos ama y espera de nosotros, es la mayor grandeza. Servirse de sus dolores y entusiasmos en provecho propio, sería la mayor ignominia.—Es verdad, Gral., que desde Honduras me habían dicho que alrededor de Vd. se movían acaso intrigas, que envenenaban, sin que V. lo sintiese, su corazón sencillo; que se aprovechaban de sus bondades, sus impresiones y sus hábitos para apartar a Vd. de cuantos hallase en su camino que le acompañasen en sus labores con cariño, y le ayudaran a librarse de los obstáculos que se fueran ofreciendo—a un engrandecimiento a que tiene Vd. derechos naturales.—Pero yo confieso que no tengo ni voluntad ni paciencia para andar husmeando intrigas, ni deshaciéndolas. Yo estoy por encima de todo eso. Yo no sirvo más que al deber, y con este, seré siempre bastante poderoso.

¿Se ha acercado a V. alguien, Gral., con un afecto más caluroso que aquel con que lo apreté en mis brazos desde el primer día en que le vi? ¿Ha sentido Vd. en muchos esta fatal abundancia de corazón que me dañaría tanto en mi vida, si necesitase yo andar ocultando mis propósitos para favorecer ambicioncillas femeniles de hoy o esperanzas de mañana? Pues después de todo lo que he escrito, y releo cuidadosamente, y

confirmo,—a Vd., lleno de méritos, creo que lo quiero:—a la guerra que en estos instantes me parece que, por error de forma acaso, está V. representando,—no:—

Queda estimándole y sirviéndole

JOSÉ MARTÍ

New York, octubre 20, 1884.

José Martí. Epistolario, t. 1, pp. 280-283.

Anotación de Gómez¹

De grandísimo interés personal para mí son estos escritos que al leerlos he sentido un dolor profundísimo en mi corazón.

Como se verá, este hombre me insulta de un modo inconsiderado, y si se pudiera saber el grado de simpatías que al conocer a Martí sentí por él, solo así se podrá tener una idea cabal de lo sensible que me ha sido leer los conceptos que sin ambages ni rodeos ha hecho de mí, y del mismo modo emite.

Después de larguísimas conferencias desde el momento en que llegué a New York, con este señor, en que con la mayor buena fe dile a conocer nuestros planes revolucionarios, nuestros proyectos de medios hábiles y honrados de proporcionarnos recursos materiales, el sistema político que a nuestro juicio debíamos poner en juego para atraernos hasta nuestros enemigos si posible, todo esto y mucho más, que desde mi salida de Honduras hemos venido madurando y estudiando yo y el General Maceo, lo hablamos repetidas veces con Martí pero sin pretensiones de ningún género y en todo lo cual se manifestaba siempre él muy en perfecto acuerdo. En consecuencia dispuse yo que acompañase al General Maceo en comisión a México, cuyo jefe aceptó mi determinación, sin la más ligera observación de parte suya, y noté que aguardaba en silencio y sin impacencias, así las instrucciones para su comisión como la orden de marcha. No tenía ya dinero que darles para sufragar los costos del viaje y forzoso nos fué esperar unos días hasta que me llegaran de Cayo Hueso, donde tuve que ocurrir en demanda de fondos, por no poderlos conseguir en New York, por más que lo solicité de varios modos, hasta como particular empréstito. ¡Cuánto se sufre en estas cosas!

En estos días de fatigosa espera seguía Martí visitándome, y como era natural, hablando siempre del mismo modo y con igual calor de nuestro plan revolucionario. Ya notaba yo, que el se permitía hacerme muchas indicaciones inusitadas que no tenían razón de ser, y que no correspondía hacerlas al que se

¹ Aunque este texto no pueda considerarse una carta, lo incluimos aquí por la importancia histórica que tiene. En él, Máximo Gómez deja constancia de la impresión que le produjo la carta que le enviara Martí dos días antes.

le confía la dirección de un asunto—más yo con blandura lo contenía en los límites que he creído que él puede llegar, para no perjudicarnos dejando el mando de la nave a muchos capitanes hasta que haciendo caso omiso del General A. Maceo, que era el jefe designado para la comisión, me dijo “que (sus palabras textuales) al llegar a México y según el resultado de la comisión”—yo no lo dejé concluir, con tono áspero—(mis palabras textuales) “vea, Martí, límitese Vd. a lo que digan las instrucciones, y lo demás el General Maceo hará lo que deba hacerse”, nada más dije, y me contestó tratando de satisfacer mi indicación, apenas le oí, un criado me avisó de un baño que hacía días pensaba darme,—no había podido ser así por no tener lugar,—y aprovechando el momento, dejé a Martí con el General Maceo, presente siempre en nuestras conversaciones. Durante mi momentánea ausencia, no sé lo que dicho General habló con Martí, pero se deduce por el sentido de la carta.

Cuando yo regresé, aún encontré al señor Martí en mi cuarto; a poco se despidió de mí de un modo afable y cortés. Solos yo y el Gral. Maceo, me dijo éste, “este hombre, Gral. va disgustado con nosotros”. Tal vez, le contesté yo, y no hablamos más una palabra.

A los tres días recibo esta carta, que no contesté, pues no se da contestación a los insultos. Tampoco nadie más la ha visto—que el Gral. Maceo y el Gral. Crombet.

Después supe que Martí, antes de enviarla a mi residencia, la dio a leer a Antonio Zambrana,² Leandro Rodríguez³ y otros.

El Gral. Maceo salió por fin en su comisión para México, y en los apuros de sustituir a Martí,—pues no le vimos más,—tan

² Antonio Zambrana Vázquez nace en La Habana, el 19 de junio de 1846 y muere el 27 de mayo de 1922. Licenciado en Derecho. Se incorporó a la Guerra del 68 en la expedición del Galvanic. Fue miembro de la Asamblea de Representantes del Centro. Junto a Ignacio Agramonte, elaboró la Constitución de Guáimaro. Fue Secretario de la Cámara de Representantes. Durante la Tregua fecunda, se radicó en Costa Rica. Ingresó al Partido Autonomista. Regresó a Cuba en 1911. Fue embajador en Ecuador y en Colombia.

³ Leandro Rodríguez y Colina. Nació en Güines, en 1869. Confinado a Fernando de Poo por conspirador, se fugó, radicándose en Nueva York. Participó en el fracasado Plan Gómez. Regresó a Cuba al concluir la Guerra del 95. Elegido alcalde de Güines; pero luego lo destituyó Estrada Palma. Falleció el 25 de diciembre de 1910.

inteligente, honrado y conocedor de aquellas localidades, —con otro cubano—utilizamos los servicios de José Rodríguez, para lo cual se prestó gustoso.

Este es el hecho, me reservo el comentario para su oportunidad.

New York 22 octubre 1884.

GÓMEZ.

Gonzalo de Quesada: Papeles de Martí, t. 1, Ed. cit., pp. 9-10.

Circular¹

New York, 16 de diciembre de 1887

General Máximo Gómez
Distinguido compatriota:

Con la fe de la honradez y la fuerza del patriotismo nos dirigimos a Vd., por encargo de los cubanos de New York, excitados y acompañados por los de Cayo Hueso y Filadelfia, para tomar su parecer, y exponerle el de los cubanos de esta ciudad, sobre el modo más rápido y certero de organizar por fin, dentro y fuera de Cuba, con la cordialidad digna de las grandes causas, la guerra que ya mira el país con menos miedo, y en que parece estar hoy su esperanza única.

El valor, el prestigio, la intención pura, el martirio ejemplar de los revolucionarios del extranjero son inútiles, mientras no trabajen todos unidos, con la majestad y sensatez que la magnitud del problema les impone, en una obra juiciosa y heroica a la vez, que atraiga y satisfaga al país acostumbrado ya a examinar sus hombres y ejercitar su pensamiento. Cuba no es ya el pueblo niño e ignorante que se echó a los campos en la revolución de Yara, sagrada madre nuestra; sino un país donde lo que quedó de aquella generación, con todas sus experiencias y pasiones, se ha mezclado con la masa culta que trajo el conocimiento activo de la política de los países del destierro, y con la generación nueva, tan dispuesta a pelear por la patria, pagando así su deuda a los que por ellos murieron, como a resistirse a pelear por una solución oscura y temible en cuya preparación y fin no vean un plan grandioso, digno de su sacrificio.

La hora parece llegada. Los enemigos de la revolución se dividen y desordenan. El país está a punto de perder su último pretexto para demorar la solución que defendemos. Se están reuniendo de todas partes a la vez, y de un modo natural y espontáneo, los elementos de la guerra en la Isla, con cuya actitud

¹ Respuestas a Gómez, a Maceo (4 y 15 de enero de 1888) y a Francisco Carrillo (20 de febrero de 1888). Pueden encontrarse en Destinatario José Martí, Ed. cit., pp. 162, 163 y 167, respectivamente; y en Fernando Portuondo: Pensamiento vivo de Maceo, Ed. cit., pp. 109 y 112.

y voluntad hemos de contar, y a los que tenemos a un tiempo el derecho de aconsejar y el deber de oír, puesto que ellos nos permiten realizar nuestros ideales, y nosotros sin ellos somos impotentes para realizarlos. Debemos, pues, organizar la guerra que se aproxima, en acuerdo con el espíritu del país, puesto que sin él no podemos hacer la guerra. Es un crimen valerse de la aspiración gloriosa de un pueblo para adelantar intereses o satisfacer odios personales. Es una obligación,—por cuyo cumplimiento honrarán mañana los nombres de nuestros hijos e irán los pueblos a retemplar su fe a nuestras tumbas,—disponer con desinterés, que bien mirado es el modo mejor de servir el interés, los elementos para el triunfo de la guerra inevitable. La revolución surge, y nosotros podemos organizarla con nuestra honradez y prudencia, o ahogarla en sangre inútil con nuestra torpeza y ambiciones.

Urgen los tiempos. El principio de nuestra campaña ha sido acogido con notable favor en Cuba y en las emigraciones. No parece que la situación de Cuba dé ya más espera que aquella a que nosotros mismos la invitamos, para que sea más completa la conspiración de los espíritus,—más ordenado el movimiento militar,—y más capaces de ayudarlo desde afuera las emigraciones. Todo a la vez:—la opinión sobre todo—los trabajos de organización y extensión en la Isla,—los trabajos de unión, espíritu republicano y ayuda constante de la guerra en el extranjero.

Estas ideas comenzaban ya a tomar forma en la emigración de New York, y tuvieron su expresión primera en la reunión pública del 10 de Octubre.² Sus ecos, y sobre todo sus ecos en Cuba, coincidieron con las excitaciones de los cubanos de Cayo Hueso, y con la reunión convocada por un cubano de New York para conocer del plan de un jefe dispuesto a invadir la Isla.³ De esta reunión, compuesta de los cubanos cuyos nombres figuran al pie de esta carta, surgió el acuerdo de recomenzar

² Véase su discurso en el Masonic Temple, que aparece en Obras de Martí, vol. II, p. 157, edición de Gonzalo de Quesada y Aróstegui.

³ Se refiere a la reunión efectuada en casa de Enrique Trujillo, para conocer el proyecto del general Juan Fernández Ruz.

las labores revolucionarias, con una política vasta, cordial y fija, la única que puede reanimar la confianza lastimada del país. Y sin provocar por ahora reuniones públicas que revelasen a nuestros adversarios el estado de principio de nuestras labores, cuando nos suponen con mucha más actividad y fuerza moral;—sin asumir ante Vd. más autoridad que la de su patriotismo, la del nuestro, la de los hombres que nos comisionan para esta campaña, y la adhesión voluntaria de los clubs revolucionarios de Cayo Hueso y los cubanos de Cayo Hueso, únicos con los que hasta hoy nos ha alcanzado el tiempo para comunicarnos,—esta reunión de cubanos en que acaso por primera vez se vieron reunidos con una tendencia clara y decidida los que antes trabajaban en grupos dispersos y a veces hostiles, determinó nombrar de su seno una comisión ejecutiva, inspeccionada y aconsejada por todos los miembros de la reunión,—para iniciar enérgicamente los trabajos preparatorios de organización revolucionaria, con arreglo a las cuatro resoluciones de la junta primera, que incluían la de la necesidad de aguardar a la preparación racional de la guerra para llevar la invasión armada,—y estas cinco bases que han de inspirar nuestras palabras y actos:

1—Acreditar en el país, disipando temores y procediendo en virtud de un fin democrático conocido, la solución revolucionaria.

2—Proceder sin demora a organizar, con la unión de los jefes afuera,—y trabajos de extensión, y no de una mera opinión, adentro,—la parte militar de la revolución.

3—Unir con espíritu democrático y en relaciones de igualdad todas las emigraciones.

4—Impedir que las simpatías revolucionarias en Cuba se tuerzan y esclavicen por ningún interés de grupo, para la preponderancia de una clase social, o la autoridad desmedida de una agrupación militar o civil, ni de una comarca determinada, ni de una raza sobre otra.

5—Impedir que con la propaganda de las ideas anexionistas se debilite la fuerza que vaya adquiriendo la solución revolucionaria.

Pero esta Comisión Ejecutiva, y esta reunión de cubanos de New York no se erige por sí como árbitro de un poder que sólo

puede venir, en el desorden del destierro, de la autoridad y eficacia de los actos realizados, y de la confirmación pública de ellos. Lo que los cubanos de New York ven es que hay un deber difícil e imperioso que cumplir. Lo que ven es que la guerra no puede hacerse sin que el país tenga fe en ella, y en los que la han de iniciar o figurar en ella principalmente. Lo que ven es que el país se decide a la guerra, y es necesario desvanecer los temores que la guerra inspira, e impedir que el gobierno de España, como lo desea, haga estallar la lucha prematuramente para sofocarla con mayor facilidad. Lo que ven es que la guerra se acerca, y que los militares ilustres que la pueden dirigir, no se han puesto aún al habla, ni se distribuyen el trabajo. Lo que ven es que cada día aumenta la necesidad de realizar estos objetos esenciales:

—Unir con un plan digno de la atención y respeto de los cubanos, el espíritu del país y el de las emigraciones.

—Dar ocasión a los jefes militares de desvanecer en la Isla, con sus declaraciones de desinterés, civismo y subordinación al bien patrio, los reparos,—injustos sin duda,—que algunos de ellos inspiran por suponérseles equivocadamente faltos de esas condiciones, aun a los mismos dispuestos en Cuba a trabajar por la independencia de la patria.

—Reunir en un trabajo común, preciso y ordenado a los jefes del extranjero entre sí, y a estos en junto con los de la Isla, a cada uno con sus amigos, a cada jefe de influjo con su comarca,—todo con aquel mutuo respeto y grandeza que originan placeres más vivos y autoridad más alta y durable que los proyectos privados e incompletos, sin más fin que la alarma y la impotencia, que a patriotas menos probados que Vd. pudiera aconsejar la ambición desordenada.

—Con este espíritu y concordia levantar ante el país, de una vez y en unión solemne, con sus militares republicanos y su cuerpo de recursos, todas las emigraciones.

¿No ve Vd, como nosotros, la fuerza y eficacia de esta conducta? ¿No la cree Vd. indispensable para que el país se decida a seguirnos? ¿Cree Vd. que con menos nobleza, con menos sagacidad, con menos sentido práctico, con trabajos aislados, rivales y de simple persona, puedan obtenerse en el país la confianza y entusiasmo, y la organización y recursos naturales

después de ellos, que podemos obtener con esa exhibición imponente de fuerza moral, y fuerza de guerra para el bien público? ¿No querrá Vd. con sus declaraciones, con su disposición a ponerse al habla con sus compañeros de armas, con su autorización para ofrecer en su nombre al país esas declaraciones de republicanismo y de respeto,—contribuir, realizando así y asegurando los lauros que su valor le conquistó en la guerra, a organizar por fin de un modo glorioso y grato a Cuba la guerra nueva que nuestros enemigos desean provocar y frustrar ahora, confiando en que nuestra torpeza, nuestras rivalidades, nuestra falta de patriotismo, les ayudarán a matarla en flor y a desorganizarla?—Vd. es, como nosotros, y como cada cubano, responsable de la catástrofe que la falta de preparación ordenada, entusiasta y unánime pudiera traer sobre el país, a quien las provocaciones de adentro o la impaciencia mal aconsejada de afuera lanzasen a una guerra que desea el enemigo, para empeñarla como le conviene, contra adversarios divididos, y escogiendo la hora. La historia nos ofrece un puesto envidiable. Nos limitamos a señalarlo.

Los cubanos reunidos en New York y la Comisión Ejecutiva que trabaja provisionalmente conforme a sus acuerdos, sólo desean, en privado y sin alarde de autoridad disponer los espíritus de las emigraciones de modo que por la declaración autorizada de los jefes y la fuerza unida e independiente de cada emigración por sí puedan en un día dado decir al país, sin mentira, cuál es el espíritu generoso y la fuerza real de los que desde afuera intentamos servirlo;—dar cuenta de lo hecho en una reunión de que ya no habrá que avergonzarse, y tendrá considerable resonancia e influjo en Cuba, a la emigración de New York;—y dejar, por lo que hace a New York en las manos de la emigración, que es la única que la posee, la autorización necesaria para continuar estos trabajos, hoy meramente privados y preparatorios.

Con júbilo,—porque el aplauso del país y el de la emigración nos dan ya derecho a él,—cumplimos al dirigirnos a Vd. como uno de los deberes que los cubanos reunidos aquí nos han impuesto. El país va desordenadamente a la guerra, y la guerra corre gran peligro si la dejamos estallar desordenada. El país no tiene ya, como debiera tener estando la lucha ya tan

cerca, un plan que lo una y un programa político que lo tranquilice. La decisión del país por la guerra será mucho mayor de la que es hoy, y los trabajos revolucionarios mucho más fáciles, cuando los enemigos de la revolución no puedan oponerle, como le oponen hoy por falta de declaraciones expresas en contra, el argumento de que la guerra no será más que el campo de los odios de jefes ambiciosos y rivales. Los jefes necesitan, para que la guerra sea posible, para su mismo crédito y autoridad, demostrar por su unión en el extranjero y su sumisión al bien público, que en vez de ser el azote de la patria son su esperanza.

A lo más noble de su corazón llamamos, pues, y a lo más claro de su juicio, para poder sin engaño decir al país:—“Que Vd, como nosotros, cree que la guerra de un pueblo por su independencia, fruto de un siglo de trabajo patriótico y de la cooperación de todos sus hijos, no puede ser la empresa privada ni la propiedad personal de uno que debe a la obra de todo el país la parte que el heroísmo le dio en la gloria común:—Que Vd., como nosotros, entiende que la guerra en Cuba debe organizarse y llevarse a cabo en vista del estudio y conocimiento de su problema actual y sus necesidades, y para el bien y paz de Cuba, no para el miedo de los que por haber ganado honor en su servicio pretendiesen valerse de él para explotarla en su provecho, o servir sus pasiones, o extraviarla:—Que Vd., como nosotros, llevaría a la guerra, con la energía que la guerra requiere, la indulgencia política y la sabia generosidad que de antemano deben ser conocidas, y creídas, en un país formado de elementos tan diversos, tan dispuestos al odio, tan temibles si nos ponen juntos de frente, tan útiles si por nuestra grandeza y cordialidad nos son neutrales:—Que Vd, como nosotros, no ayudaría la guerra con el fin impuro de dar la victoria a un partido vengativo y arrogante, sino para poner en posesión de su libertad a todo el pueblo cubano”.—Bien sabemos que todo eso debe estar en el espíritu de Vd; pero los pueblos no se cansan de ser tranquilizados. El corazón nos anuncia lo que Vd. ha de contestarnos. ¡Qué gran día aquel en que, revelando al país en una aparición suprema toda la virtud de sus servidores, presentemos de nuevo a Cuba, siempre ilustres por su republi-

canismo, aquellos a quienes nuestros enemigos, y muchos de nuestros amigos, presentan como el obstáculo al triunfo de la guerra, y el establecimiento de una república durable!

Y no ya para el público, sino para adelantar la preparación de nuestra obra organizadora, cumplimos otro de nuestros encargos al preguntarle si no cree llegada la hora, con la prudencia y miramiento mutuo que aconsejan los precedentes y la naturaleza humana, de que—por medio acaso de un cuerpo en quien no pudiera suponerse ansia de autoridad militar—se pongan al habla los jefes que en diversos lugares se ocupan en preparar el modo de prestar a Cuba sus servicios, puesto que así como sin el espíritu del país toda labor revolucionaria es vana, así serían impotentes y de incalculables males para Cuba, los esfuerzos aislados de aquellos cuyos esfuerzos unidos, distribuyendo la autoridad como nuestro territorio y organización permiten, serán incontrastables.—La disposición benévola de Vd. a un plan como éste es esencial a la eficacia de la obra revolucionaria. Y como en Cuba mira el Gobierno de España como su salvación única la probabilidad de interrumpir en su desarrollo espontáneo la nueva guerra, de forzarla a estallar antes de que tenga juntos sus elementos, y de estimular a invasiones aisladas a los jefes cubanos, ¿qué nombre mereceríamos los que contribuyésemos a esa temible y certera política, los que por terquedad, por soberbia o por celos ayudásemos a impedir la formación natural y la explosión vigorosa de las fuerzas revolucionarias? que no son sólo los valientes que pelean, sino el consentimiento del país, y el espíritu que las hace triunfar. ¿Cuándo, si la asesinamos ahora sus propios hijos, renacerá nuestra patria?

Con esas observaciones deja cumplido su grato encargo respecto de Vd, la Comisión Ejecutiva. Los hombres pueden errar, y los patriotas de buena fe pensar de distinto modo sobre los modos de preparar y conducir la guerra; pero cuando se trata como hoy de impedir con una campaña grandiosa y oportuna que se malogre el último esfuerzo que parece capaz de hacer la patria, dudar de la actitud de Vd. no sería cumplir un encargo, sino ofenderle: lo que no harán ciertamente los que tienen fe en su sensatez y en su patriotismo. Séanos dado, —ahora que podemos fundar o destruir,—fundar.

Seguros de su noble respuesta, somos de Vd.—
affimos. compatriotas:

JOSÉ MARTÍ

RAFAEL DE C.
PALOMINO
SECRETARIO

FELIX FUENTE

DR J. M. PÁRRAGA

Cuerpo Asesor Sres. Dr. J. J. Luis. Pedro Iraola. Francisco Sellén.
Un cubano. Un camagüeyano. Eduardo Ester. José E. Sánchez.
R. V. Aday. Porfirio Ramos. Antonio Saladrigas. Abelardo Peoli.
Ramón Rubiera. Manuel Peraza. Enrique Trujillo. Serafín
Bello. Coronel Emilio Núñez. Comandante José Rodríguez V.
J. J. Camino. Un cubano.

Un hombre para serlo debe cumplir su palabra a toda prueba.
[CON LETRA DE GÓMEZ]

Mi estimado Urioste: agregar la copia de la contestación según
borrador que te incluyo y déjalo dentro, quiero conservar estos
papeles

GÓMEZ .:

12 de la noche 26 de enero 1888. Pasaré por tu cuarto a reco-
gerlo.

Mañana voy a Colón

GÓMEZ

Cotejada con copia del original realizada por L. Urioste.
Fondo M. Gómez 4-538. Carta enviada por J.M. Párraga el 18
de diciembre de 1887.

Carta de Gómez a la Comisión de Nueva York

Panamá, 25 de enero/88

A la Comisión de Nueva York

Estimados compatriotas:

Con el interés que ella se merece, he leído la carta que esa Comisión me dirige con fecha 16 de dbre. ppdo.

A los patrióticos conceptos que en ella se expresan, solamente puedo contestar que yo no soy más que lo que puedo ser, un soldado defensor leal y entusiasta de la justa causa de un pueblo noble, valiente y tan cercano—que casi es la misma—a la tierra do se meció mi cuna.

Que siempre estaré pronto a ocupar mi puesto de combate por la independencia de Cuba, sin otra ambición que obligar a los cubanos que amen a los míos, y me recuerden mañana con cariño.

Con afectuosa consideración soy de VV s.s.

M. Gómez ∴

Cotejada con copia de puño y letra de Gómez. Archivo Nacional, Fondo Máximo Gómez, Caja 4, No. 605.

De Martí a Gómez

DELEGACIÓN DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO

Santiago de los Caballeros, Santo Domingo
13 de Septiembre 1892.¹

Señor Mayor General del Ejército Libertador de Cuba
Máximo Gómez.

Señor Mayor General:

El Partido Revolucionario Cubano, que continúa, con su mismo espíritu de creación y equidad la república donde acreditó Vd. su pericia y su valor, y es la opinión unánime de cuanto hay de visible del pueblo libre cubano, viene hoy a rogar a Vd., previa meditación y consejo suficientes, que, repitiendo [renovando] su [el] sacrificio² ayude a la revolución, como encargado supremo del ramo de la guerra, a organizar dentro y fuera de la Isla el ejército libertador que ha de poner a Cuba, y a Puerto Rico con ella, en condición de realizar, con métodos ejecutivos y espíritu republicano, el [su] deseo manifiesto y legítimo de su independencia.

Si el Partido Revolucionario Cubano fuese una mera intenciona, o serie de ellas, que desatase sobre el sagrado [suelo] de la patria una guerra tenebrosa, sin composición bastante ni fines de desinterés, o una campaña rudimentaria que pretendiese resolver con las ideas vagas y el valor ensoberbecido los problemas complicados de ciencia política de un pueblo donde se reúnen, entre vecinos codiciados o peligrosos, todas las crudezas de la civilización y todas sus capacidades y perfecciones;—si fuese una revolución incompleta; de más adorno

¹ Existen dos versiones de esta carta: la original, que transcribimos aquí; y la versión que circuló en la hoja suelta acompañada por la respuesta de Gómez. Esta hoja, al parecer impresa en los mismos talleres en que se componía el periódico *Patria*, está encabezada con el membrete de la “Delegación del Partido Revolucionario Cubano. (Reservado)” y ostenta la fecha del día 15 de septiembre.

² En la publicada en la hoja suelta, el 15 de septiembre, añade aquí la frase “con que ilustró su nombre”. Ver O.C., t. 2, nota 13, p. 161.

[palabras] que alma, que en el roce natural y sano con los elementos burdos que ha de redimir, vacilara o se echase atrás, por miedo a las consecuencias naturales y necesarias de la redención, o por el puntillo desdeñoso de una inhumana y punible superioridad;—si fuese una revolución falseada, que por el deseo de predominio o el temor a la sana³ novedad y trabajo directo de una república naciente, se disimulase bajo el lema santo de la independencia, a fin de torcer, con el influjo ganado por él, las fuerzas reales de la revolución, y contrariar, con una política sinuosa y parcial, sin libertad y sin fe, la voluntad democrática y composición equitativa de los elementos confusos e impetuosos del país;—si fuese un ensayo imperfecto, o una recaída histórica, o el empeño novel del apetito de renombre, o la empresa inoportuna del heroísmo fanático,—no tendría derecho el Partido Revolucionario Cubano a solicitar el concurso de un hombre cuya gloria merecida, en la prueba larga y real de las virtudes más difíciles, no puede contribuir a llevar al país⁴ más conflictos que remedios, ni a arrojarlo en una guerra de mero sentimiento o destrucción, ni a estorbar y corromper, como en otras y muy tristes ocasiones históricas, la revolución piadosa y radical que animó a los héroes de la guerra de Yara, y le anima a Vd, hoy como ayer, la idea y el brazo.

Pero como el Partido Revolucionario Cubano, arrancando del conocimiento sereno de los elementos varios y alterados de la situación de Cuba, y del deseo de equilibrarlos en la cordialidad y la justicia, es aquella misma revolución decisiva, que al deseo de constituir un pueblo próspero con el carácter libre, une ya, por las lecciones [pruebas] de la experiencia, la pericia requerida para su ordenación y gobernación;—como el Partido Revolucionario Cubano, en vez de fomentar la idea culpable de caer con una porción de cubanos contra la voluntad declarada de los demás, y la odiosa ingratitud de desconocer la abnegación conmovedora, y el derecho de padre, de los fundadores de la primera república, es la unión, sentida e invencible,

³ Tachada la palabra “sana”. *Ibídem*, nota 14.

⁴ Se añade la palabra “afligido”. *Ibídem*, nota 15.

de los hijos de la guerra con sus héroes, de los cubanos de la Isla con los que viven fuera de ella, de todos los necesitados de justicia en la Isla, hayan nacido en ella o no, de todos los elementos revolucionarios del pueblo cubano, sin distingos peligrosos ni reparos mediocres, sin alardes de amo ni prisas de liberto, sin castas ni comarcas,—puede el Partido Revolucionario Cubano confiar en la aceptación de Vd., porque es digno de sus consejos y de su renombre. [su consejo y renombre.]

La situación confesa del país, y su respuesta bastante a nuestras preguntas, allí donde no ha surgido la solicitud vehementemente de nuestro auxilio, nos da derecho, como cubanos que vivimos en libertad, a reunir enseguida, y mantener dispuestos, en acuerdo con los de la Isla, los elementos con que podamos favorecer⁵ la decisión del país. Entiende el Partido que está ya en guerra, así como que estamos ya en república, y procura, sin ostentación ni intransigencia innecesarias, ser fiel a la una y a la otra. Entiende que debe reunir, y reúne, los medios necesarios para la campaña inevitable, y para sostenerla con empuje; y que,—luego que tenemos la honrada convicción de que el país nos desea y nos necesita, y de que la opinión pública aprueba los propósitos a que no podríamos faltar sin delito, y que no debemos propagar si no los hemos de cumplir,—es el deber del Partido tener en pie de combate su organización, reducir a un plan seguro y único todos sus factores, levantar sin demora los recursos necesarios para su acometimiento, y reforzarlos sin cesar, y por todas partes, después de la acometida.—Y al solicitar su concurso, señor Mayor General, esta es la obra viril que el Partido le ofrece.

Yo ofrezco [invito] a Vd., sin temor de negativa, [a] este nuevo trabajo, hoy que no tengo más remuneración que brindarle [para ofrecerle] que el placer de su sacrificio y la ingratitude probable de los hombres. El tesón con que un militar de su pericia,—una vez que a las causas pasadas de la tregua sustituyen las causas constantes de la revolución, y el conocimiento de sus yerros remediables,—mantiene la posibilidad

⁵ Se adiciona “y mantener”. *Ibíd.*, nota 16, p. 162.

de triunfar allí donde se fue ayer vencido; y la fe inquebrantable de Vd. en la capacidad del cubano para la conquista de su libertad y la práctica de las virtudes con que se le ha de mantener en la victoria, son prueba sobrada [pruebas suficientes] de que no nos faltan los medios de combate, ni la grandeza de corazón sin la cual cae, derribada o desacreditada, la guerra más justa. Vd. conoció, hombre a hombre, a aquellos héroes incansables. [inmortales.] Vd. vio nublarse la libertad, sin perder por eso la fe en la luz del sol. Vd. conoció y practicó aquellas virtudes que finjen desdeñar, [afectan ignorar] o afean de propósito,⁶ los que así creen que alejan el peligro de verse obligados de nuevo o por segunda vez,⁷ a [o] imitarlas, y sólo niegan los que en la estrechez de su corazón no pueden concebir mayor anchura, o los soberbios que desconocen en los demás el mérito de que ellos mismos no se sienten capaces. Vd., que vive y cría a los suyos en la pasión de la libertad cubana, ni puede, por un amor insensato de la destrucción y de la muerte, abandonar el retiro respetado y el amor de su ejemplar familia, ni puede negar la luz de su consejo, y su enérgico trabajo, a los cubanos que, con su misma alma de raíz, quieren asegurar la independencia amenazada de las Antillas y el equilibrio y porvenir de la familia de nuestros pueblos en América.

Los tiempos grandes requieren grandes sacrificios; y yo vengo confiado a pedir [rogar] a Vd. que deje en manos de sus hijos nacientes y de su compañera abandonada la fortuna que les está levantando con rudo trabajo, para ayudar a Cuba a conquistar su libertad, con riesgo de la muerte: vengo a pedirle que cambie el orgullo de su bienestar y la paz gloriosa de su descanso por los azares de la revolución, y la amargura de la vida consagrada al servicio de los hombres. Y yo no dudo, señor Mayor General, que el Partido Revolucionario Cubano, que es hoy cuanto hay de visible de la revolución en que Vd. sangró y triunfó, obtendrá sus servicios en el ramo que le ofrece, a fin de ordenar, con el ejemplo de su abnegación y su pericia reconocida, la guerra republicana que el Partido está en la obliga-

⁶ Omitido “o afean de propósito”. *Ibíd.*, nota 17, p. 163.

⁷ Sustituido “de nuevo, o por segunda vez” por “a continuarlas”. *Ibíd.*, nota 18.

ción de preparar, de acuerdo con la Isla, para la libertad y el bienestar de todos sus habitantes, y la independencia definitiva de las Antillas.

Y en cuanto a mí, Señor Mayor General, por el término en que esté sobre mí la obligación que me ha impuesto el sufragio cubano, no tendré orgullo mayor que la compañía y el consejo de un hombre que no se ha cansado de la noble desdicha, y se vio día a día durante diez años en frente de la muerte, por defender la redención del hombre en la libertad de la patria.

Patria y Libertad.

El Delegado
JOSÉ MARTÍ

Cotejada con el manuscrito original. Según este, carta manuscrita en papel con membrete de la Delegación del Partido Revolucionario Cubano.

De Gómez a Martí

Santiago de los Caballeros, 15 de septiembre de 1892

Señor José Martí, Delegado del Partido Revolucionario Cubano.
Señor Delegado:

Al enterarme del contenido de su atenta nota, que contesto, en la cual me expresa los propósitos del Partido Revolucionario Cubano, cuyo Poder Ejecutivo, tan digna y acertadamente representa Vd., he sentido la más grata satisfacción, porque yo también me siento capaz de ser entusiasta y leal batallador por alcanzar la independencia de Cuba y aún es más mi satisfacción, por cuanto dado el Plan de Organización, para armar los elementos de fuerza de dentro y de afuera, que Vd. con tanto tino va llevando a término, para poder abrir cuando sea llegada la hora, una campaña vigorosa de seguro eso nos ha de dar la victoria.

En cuanto al puesto que me señala al lado de Vd., como a uno de los viejos soldados del Ejército libertador de Cuba, para ayudar a continuar la obra interrumpida, tan señalada honra, tan inmerecida confianza, no tan solamente deja comprometida mi gratitud, sino que al aceptar, como acepto tan alto destino, puede Vd. estar seguro, que a dejarlo enteramente cumplido consagraré todas las fuerzas de mi inteligencia y de mi brazo, sin más ambición y sin otro interés, que dejar bien correspondida, hasta donde alcance la medida de mis facultades, la confianza con que se me honra y distingue.

Para la parte de trabajo que me toca, para la parte de labor revolucionaria que me corresponde, desde ahora puede Vd. disponer de mis servicios.

Patria y Libertad

M. GÓMEZ

Delegación del Partido Revolucionario Cubano (Reservado)

Cotejada con copia mecanografiada. Fondo M.G. (AN) 6.749.

De Martí a Gómez

Sr. Máximo Gómez

Mi amigo querido:

¿Qué le diré, en estos cariños que me rodean, los más tiernos y vehementes, desde mi llegada? Ni un instante hasta este, en que el inolvidable Jaime Vidal me lleva a bordo, después de atenciones sin cuento, en que acabo de leer un afecto vivo en los ojos de su hija, en que salgo de la Sociedad de Amigos del País, reunida para saludar en mí al americano creyente y al viajero discreto, ni un instante he estado solo. He hecho cuanto debía, y de todo le daré cuenta minuciosa de New York. De Vd, todo lo he hecho, todo lo he desviado y explicado, con la vigilancia y cariño que le debo. De Cuba, dije cuanto ha sido preciso para que nos la traten con respeto. Al Presidente¹ creí innecesario e imprudente verlo. De González,² el Ministro de lo Exterior, he recibido las más finas consideraciones. De los demás ministros, llevo cartas serviciales para todo el viaje. De la sociedad más distinguida he recibido, en día y medio, tales pruebas de estima, y de amor por Cuba, que contarán estas pocas horas de Santo Domingo entre las más satisfactorias que para mi patria y para mí recuerdo. Los cubanos, nieve al principio, por recelos justos, quedaron en abrazo. Déjeme acabar: todos me esperan. La barca sale para Barahona. Una sola cosa le digo, y es que, si azares que creo enteramente previstos y en que no tengo razón ninguna para creer, ni la menor razón, me lo inquietasen alguna vez, piense que allá tiene un corazón en que caer. Acá, más que en todo, en Vd. he pensado, y por Vd. he hablado. Gran gusto tuve en la conversación sustanciosa y franca del Dr Meriño.³

¹ Ulises Heureaux (Lili), conocido por “el Pacificador”, amigo de España. Colaboró con los preparativos de la expedición Martí-Gómez.

² Ignacio María González.

³ Fernando Arturo de Meriño, ex presidente y arzobispo de Santo Domingo.

Adiós: a su casa, el cariño profundo que me inspira. Y a Vd.,
lo que no tiene para qué decirle

su

JOSÉ MARTÍ

19 Stbre de 1892—

Cotejada con el manuscrito original.

De Martí a Gómez

Key West, mayo 6 de [1893]

General Máximo Gómez

La Reforma.

Mi General y amigo:

Desde ayer, porque sólo un día ha pasado desde que lo vi, hace cerca de un año, sólo he vivido, con lo que me queda de cuerpo, para cumplirle lo que le ofrecí. No puede tener idea de mi vida. No le escribía porque Vd. me veía vivir, y nos lo habíamos dicho todo de una vez, y sólo la flor de mala tierra necesita el riego de todos los días, y Vd. sabía en qué andaba yo. Yo no tengo miedo de que Vd. me juzgue mal: Vd. me conoce, y me quiere. La fuerza entera la he gastado en poner a nuestra gente junta, en torcerle las intrigas al gobierno español, en salirme de la red que con sus visitas y espionaje nos tiende en la casa propia, en salvar la revolución indudable de lo único que la amenaza:—de la traición de los que la sirvieron una vez, y hoy sirven al gobierno español. ¿Y me habré yo equivocado con Vd., y lo grande de su alma, y mi fe en que mi carta diaria a Vd., la carta nunca escrita que Vd. recibía, era mi vida sin sueño y sin salud, en el cumplimiento mortal de todo nuestro deber, desde el más alto hasta el más humilde? Vd. y su casa han vivido conmigo. Ya me verá, ahora que voy, hecho un cadáver. Pero ha sido por ponernos en condición tal que al alcanzarme, camino de los últimos preparativos, la noticia temida del alzamiento de Holguín, y abandonarlo todo para tomar las riendas alborotadas en el Cayo,¹ he podido convertir la derrota que ya se anuncia, de los hermanos Sartorius,² precipitados o engañados, que debían ir en mayo a La Reforma a verse con Vd., y conmigo, en una victoria verdadera, en un esfuerzo tan vigoroso de las emigraciones, en dinero y unión, que él nos dejaría con crédito mucho mayor que el que pudiéramos perder con la presentación, aún increíble, de los holguineros. Su amenaza

¹ Key West, ciudad de la Florida, los Estados Unidos.

² Ricardo y Manuel Sartorius.

continua me ha tenido angustiado todo este año, sin poder llevar mis esfuerzos a la distancia en que hubieran dado mayor fruto: los amigos aparentes del alzamiento aspiraron a perturbarle a Vd. el corazón, y a destruir ivaya una manera de ayudar a la guerra!—el plan con que la hemos estado preparando; pero caso de que, como de Cuba dicen y el raciocinio niega, se hayan presentado sin batalla y a los pocos días de alzarse los Sartorius, del entusiasmo de este suceso, y de la filosofía francamente aceptada de su fracaso posible, he sacado tal ímpetu que en verdad la equivocación de Holguín, en cuyo mal éxito no quiero creer, nos dejaría con más unión que la que tuvimos jamás, con un entusiasmo duradero y reflexivo, y con casi todo el tesoro necesario.

Imposible me es escribirle de todo. Tres días hace que llegué. \$30,000 he levantado, en la cara de la derrota, en el Cayo sólo. He desviado la intriga contrarrevolucionaria que, de parte de los revolucionarios aparentes, dos o tres acomodados o vendidos, nos preparaba el gobierno desde la Habana. He convertido en triunfo el desbandamiento de nuestro pueblo, que parecía inevitable si tras tanto esperar, y ver al fin la primera luz, caía la guerra en su primer arranque, sin ver que no era la guerra lo que caía, sino la impaciencia o imprudencia de ella, no la guerra bastante y prudente. Y ahora, obedeciendo,—si me lo querrá creer—a la obligación del momento y al cariño, corro a verlo, pasando por New York, adonde llegaré como el 15, y de donde saldré en el primer vapor, en el que más pronto me lleve a Vd.—No le explico, pues, mi primer cablegrama por el Cabo,³ ni el que envié a Jamaica,⁴ los explicaré en persona. Después del primero, la certidumbre del descubrimiento de los Sartorius, la incomprensible familiaridad con que se hablaba en la Habana de nuestros detalles más íntimos después del viaje seguro y repetido al Cayo y a verme de Julio Sanguily, y el trastorno causado por la publicidad e impunidad de él en la

³ Se refiere al cablegrama del 15 de marzo de 1893. Ver José Martí. Epistolario, t. III, Ed. cit., p. 300.

⁴ Se trata del cable del 15 de mayo de 1893, remitido a Bolívar. *Ibidem*, p. 344.

organización adelantada de la Isla, se juntaron a mi enfermedad y la agravaron, hasta el punto de que, aunque desde mi cama no he faltado a todo lo urgente, estuve un mes sin poder alzar la cabeza de la almohada. El viaje de Julio, sin resultado positivo, me desvió un mes de lo que en él pude hacer, y, por la colecta de él en el Cayo, desmoralizó a los que tenía yo criados para contribución mayor, base esperada de negocios con ella fáciles. Por eso hube de poner a Vd. un cablegrama enterándole de la situación, y, siguiendo las cosas, y estando yo a todo, y no pudiendo llegar a Vd., lo que llega hasta mí, y estando avisado de que el gobierno astuto se vale de amigos indiscretos o inexplicables de nuestras propias filas para sacar la verdad de Vd. y de mí, insisto en que, por la salvación de lo que amamos, oiga Vd. con reserva, sea de quien sea, y vaya quien vaya, lo que de la Habana, con extrema impunidad y pretextos plausibles, pudieran ir a preguntarle. Yo estaré allá, aunque sea a rastras, para el 22 de este mes. Dejo en tanto preparado en cuanto cabe, y estudiado lo que puede ser, y voy a sus consejos y opinión, y a ver qué cree Vd. que conviene que hagamos en la situación que para entonces se mantenga. Hasta hoy écuándo, con la mano cansada de tanta pequeñez, y seguro de su confianza y cariño, iba a encontrar hora de escribirle las cartas que Vd. leía, día por día, en mis enfermedades, en mis caídas, en mis logros, en mis preparaciones, en mi silencio ante las tramas y desvergüenzas en que, negando el sol, querían envolverme, el nombre de Vd.? Fió en Vd., con una fe que yo sé que está bien entendida y pagada. Comisiones, diarios, colectas, gente de Cuba, todo me rodea en este instante, y no puedo mover apenas la salud deshecha. Se me va el vapor. Repito mis ruegos; lo invito nuevamente a recibir con cautela, sin excepción alguna, por los peligros de la indiscreción de los nuestros, u otros peligros, cualquier mensaje curioso o visita de la Habana; y voy a Vd., como si lo hubiera visto ayer, seguro de que fue ayer cuando lo vi a Vd., y anheloso de verlo otra vez en el rancho histórico para mí, y de verle la gloria de su casa. Su

JOSÉ MARTÍ

Me rodean, sin saber q. le escribo, Fernando, Serafín, Rogelio,⁵ que ya quiere ir a Vd., todos los que lo quieren a Vd. tanto. El Delegado

Cotejada con fotocopia del manuscrito original.

⁵ Fernando Figueredo, Serafín Sánchez y J. Rogelio Castillo.

De Martí a Gómez

Señor General Máximo Gómez

General:

No le quiero escribir. Lo que llevo en el alma, no cabe en palabras. Véame siempre a su lado, que lo envuelvo con mi corazón. Si quiere saber más de mí, pregúntelo a sus hijos. Déjeme callar. Ahora, a hacer lo que falta.

El cuerpo flojo, y Dellundé,¹ bueno. El sábado salgo. Escribo a Guelito lo que debo, y lo que conviene. Todo protege y guía. Yo, merced a la grandeza de Vd., llevo en el alma uno de los goces más limpios del mundo. Protéjame con su pensamiento, y no deje que me olviden en su amada casa.

Su

JOSÉ MARTÍ

Cabo Haitiano, 6 mayo 1893²

Cotejada con fotocopia del original.

¹ Doctor Ulpiano Dellundé y Prado, fue después, en Haití, del Partido Revolucionario Cubano.

² Al parecer, por error, Martí fechó esta carta como escrita en mayo en vez de junio. Como se conoce, luego de su encuentro con Gómez, Martí parte el día 5 hacia Cabo Haitiano en su ruta hacia Costa Rica.

De Martí a Gómez

New York 29 [30] de agosto de 1893¹

Sr. General Máximo Gómez

Mi muy querido General:

Yo mismo quisiera ser la carta, porque es mucho lo que tengo que decir, y entre la menudencia de tantos detalles, casi me enoja tener que hablar con Vd. con las mismas trabas de papel y pluma con que hablo con los demás. Ni la gravedad y cercanía creciente de nuestras cosas me dejan calma y espacio para explicárselo todo de la manera que podría en una conversación. Acaso será también que recuerde con ternura y orgullo las que he tenido recientemente con Vd., y ante aquella grandeza sencilla me parece enano este comercio [comercio] por cartas.

Creo, General que “edificamos mejor de lo que nos imaginábamos”, como se dice en inglés, y que por todo lo que se ve, y sin cometer imprudencia y quedarnos cortos en lo necesario, tendremos que acelerar nuestra acción, y podremos acelerarla. Vd. irá juzgando.

Cuando los sucesos de Holguín, fue mi pensamiento, a pesar de la escasez de los recursos destinados a estos gastos de preparación, cubrir por una parte la Isla de comisiones, a decir lo que podíamos y pensábamos hacer y lo que deseaban y podían ellos, mientras que yo por la otra acordaba con Vd. la organización que le pudiéramos dar al impulso que ha de ir de afuera. Vi a Vd., y adquirimos la convicción de que, con opinión oportuna en la Isla, podíamos ajustar nuestras expediciones a

¹ “No obstante haber sido fechada por Martí el día 29, consideramos que corresponde al 30 de agosto, debido a que alude a su respuesta ‘enseguida’ al cablegrama recibido del Cayo, y transcribe el que él le dirigiera a Serafín, cuyo original, con fecha 30 de agosto de 1893, se encuentra en el archivo de Serafín Sánchez [del Archivo Nacional], lo que demuestra que esta carta fue escrita después de haber cursado el cablegrama.” (Nota de los compiladores L. G. Pascual y E. H. Moreno Plá: José Martí. Epistolario, t. III, Ed. cit., nota 1, p. 392.)

las sumas con las que sin engaño podíamos contar. A lo que entonces hablamos faltaban detalles, pero allí, con gran júbilo mío, quedó compuesto todo lo esencial. Ahora le iré diciendo cómo se han presentado desde entonces las cosas.

A mi paso por Haití, vi con mis ojos que sería imprudente fiar la muy delicada misión que le preparábamos a Masó;² y me abstuve de poner en sus manos la orden de Vd.—Ni el estado de ánimo de Masó, muy preocupado con luchas personales suyas, ni su actitud hostil y conocida respecto de Heureaux³ después de una cesión de armas nuestras, unos quince rifles, a sus enemigos, lo hacían, aparte de otras razones, propio para las funciones que él comenzó a aceptar, pero que no llegué a detallarle yo.—Y seguí a Costa Rica.

Era allí mi principal objeto poner en conocimiento del general Maceo las instrucciones que de Vd. le llevaba, y el espíritu de cordialidad y porvenir que mueve esto que hacemos. Yo, que no pongo prisa en censurar ni en absolver, tengo gusto grande en decirle, uniendo la prudencia al natural deseo de hallar buenos a los hombres, que Vd. y yo debemos estar contentos de la aceptación plena y afectuosa por el General Maceo de la parte de obra que considera Vd. como natural de él, y que él acogía de antemano en la carta que envió a esperarme a Puerto Limón. Lo traté con la verdad angustiosa y honda que está en mí, y no creo engañarme al decirle que él, y lo que le rodea, está pronto a ocupar su puesto en el pensamiento general, y a ocuparlo con entusiasmo y fe. Debo decir por lo que conozco de los hombres, que nunca temí que fuese de otro modo. Ni esperé para Vd. menos respeto, y asentimiento por lo menos cordial, que el que me mostró al aceptar sus obligaciones, y reconocer la elección recaída en Vd. por sus antiguos compañeros, para ordenar y dirigir nuestro ejército de ayuda, que tardará pronto, por todo lo que se ve, en ser el de nuestra libertad. Enemigo yo de exageraciones que son delitos en cosas tan delicadas como estas, no le pinté más situación que la que entonces nos era conocida: no le describí la condición de

² Coronel Juan Massó Parra.

³ Ulises Heureaux.

Oriente, entonces menos clara que hoy, sino con la confusión con que a aquella fecha la veíamos, y que a él, como a mí mismo, no le pareció de difícil remedio: y acaso por esto, o por el deseo natural de conciliar su servicio patriótico con algunas obligaciones personales, o por convicción suya sobre lo oportuno de la época, parecía inclinarse a creer que tendríamos tiempo de aguardar hasta diciembre, aunque yo en todo momento hice hincapié con aquiescencia suya, en la necesidad de estar desde entonces dispuesto para todo instante. De la sinceridad de su determinación, y de que ésta era previa a mi visita, me dio pruebas con el hecho de haber transformado sus obligaciones directas con el Gobierno de Costa Rica en compromiso personal entre cada uno de los colonos y el Gobierno. Ni hizo tampoco ocultación al Gobierno del verdadero propósito de mi visita, sino que él me acompañó a las que desearon de mí el Presidente y el Ministro de la Guerra, con quienes dejé abierto cuanto camino pude, y ante quienes traté libremente de nuestros intentos, y de la parte que naturalmente tenía en ellos el general Maceo. Tal fue en sustancia mi entrevista con él. Su hermano, y dos compañeros suyos, se pusieron por telegrama a nuestras órdenes. De Flor hallé carta amplia aquí, y de propósito, por cierta diferencia que aún tenían, hice a Maceo mensajero de todo lo que a él mismo le había dicho, y he repetido luego en carta a Flor. Flor no pudo venir, porque no está bien de dinero y depende ahora de otros en la finca en que está. Ni pude ver a Cebreco,⁴ sino por recado. En algo más fue beneficiosa la visita a Maceo, y es, en saber que él no desea expedición grande, ni barco de aquí, ni cree que le acompañen,—ni lo desea,—más que unos cuantos Jefes y Oficiales escogidos.

⁴ Agustín Cebreco y Sánchez. (El Cobre, Oriente, 25 de agosto de 1855, La Habana, 19 de diciembre de 1924). Por méritos militares en todos los años de lucha durante la Guerra Grande, logra alcanzar el grado de Coronel. Toma parte en la Guerra Chiquita hasta que, prisionero de los españoles, es deportado a la Metrópoli. En 1884 escapa junto con el general José Maceo de la cárcel de Mahón, en las Islas Baleares. Más tarde pasa a Francia. Luego a Costa Rica, donde al estallar de nuevo la revolución en 1895 parte en la expedición Crombet-Maceo, que arriba a las costas de Cuba el 1ro de abril de ese año. Al concluir la contienda bélica, ostentaba el grado de Mayor General.

Para él, el plan está en que le adelantemos cuanto podamos la organización en Oriente, en que se pueda él poner, como quedó en ponerse enseguida, al habla con los elementos de pelea de la región, y en el poco dinero que con esos proyectos necesita, y los mismos cubanos de Costa Rica, que ya quisieron reunirle \$5.000 cuando lo de Holguín, darán al Partido para él. Esto es como una tercera parte menos de los gastos que pensábamos.—Y así quedó en parte.

De Costa Rica volvía yo con angustia. Nunca creí que lo poco que llevábamos hecho había bastado para crear en la Isla una situación tan favorable. Temí que ciertas comarcas despaciosas, aun entre nuestra misma gente revolucionaria, nos pusiesen entorbo, o pidiesen espera, por el incidente de las reformas. Me inquietaba el temor de ir llevando, a pareja difícil y acaso imposible, las emigraciones desmayadas por falta de empleo, y la Isla larga e indecisa. Me entristecía pensar que por acá lo tuviéramos realmente casi todo, y que nos fuera inútil, porque no estuviese a punto lo de allá. Y el tiempo va a faltarme de seguro para contar a Vd. minuciosamente lo que me esperaba. Me engañé. No sólo recibí respuesta satisfactoria, y en los más casos apremiante, por las comisiones que volvían; sino que no he cesado de recibir visitas espontáneas, y solicitud de acción, de lugares como en Santiago de Cuba, por el silencio o confusión de ánimo de Yero,⁵ no se había dado curso a los trabajos que acatando la opinión pública puse desde el principio en sus manos. Le diré en globo, después de idas y venidas, como parece, hoy estar todo, por el informe directo de los comisionados. En Oriente, las cosas se encadenan, aun sin la acción de Maceo, que contribuirá tanto a anudarlas: envié a un comisionado a inspeccionar y ligar todo el Departamento, pero—y de eso le hablaré al fin—Julio Sanguily, con la razón de salvarle la vida lo hizo volver de La Habana al Cayo: pero de allí venían; casi al mismo tiempo, las respuestas a lo que enviábamos a preguntar. De Holguín me anuncian los Sartorius,—y yo investigo—que su organización no está deshecha, sino aguardando. En Guantánamo, según me dice Juan Pastor Sánchez, el Pelado,

⁵ Eduardo Yero Buduén.

sobre lo que yo sé, hay núcleo grande, que espera armas nuestras. Moncada, pobre y dispuesto, me da prisa. En Baracoa y Manzanillo, en Baracoa sobre todo, hay buenos núcleos, y mucha voluntad popular. Lo que nos faltaba era Santiago, y allí han tomado sobre sí la obra, por dos vías que se juntan, los más humildes con su club activo, y los jóvenes de más representación de la ciudad.—Me avisan, en la oficina que no tengo modo de aligerar de gente, que el correo está al salir, y debo ir aglomerando las noticias.—El Camagüey se ha constituido; con todos los buenos dentro de la Junta, y viene en su nombre a verme Alejandro Rodríguez: lleno de satisfacción, y de hechos gratos, volvió de allí el juicioso Comandante Varona Batista, que nos acompaña, y está ahora con Rogelio:—perdió su esposa el pobre Rogelio.—De Las Villas, vea lo que le dice Carrillo,⁶ a quien no he querido acercarme, seguro de que con Vd. está él, y de que lo mejor es caer como un rayo sobre todo a última hora, sin enseñarle mucho los caminos con idas y venidas al enemigo. En Cienfuegos, por tres núcleos distintos, tenemos buena gente. Reguera, hijo de uno de los hacendados más ricos,—Federico Zayas, que campea por Cruces, Ranchuelo y cercanías,—y un grupo de veteranos: éstos nos piden armas: Reguera se procura las suyas: de Sancti Spíritus, creo que hay hecho cuanto se puede hacer, y después de la entrevista de Pepa, la mujer de Serafín, con Carrillo en la Habana, creo que irá muy adelante todo lo de allí, Remedios y Trinidad. En Sagua, está Emilio,⁷ que no parece desear la guerra, ni estar dispuesto a quedarse fuera de ella, según me dice, cuando la vea estallar a su alrededor.—En Matanzas, de acuerdo con lo poco sano de La Habana, trabaja un grupo de lo mejor de la ciudad, muy bien repartido por el campo, y hoy ya en íntima comunicación,—y esto sí ha sido júbilo para mí,—con Enrique Collazo, de quien recibí una cariñosa carta, con esa que le incluyo a Vd., por el comisionado que devolví con los brazos abiertos.—Los de Matanzas se tocan con los grupos, capitaneados casi todos por médicos, de la Vuelta Abajo: tres grupos,

⁶ Francisco Carrillo.

⁷ Emilio Núñez.

que se extienden hasta el extremo occidental.—Manuel García, en carta triste y sumisa, espera órdenes.—Este, en cuadro brevísimo, es el estado de nuestras relaciones en la Isla, que funcionan hoy todas a una voz y con nuestro plan uniforme.

Pero sucede, como es natural, que el gobierno, aunque no nos toma un hombre ni un papel, gradúa nuestra fuerza por nuestro tesón y actividad, y da muestras de querer ganarnos por la mano. Y como nosotros tenemos,—porque lo que falta ya cae inevitablemente dentro del tiempo indispensable para la preparación armada,—todo lo necesario para la expedición de Vd., para la de Las Villas, para la de Maceo, y para las armas que de tres lugares principalmente se nos piden, si no engañan los datos casi definitivos sobre buques buenos, yates de a quince nudos, que tengo en manos;—creo que es ya la hora, p^a. impedir desastres y caer antes de que nos esperen; de ir llegando—y en dos meses podemos hacerlo todo sin escándalo—a la hora final. Yo ahora envío otra noticia General a Cuba, p^a. q. se vayan disponiendo a la cercanía. Afuera, de una brazada, recojo lo que falta en el mes que entra, y dispongo ya de más cerca la compra de armas, que no ha de ser sino días antes de su reparto para Cuba y nuestras salidas; y en cuanto a nuestro barco, muy calladamente, le junto aquí de 25 a 30 hombres de pericia, o de juventud brillante y conocida, mientras Vd., junto con todos sus consejos me envía de allá, o me prepara, su noticia sobre el puerto adonde lo he de ir a buscar —Cayo Grande por Chuchú Aybar, o Fortune Island, que tengo un poco vista, o lo que Vd. disponga,—y sobre si puede asegurar allá, o se ha de buscar por otra parte, el práctico que nos lleve a la Isla. Al vuelo voy poniendo estas ideas, por la prisa de perder todo un vapor. Pero no espere de mí, bien lo sabe Vd., precipitaciones ni imprudencias. No saldremos hasta que por allá haya cuajado la cosa un poco más. Pero es ya mucha la zozobra del gobierno: y nos dará ya muy poco tiempo: Úrgenos aprovecharlo. Así escribo a todos, y a Maceo y Flor ya escribí. Y a Carrillo, presintiendo y anticipando la respuesta de Vd. En suma, completo los fondos, mientras aviso y junto a Cuba, y preparamos con el cuidado que ve, para antes que España las espere, las tres expediciones simultáneas. Vd. me dirá lo que necesite para

reunir cerca de Vd., los que lo han de acompañar. Por supuesto quedará un pan para las santas casas.

Pierdo acaso el vapor, vea lo que sucede y lo que he hecho. A Teodoro,⁸ lo recibe Julio en la Habana, y lo hace volverse al Cayo: él le facilita la vuelta, le trae los pasaportes, se ofrece a acompañarlo al vapor. Y al mismo tiempo, como si cosa semejante estuviese esperando al paso casual de Teodoro por la Habana, le dice que, enseguida, sin tiempo suficiente para tratar conmigo, necesita \$4.000 pesos del Cayo para recibir a caballo a Callejas,⁹ que es su enemigo.¹⁰ Y del Cayo, que le dio hace poco \$1.400 p^a. un alzamiento que decía tener listo y paró en lo que Vd. sabe,—me envían hoy este telegrama nuestros tres amigos Serafín, Teodoro y Fernando:—“Imposible detener: y abandonar Julio imprescindible remitirle dinero pedido según informe Teodoro conteste inmediatamente”.—Yo, que procuro resolver con juicio, que ya había previsto esta ofuscación de nuestros amigos, y que tengo en mi poder una carta de Julio dirigida a Serafín un día o dos antes del viaje de Teodoro en que le dice que “ya se perdió la ocasión, y que debemos entender que el país no quiere la guerra, contesté enseguida así, dejando sinceramente la puerta abierta a los servicios futuros: “Acuerdo Gómez en ejecución y conocimiento verdadero estado cosas Cuba prohibennos comprometer revolución y Julio mismo: yo carecería excusa autoridad decidiendo acción imperfecta, contra planes organizador guerra, cuando terminamos ya acción perfecta. Lo racional es Julio sálvese saliendo para volver luego sin comprometer ahora situación cada día más feliz. No se ofusquen y vean lejos: digan Julio caso apremio salga”. Ojalá esta resolución mía, que tomé sin esfuerzo ni combate, por lo claro del caso, halle la entera aprobación de Vd.—Yo debo terminar aquí. Perdóneme la mano insegura, de escribir toda la noche, y hoy sin cesar. Mi carta verdadera, está en esas líneas impresas que para Vd. me saqué

⁸ Teodoro Pérez.

⁹ General Emilio Callejas e Isasi, militar español, que era entonces Segundo Cabo y poco después Gobernador General de Cuba.

¹⁰ El subrayado es de Martí.

del corazón.¹¹ Y su casa o no es la mía? Quiera y responda
enseñada, para apremiar y guiar, a su

JOSÉ MARTÍ

Cotejada con el manuscrito original.

¹¹ Se refiere a su artículo “El General Gómez”, publicado el 26 de agosto de 1893, en Patria.

De Gómez a Martí

[Montecristi], 18 de septiembre de 1893

A Martí:

Con el interés que V. debe suponer he leído su carta informe (fecha).¹ Hemos llegado, creo yo, a los momentos que es necesario ser concisos, es decir, hacer mucho y decir muy poco.

A la verdad, no creía yo que estábamos tan preparados para poder pasar al campo de la acción [sic] tan pronto como V. me da a entender. Sin embargo, temo mucho que su patriotismo, sin reservas ni condiciones, le tenga un tanto ilusionado y por eso crea que tengamos poco que hacer, cuando en realidad nos falta mucho para poder hacerlo en corto tiempo. Y voy pues a probar si puedo indicárselo.

La congregación (pues yo no he dicho aún una palabra a ningún jefe) de varios elementos indispensables para abrir la campaña, no es asunto, a mi juicio, ni de un mes ni de dos. Luego, es necesario considerar que tenemos muchos hombres que si no se les facilitan los medios no se pueden mover. Eso es tratándose de acá fuera, que ahora, para enviar allá adentro a prepararlo todo, piense Vd. lo que debe hacerse. Vd. puede decirme, que ya ha mandado, en hora buena, pero no he mandado yo ni han mandado otros jefes. De ahí cartas como la de Carrillo,² que V. leyó, que revelan las dudas y no saben a qué atenerse, en realidad. Yo he tenido que enviar con dinero prestado, un comisionado al Camagüey pues yo no me moveré sin primero entenderme con los principales jefes militares. Tengo necesidad inevitable de moverme personalmente, junto con el Brigadier Borrero,³ por estas tierras, con pretextos que son dispensables para cubrir apariencias y comprar voluntades—preparando bien para ambos la parte q^e. debe tocarnos en la arrancada—y para todo eso se necesita dinero.

¹ Se refiere a la extensa carta-informe que Martí le dirigiera, fechada en Nueva York el 29 agosto de 1893, en la cual le notifica el resultado de su viaje por Costa Rica y Haití.

² General Francisco Carrillo y Morales.

³ Francisco Borrero y Lavadí (Paquito).

Es necesario pues—y no olvide V. esto nunca—no parar el juego ni un momento, cueste lo que cueste, desde el momento que se mueva una sola pieza. Cualquier delación o interrupción implicaría graves peligros, sino suficiente tal vez, para proporcionarnos un fracaso por lo menos sí, para colocarnos en una situación erizada de dificultades, que por de contado (y debemos esperarlo) bien sabrían aprovechar nuestros enemigos u opositores, y los amigos de los españoles y los españoles mancomunados todos.

Yo estoy a oscuras y lo están ellos también del puesto, que los jefes deben ocupar, porque no he tenido ni tiempo ni medios con qué poderme ocupar de esa parte tan importante, y sin llenar o atender esa necesidad, nos exponemos a llevar consigo, si nos movemos de cualquier modo, el contagio de la indisciplina y el desorden.

Además de varios jefes de adentro con quienes tengo necesidad de entenderme, la hay también de hacerlo con otros q^e. están fuera, como por ejemplo, los Maceo,⁴ Crombet,⁵ Rodríguez,⁶ Torres,⁷ Cebreco,⁸ Sánchez y otros con quienes no se ha cambiado ni una frase del Plan, seguro y bien combinado de auxiliar o invadir. Bien sé cuanto puede V. haber pensado y dicho en ese sentido y acaso acertadamente, pero yo no se nada ni he dispuesto nada que llegue a ellos por mi medio, para que me quede el derecho y la autoridad necesarios, desde aquí, de hacer cumplir y obedecer las ordenes que se den.

⁴ Se refiere a los generales Antonio y José Maceo y Grajales.

⁵ Brigadier Flor Crombet y Tejera.

⁶ General Rafael Rodríguez y Agüero.

⁷ Mariano Torres y Mora (Holguín, 28 de agosto de 1836–4 de febrero 1930). Durante la Guerra Grande alcanza el grado de Coronel, cuando se firma el convenio de paz. Con el levantamiento en armas de algunos patriotas en la llamada Guerra Chiquita, se alza en Jiguaní, Oriente; pero fracasado el intento de independencia, abandona el país. Reside en algunas repúblicas de las Antillas y Centroamérica durante la tregua necesaria. Reanudada la guerra en 1895, logra partir de Jamaica, y arriba a las costas de Cuba por la provincia de Oriente, el 19 de noviembre de ese mismo año. Finaliza la contienda como Mayor General.

⁸ Coronel Agustín Cebreco y Sánchez.

Así pues, para yo poder atender a todos esos detalles que dejo expresados, para yo poder empezar a moverme sin ruido y comprar pretextos que me cubran, es necesario q^e. V. haga llegar a mis manos, y de una manera sigilosa (Chuchu⁹ es buen medium) mil pesos.

He lamentado, la debilidad de V. y mucho más la de los del Cayo en acceder al envío de la suma que pidió Julio—Quiera Dios que no resulte algo así parecido a lo del Purnio—pero con mayor descrédito por haber salido los auxilios de nuestro seno.

Espero activando por acá como pueda.

Como siempre lo he sido quedo sirviéndolo, su amigo sincero y compañero

G

Sus memorias de viaje, estampadas en el número 76 de Patria¹⁰ han venido a conmover descomponer mi hogar más de lo que el estaba, pues hasta Clemencia¹¹ quisiera cambiar sus faldas por pantalones—

Original en el Archivo Nacional. Fondo M. Gómez, Caja 1, Exp. 72.

⁹ Manuel de Jesús Aybar (Chuchú), empresario dominicano socio de la importante casa comercial Jiménez y Compañía, de Montecristi. Fue amigo personal del general Máximo Gómez, a quien sirvió y ayudó en difíciles situaciones.

¹⁰ Alude al relato que Martí publicó en Patria con el título “El general Gómez”, el 26 de agosto de ese año. En O.C., t. 4, p. 445.

¹¹ Clemencia Gómez Toro, hija del general Gómez.

De Martí a Gómez

[Nueva York, 10 de noviembre de 1893]¹

Sr. Mayor General Máximo Gómez

La Reforma.

Mi General y amigo:

En persona, y no por carta, iba a contestar la estimable de Vd. que llegó a mis manos junto con un alcance sobre los mil pesos que le envié el mismo día en que me vinieron sus letras. Iba en persona, porque sólo así podía explicar a Vd. los minuciosos detalles de la situación de Cuba, y—sin tomar ofensa de lo que me dice—demostrarle cómo la explicación que le hacía en mi carta anterior no provenía del menor deseo mío de realzar mis servicios, ni de mermar a Vd. la autoridad indispensable, y que por mis propias manos he puesto en las suyas, después del voto de la gran mayoría de los jefes y oficiales de la emigración, y con anuencia, aplauso y solicitud de los núcleos revolucionarios de la Isla. Pero estos se dan tal prisa, algunos de ellos están en tal peligro, y su comunicación íntima y frecuente conmigo, que estoy más cerca, es tal, que es deber mío, hoy como ayer, poner ante Vd. la situación real, a fin de que pueda ajustar a ella los arreglos que son de su exclusiva competencia.

Y ahora mismo escribo a Vd. estas líneas al gárete, porque, en confirmación de lo que antes anuncié a Vd., y aunque pude sofocar el movimiento intentado en Guantánamo para el 8 de octubre,—se ha alzado Cienfuegos hace cuatro días, y Villaelara según parece, con gente nueva y vieja,—el gobierno ha cortado todas las comunicaciones, las emigraciones están hirviendo, y yo le escribo con todo esto a cuestas, con las riendas de la razón muy en la mano, pero con un barco pronto para llevar 150 hombres a Cuba, y cuanto armamento puedan introducir sin embarazo, caso de

¹ La noticia del alzamiento de Cruces y Lajas se recibió en New York, el lunes 6 de noviembre de 1893. En esta carta, Martí le comunica a Gómez: “se ha alzado en Cienfuegos hace cuatro días”, lo que indica que esta fue escrita el 10 de noviembre de 1893.

que—contra lo que espero y acaso deseo—Carrillo, según dice el cable de hoy, se haya visto, por el peligro de la persecución, obligado a alzarse.—Yo no fomento algaradas, y las emigraciones están decididas a no fomentarlas; pero si esos desesperados o perseguidos se mantienen, y han causado el auxilio forzoso de hombres como Carrillo, yo no los abandono,—e irán con auxilio—ya listo del todo a esta hora los que deban ir. Ya ve que me puede querer: ni precipito, ni me duermo. No es mi nombre, miserable pavesa en el mundo, lo que quiero salvar: sino mi patria. No haré lo que me sirva, sino lo que la sirva. Ni siquiera me ofendan el desconocimiento e injusticia que encuentro en mi camino. El mundo es hiel, y bebo: pero no me dé Vd. hiel a beber.

Le diré de Cienfuegos. Federico Zayas, hombre nuevo, tachado de exaltación, ha dado su mediana fortuna a preparar la guerra, merece y goza respeto en su comarca, tenía hablados,—según mis informes revisados,—unos cuantos cientos de hombres, pero los más prudentes de su comarca—Ranchuelo, Lajas, Cruces, etc.—le temían por su publicidad e impaciencia. El 21 de setbre debió alzarse, y los sujeté: y luego en los primeros de octubre, y lo volví a sujetar. Ahora tuvo un duelo con el Alcalde Municipal y a pesar de sus promesas sinceras he ahí el alzamiento. Se llevó las armas de la Guardia Civil; hubo encuentros: se entró en el monte: está con él, de los publicados por cable, el oficial Esquerro.—¿Qué puede suceder de esto? El gobierno ha cortado las comunicaciones: lo que se sabe afuera es lo que el Herald² ha preguntado p^a. mí, y lo que de la Habana a medias han dicho al Cayo los de los vapores, y ahora lo de Felipe Hernández, que vino en un bote, dice H. q. a nombre de Carrillo.—Y eso era lo que yo temía: que, alzado Zayas, que es bravo y ardiente, lo hiciese con tal núcleo que el gobierno, que en todo los nuestros tiene puestos los ojos, y en Carrillo sobre todo, los persiguiese,—y ellos no se dejan coger—: ellos se alzan. A esto estoy preparado, y debo al vuelo decírselo. ¿Qué he de hacer? Tener pronta una expedición, a Maceo, que recibió de Vd. por mí, como Delegado y como enviado de Vd., el encargo de llevar su expedición bajo el concepto de que Vd. encabeza por voto de sus subordinados los trabajos militares, a Maceo, digo, que ya ha aceptado de Vd.

² The New York Herald.

la comisión, y opinó por diciembre, y entiende y sabe la condición superior y de elección con que Vd. se le dirigió por mí en virtud de nuestro acuerdo en Montecristi,—a Maceo le escribo, a fin de que, por cable mío, pueda alistarse, caso de que el alzamiento se mantenga, y de que lo ayudemos, y se alcen, o alcemos, otros en otras partes, que desvíen la atención del gobierno—y dividan inmediatamente sus fuerzas, que es nuestro primer deber en estas circunstancias,—y a Vd, puesto que no puedo moverme de aquí, le doy esta rápida cuenta, ya que por cable no nos podemos entender. Si lo de Cuba perezca, por la misma seriedad de la gente comprometida que aguarda nuestro aviso,—y la orden de Vd., que les tengo anunciada, y a la cual invariablemente someto toda impaciencia, y demanda de fechas cercanas o fijas,—entonces seguiremos con la trama creciente y fuerte, pero como Vd. ve, ya muy vecina de la acción. Si no perezca, ayudaremos. Maceo se preparará a caer por Cuba, según su oferta expresa, con los recursos que a su lado dependen de mi indicación,—y Vd., General, puede estar seguro de que, cinco días después de su respuesta, o al recibo de las palabras que aquí convengamos, le tengo como convinimos, un barco rápido, con 25 hombres seguros, a unirse donde Vd. me diga con lo que Vd. haya preparado a su alrededor. Las palabras, en este caso extremo, serán estas, sin firma alguna de ella:

Imposible, querrá decir: estaré dispuesto, aguarde carta; prepare expedición.

Regular, querrá decir: venga a Fortune Island, donde yo estaré—(y aquí el día en que Vd. pudiese estar allí.)

O, si el cable no pasa por Cuba, y hay una vía que no pasa, puede decirme al principio y fin de dos palabras nulas la fecha y lugar donde debo encontrarlo, por ejemplo doce cargas listas Cayo grande.

En cuanto a grupos en Cuba,—me avisan que el correo se cierra,—lo más valiente, de influjo social y estimable de Matanzas, con Collazo a la cabeza, esperando órdenes de Vd., y entre tanto recoge los núcleos varios de Occidente,—jóvenes habaneros de buena familia, médicos, guajiros, Manuel García:—de la Habana a Pinar del Río hay organizaciones disciplinadas.—En Seti Spiritu, todo lo que ha podido hacer Serafín.—Remedios, Carrillo.—Santa Clara, los Mora que dicen alzados y otros dicen muertos.—Cienfuegos, otros de que le hablé, a más de Zayas,

pero deben haber sido arrastrados con él.—El Camagüey tiene a la cabeza de su junta al Marqués,³ y reitero lo que de él le dije, y a Vd. habrán confirmado sus enviados allá.—En Oriente, grupo impaciente y fuerte en Guantánamo—confirmada la disposición de los de Holguín—recibida la impaciente de los de Manzanillo—Guillermón ligado con los de Guantánamo—la mejor juventud de Santiago de Cuba.—Todo eso iba a poner, confirmando lo que le dije en persona y le escribí, ante los ojos de Vd, a fin de que viera estas cosas sin la palidez de las cartas, y volviese a cerciorarse de que no caben en mí ni impacencias de fanático, ni flaquezas de ambicioso, ni la ligereza y presunción del político soberbio y novel. Quiero la guerra sana y fuerte, y tramada con toda cordura, pero cuando la guerra salta por sobre nuestras preparaciones, creo que debemos estar dispuestos a acudir a ella, y a preveer los desastres de lentitud, o de especie peor, que causaren el abandono criminal de los que en el campo sólo aguardaban entonces un auxilio oportuno para dar al mundo un nuevo pueblo libre. Para esto vivo; para lo real de las cosas y los hombres; para que eso no vuelva a suceder; para abogar en mi patria por una guerra potente, y de mano libre y única, no dificultada con trabas innecesarias, que en su forma sencilla y verdadera lleve en germen la concordia y firmeza de la república.—La prisa con que le escribo no es descortesía: es angustia. Vd. imagina lo que tengo en este momento a mi alrededor. Y en mí, el deseo vehemente de que Vd. esté contento con su

JOSÉ MARTÍ

Todo, a su hermosa casa, que no ha querido ver con cariño lo que dije de ella.

Los cables a Barranco.⁴

New York

Cotejada con el manuscrito original.

³ Salvador Cisneros Betancourt, marqués de Santa Lucía.

⁴ Manuel Barranco, patriota y comerciante cubano, residente en Nueva York.

De Martí a Gómez

New York, 23 de noviembre de 1893

Sr. Mayor General Máximo Gómez

Mi General y amigo:

Con mucha más tranquilidad escribo a Vd. que en la ocasión de mi última carta; porque aunque no he recibido aún noticia precisa de Cuba del enviado que mandé, sobre las causas y alcance del alzamiento de las Cruces, Lajas y pueblos vecinos, ya poco después supe que, como preveía yo y anhelaba, Carrillo no se había dejado engañar ni alocar por él, ni otra gente de peso en Cienfuegos mismos, advertidos continuamente por mí, para sujetar sus repetidas muestras de impaciencia, del estado real de nuestros trabajos, y de nuestra verdadera disposición, que a la vez es la de aprovechar,—puesto que se tiene a favor la opinión suficiente y la ocasión propicia,—los instantes que en realidad parecen sernos amigos,—y la de diferir por poco tiempo nuestra acción hasta que esté, a juicio de Vd., madura. Por eso, previendo sucesos como el de las Villas, y otros, como el acallado en Guantánamo, que venían sin sazón, envié pocos días antes de este alzamiento a los principales de la Isla, precaviéndoles del peligro, y anunciándoles el trabajo a la vez activo y meditado de Vd., y la razón de esperar a que la trama fuese suficientemente estrecha. El suceso vino, y ya sé poco más o menos cómo. Pero la gente real se ha quedado al rescoldo. Afuera he contenido las emigraciones, con la pura verdad; y he podido convencerme de que en ellas, cuando hayamos cruzado la mar, tendremos la ayuda rápida y entusiasta que necesita una buena guerra,—así como cuanto pudiera sernos necesario para nuestro arranque. Quedan en este instante en el campo, como verá por una carta que de Serafín acabo de recibir, los hombres de Higinio Esquerria y Quevedo,¹ que no parecen dispuestos a rendirse. En cuanto al levantamiento, calculo a esta hora, con razón bastante, que fue de origen español. Es un hecho que Federico Zayas, a quien envié

¹ Manuel Quevedo.

comisión angustiosa para que no se alzase como me anunciaba y que me prometió formalmente no atenderla, ordenó el alzamiento como de orden mía que le pidió aquella gente sensata, y que él por supuesto no pudo hacerles ver. Al lado de Zayas estaba—enviado del Cayo como él decía, o simplemente favorecido para su viaje por tener cerca del campo a un mozo violento—un Mayolino a quien vengo siguiendo por espía español, a quien desvié de Vd. cuando misteriosamente quiso ir allá, y en quien, a pesar de mis advertencias, tenía demasiada confianza Serafín. Ni Zayas ni Mayolino salieron al campo: fueron presos en una casa del pueblo. En las Lajas, según carta mía de hacendado de allá, el azuzador conocido fue el principal español de allí, un Laureano Gutiérrez. Zayas ha visto mucho en la Habana a Julio, y un agente de Julio—Cisneritos—estuvo recientemente por Cienfuegos. En Zayas, por lo excesivo de las ofertas, no tuve yo nunca confianza verdadera, y envié un hombre tras otro para cerciorarme, pero todos me lo abonaban, y aún lo abonan, y los que no querían trabajar con él sólo le ponían la tacha de exaltado.—Sólo dos orígenes podía haber tenido este movimiento, fuera del caso, hoy improbable, de ser absolutamente espontáneo, y sin conocimiento ni relación nuestra:—uno pudiera haber sido el deseo de alguna gente nuestra, más impaciente que sensata, de forzarnos la mano, y echar la guerra a rodar, en el falso concepto de que la isla escarmentada seguiría un movimiento discordante y desconocido: otro, el interés del partido español de la guerra, que para ciertos propósitos es uno en Cuba con el gobierno, y en realidad es el gobierno mismo,—y sus objetos son claros: demostrar a España la necesidad de mantener en Cuba el actual régimen, para ellos fuente de pingües beneficios,—desacreditar toda tentativa de reformas, en momentos de patente estado rebelde del país,—tomar pretexto del estado de guerra para perseguir o expulsar a los hombres a quienes verdaderamente se teme;—sacar al campo antes de tiempo, donde se les pueda acorralar ante la Isla indecisa, la gente que se sabe por aquel lugar dispuesta,—intimidar con el ejemplo, y aleccionar con el fracaso, a las demás comarcas revolucionarias,—y, en cuanto al extranjero, desacreditarnos por el mal éxito de una tentativa revolucionaria, que parece haber sido ordenada en nuestro

nombre, o alocarnos, y hacernos echar a la mar, mientras Vd. anda por Santo Domingo, y Maceo por Costa Rica, una poca de gente mal compuesta que quiebre nuestros recursos, pruebe nuestra pequeñez, y sea fácil de cejar en el camino, o después de la llegada.—En todo eso, en cuanto a mí, se hubiesen equivocado, y se han equivocado. Si lo de Cuba hubiese cundido, o tenido otras proporciones, Vd. sabe por mi carta anterior, que las precauciones estaban tomadas: aquí tengo, sin más que una semana de aviso, y con su práctico y guía, la expedición que hubiera podido ir a las Villas: y en cuanto a Vd., Vd. sabe que estaba, y estoy, aguardando su decisión. Pero hemos hecho lo que debíamos:—anticiparnos al lazo en Cuba, y no han caído en él: y afuera, a la vez que manteníamos la gente en aptitud de prestar en dinero y persona su auxilio inmediato, nos desligábamos de la tentativa, a fin de no caer con ella, y de quedar como quedamos, con el doble crédito de la energía y de la prudencia.—Ni—harto lo sabe Vd—en cosas de guerra hubiera accedido yo a dar orden alguna en oposición posible, o con violencia, de las que sólo a Vd. toca dar.—Por eso, como decía a Vd. anteriormente, debo explicar a Vd. y explico con minuciosidad, la situación, a fin de que Vd., que ha de obrar sobre ella, añada a su conocimiento el que yo tengo el deber de procurar y de comunicarle.—Sacaré, pues, de esta situación, que no parece haya de alterarse inmediatamente, todo el partido posible. Daré tiempo, con un manifiesto² hábil y necesario—en que nos sacudamos toda la responsabilidad de lo actual, y nos quedemos con el crédito de nuestra prudencia—a que me lleguen noticias de Vd. sobre el plazo a que debemos ir encaminando en Cuba y afuera todos nuestros trabajos. Envío comisión circular a la isla, calmando la impaciencia general y grande, reiterándoles que la ordenación final está ya en manos de Vd. Yo aquí, en verdad, nada puedo hacer a derechas, ni hablar a Cuba con toda la honradez que debo y con toda la precisión que justamente se me exige, hasta que Vd. no me fije su resolución. Yo he ido diciendo a la isla lo que ha ido siendo verdad: elemento principalísimo de la fe que se tiene

² Ver el artículo “La Delegación del Partido y el alzamiento”, en O.C., t. 2, pp. 435-438.

en Cuba en el éxito de la guerra es la seguridad de que Vd. va a encabezarla: no lo dije hasta que no fue así, y cuando fue así, lo dije: y si la desgracia de mi patria, y de nuestra América, fuera tanta que contra lo que es y ha de ser, no creyera Vd. deber acudir a Cuba en este empeño, cuando en verdad parece que sólo es rapidez y oportunidad lo que necesitamos, así lo diría al punto, aunque mi actual popularidad se viniera por tierra, y se alejara nuestra hora de ser libres. Ya sé que es un abrazo su respuesta; pero ardo en deseos de recibirlo, ya que—por no apartarme del teatro del peligro—no puedo ir a buscarlo. No son días lo que me importa, ni semanas, ni mes más o menos, aunque creo sinceramente que no estamos para muchos meses: es la verdad, para poder decirla. Es el derecho de conciencia, y el conocimiento concreto de su parecer de Vd, a fin de que me sirva de rumbo, y acomodar yo a las de Vd., mis operaciones, y extenderlas o acortarlas, e irme o quedarme, en acuerdo y servicio del pensamiento de Vd. sobre la hora y modo de comenzar la guerra. No es de su corazón, debo repetirlo, de lo que necesito seguridades, que con razón me mandaría Vd. a paseo, y ya se las ha dado Vd. a Cuba con veinte y cinco años de su vida. Es su parecer sobre tiempo, parecer que llamo concreto arriba, porque la situación en Cuba es concreta.

La situación en Cuba ¿a qué pintársela? El gobierno teme una revolución y se prepara contra ella. Tiene en casa a los que considera sus sostenes principales. Afuera, por mucha que sea nuestra prudencia, aunque nada se dice o hace jamás que indique acción inmediata ni comprometa a los de la isla, no podemos cejar, ni estancarnos, que sería lo mismo que cejar. A pura astucia hemos ido salvando del gobierno el conocimiento de los compromisos reales. ¿Se puede prolongar mucho en Cuba esa situación?—Yo sé que no se prolonga, sé lo que a la sordina se persigue y rodea a los sospechosos, muchos de ellos cabezas queridas, o cabezas nuevas, como en Vuelta Abajo, de la gente nueva de la localidad;—y sé, sin misterio pueril ni exageración de principiante, todo lo que, con los hilos naturales en la mano, debe saber de estas menudencias.—Puedo decir que el clamor es unánime. De París me escribe Betances,³ lejos—por supuesto—de la realidad cubana, pero dentro de la

realidad española, lo que me escriben de Guantánamo, de Santiago, de Manzanillo, de Matanzas, de Sancti Spíritus, de Baracoa. Por esa carta ingenua y desordenada que le envió, con la de Serafín, confirmará Vd. el conocimiento de la situación: así son todas, y tan temeroso estoy del deseo de la Isla,—tanto como seguro del respeto y afecto con que atenderán a una demora corta y un poco precisa,—que a parte alguna he enviado armas, para que no abusen de ellas, aunque tengo abiertos los medios, por goletas carboneras usuales, de ir las dejando, o dejarlas todas a la vez, en los tres lugares donde parecen desearlas más ardientemente, y las esperan—en Guantánamo, Cienfuegos y Matanzas. Continúo creyendo, sobre todo desde que Vd. me lo aplaudió, que las armas sólo deben ir a Cuba en momentos próximos al de la acción general.—Y en esa situación general ¿qué podremos llevar nosotros ahora mismo, con el nombre mágico de Vd.? pues tres expediciones—la de Vd.; como la hablamos en mi último viaje inolvidable—la de las Villas, que está lista—la de Maceo, que solemnemente me ofreció ir, en respuesta directa al mensaje de Vd., y a la Delegación: y podemos llevar 1500 rifles.—Más podremos: pero estoy a lo que tengo en las manos. ¿No cree Vd., General, que si, con la expectación simpática del país, con el arranque de los jefes acreditados en las diversas comarcas, con la situación violenta y favorable en que es corriente la fe en la debilidad patente de España, y en su pobreza, es hora de que caigamos sobre el país, puesto que tenemos lo que parece necesario para empezar con fruto, y una emigración ordenada que nos seguirá dando la mano?—Pero yo, por mi parte, considero la situación oportunísima. ¡Y tengo que esperar un mes a que Vd. de allá me diga simplemente su respuesta escrita,—un mes precioso! Si estas ideas pareciesen a Vd. propias del momento,—si—salvo detalles—creyera Vd. que es la ocasión y entra como Vd. sabe y puede en ella,—si puedo con esa firmeza aligerar la mano, redondear los recursos, a fin de allegar más de lo que se tiene, y sujetar la isla,—dígamelo por

³ Ramón Emeterio Betances, médico puertorriqueño, que trabajó activamente por la emancipación de Cuba y de su patria, especialmente en París, donde estudió y residió largos años.

una palabra de cable a Barranco New York, la palabra Bueno.—Y yo, que soy todo lo prudente que Vd. pueda desear, conduciré mis últimos esfuerzos de modo que maduren dentro de un plazo corto, que la isla parece fijarse.—diciembre no, porque ya lo tenemos encima, sino Enero o Febrero. Lo mejor sería, y como pueda lo he de hacer, ir a hablar con Vd., y traerme sus encargos definitivos. Pero ¿no me los traje cuando vine? En realidad, tal como estamos, quince días después de recibir la noticia de Vd., ya estamos andando.—La situación, general, es para nosotros de responsabilidad suma, y para el país delicadísima. Le está pendiente de nuestros labios. Y yo de los de Vd. Mande, y yo continuaré teniéndole hecho lo que, con mi levita negra y mis apariencias de lítero, puedo hacer sin que parezca que se tienen las cosas tan cerca como están. Y piense que yo no puedo responder a aquella gente inquieta con demasiada vaguedad, ni dar tal ó cual paso de trascendencia, con razón de la guerra cierta e inmediata, sino hasta que en conciencia sepa que es cierta e inmediata.

Ahora noto que al tratar uno de los orígenes posibles del alzamiento—el de que los nuestros de por afuera nos hubieran querido forzar la mano—no hablé de este punto. Es porque, después de examen, lo deseche. Ese peligro había, mientras no veían la obra tan cercana. Sólo de Serafín se hubiese podido sospechar, por su impaciencia conocida, y su intimidad con las Villas; pero es él el primer indignado, y antes fui al Cayo a verlo sobre esto, y él sabe de sobra que las cosas, sobre plazos, están en manos de Vd., y es el primero, como verá por su carta; en estimar mi prudencia.

De otra cosa no le había hablado por no pensar mucho en defenderme, como que yo voy defendido por lo que hago. ¿Cómo pudo Vd. pensar que di yo a Sanguily el dinero que pedía? ¿Ni qué concepto de lo que en mí pueda haber de seriedad y previsión tendrá Vd. mientras crea esas cosas de mí? Todo lo contrario signifíco, y no eso. Sin mi absoluta oposición, previa y continua, Sanguily hubiera obtenido \$4 000 una vez, y \$2 000 otra, con los trastornos en Cuba consiguientes a ese escándalo. A todo me negué. Le pagué la primer vez, por prudencia y utilidad posible, su viaje de vuelta en comisión. Los que le dieron los \$1 400 los perdieron, salvo un Club que lo dio por sorpresa,

y a quien se acreditó la suma: § 300. Después, mucho ha trabajado; pero la situación, respecto de él no ha salido de mis acuerdos con Vd.

El correo se va, general, y yo quisiera irme con él. Ya ve todo este discurso, en que espero no verá palabra inútil, antes faltan muchas que le quería mandar, no de cariño, aunque sea el mío mucho, pero con su pena y fiereza de que vaya a creerlo interesado, sino de lo que pienso sobre nuestras cosas, y de la confianza con que, sazonado ya por una vida no corta, entro en una campaña de libertad que llevaremos a camino, porque sabremos encontrar, y ayudaremos a que se encuentren, formas que convengan a un pueblo en batalla.—Para su casa ¿qué le diré, si parece que con las líneas que de ellos escribí, los tengo ofendidos? Y sin embargo, yo creí que esa era mi casa. Vd. lee en el corazón de su amigo, que aguarda ansioso su respuesta—

JOSÉ MARTÍ

Cotejada con el manuscrito original.

De Martí a Gómez

New York, 4 de enero de 1893 [1894]¹

Sr. Mayor General Máximo Gómez

Mi muy querido General:

No sé que mi vida haya tenido momentos más gratos que estos en que vivo, desde que recibí su carta, llena toda ella de su natural grandeza; que amo como si fuese mía, y en la que tengo entera fe, de modo que no habría noviazgo ni delicia que me hubiera puesto el corazón tan henchido y luminoso como esta carta de Vd.; en que se me revela como yo lo pinto y lo proclamo, y en que me envía la autoridad de conciencia necesaria para dar con firmeza nuestros últimos pasos.—Y sin embargo, esa carta querida tengo que contestarla al vuelo, y en la escalera casi de la casa de Jiménez² porque la recibí ayer 3 por la tarde, de manos de Peña³ en los instantes mismos en que me empezaban a llegar las noticias por cable del trastorno grave que los españoles han logrado fomentar en el Cayo—¿en qué momento?—en el momento de hacerse la nueva colecta, que intenté y logré tan pronto como recibí sus órdenes circulares;—y de sorprender a aquella gran masa de la emigración en huelga general, o en la pobreza que viene después de ella, cuando surja en Cuba la guerra a que esa emigración habrá principalmente de ayudar.—Ahí va ese tajo. La forma es la insistencia de un fabricante de llevar españoles al Cayo, la resistencia, tal vez violenta, de los cubanos de la fábrica, la enemistad declarada de los americanos, los eternos enemigos que se alían al gobierno español, y van en masa a la Habana a traer unos cuantos cientos de obreros españoles a la ciudad que le han hecho al Norte los cubanos, que nació de la Independencia de Cuba, y en la que no hallan trabajo, por falta de

¹ Aunque el original de la carta está fechado en 1893, indudablemente se trata de un error muy frecuente a principios de año; por su contenido, pertenece a 1894.

² La sucursal neoyorquina de la casa de comercio J. I. Jiménez y Cía.

³ Seguramente un empleado de la casa de Jiménez.

consumo, sus actuales residentes. Ni un minuto me han dejado libre: pasé la noche despachando los correos del día, con las instrucciones generales que se desprenden de la carta de Vd., y las concretas a los jefes más inmediatos, a fin de que elijan su comisionado, y obre este de acuerdo con los pocos y seguros míos. Punto por punto piensa Vd. en todo como hubiera pensado yo: una cosa es crear opinión, y otra mover a hombres concretos. Por acá irá todo como Vd me lo indica. Cada cual a los suyos, y en seguida, y callados, y todos a la vez. Y yo, por autoridad, la del servicio y el cariño; pero el servicio pegado a esos corazones de oro y hierro, a corazones que se atufan y fundan como el de Vd., que aman y crean, y a los que me aprieto yo, como a cosa de mi propia carne, y en los que veo mis únicos hermanos.—Voy contestándole, pues, a pesar de la prisa, y del miedo de que se me vaya el vapor.

La carta pasada, no bien la recibí, se la contesté con mi acción inmediata. Distribuí al día siguiente las circulares todas, demandando inmediata respuesta. Caí sobre el Cayo, a la faz de la Habana, para mostrarnos enteros, después de lo de Ranchuelo, y con la cubierta de ese objeto, y del eco de esa visita en Cuba, preparar la colecta nueva, pobre por estarlo mucho aquella gente, pero útil por lo que dé, y por el espíritu que levanta adentro y afuera: y todo de modo que, a la par que se hace lo debido en este plazo angustioso que nos damos, no sea hecho sin embargo de manera que pueda por el escándalo o la prisa denunciarse nuestra determinación cercana y verdadera. Y ahora, con esta más completa certidumbre ¿qué no haré? Envío a Cuba aviso cauteloso y uniforme: alisto a los jefes, todos a una, a que den su aviso: levanto en un último esfuerzo, aunque con las dificultades del silencio—y aún confusión—necesarias para nuestro éxito, cuanto recursos podamos: confirmo, ya a fecha más cercana, los preparativos de expedición calculados de modo que nada se haga de ellos, para que no haya que ver, hasta los últimos instantes,—y en éstos, se efectúen con rapidez y sencillez imprevistas. ¿No es esto lo que hay que hacer? Y abrazarlo a Vd., como lo abrazo desde aquí, con lágrimas en los ojos. Ahora soy hombre. Ahora tiene sentido y luz la vida.

De prisa, le iré diciendo lo más saliente. En Cuba la situación arreceja, y sólo con exquisita habilidad podremos ir quitando al Gobierno motivos para caer allá sobre nuestra gente antes de que podamos ir en su ayuda. Ese es el problema, y Vd. me llena de regocijo al entenderlo, y obrar en él con cuanta celeridad y prudencia se requiere. Afuera, no creo que nos falle uno de nuestros compañeros, siempre leales, y obligados ahora: en Cuba, Santiago, continúa preso Guillermon,⁴ soltaron a Quintín,⁵ hay presos no de mucha monta en Guantánamo. Esquerra⁶ está en el campo aun. Aquí está Enrique Loynaz,⁷ que es como hijo de Vd.: él viene a confirmar la disposición, que tengo por sincera, del Camagüey, para guerra que lleve lo que podemos llevar; y lo tenga a Vd. a la cabeza. En tiempo, andan equivocados: ahora los avivo. Santiago se tenía fijado la fecha que le fijaremos ahora; pero no—por mi parte—hasta no estar muy cerca de ella. Con Collazo,⁸ cuyo afecto he logrado, no se qué hacer, hasta que Vd. no me diga: y esto es embarazoso: yo tengo confianza en él. Mucho debo vigilar lo de Matanzas: hay allí un novicio, aunque de canas y respeto, demasiado aguileño y curioso. Es joya grande, y el único que prepara en masa la opinión, el excelente Juan Gualberto Gómez. De su carta a Sanguily, sobre la que de intento callé, es innecesario decirle que llegó por acá al corazón de todos, y Julio⁹ me dice que Manuel¹⁰ está de días atrás doblado sobre la respuesta. ¡A esta hora, eso! Callo mi indignación, para que no pueda parecer celo literario. Pero Vd. no me juzga así. El único libre, mientras no tengamos patria libre, Antillas amigas y libres, nuestra América libre, está en nuestros campos de batalla. ¿Formas dice Vd., y diferencias de formas? Ya verá cuan pocas. En la guerra, guerra, puesto que es dable poner en ella, sin estorbo

⁴ Guillermo Moncada.

⁵ Quintín Bandera y Betancourt.

⁶ Higinio Esquerra y Rodríguez.

⁷ Enrique Loynaz del Castillo.

⁸ Comandante Enrique Collazo y Tejeda.

⁹ General Julio Sanguily y Garritte.

¹⁰ Coronel Manuel Sanguily y Garritte.

y en línea general, las salvaguardias todas de la república. Yo entiendo la guerra así: despertar con la primera batalla, y no dormir hasta haber ganado la última.—Vd. me va a querer. Y mi ternura y mi orgullo, yo, menos elocuente que Vd., no puedo ponerlos en palabras.

El correo se me va. Como Vd. lo quisiera, y suponiendo cuanto Vd. por allá hace, y convergiendo al plazo fijo, dirigiré todos mis pasos. Por todas las vías posibles, le iré dando noticias. A Aguilar¹¹ digo por cable que tenga a la orden de Vd. todos sus fondos. Yo aquí los aumentaré, los economizaré, y estaré ya cada día aguardando con ansia el placer que me ha de dar la compañía de ese hombre verdadero que me anuncia, y que desde el primer instante encontrará en mis ojos la luz de la antigua guerra. Venga, a estos brazos hermanos, Francisco Borrero,—Y Vd, y los suyos, siéntanse muy amados por su

JOSÉ MARTÍ

Cotejada con el manuscrito original.

¹¹ Rafael Aguilar y Peláez.

De Martí a Gómez

New York, 1° de febrero de 1894

Sr. Mayor General Máximo Gómez

Mi General y amigo:

Llegó de Washington, de ver como se endereza desde allí el conflicto grande que le ha venido al Cayo,—en los instantes mismos en que a pesar de sus angustias de este último año hacía un nuevo esfuerzo por la revolución,—con la entrada, favorecida y solicitada por los yankees del pobre islote, de obreros españoles. Imagínese la confusión, los gastos de aquella gente, la huelga, el miedo de lo futuro, y la discreción de que habré necesitado para ejercer todo el influjo posible, y dejar los ánimos cariñosos y agradecidos, sin dar asidero a yankees y españoles que querían defender su violación de la ley con el pretexto de que se trataba de rechazar nuestro abuso revolucionario de las leyes del país. Se ha hecho: el gobierno de Washington ha ordenado que vuelvan los trabajadores contratados en Cuba por las autoridades mismas encargadas de que no se importen a los E. Unidos obreros de contrata: pero me temo que con una mano hayan dado esta orden, para no levantar en contra del partido gobernante a las asociaciones trabajadoras, que en su penuria de hoy persiguen la entrada de más brazos, y por la otra, cediendo al desamor en que nos tienen y a la conveniencia de no desautorizar a los politicastos locales, hayan aconsejado la triquiñuela legal con que pueden dejar la orden sin cumplir. Contra eso peleo desde bastidores, cerca del gobierno y en la prensa. No puede Vd. imaginar lo que ha sido esto para el Cayo. La pintura de Patria, que le envío,¹ palidece ante la verdad: Fernando,² Teodoro Pérez, Martín Herrera, quieren arrancarse de allí. Se dividieron ante el enemigo, lisonjero y codicioso, por opiniones vagas sobre un partido y otro de los de este país, y por quisicosas de la localidad; prefirieron dar el gobierno de la ciudad al yankee, antes que ceder al bando rival cubano; y hoy les cae sobre la cabeza el poder que entrega-

¹ Ver artículo "¡A Cuba!" en Patria, 27 de enero de 1894.

² Coronel Fernando Figueredo y Socarrás.

ron al extranjero. El golpe de España, que a las claras azuza, y de atrás promovía, este conflicto, ha sido oportuno y certero; pero lo más está ya hecho, y viene tarde: y además ha servido, a la raíz de la guerra, para quebrantar la torpe fe de mucho criollo nuestro en la amistad de sus vecinos, para avivar intensamente el deseo de conquistarse patria propia, con todas las consecuencias afectivas de ese estado de ánimo, y para enseñar a los cubanos la necesidad de no sacrificar su unión esencial, en las cosas vitales, a detalles de forma local ni a cosas pasajeras.—¿Habré de decirle la perturbación que semejante suceso, que dura ya un mes, me ha traído? Dos veces he tenido que ir hasta los bordes del Cayo, porque ir debía, para no desembarcar, cuando vi que esa era mi obligación. En mí naturalmente, por estas carifios de ahora, descansaba mucha parte de la confianza tácita de aquella noble gente, y con el buen abogado³ que les envié, y me ha sido excelente colaborador, creo, por lo menos, haber hecho imposible un choque violento, y sujetado en todo lo posible la importación de obreros españoles, y el desorden político y malestar consiguientes, en un rincón que apenas tiene pan que dar desde hace un año a sus vecinos viejos.

Pero ese quehacer en nada ha demorado lo demás. Lo que para el Cayo es cuestión de vida, para la revolución no es más, sobre todo en estos instantes, que un incidente. He desenvuelto sin interrupción por Cuba nuestras labores, en acuerdo estricto con las órdenes de Vd. De allá todo se espera de nosotros; y fue desde el principio mi base de trabajos, y de correspondencia, la idea, que ha ido creciendo de que, así como nosotros nada podríamos ni habríamos de intentar sin la aquiescencia de la Isla, la Isla no se movería sino con la certidumbre de nuestros movimientos, y dependiente de ellos. Nuestra acción unida esperan, más que nuestros recursos. De modo que el levantamiento de allá pende de nuestra afirmación categórica de arrancar, en ajuste con el país, sin más demora de parte de este que la del tiempo indispensable para calentar de último momento la comarca, o para recibir auxilios. No nos importará, yendo ya de seguida y sobre seguro, tardar semanas más o menos, aunque cada día es oro, si lo que se tarda es lo inevitablemente preciso

³ Horatio Seymour Rubens.

para las últimas idas y venidas.—En Oriente se ha perdido un tiempo forzoso, por la prisión de Guillermón, Garzón,⁴ y Bandera,⁵ y el trastorno de la denuncia por Cardet⁶ de trabajos en Guantánamo, y de sus ligas con Santiago. Nos ha salvado la prominencia de las personas en Santiago comprometidas, con las que el Gobierno no osa aún romper, y la prudencia que de afuera hemos podido tener, no azuzando allí las cosas mientras las acabamos de preparar afuera. Guillermón está libre. Su carta de adhesión al gobierno es un simple ardid. Allá está el comisionado, y acelerarán ahora la obra.—En Las Villas, no quise por supuesto poner de mi cuenta persona que se entrometiese con la gente cauta del campo, ni los elementos naturales de Carrillo y Serafín; pero el hermano de Serafín, Raimundo, fue echado atrás, y aún no sé a quién habrá enviado a estas horas. Yo conformé las instrucciones de mis comisionados a las de Vd., no confié al papel nada, y en estos momentos tengo aviso por cable de que espere aquí a los que vienen, o vuelven, de Santiago, las Villas y la Habana. Les extremé el caso práctico: la circular de Vd., la aceptación concreta y definitiva de ellos, la manera de recibir a vuelta de barco auxilio de armas. Camagüey tenía a mano sus 100 rifles, y ahora tiene 200 más; a Villa Clara he ofrecido 150 rifles; a Cienfuegos 200, a Matanzas 300. Estos son, pues, días de composición final, en que en cada detalle obedeceré, como Vd. sin duda deseará, más a la seguridad del éxito que a la precipitación.

No me llega visita ni noticia que no confirme el estado de revuelta y espera en que está la Isla. La certidumbre de la guerra está en todos, aborrecida por los cobardes, y anhelada por la masa del país. Del Camagüey Vd. sabe bastante. Yo acabo de saber de Oriente. Fermín Valdés Domínguez, que es como mi hermano, acaba de venir de allí, y vive conmigo. Él, que ayudó a Yero⁷ en la resurrección, por Yero real y por sus auxiliares falsa, del partido autonomista;—él, que acaba de andarse, en seis años seguidos, el Oriente todo; y está en las entrañas, por lo menos, de la

⁴ Teniente Coronel Victoriano Garzón.

⁵ General Quintín Bandera y Betancourt.

⁶ Manuel Cardet y Grave de Peralta.

⁷ Eduardo Yero Buduén.

gente de Baracoa, me dice que es unánime por todo Oriente la esperanza sorda o declarada, de la guerra, y que por allí todo se hace o deja de hacer con referencia a ella. Yo a él no lo tenía en detalles, por sus relaciones de amistad confiada con gentes dudosas. Pero él nos trae muchos; y lo concreto nos viene por el comisionado directo.

Del general Maceo va a Vd. la respuesta, que me llegó hace cinco días, junto con una carta en que me dice que salía a San José a acabar cuentas con el gobierno de Rodríguez,⁸ y sólo esperaba las órdenes sobre el lugar de encuentro de provisiones de guerra. De 15 a 20 hombres, jefes y oficiales, me dice que llevará consigo, y ya dije a Vd. su pensamiento de caer con pocos, y sin impedimenta, donde lo sepa él solo. Aun me habló él de número mucho menor, porque no parecía tener fe en tantos. Ya le he escrito, pues, que para ganar tiempo me indique enseñuida el lugar y manera en que desea recibir inmediatamente 50 equipos completos de oficiales. Y le irán en cuanto me lo indique.

De Flor y Cebreco sé por Perozo⁹ que recibieron las circulares, y mis cartas, que Flor escribía, de allá de muy lejos donde anda, que Cebreco estaba contentísimo. De Rafael Rodríguez, acaso por extravió en aquella tierra sacudida ahora por el esfuerzo de los elementos nuevos y liberales, contra Vázquez,¹⁰ no he recibido respuesta aún. He repetido mi carta. Roloff y Serafín, sólo esperan órdenes. Del Cayo, sin aparato alguno previo, y por un sistema bien subdividido, no parece que puedan salir menos de 150 hombres.

Creo deber copiarle la nota oficial del general Maceo, que dice así: “Sr. J.M.:—Confirmando el contenido de mi anterior de 6 del corriente, le incluyo la carta que dirijo al general Gómez, a fin de que se imponga de su contenido, e impida en

⁸ Licenciado José Joaquín Rodríguez, presidente de Costa Rica, con cuyo gobierno Antonio Maceo había celebrado un contrato de colonización y fomento agrícola en la península de Nicoya.

⁹ Luis Perozo.

¹⁰ General Domingo Vázquez, presidente de Honduras, derrocado en febrero de 1894 por los liberales de Policarpo Bonilla, apoyados por el gobierno de Nicaragua.

lo posible el tiempo que pierdo en moverme con elementos de sangre que ya debían estar marchando. “De V. a. s. A. Maceo. 12 de enero de 1894”.

Y de la carta particular, creo también oportuno copiar lo más saliente, que es así:—“A todos he referido lo que Vd. me participó cuando tuve la honra de verlo en este país, agregándole que, caso de no haber Vd. preparado organización alguna, bastará para aquellos la unión de nuestros elementos más importantes y el efecto de la invasión. Debo advertirle que los 15 ó 20 veteranos que me acompañarán no cuentan con recursos p^a. moverse, y que lo harán tan luego reciban fondos. Además no olvide Vd. indicarme dónde debo ir a tomar los elementos de guerra y recursos de movilización, fin de no perder tiempo y hacer con rapidez el movimiento, pues creo debe ser todo simultáneo y en combinación completa. Yo he comenzado a moverme y desearía no verme obligado a esperar.” Al principio de esta carta dice:—(Enero 6).—“Por correo de ayer recibí en La Mansión las cartas de Vd. y del general Gómez, y marché a San José a concluir mis asuntos con el gobierno de Rodríguez, donde espero recoger pormenores de mis comisionados a Cuba, y dar cuenta a Vd. de lo que me comuniquen”.

Me manda aviso la casa que va a cerrar, y levanto la mano, cuando lo único que quisiera es que me llegase la hora de ponerla en la de Vd. Vd. no sabe, o sabe harto bien, el ansia que se tiene, después de codearse íntimamente con las debilidades y vilezas del mundo, con su interés y egoísmo, de estar cerca de lo poco que en esta vida es capaz de sacrificio y abnegación. Con ansia grande espere el Saúguinau por noticias de Vd. y sólo me trajo la de Giraudi,¹¹ que a la larga contesta la Delegación, dejando en Vd. la facultad de emplear allí, de los clubs o fuera de ellos, a quien le parezca bien, y callar o decir a este o aquel lo que determine, en las cosas de acción, que a nadie más que a Vd. han de permanecer ahí, dejando a los clubs sus otros quehaceres, de orden no secreto, que son los únicos suyos. ¿Quién, por ejemplo, mejor que el leal y discreto Giraudi para todo lo que, sin más autoridad que la total de Vd., quiera Vd. encargarle? Elegir de acá sería inoficioso porque el Subdele-

¹¹ Federico Giraudi y Cassard, veterano de la Guerra del 68, residente en Santo Domingo.

gado, que no está en nuestra Constitución, nada tendría que hacer,—y movería además a celos. Vd. allá tiene ya la autoridad libérrima, que comprende esa menor.—Los clubs no son p^a. los servicios de acción, que es a lo q. la nota parece referirse; sino p^a. organización, plan público, masa de esfuerzo y opinión, y todo lo externo y confesable de la organización revolucionaria, y la vigilancia de su democracia, honradez y cuadro de principios. A no ser q. la subdelegación sea para el trato continuo de los clubs de esa Isla: y ese se recomienda, y se pide, si así es, que elijan de entre sí, si eso no ha de acarrear celos, una presidencia central. No la creo precisa, ni conveniente. Pero acaso lo sea, para uniformidad en los detalles, y—aunque ya me falte poco de estas femeniles oficinas—por mi absoluta imposibilidad de estar a la vez en lo mayor, en viajes, empaquetando rifles, impidiendo la desbandada del Cayo, y con la mano en las cartas. Pero allá son grandes y buenos, y me perdonan lo menor por lo mayor.

Debo cerrar. Aquí quedo como en silencio religioso, viendo crecer, y ya a punto de madurar, nuestra obra, convencido de que la Isla nos espera, de que sólo espera por nosotros, de que sólo debemos y podemos esperar los ajustes últimos que andan ya en camino, y de que en nuestras próximas cartas vendrán de Vd. y enviaré yo noticias ya muy concretas que nos cierren la retirada, y nos aclaren aún más el camino. No le digo toda mi alegría, por que no la tenga por exagerada. Pero crea que merece ser querido de Vd., y que se siente con menos pequeñez y con más alma cada día, su amigo,—y el de su casa inolvidable.

JOSÉ MARTÍ

Cotejada con fotocopia del manuscrito original del CEM. Según esta fuente, carta manuscrita en papel con membrete de “Astor House, New York”.

De Martí a Gómez

N. York, 21 de febrero de 1894¹

Sr. Mayor General Máximo Gómez

Mi General y amigo:

Recibo, poco antes de las tres, noticia imprevista de que sale a las 4 la correspondencia, por vapor no anunciado al público, y al vuelo le acusaré recibo de su muy grata de 11 de este, y le diré lo que ella y la de Serafín, ya remitida, me sugieren; y lo más urgente de nuestras cosas en este instante.

Lo primero es lamentar que las dos comisiones que tengo en Cuba, apremiando de acuerdo con las últimas instrucciones de Vd. me tienen clavado aquí, la de Oriente sobre todo—de donde debe llegar el comisionado en estos días—como el de la Habana, que aún no ha venido a la visita anunciada por cable. Además, me ocupo en ver como doblo el n° de armas de las Villas, en acuerdo al plan que comunica a Vd. Carrillo, y en redondear los fondos. Impaciente me escribe Maceo de Costa Rica, quejoso—sin contar las fechas y la distancia irreductible—de no haber recibido carta mía sobre la suya,—carta mía que de atrás, según dije a Vd, tendrá ya en su poder—ni nuevas instrucciones de Vd. sobre la ida en Febrero. Por cable lo calmo, le escribo el sábado, que es la 1ª ocasión, y mudo el plan de fondos de por allá, puesto que pobreza y políticas parecen haber mermado mucho la oferta que le hicieron cuando Purnio²

¹ “Aunque fechada por Martí el día 21, esta carta fue escrita el 20. En la dirigida al general Serafín Sánchez, de 20 de febrero de [1894] hay dos elementos que nos sirven de base para esta afirmación: 1) en ella dice que por la mañana despachó el correo para Costa Rica, refiriéndose, sin lugar a dudas, a la comunicación dirigida al general Antonio Maceo el 20 de febrero (ver p. 53); y 2) expresa que ‘al entrar en la oficina, supe que salía el no anunciado correo de Santo Domingo, que lleva, en la primera ocasión, la carta de Vd.’, y más adelante: ‘Todo esto, con cariño y razón, digo al General’, lo que evidencia que la que ahora estudiamos, dirigida a Gómez, fue escrita poco antes de la que hemos citado, y por tanto corresponde al martes 20 de febrero de 1894.” (Nota de los compiladores de José Martí. Epistolario, t. IV, Ed. cit., nota 1, p. 55.)

aquellos cubanos: pero esta, lo de Jamaica, y lo de otras partes de Centroamérica, con lo de Panamá basta—por mísero que el total sea—el desembarco y equipo de veinticinco hombres de cabecera. Esto, y el gran trastorno del Cayo,³ me retienen aquí. Si no, quien salía hoy por el vapor no era esta carta, sino yo.

En realidad, General, lo único que nos falta es concertar en los detalles el plan doble y definitivo de nuestra marcha y el alzamiento en Cuba. Ni nosotros podemos exponernos a ir como intrusos, y ser dejados solos,—lo que está totalmente fuera de lo posible y patente,—ni ellos, con mucha más razón, pueden exponerse a alzarse sin auxilio, o con la probabilidad de un auxilio tardío o por cualquier concepto dudoso. Sería círculo vicioso eterno el de no ir nosotros hasta que ellos no se levanten, y el de no levantarse ellos hasta que nosotros no vayamos. Lo cierto es que, aunque el país está maduro para la guerra, no se lanzará a ella, ni tiene la mente hecha para lanzarse, sino en consecuencia de nuestra iniciación, y en la seguridad concreta sobre la forma y monto de nuestra ayuda. No es una revolución encabezada de allá, donde por las causas que Vd. señala es de muy difícil encabezamiento, que nos tenga de meros auxiliares. Es la revolución común, hecha a la vez allá y acá, que reconoce en nosotros el impulso y la mayor capacidad de preparar, por la libertad extranjera, y no resolverá primero, puesto que la base de su resolución es que resolvamos nosotros de acuerdo con ella: Ya abajo, aunque con la prisa del momento, le hablo de lo de la falta de centro, que,—en acuerdo con el pensamiento que en mis viaje le expuse—ha hallado Vd, y parece ser la única garantía de éxito, esa falta de centro, en un país de comarcas que en la guerra acentuaron su personalidad, que pudieran volver a estar celosas de ella,—que pudieran preferir el entenderse todas con la guía de afuera, impersonal y sin comarca, a ceder a la guía de sus rivales,—y que justamente temen, por la confusión moral que Vd. indica

² “Se refiere al alzamiento de los hermanos Sartorius, a fines de abril de 1893”. (Ibídem, nota 2.)

³ “Los problemas suscitados por la huelga en la fábrica de tabacos La Rosa Española”. (Ibídem, nota 3, p. 56.)

por la bajeza a que ha llegado nuestra sociedad, todo trabajo interior de conspiración demasiado extendido y transparente. Sin querer ya le estoy hablando de este punto del Centro, que no es casual ni de abandono, sino de propósito—a fin de que una región no se niegue a ir a la guerra por no ir de segunda de la que la inicie,—y por la imposibilidad material, presente y constante, de reunir en un mismo lugar de la Isla las personas que hacen de cabecera en las localidades revolucionarias, puesto que en la Habana sería el lugar único donde por el mayor movimiento y otras causas se pudiesen reunir; y allí no están hoy los principales ni los que pudieran hacer de delegados suyos, sino el centro conocido del espionaje más perfecto y sutil, ejercido por los mismos revolucionarios de ayer, y el de una corrupción tal que sólo deja a salvo unas cuantas cabezas, que ayudan en Vuelta Abajo, y la masa pública, culta e inculta, que—descontando el tanto por ciento usual de la miseria humana—es siempre nuestra, con la poca importancia que las grandes ciudades tienen en las revoluciones cuando no se deciden a guiarlas. ¿De dónde, sino, del campo, relativamente sano, y con la levadura nueva de la pobreza, y del destierro donde nos hemos mantenido al habla activa, podía esperar Cuba la unión y dirección, hasta el establecimiento de la guerra, de sus fuerzas revolucionarias? En las ciudades, ir tanteando los hombres buenos; en el campo, ir descubriendo y poniendo en juntas centrales donde se pudiera, centrales de la región, los núcleos de pelea: dejar a cada región en acuerdo real de hecho, puesto que tiene cada una de ellas la mano en las nuestras pero sin dependencia unas de otras, para estorbar la demasiada plática, y las inevitables rencillas. Con esa organización, como en pocos días puedo hacer llegar la misma voz a los diversos núcleos—en Oriente, a los varios y conocidos de Holguín, Guantánamo, Baracoa y Santiago,—en el Camagüey, a sus cabezas naturales de la ciudad, sin las cuales no se mueve en las Villas,—y ya sabe V., por Serafín, y más que todo por Carrillo como se mueven,—en la Vuelta Abajo por los varios grupos, capitaneados casi todos por médicos nuevos, que se entienden con Matanzas y la Habana, y no son ni muchos ni—por ningún concepto—desdeñables,—como en pocos días, digo, puedo—ya con un plan fijo y seguro—hacer llegar la noticia que ansiosamente esperan de nosotros; resulta que este mé-

todo, que ha obviado el inconveniente de los recelos locales, de la publicidad excesiva, de la repetición de lo hecho—y mal hecho—anteriormente, y de la concentración de los trabajos en una capital corrompida e inútil, no daña en nada la certeza y rapidez del golpe. Esto, para quitar a Vd. todo temor de que faltase por hacer adentro más de lo que, con los elementos verdaderos de la Isla, se puede hacer o esperar hacer.

¿Cuál es la situación ahora? Toda insinuación, que llega aislada a cada jefe u oficial, de alzarse para determinada fecha, los dejará indecisos y sorprendidos, si no va con ella, de modo que no nos comprometa lo escrito y les llegue por su cabeza local militar—la certeza de que ese alzamiento es un ala de la campaña, y nosotros en marcha somos la otra. Tengo a la vista en este instante la carta de Pedro Pérez, perseguido a muerte, a qⁿ. le ofrecen \$10.000, y que espera escondido nuestra orden, las de los comprometidos de Guantánamo, unos metidos con el Pérez, y otros refugiados en Venezuela, aguardando a reentrar, y de acuerdo con Baracoa y núcleos vecinos,—y la carta de Maceo, temeroso de que lo dejemos detrás, y urgiendo por instrucciones; y las cartas de Serafín, desenvolviendo yo acá el plan que Carrillo le propone y somete a Vd.—sin que lo que él desarrolla sea más que el tener 1 000 rifles en vez de 500,—y los tendrán—p^a. la fecha en que quieren. El Camagüey, General, puede, como es justo, andar despacio, como estamos andando nosotros, hasta que vea sus armas, como está ya a punto de verlas,⁴ y reciba el espoleo final; pero Vd. sabe ya cómo se le ama por allí, y como todo temor suyo fuera vano. De Maceo no espero deslealtad, ni que se quede atrás, porque lo que hacemos, día por día, es historia, y lo que no es más que carta hoy, será glorificación mañana, o vilipendio. Ni espero que escatime o perturbe la autoridad natural y proclamada de Vd. Caudales no tenemos; pero sí lo necesario para el plan pensado, con más de los pocos recursos de armas que creíamos precisos, a fuerza de guardarlo todo para última

⁴ “En efecto, en marzo de 1894 el más tarde general Enrique Loynaz del Castillo, introdujo en Camagüey 200 rifles y 48 000 cartuchos”. (Ibidem, nota 4, p. 58.)

hora, y no gastar lo de guerra sino en guerra. Y ellos esperan por nosotros. Y nosotros no podemos estar esperando por ellos, porque ellos nunca se decidirán sin nosotros, sin el acuerdo concreto y determinado con nosotros, puesto que la revolución a que están prontos es la que hemos alentado y han venido levantando con nosotros. ¿Y podríamos, con largas tardanzas, mantener este estado de espera, mantenernos con crédito después de una espera larga y a juicio de la gente activa de adentro, innecesaria y peligrosa? Como Vd. creo, y muy de hondo, que ir a la loca sobre la Isla, sin la concordia de las cabezas de afuera, y la espera favorable y compromiso de los de adentro, sería, por lo menos, imperdonable ofuscación: pero, una vez logrado esto, que está logrado, creo fatal,—como ya Vd. mismo me lo ha dicho,—más moratoria que la indispensable para ajustar y realizar los detalles de la obra unida.—Yo creo que, a pesar de los detalles que me clavan aquí voy a volar hasta Vd. para volver con todos los periquitos rematados. Pero si la carta que le envió de Serafín, con lo de Carrillo—y que el Srío. ha ido a buscar para incluísela en esta, mueve a Vd., con la situación que le pinto, a acordar el plan general e inmediato, Borrero puede traérmelo a la callada—

por dónde quiere Vd., y cómo, y cuándo, que vaya a buscarlo—

qué voz general quiere que circule por la Isla, a la vez que de ahí la circula Vd.—

qué instrucciones precisas doy a Maceo, sobre lugar y tiempo—

qué quiere que diga, de viva voz, sin cartas, a cada comarca.

Yo aquí me transformo, me hago un gigante de júbilo, remacho el hierro dispuesto, me muevo mejor, como se mueve uno siempre en la grandeza. Desato los barcos, de modo que los tres lleguemos, poco más o menos a la vez; y entre Vd. y yo podemos hacer que el campo esté dispuesto, y estén ya alzados por lo menos Oriente y las Villas.

Las 4 menos cinco. Llegá la carta de Serafín, y ya Vd. habrá recibido al emisario. No puedo hablarle de Julio,⁵ de quien—por desdicha—no puedo decirle cuánto bien quisiera, tanto que, usando de la autorización de Vd., demoro su carta. ¡Ojalá no

vea, en lo que le escribo tan de prisa, más que la prudencia y energía con que a la vez desea obrar, y el cariño cada día creciente,—de su amigo, y el de su casa.

JOSÉ MARTÍ

Cotejada con fotocopia del manuscrito original del CEM.

⁵ “General Julio Sanguily y Garritte”. (Ibídem, nota 5.)

De Martí a Gómez

New York, 3 de marzo de 1894

Señor Mayor General Máximo Gómez

Mi muy querido General:

Vino el vapor sin ninguna de Vd.; pero yo puedo por fortuna aprovechar su vuelta para ir juntando nuestras ideas, no conforme a nuestra voluntad e ilusión, sino a la situación verdadera. Es cosa del cielo que Vd. vea desde allá las cosas como yo desde acá las veo, y que cada día le vaya demostrando cómo no debe esperar de mí ni precipitaciones inseguras ni pérdidas de tiempo. Aún no ha vuelto el comisionado de Santiago, ni sé si, de resultas de la comisión de Carrillo a Vd., me da Vd. de allá órdenes que deba enseguida transmitir, y me viene Borrero¹ con sus instrucciones, cuya realización a nadie fío, para que no caigamos por la lengua como tantas otras veces, ni se me vaya en intermediarios lo poco que tenemos. A no ser por esto, el vapor me llevaba, y no a la carta. Porque no voy con el juicio vacío, y de lo hecho por Vd. de allá y por mí de acá resulta una unanimidad feliz en cuanto a la situación real de Cuba, que nos da base cierta para nuestros actos. Yo temí siempre;—cuando el gobierno pareció iniciar la campaña de persecución que hubiese precipitado los alzamientos,—que fuera muy breve el plazo que nosotros mismos nos aconsejábamos; y a la vez que comunicaba a Cuba la determinación de Vd.; y afuera a los jefes; tendí a continuar desviando en la Isla al gobierno, y me valí de la misma confusión en que creen habernos puesto por el mortal golpe al Cayo, para crear en el gobierno la opinión de que las cosas no andaban tan cerca, y por consiguiente el terror no era aún necesario—de lo que se seguía, como se ha seguido, que nosotros tendríamos el mayor tiempo indispensable: así que al transmitir el aviso, temeroso—por la angustia del plazo—de que nosotros no lo pudiéramos hacer bueno, ni ellos, abrí esperanzas para la prórroga, por esa conducta que aplau-

¹ Francisco Borrero.

den, con lo que alcanzamos un objeto doble: nos aprovechamos de la prórroga nosotros y no perdemos allá el crédito.

La situación, pues, en este instante, parece ser así:—de nosotros se espera todo, sin celos y con cariño, y de nosotros ha de partir el concierto, y sin nosotros nada concertarán entre sí, porque cada cual sólo tiene fe en sí y en los demás en virtud de la certidumbre del concierto con nosotros: ésta es, pues, por dicha una acción doble que asegura, desde el principio, el arranque armado y vigoroso, sin aquella vacilación y recíprocos desconocimientos que desde el principio le aflojaron el corazón a la guerra de Yara. De la Habana escriben que, luego del recibo de las armas que ya vienen a buscar, y serán p^a. los desconfiados la única prueba que esperan, de que se trata de cosas de realidad—necesitarán de 6 semanas a dos meses, y no más, ni menos. De las Villas, Vd. sabe por Carrillo, y de Serafín y Roloff.² Del Camagüey, ya con las armas en los ojos, y la espuela de lo que se hace alrededor, Vd. tiene idea bastante. De Oriente, nada rechazan, y piden sólo un poco más de tiempo, y que demos ocasión a que salgan de la prisión Moncada y los demás,³ cuyo encarcelamiento nos ha sido útil, porque ha tranquilizado al gobierno, y la demora de los santiagueros en juntar lo que el gobierno pide por ellos de fianza ha sido tomada por el gobierno como señal segura de nuestra flojedad: sobre Oriente además lea la carta adjunta de Maceo. Creo, pues, en vista de todo que, aun cuando lo de Carrillo hubiera parecido a Vd. viable, y en caso de que se pueda demorar hasta ligarlo con el resto, debíamos fijarnos inmediatamente un plazo corto y bastante—un plazo definitivo,—acordar previa y detalladamente toda la ejecución de él, que sería lo mismo que estamos haciendo, con la tranquilidad mayor de un fin seguro,—y permitirme así, emancipado de la angustia de fallar con mi ausencia al encaje con cualesquiera instrucciones de Vd. o lo de Carrillo ahora, dar un vuelo final, y traer algo más al tesoro, que supla lo que no han podido poner en él las emigraciones reducidas poco menos que a la miseria por la pobreza general de este país, y la complicidad que España

² General Carlos Roloff.

³ Se refiere a Guillermo Moncada, Quintín Bandera y Tomás Garzón.

obtuvo de un puñado de yankees imperdonables para turbar y deshacer el Cayo—cuya población, quede o váyase, ha quedado—por ese hecho y nuestra conducta en él—más encariñada con la revolución—como creo que dije ya a Vd., que lo que estaba ya hasta ahora, con estarlo mucho. Lo grande, como Vd. sabe, es corto—y sólo la gente nula o maligna pierde el tiempo en palabras. Las concepciones decisivas son siempre breves. Esto que digo aquí viene a ser la forma de lo que Vd. piensa, y me ha escrito; le hemos estado dando vueltas, mientras conocíamos bien—con el anuncio de la realidad—lo que pudiéramos llamar el terreno de hecho en Cuba; y creo que lo que aquí decimos, ni es para tan pronto que falle por falta de concierto y preparación,—ni para tan lejos que nos haga perder el crédito tan difícilmente recobrado.—¿Y Maceo? Con la orden fija que recibió para febrero, parece como Vd. ve, que se ha preparado a la salida: yo, ante la extensión inevitable del plazo; nada fijo le he debido ni podido decir—ni creo que sobre esas cosas deba moverse la alarma inevitable sino cuando la rapidez preconcebida de la acción entre el aviso y el hecho pueda burlar—con su celeridad inesperada—los cálculos de un enemigo que no nos supone tan aleccionados—ni puedo decir nada concreto a Maceo, sobre lugar y detalles, hasta que no me lleguen instrucciones de Vd., ni distribuir recursos y equipo hasta no saber fijamente cuál y cuánta gente lleva. Pero ya por cable y carta he preparado lo que Vd. pueda creer útil decirle: la prisión de Moncada, Bandera y Garzón justifica naturalmente, y en verdad, la demora por Oriente: y creo que, con una palabra de Vd., no tendremos dificultad por este lado. Me dedico, pues, a tener a Maceo dispuesto y satisfecho, con la simple verdad. Ahora,—mañana mismo—le escribo de nuevo,—le urjo, como de mi parte, a la necesaria espera,—abro el campo así a lo que Vd. le pueda decir,—y nuestra actividad inmediata calmará su impaciencia.

Sobre lo del General Sanguily, creo que dije ya a Vd. en mi carta anterior que—en la probabilidad de que lo de Carrillo no diese tiempo a entrevista semejante—de ningún modo podíamos, cuando necesitaríamos de él entonces y enseguida en Cuba, tenerlo en la mar al mismo tiempo, en busca de Vd., que acaso no estaría allí.—Y de todos modos; estando tan in-

mediato—mes más o menos—lo que tenemos que hacer, ni creo prudente que él salga de Cuba, con plazo de todos modos corto,—ni, juntando cuanto sé y no debo olvidar,—sería inconveniente que cayese en medio de todos los preparativos de Vd.—No digo todo mi pensamiento; pero Vd. lo suple.—¡Ojalá pudiese yo creer que se trataba de algo más eficaz que lo que él mismo me ha dicho que era el objeto de esta entrevista—y por satisfecho de él se volvió—a Cuba el año pasado sin hacerla, aunque entonces tuvo del Cayo \$1.400—y del Partido—por comisión no desempeñada—\$400—con que hacerla, si lo deseaba!—el objeto de saber de Vd. si tomaba realmente parte en el movimiento. Sobre esto Vd. lo puede tranquilizar,—porque jamás—a pesar de tanto espanto como hay en este mundo—concebiré a Julio haciendo armas contra Cuba, ni metido en un rincón cuando estén peleando los cubanos: y aplaudo que Vd. desee tenerlo contento y cerca. Con ese mismo pensamiento, reservo la carta de Vd., pero le escribo cuanto tiende a que se vea querido y pensado—sobre todo por Vd.: y le anuncio que acaso no pasará mucho tiempo sin que Vd.—dado que lo creo prudente—y oportuno p^a. la revolución y para él—lo llame a la entrevista que desea. Nada haré por engañarlo: ni nada—en daño de Cuba y de Vd.—contra mi conciencia, mis avisos y mi conocimiento.—En cuanto al coronel—ya ve lo que hace Patria,⁴ y lo que hago yo: ¿qué me importa la malicia humana, ni otras cosas de que no hablo, por no parecerle pretencioso? hago lo que sirva a mi tierra,—no tengo mérito en vencer las pasiones, porque las he aniquilado en mí,—y me reduzco, y callo, y lo olvido todo, sincero y alegre, si eso es lo útil a mi patria, y puedo así, con mi mansedumbre y sacrificio, contribuir a mejorar, en vez de agriar, el carácter de los que pueden servirla. De modo que no seré yo quien deje de contribuir al fin de paz y allegamiento, y merma de todos los elementos destructivos, que sabe Vd. es el fin de mi vida.

Ya le he enojado mucho, y el correo se va.—Salgo para Filadelfia, y tal vez me corra a Washington, si lo necesita el abogado del Cayo. Quise escribir tendido a Pancho y a Máximo:⁵

⁴ Órgano oficial del Partido Revolucionario Cubano, fundado por José Martí.

y no puedo. Las cosas en que estamos me impiden ser con ellos como sin esa traba sería. Todavía Vd., no me conoce bien, ni cree acaso tanto como debiera en la novedad y sencillez de mi carácter firme, leal, y demasiado entristecido, o demasiada intuición, para que don alguno de esta existencia me parezca digno de obtenerlo con la doblez, la reserva o la intriga. Ellos dos me entienden bien: esas dos nobles criaturas. Y Manana y Clemencia.⁶—Ansioso, como siempre, aguardo carta de Vd.—Y si me permite el viaje lo que V. me diga, salgo enseguida a verlo con un abrazo más apretado aún que cuantos le ha llevado hasta ahora

su

JOSÉ MARTÍ

Olvidaba decirle que en junta en la Hab^a. se acordó—por gentes buenas a quienes a tiempo dije y reiteré cuanto Vd. hace, y mantuve en examen, por no estar seguro de ciertos elementos—enviar emisario, según me dice el Presidente de la junta, a Vd.—a fin de cerciorarse de su cooperación. Es Juan Gualberto Gómez quien me lo escribe.—Este es suceso feliz; y si va, Vd. me les fortalecerá el corazón.

Cotejada con copia del Centro de Estudios Martianos del original que se encuentra en la Oficina de Asuntos Históricos, del Consejo de Estado de Cuba.

⁵ Francisco y Máximo Gómez Toro, hijos del general Máximo Gómez.

⁶ Clemencia Gómez Toro, hija del Generalísimo.

De Martí a Gómez

New York, 24 marzo 1894

Sr. Mayor General Máximo
Mi muy querido General:

Gusto muy grande tuve con su carta, la más sabrosa y bella que he recibido de Vd. La mía anterior responde de antemano a muchos puntos de ella, y aun a todos, y sigue siendo para mí motivo de alegría y orgullo que mis pensamientos y deseos coincidan siempre con los de Vd. En la situación de Cuba, ha habido estos cambios, después de lo que le tengo escrito: El comisionado de Cuba (Santiago) ha vuelto, y por él, y a través de él, veo el gran temor que el Gobierno tiene allí de la guerra,—el esfuerzo desesperado de hombres imperdonables—como Urbano Sánchez para contener la revolución, hasta con el esfuerzo desesperado, que no les daría efecto, de pretender aislarlos y dividirnos de la Isla con la creación allí de un partido independiente legal, que no puede ser eficaz si no es sincero—en el deseo de paz de todo él y en su fe en la capacidad de España p^a. conceder la independencia,—y que, por la diversa idea de España que hay en Cuba, y el miedo que inspira a la mayoría tímida y visible, no puede ser sincero:—y como Guiller món continúa preso, bajo una fianza de \$2.000 que en tres meses no le ha podido conseguir ese mismo Urbano que se dice dueño del Oriente, y a mi juicio asesora al gobierno y ha hecho cundir el miedo entre los contribuyentes a la fianza, para que siga preso Guiller món, y él fun giendo de salvador suyo,—yo, para lección merecida, para crédito del Partido, y para encariñar aún más con nosotros a Guiller món, ordené a un fiel amigo de allá, que es nuestra cabeza en la ciudad, y de lo más puro y distinguido de ella—Rafael Portuondo y Tamayo—que girase a la vista por los \$1.000 que aún faltan: ojalá parezca a Vd. bien la medida:—también he descubierto,—aunque suele uno pasarse de prudencia, y ponerse sin causa a dudar de lo que no debe,—que el Sartorius,¹ de Holguín, es dudoso por lo menos: las ga-

¹ Ricardo o Manuel Sartorius y Leal.

rantías de que goza, aun después de la tentativa de Purnio,—su mala fama, la desconfianza que a todos parece inspirar en el Oriente,—la aspereza que muestra de cuando en cuando por no recibir noticias precisas e inmediatas,—el anunciar que se desbanda si no es para tal o cual día, y luego seguirse ofreciendo aun cuando no haya recibido explicación,—todo me hace temer que el oficio de Sartorius sea como el de Manuel Suárez, y tantos otros, que andan por Cuba husmeando donde hay núcleos; y convidándolos, para que enseguida les caigan encima los pacificadores, o les desordene y aterre el espionaje, o les aplique el gobierno ya, como está haciendo en Oriente, la ley de vagos:—he sido largo en esto porque me parece de interés.—Del Camagüey, es cierto cuanto Vd. dice, y a algún impaciente, como Enrique,² habrá que contenerlo; pero la cautela general de la comarca es freno bastante para ese peligro, y Enrique mismo nada osará, ni de ninguna manera lo pretende, sin el asentimiento del Marqués³ y los demás que Vd. sabe, ni lo considera necesario, viendo la importancia de una buena organización previa, y la verdad de que en ella estamos:—ni al papel fío un detalle que dentro de pocos días habrá influido poderosamente en aquellos ánimos,⁴ y servido de confirmación a los mensajes de Vd.;—ahora, ni al Camagüey ni a ninguna otra comarca, pero sobre todo al Camagüey, la dejaremos de la mano: hombre por hombre se sentirán agasajados, llamados, suavemente empujados, sin que en detalle alguno, ni siquiera en el de la forma que quieran dar a su organización local, puedan creerse víctimas de la menor intrusión o dirección, directa ni indirecta:—fío mucho, en las cosas de los pueblos,—y sólo en eso fío,—en la justicia natural del hombre, tratado con cariño y con respeto.—De las Villas, y de Occidente, la carta adjunta de Serafín le dice lo último. En lo de Collazo, según ya Vd. sabe, fuera de tenerlo convencido de mi desagravio y amistad, y de quitar pretexto a toda duda de él sobre estos puntos, y mantenerlo en la creencia que el sigilo de Vd., puede obedecer a cautela, nunca a desconfianza, nada

² Enrique Loynaz del Castillo.

³ Salvador Cisneros Betancourt, marqués de Santa Lucía.

⁴ Se refiere a las armas introducidas en Camagüey por Enrique Loynaz del Castillo en el vapor Alent.

he querido hacer, por conocerlo Vd. más que yo, y ser eso ya de la exclusiva jurisdicción de Vd.—Juan Gualberto Gómez mismo, a quien envié recientemente una comisión sobre ese punto, nada le ha dicho de ella. Ni yo, a Gómez ni a nadie, digo nada que pueda ponernos en peligro, o revelar la pista de los trabajos reales, o resultar más de lo que luego les cumplamos. Así se podrá crear alguna impaciencia, fácil siempre de enderezar, pero no se pierde ningún crédito. La masa está, pues, bullente. A nosotros, el acabarla de revolver y darle forma. Ahora vienen las elecciones, en cuyas vísperas no sería de buen acuerdo en mí tomar medidas que presupusiesen mi autoridad para realizarlas,—y pende nuestra entrevista.—Con lo que definitivamente fijemos en ella, si para entonces tengo autoridad, ya verá cómo, revuelo sobre revuelo, y con aquella fe y seguridad en nosotros mismos necesarias para mover a los demás a ellas en un instante sumo, terminamos la preparación, y arremetemos, antes de que el enemigo nos crea prontos por mucho que sea su aviso. Esa es mi ansia de que nos veamos: no perder el tiempo,—no perder el crédito,—salir de la entrevista con aquel júbilo de cariño, y aquella mutua y total complacencia, que haga breve e irresistible nuestro empuje. Fijaremos un plan tal que todos sus detalles puedan, con prisa ordenada, desenvolverse dentro de él. Siento que sólo eso falta.

Ahora, respecto a nuestra entrevista: yo se la anuncio para allá, al mismo tiempo que Vd. me la anuncia para aquí. Mi impulso, que hubiera obedecido, aunque Vd. me regañase, o pensase mal de mí, o me creyese ambicioso y acaparador, fue—y es—irme allá enseñuida, por considerarlo así menos anunciador y aparato, y más seguro para nuestros planes de acción inmediatos, y la gente que tiene por Cuba la garra al cuello.—Vd. es grande y bueno, y no me habría regañado,—ni me regañará, si las cosas de por acá me dejan libre, y salgo en el primer vapor, previo aviso, y caso de no haber recibido antes su palabra imposible, en cuyo evento no me moveré de aquí. Pero me han atado dos obligaciones locales: una, un embarque a que quería atender por mí mismo—y otra, el aviso del Cayo, muy importante—si se efectúa el anuncio—para el efecto en Cuba, de que, si ha desaparecido para fin de mes la oposición de los yankees, ya

espantados de su obra, reviva en todo vigor con mi presencia la organización revolucionaria,—esto es, renazca el Cayo, con las ventajas consiguientes a los cubanos que lo pueblan—el próximo 10 de abril—Vd. ha andado por allí, y ve de sobra la conveniencia de esta ostentación sin peligro, porque para los cubanos humillados y echados de allí es como una toma de nueva posesión, que no podemos negarles,—y ante Cuba, ella, y la moderación y entusiasmo con que se podrán hacer, son de más efecto aun que la impresión de orden y supervivencia de nuestras emigraciones que hemos causado y mantenido en la Isla, para que no crease allí descrédito o flojera el desbande del Cayo. Eso, lo del 10 de abril, puede y no puede ser. Ahora están contendiendo unos yankees contra otros que fue lo que pretendí con toda mi actitud, y el artículo “A Cuba:”⁵ y de ellos mismos, de la mayoría comercial, es el pensamiento de que yo vaya: una docena de empleados, federales y locales, con el cónsul español atrás, son los que se oponen a esa reivindicación, que tiene hasta ahora ciertas probabilidades, por ser verdadera la decisión de los cubanos de irse, si no se les repone pública y decisivamente en todos sus derechos. —Y eso me ha clavado aquí.—Su juicio de usted sobre la relativa falta de importancia en nuestra campaña actual, es muy exacto: dado ya el ímpetu, es de sentirse el trastorno,—y he sangrado de él, por su brutalidad e injusticia, pero salvo unos miles de pesos,—por más que esos sean tan precisos, no influye fatalmente, ni siquiera de modo grave, en nuestra labor.—Mas sería imposible, por el efecto en Cuba, y el natural deber de cuidar por el bien y respeto de los nuestros, y la ventaja de renovar el entusiasmo agradecido de aquella colonia,—dejar de ir en el momento oportuno.—Eso, repito,—con la otra razón, hacen que vaya esta carta en lugar mío.

Y su carta, en este punto, me puso perplejo. Como yo creo que es de importancia vital, de importancia indecible, que el gobierno,—acostumbrado a tener en poco la gente de levita negra—no vea movimiento de jefes que presagie—con tiempo suficiente para estorbarla—una concentración inmediata,—ni

⁵ Publicado en Patria, el 27 de enero de 1894. Ver en O.C., t. 3, pp. 47-54.

pueda tomar pretexto de ella para persecuciones o violencias en la Isla,—y como este Nueva York no es hoy ni más ni menos, salvo un poco más de fe y actividad en nuestra gente humilde, que el rincón perezoso y fósil que Vd. conoció, porque no está en lo humano que sea más, y yo mismo no vivo aquí sino por la tradición, y por las facilidades, en esta plaza tumultuosa, de compras y envíos,—sólo vi peligros, en vez de beneficios, para la seguridad relativa de los movimientos futuros de Vd., y para cierto resguardo aun posible de nuestras labores militares, y para la salvación, que ansío, de la gente comprometida y peleadora de la Isla, en este viaje, imposible de ocultar, de Vd. a New York. “Vuelo a allá”—me dije—“el lo comprenderá en cuanto yo le explique”. Pero no podía ir, por esos otros deberes. Y luego ¿si él no me conoce aún bien, o yo no he hecho cuanto debo para que me conozca mejor, o tiene otra razón que yo no sé o cede más de lo que debe a la naturaleza humana? Este Nueva York ya él se lo sabe de memoria,—ya lo conoce como es, frío e inútil, sin más pujanza que la que a obra muy lenta le hemos podido infiltrar, y la de haber cerrado hasta hoy en él el camino el enemigo: pero ¿si puede él creer que tengo yo causa alguna, o algún miedo, que me mueva a impedir su venida a Nueva York? ¿si quiere él ver por sus ojos, aunque yo jamás le he dicho que haya por aquí más de lo que él conoce?—Y así estuve, General, luchando, entre mi deber de exponerle la inconveniencia que a mi juicio había en su salida de Santo Domingo, para New York o para cualquier parte,—y mi temor de que esta opinión mía le pareciese mezquina, personal, interesada. Ya se lo he dicho todo. Vd., ahora juzgará. Mi ida allí, si a los clubs, sí tendría el inconveniente que señala Vd., a pesar de que hayan cambiado los tiempos, según Vd. me dice, y yo preveía; pero ¿qué tengo yo que hacer en los Clubs, más de lo que Vd.—y Paquito⁶ y Mayía⁷—han hecho? Yo me echo al camino, y paro en La Reforma. Lo veo, arreglamos, y vuelvo. Eso sólo haría, a menos que Vd. no creyese allá prudente hacer

⁶ General Francisco Borrero y Lavadí.

⁷ Coronel José María Rodríguez y Rodríguez.

otra cosa, o que viera yo a Lili,⁸ ahora que está allí el afectuoso Guelito.⁹—De mi viaje allá, veo la ventaja de que no será de tan riesgosas consecuencias, porque paso como hombre de chupetín, que ya ha ido allá dos veces sin salir con la guerra debajo del brazo: y del de Vd. acá veo la desventaja de ser ya una declaración demasiado cercana, y el pretexto que en Cuba el gobierno anhela, y la posibilidad de que, cualquiera que sea el estado de las cosas hoy allí, fuese ya pública la situación de Vd. a la vuelta, y no pudiese Vd. obrar con el desembarazo con que hasta hoy. Esa es mi verdad. Y si lo del Cayo no se hace, lo cual sabré antes del primer vapor,—y no recibo de Vd. la palabra imposible, allá voy, con el correo siguiente, a que me premie la vigilancia con un buen abrazo, a reserva de que, si Vd. me lo tiene a mal, o cree el viaje útil, lo haga después de esta cabezada mía. Por eso, para exponerle estas razones, le pondré un cablegrama diciendo “Espere carta Sauguinau”.—Y aún cuando vaya al Cayo, volveré para el otro correo, o me voy por otro lado, si se llega más pronto.—Y eso evitaría la necesidad del viaje de Maceo, a quien por carta—o viaje allá de un emisario fiel y barato—podemos hacer llegar las órdenes de Vd., sin la publicidad, a mi juicio funesta, de su viaje, y los otros inconvenientes que Vd. con razón señala: porque, si se nos empiezan a ir cien rifles de cada gira ¿cómo estaremos donde estamos, que al fin nos permite, a economía salvaje, que no falte lo preciso para la acometida?—Ya callo sobre esto. Pero siempre he de decirle—y así me querrá más todo—lo que tenga en el corazón.

Sobre la carta de Gato,¹⁰ de que habla Serafín,—y que creo idea feliz,—como yo no estaré aquí para la segunda firma, a menos que Vd. no haya venido, creo oportuno que Vd. la envíe a Serafín, que ya tendrá otra mía. Y Juan Gualberto Gómez, el aviso necesario, para que sobre ese terreno trabajado opere a la vez con fruto. Hasta hoy, el no pedir, y el adelantarlo todo

⁸ Ulises Heureaux (Lili), presidente de la República Dominicana en ese momento.

⁹ Miguel Andrés Pichardo, gobernador de Montecristi.

¹⁰ Eduardo H. Gato.

visiblemente sin pedirles, ha ayudado a crear ese respeto. Ya se puede con decoro aprovecharlo.

Con Julio, sígo, hasta verlo a Vd., la conducta indispensable que en mi anterior le dije. Es mucha la tristeza del mundo; pero bastan a compensar de ella hermosuras como las que de vez en cuando vemos en él, y abnegaciones como la de Vd., y alegrías tan hondas y puras como ésta que me dio su última carta. ¡Qué anhelo de verlo, y de conocer, mano a mano, al lado de la cama de hierro bien querida, a Mayía y a Paquito! Será gusto que me consuele de la fealdad y codicia de este mundo, y de la amargura incurable con que todo hombre sencillo y bueno ha de vivir en él.

su

JOSÉ MARTÍ

Pienso mucho en su casa. No hay aquí los 4 vol^s. de Collazo: irán enseñuida.¹¹

Cotejada con fotocopia del manuscrito original.

¹¹ Debe tratarse de cuatro ejemplares del libro Desde Yara hasta el Zanjón (apuntaciones históricas), de Enrique Collazo, publicado en La Habana en 1893.

Del general Gómez al director de Patria

Sr. Director de Patria

Confiando en la bondad de usted, me permito rogarle se sirva insertar en su periódico las siguientes líneas, y acepte el testimonio anticipado de mi agradecimiento.

Todos los pueblos de América libre tienen simbolizado en un nombre los esfuerzos, la abnegación y los sacrificios que les costo su emancipación, de la metrópoli europea a que estuvieron mucho tiempo sometidos. Washington¹ simboliza la independencia de la república del Norte, el Cura Hidalgo² simboliza la independencia de México, Bolívar³ y San Martín⁴ la de las repúblicas hispanoamericanas del sur.

En todos esos países se han alzado monumentos a eternizar el recuerdo de sus libertadores, como tributo de justicia que se les debe. Por eso hoy la República Dominicana se propone pagar la deuda de gratitud que tiene contraída con el benemérito patricio que fundó su nacionalidad, y ha resuelto erigir una estatua que perpetue el nombre de Juan Pablo Duarte.⁵

Yo, que soy hijo de Santo Domingo, y que además experimento como religiosa veneración por todos los que en América han combatido por romper los hierros del coloniaje español, no puedo resistir al impulso que me mueve a invocar los nobles

¹ George Washington (1732-1799). General y político norteamericano. Nombrado jefe del ejército en la guerra contra el colonialismo inglés, logró derrotarlo, y fue elegido Presidente de la naciente República.

² Miguel Hidalgo y Costilla (1753-1811). Sacerdote promotor de la independencia de México. En 1810 se subleva contra el poder español y, tras pocos meses de intensa lucha, es apresado y fusilado junto con algunos de sus colaboradores.

³ Simón Bolívar y Palacios (1783-1830). Militar y político venezolano. Proclamado el Libertador de América, por haber independizado del colonialismo español a seis países del sur del continente.

⁴ José de San Martín (1778-1850). Militar y político argentino. Libertador de su patria, de Chile y de Perú. Desilusionado por las intrigas políticas, decidió abandonar las tierras liberadas y embarcar hacia Europa, donde posteriormente fallece.

⁵ Juan Pablo Duarte y Diez (1813-1876). Patriota dominicano. Considerado el fundador de la Nueva República, proclamada el 27 de octubre de 1844.

sentimientos de los patriotas cubanos, fuera y dentro de la Isla, con la esperanza de que contribuyan con su óbolo a la suscripción que encabezo, destinada a aumentar los fondos que en Santo Domingo se colectan para llevar a cabo el pensamiento nacional de erigir a Juan Pablo Duarte una estatua digna de su memoria. Mi gratitud será eterna para todos los que me ayuden en esta obra meritoria.

En usted saluda a todos los hijos de Cuba, su amigo

MÁXIMO GÓMEZ

Patria, a. III, no. 108, Nueva York, 17 de abril de 1894. Ejemplar atesorado en la biblioteca del CEM.

De Martí a Gómez

Y PATRIA, general, que en el valor de los hombres y en la lealtad de las mujeres ve erguida para siempre en la conciencia dominicana, por sobre tránsitos y apariencias, la vigilancia indómita con que alzó a su pueblo caído el fundador Duarte.

PATRIA, que la contempla aún, creador sagaz, iluminar con la palabra ardiente, acusada de ilusa y demagógica, a la juventud que en las humildades de “La Trinitaria” aprendió de él a desoír el vil consejo de la soberbia acomodada, o el miedo corruptor, que a la salud de la libertad, inquieta siempre en la niñez, prefieren las barragonías de la deshonra;

PATRIA, que lo ve urdir, con el poder de su consejo,—y sin más brazos que la idea, madre de brazos,—la rebelión que, de una pechada de héroes, echó atrás al haitiano, tan grande cuando defendía su libertad como culpable cuando oprimía la ajena;

PATRIA, que ve aún, con el júbilo del alma hermana, encenderse en el aire el fogonazo del trabuco de Mella, y caer, en pie, a un pueblo invencible, de los pliegues que desriza, abriéndose a la muerte, la bandera de Sánchez, allá en la Puerta del Conde famosa, en aquel día de las entrañas, el 27 de febrero;

PATRIA, que lo vio luego, víctima de sus propios hijos, echado del poder, que era en sus manos como el arca de la república, y morir en la expatriación, triste y pobre, como servicio último a la patria, ante cuyos apetitos y desmayos se debe eruir la libertad, a fin de preservarse mejor, con la poesía del sacrificio;

PATRIA, con sus dos manos extendidas, pide a los cubanos y puertorriqueños su tributo para el monumento a Duarte: el tributo de los americanos a un mártir de la libertad que redime y edifica:—el tributo de la gratitud de los cubanos a la patria de los héroes que cargaron su cruz en el hombro ensangrentado, y con el casco de sus caballos fueron marcando en Cuba el camino del honor.

PATRIA, en su próximo número, abre la lista del tributo de Cuba al monumento de Duarte.

Patria, a. III, no. 108, 17 de abril de 1894.

De Martí a Gómez

New York, martes [17 de abril de] 1894¹

Mi querido General:

Ayer, con el ir y venir, olvidé, como le dije anoche, ponerme en el bolsillo las líneas “A los cubanos”,² y ahora se las mando a mano, y en letra de imprenta, a ver si tienen la fortuna de parecerle bien, y si puede,—bien sean ellas mismas o las que crea que las deben sustituir,—enviármelas con el portador, para que puedan publicarse antes, o al tiempo, de su salida:—ojalá pudiésemos alcanzar el correo de hoy.

No ha de tener tiempo ahora; pero le mando esos Yara³ que acaban de llegar. Vea con qué almas cuenta.

A las 11½ estará con Vd. su

JOSÉ MARTÍ

Cotejada con fotocopia del manuscrito original en la biblioteca del CEM. Escrita en papel con membrete “Imprenta América, 298 S. Figueroa. Publicista Broadway.”

¹ “Según el texto que expresa le sean devueltas “las líneas” que le remite “para que puedan publicarse antes, o al tiempo, de su salida”, no cabe duda alguna que fue escrita el día 17, martes anterior a la partida del general Gómez de Nueva York, ocurrida el sábado 21 de abril de 1894.” (N. de los compiladores de José Martí. Epistolario, t. IV, Ed. cit., nota 1, p. 113.)

² “Debe referirse a ‘El adiós del General’, que apareció en Patria el 21 de abril de 1894 y que ha sido recogido en O.C., t. 28, p. 318.” (Ibíd., nota 2.)

³ Periódico de Key West que dirigía el veterano periodista revolucionario José Dolores Poyo.

De Martí a Gómez

N. York, 12 de mayo de 1894

Sr. Mayor General Máximo Gómez

Mi muy querido General:

En los instantes en que, luego de dejar organizadas las cuotas de New York y sus cercanías,—de encontrar y enviar un buen comisionado p^a. la Habana y Camagüey,—de preparar el éxito de nuestro viaje, el del noble Pancho y mío, a la Florida,—y de burlar la tentativa del gobierno en Cuba de apretar la persecución con el pretexto de la actividad excesiva que después de su visita esperaba,—en los instantes, digo, en que cerramos las maletas p^a. el viaje que empieza esta noche, y al que voy a la vez lleno de inquietud y de contento,—acabo de pasar una incomodidad muy grande. Muy grande ha sido. El respeto a la libertad y el pensamiento ajenos, aun del ente más infeliz, es en mí fanatismo: si muero, o me matan, será por eso. Imagine Vd. cómo, por esa condición mía, y por tantas causas especiales, respetaré el pensamiento de Vd. ¿Qué no habré sentido al ver que, por una imperdonable desidia de la imprenta, de la que le pido inmediatamente cuenta pública por Gonzalo de Quesada, puede Vd. haber tenido razón para creer que yo, padre y sostén en nuestras cosas de toda humildad y magnanimidad, y enemigo, de todo lo que las viole, dejé en pie en la despedida de Vd.¹ una frase o palabra que Vd. hubiese quitado? He sentido cólera muy pocas veces. Esta es una. Ni la luz del cielo es más clara que yo. Piense,—(en la necesidad absoluta de que yo sea así y de que Vd. me vea así),—cómo me pone, a pesar de mi mansedumbre, un incidente por el que puedo parecer,—no a Vd., sino a aquellos cuyos ojos no llegasen a mi alma,—abusador y pequeño.—Por fortuna, la frase que Vd. suprimió con justicia, para evitar cualquier comentario malévolos, es una verdad general, sin asomos de aplicaciones privadas, que son métodos e ideas que no entran en mi mente ni en mi co-

¹ Patria, a. III, no. 109, Nueva York, 1894, p. 2.

razón. Pero ese no es el caso. Todos, y yo el primero, debemos respetar, no digo yo el pensamiento de Vd., que pesa y llega a tanto con lo que dice, sino del hombre más humilde. Ya pasó; pero no me pasa el desagrado. Lo ahogaré en la grandeza que entre nuestras nobles gentes vamos a encontrar en seguida.

Recibí su tarjeta del Cabo, y ya sabe que salimos esta noche. Del camino le iré escribiendo, y nada nuevo le puedo añadir. Pancho, entre el trabajo ligero y el campo feliz, va sin más pena que no estar con Vds; y la endulza hablando de Vds. incesantemente. Todos lo celebran, y envidian tal hijo. Él sobresale por su discreción y su ternura. Su orgullo es obrar bien, y pronto, y tan bien como el que más, sino mejor, que todos. Ya está hecho a la ejecución, la responsabilidad y el método. Él me será, en estos días de faena,—inapreciable, íntimo apoyo. Sí creí que Vd. me quería cuando lo dejó Vd. a mi lado.

De la Habana, y por eso demoré el viaje hasta hoy, tendré respuesta el día mismo de mi llegada, a fin de despachar de nuevo al enviado, si hay por qué. Envié a Collazo los \$400.

Nada le diré, sino un gran cariño.

Su

JOSÉ MARTÍ

Cotejada con fotocopia del manuscrito original. Según fotocopia papel con membrete “Delegación del Partido Revolucionario Cubano”.

De Martí a Gómez

New Orleans, 31 de mayo de 1894

Sr. General Máximo Gómez

Mi muy querido General:

Le escribo a la madrugada, después del mucho despacho que dejo hecho antes de nuestra partida; con Pancho frente a mí, que no consiente en verme padecer ni trabajar sin que le dé su parte de pena y de fatiga. Gracias al sigilo en que pasamos por aquí, después de la agitación útil de estos días pasados, hemos tenido todo un día de pluma. Al amanecer nos embarcamos para Puerto Limón: por San José, donde ataré algunos cabos, seguiremos a Nicoya, a ver a Maceo y a Flor, luego de Cebreco, a quien habremos visto en el camino: de Nicoya, en consecuencia natural de lo que he de tratar con Maceo, iremos a Panamá, Colón y Kingston. Y a New York. Vd. sabe lo que debo llevarle hecho, y lo que creo le llevaré, porque es lo posible, y porque la situación nos espolea. Lo primero que nos prometimos queda ya atrás: mi demora intencional quitó el riesgo mayor que después de la ausencia de Vd. hubiera tenido, para Cuba, nuestro viaje inmediato al Cayo, y la Florida, en busca —disimulada o confesa— de recursos: y creo fuera de duda que hemos levantado, sin excesiva súplica ni escándalo, lo que nos prometíamos. A mi vuelta, para todo estaré listo. Creo, sobre todo en lo que nos sigue viniendo de Cuba, que lo que nos ha de salvar,—y nos puede fácilmente salvar,—es la ejecución precisa, inmediatamente después de la vuelta, cuando aún nos creerán despaciosos o en entendimientos, de lo que dejó Vd. concertado.

Por lo que tengo alegría grande y justa es por la carta de Collazo que le envío, junto con copia de la que me escribe, justificando ambas nuestras esperanzas. Eso es gente real, y gusto grande. A Vd. le agradará saber que los deseos de Collazo fueron inmediatamente atendidos. Por New York recibí la respuesta,—por embarazos del mensajero con la Sanidad—en vez de por el Cayo durante mi estancia, como tenía concertado, suplí con el telégrafo la demora, y ahora recibo un cablegrama

de V. Domínguez¹ que me dice: “tu encargo William en Habana”, lo cual quiere decir que Gato ha puesto en la Habana inmediatamente los \$2 000 que, por el tenor mismo de sus cartas, consideré suficiente poner sin demora a su disposición. Respondí a todos sus puntos en acuerdo estricto con nuestras conversaciones, y de modo que lo prevenían en cuanto a tiempo, sin fijación alguna, ni tantas largas que luego pudiera quejarse de falta de aviso suficiente: “irlo teniendo todo a mano, como si ya fuera a suceder, pero de tal modo que esto no fuese a una cercanía demasiado inmediata”, así le dije, poco más o menos. Sobre comunicaciones, le dije que con nadie debía comunicarse, sino con Vd. caso de mucha necesidad, o conmigo para Vd, o encontrándome, si hubiese urgencia, en el itinerario de mi viaje: le fijé Kingston. Espero y deseo, puesto que queda todo atendido, que no haya causa especial de comunicación. Lo del viaje de él, por supuesto, me pareció innecesario e irrealizable: ni habría tiempo para tal, con todo lo que allá tiene que hacer. Estas cartas de Collazo, y mi conversación con Gato en el Cayo, han robustecido mi confianza en la disposición favorable de la Isla. Gato, que es a su modo hombre de hechos, y no tiene el entusiasmo fácil, me habla de la Vuelta Abajo con fe positiva: él llevó su autorización: sus detalles, convienen con los de mi conocimiento. A Julio le envié su carta por Serafín. A Rafael Rodríguez le acompañé la de Vd con detallada carta mía, a fin de que mida su tiempo con anticipación, y no tenga por qué—por falta de preparación—dejar de estar en N. Y. a su hora, a punto de hacer lo que tiene Vd. pensado. La carta al Marqués, con otra mía, llegó salva a manos de Collazo, con giro por \$75.00, para que inmediatamente le despachase un propio, que de la Habana podía ser persona que no llamase la atención. Nada nos dice Collazo en sus cartas; pero tengo por seguro, como que recibió las dos cartas, que las habrá remitido.—Afuera, a fin de quitarnos todo carácter de acción inmediata o excesiva, queda como consigna, para justificar la colecta y los viajes, que, pareciendo la guerra en Cuba abocada por las persecuciones y provocación del gobierno, es de nuestro

¹ Fermín Valdés Domínguez.

deber,—hubieran sido cualesquiera nuestros planes—estar en todo instante dispuestos a acudir a la situación que, en parte por la fe que se tiene en nosotros, pudiera crearse en la Isla.

Ahora, con la mano entumida, pero con el corazón más lleno de lo que en mucho tiempo lo sentí, le hablaré de Pancho. De tanto que le dijera no tengo cómo empezar. Del regazo de Vds. ha salido este niño a muchedumbres de hombres, al desvanecimiento del aplauso que en su persona a su padre se tributa, y a la inevitable exhibición que no he tenido necesidad de reprimir, porque su natural decoro le sirve de suficiente consejo; y en las situaciones más tentadoras y difíciles no le he visto una sola vanidad, ni una sola falta de tacto.—En seguida, y sin prédica mía, entendió el valer de los humildes, y se estremeció ante su grandeza. Vibra, callado, a cada referencia a Vd. Jamás habla, ni me hubiera parecido bien que hablase, sino con viril brevedad, en pago inevitable del saludo, y en nombre de Vd, pero como hijo conmovido, y no como patriota vocinglero. Si cree que me hacen sufrir, o que no me entienden pronto, se encrespa, pero se reprime, porque ya sabe lo que pocos hombres logran: administrar su pensamiento, reservar su fuerza y dirigir su cariño. De su elocuencia verdadera, y en su edad por lo sobria sorprendente, es justo que le diga algo. Alguna vez puso en el papel, como correderas por donde guiarse, unas frases esenciales, pero la busca de la palabra, perdida en la emoción, lo puso pronto en guardia contra la memoria, y ha sido bello oírle hablar de súbito, componiendo con singular concisión de voces el pensamiento sincero y oportuno, sin un solo floreo o tono violento, ni esos giros traspuestos y aprendidos que en los mismos que pasan por maestros quitan fuerza y hombría a la oratoria. Sin vacilar, y al correr de la mente, hace él ese trabajo, rudo aun para los expertos, de ir escogiendo las palabras vigorosas y propias: y cesa cuando el pensamiento cesa. Escribiendo, todavía rebusca un poco, lo que a sus años no es más que el sano desdén de lo común, y el prurito loable de la superioridad; pero hablando es dueño entero de sí, y ni temerá ni adulará ni fatigará a las asambleas. Y de su corazón, tan pegado al mío que lo siento como nacido de mí, nada le diré, por no parecerle excesivo; ni de mi agradecimiento. Ya él conoce la llave de la vida, que es el deber: y

en lo que hace como en lo que dice, no domina el deseo de parecer bien, ni el miedo de parecer mal; sino la determinación de prestar el servicio necesario a la hora en que lo hace o lo dice. No creo haber tenido nunca a mi lado criatura de menos imperfecciones.

El sol sale, y tengo que decirle adiós. Al vuelo le diré lo del error en la despedida. En la fatiga de aquella hora; y en el hábito ya en la imprenta contraído de que cuando estoy allí todo se lo facilite y haga por mi mano, no sólo di el original de Vd; sino que—como me la ha demostrado Figueroa,²—accedí a su deseo de marcar las diferencias entre el primer impreso y el manuscrito de Vd.:—y por increíble travesura de la casualidad, o por precipitación, o porque salí dejándoles el original para que acabasen de cotejarlo, resulta que de mi mano están hechas otras correcciones, y no está hecha la que Vd. señala. Figueroa ofreció tomar sobre sí en público, la culpa, pero no lo he permitido. Si aún pareciese a Vd. de alguna importancia este descuido, o se llamase, contra lo natural, la atención sobre él, yo cargaré con la culpa, puesto que, por empujar a los perezosos, pude venir a caer en ella.

Aquí termino. De esa casa suya hablamos sin cesar, y Pancho y yo no nos separamos un momento. Ahora mismo me deleito viéndolo dar vueltas, tan puntual y tan hábil. Su gozo es servir, adivinar, no errar. Y ver contento a su compañero de viaje. Y hablar de su casa; con qué piedad miraba ayer de mañana, en cuanto llegamos aquí, la casa donde vivieron Vds. Y a mí también, General, me parecía que había vivido en ella. Deséennos buen mar, y ya veremos modo de ir adelantando sin soberbia ni mentira entre los hombres.

Su

JOSÉ MARTÍ

Cotejada con fotocopia del original.

² Sotero Figueroa.

De Martí a Gómez

Kingston, Jamaica, 25 de junio de 1894

Sr. General Máximo Gómez

Mi muy querido General:

Después de un día de feliz trabajo, el único que podemos pasar en Jamaica, le escribo en un cuarto sin luz, ya al entrar la madrugada. A las 6, por fin, con todo el programa realizado, salimos para New York. Pero yo adelanto esta carta, porque así ganamos una semana en nuestros trabajos. En el itinerario sólo tuvimos la demora causada por el retraso del vapor americano en Punta Arenas: cinco angustiosos días, con todo lo de Costa Rica realizado dichosamente, y con el ansia de lo que faltaba por hacer. Pero de todos modos hubiéramos tenido que esperar el mismo tiempo por la Mala Real en Colón. El 18 salimos de Punta Arenas: el 21 a la tarde llegamos a Panamá, y al buen Corozales:¹ él tomó sobre sí, a más de la reunión general, la suscripción que en los primeros días de julio debe quedar cubierta: el 22 salimos p^a. Kingston, y de ayer por la tarde que arribamos a esta hora creo, sin dificultad visible, tener allegados p^a. primeros del mes unos \$4.000— lo que de aquí necesitábamos.

Volvamos a Costa Rica. Tuve gran gozo en ver a hombre tan puro y real como Cebreco.² De una noche de campamento en Puerto Limón quedamos como muy viejos amigos. Tales son mis hombres, íntegros y totales,—y ojalá yo les parezca tal. Él ve los tiempos, con entusiasta cordura, y aguarda impaciente. No tiene empacho alguno en ir con Maceo, y de ese recado me encargó. Con él están en Mohín los que se dejarán correr hasta el lugar de reunión que en aquella costa se les designe. De San José, lugar de cariño y actividad verdadera, sólo le diré lo más pertinente. En conversación continua estuve con Maceo los cuatro días que allí tenía que pasar, y al cabo de ella creo haber de-

¹ Manuel Corozales.

² General Agustín Cebreco.

jado compuesto un plan eficaz y sencillo, puesto que lo único que a Maceo toca es reunir, en el puerto que designe la gente de cabeza que lo ha de acompañar,—y un vapor con el armamento que me tiene pedido—p^a. 200—irá a buscarlo. De lo acordado con Vd. le dije todo lo necesario para calmar cualquier temor posible suyo de que se le comprometiese de avanzada o se le enviase con recursos demasiado pequeños, sin caer en ningún detalle concreto referente a los movimientos locales de Vd., sería injusto si dijese que hallé dificultad alguna. Él recibió de Santo Domingo cartas por las que pude ver que entendía que Vd. iba a salir de allí con una muy numerosa expedición de hombres, y pude desvanecer el miedo natural de que su caída pareciese pobre y de menguado número, sin incurrir en más detalles que los indispensables a este fin. Hallé a Maceo engolosinado con un plan demasiado vasto y lento,—con la ayuda de hoy inquieta e insegura de Eloy Alfaro empeñado en empresas que le son más cercanas—para desviar sobre Cuba un crecido contingente nicaraquíense y colombiano; pero quedó pronto convencido que ni premura del tiempo, ni la prudencia, ni un cálculo racional de probabilidades, ni los costos y lances de la preparación de tan dudosa empresa, permitían—con las noticias de que era yo portador—proyecto semejante. A lo posible, pues, se redujo, a mi petición, el plan. Sin alarde alguno pueden caer de Nicoya y de Mohín los hombres necesarios—los útiles que él tiene cerca de sí—sobre el lugar a donde, sin intervención alguna de él ni movimiento suyo de anuncio, irá a encontrarlo, en la misma fecha fijada por cable para la reunión, un vapor que llevará a bordo persona que vea porque de ningún modo se pierda el esfuerzo. Maceo sólo tendrá que atender allí, (con fondos que recibirá en mitad primera para los que desean enviar sus familias a Jamaica—y en mitad segunda suficiente que habrá de recibir en los días mismos de la concentración) a las sumas que será preciso dejar en las casas de los más pobres,—de quienes como Juan Baracoa tienen diez hijos y un sitio aun improductivo—y a los pequeños gastos del muy fácil movimiento de reunión sobre la costa. Parece que así quedan reducidas en todo lo posible las probabilidades de confusión y entorpecimiento. Con intervención asidua del mismo Maceo ajusté en Puntarenas la útil

entrevista con Flor y con José Maceo. Flor quedó en todo, y sugirió un buen puerto, que indiqué a Maceo, y un plan—demasiado despacioso y que a Maceo pudiera parecer poco seguro y equitativo, de construir en la costa—en lugar: indudablemente bueno—un barco de vela.

Con total asentimiento del noble y sagaz Flor he dejado totalmente en manos de Maceo la responsabilidad y dirección de su embarque, sin el menor detalle por el que pudiera aparecer sin razón que se ejercía vigilancia o se desconfiaba. Y dejo a Costa Rica con la tranquilidad de no haberle hallado a Vd. dificultad alguna, y el gusto de ver a Maceo tan cauto como dispuesto, y enteramente satisfecho del pensamiento de cooperación unánime,—de la equidad de los diversos preparativos,—de mi presteza y capacidad de atender a sus deseos,—y de las seguridades con que podrá Vd. hacer a su viaje. Favorece a este la situación actual de Maceo, que desde febrero empezó a agenciar la disposición de sus intereses, y a quien hallé terminando el arreglo de una sociedad,—que de dos meses atrás me tenía anunciada—para que rija,—con sus intereses, y los de algunos que se van a salvo,—la colonia de Nicoya, repartida hoy en propiedades individuales. Entiendo que la negativa de Maceo a servir en las elecciones al Gobierno que acaso tenía su servicio por seguro—negativa que ha circulado en el país—le hace hoy más ásperas sus relaciones con el Gobierno desatendido que lo que en mi viaje anterior eran. Creo que los partidarios de antes han comenzado a convertirse en dificultades y enojos.—Flor termina en estos días un corte de caoba que le producirá los mil pesos que piensa dejar a su familia:—el trabajo propio ha devuelto a Flor toda su gallardía y fuerza moral.—¿Qué me faltaba ya si no ver, como Antonio deseaba mucho, a José Maceo? Al verlo comprendí el interés de Antonio. Acaso José se creía desdeñado, o demasiado confundido con su hermano, y con menos personalidad propia de la que desea él ver reconocida. Su conducta en el resto de la visita, y sus telegramas y cartas posteriores me permiten creer que su concurso nos está asegurado.—Y al volverse a Nicoya con Juan Baracoa y León Castro que lo acompañaron, tuve placer en ver cómo se llevaban, con visible fiesta, a Flor con ellos, que desde hace más de un año estaba muy desamistado con José.—Yo

continuaré en el poco tiempo,—y desde el camino así lo he hecho cultivando todo lo ganado.—Creo que de Costa Rica nada olvido, y lo que aquí le digo sobre Maceo es su respuesta por mí a Vd. Aquí, Alejandro González se me queja de no saber si Maceo recibió una carta certificada que Vd. envió a Maceo por él allá por marzo: no hubo razón en nuestras conversaciones,—sobre cosas posteriores ya,—para que Maceo me aludiese a esto. En cuanto a tiempo, queda Maceo suficientemente instruido en conjunto de la labor que puedo hallar terminada a mi vuelta, de las instrucciones definitivas que yo a toda hora espero de Vd., y de que a mi retorno al Norte estoy desde los instantes de mi llegada en aptitud y voluntad de cumplirlas; y por lo tanto de enviarle por cable la fecha de la concentración y encaje con el buque, por lo que desde mi partida, aunque de modo que pudiese continuar la gente al trabajo en que está hasta última hora, estúdiase y prepárase lo que fuera menester para una concentración siempre facilísima puesto que no puede tener, desde que yo reciba órdenes precisas de Vd., menos de 20 días para prepararla.—Y así queda entendido y explicado a Flor y a José.

De Panamá, lo importante es la cuota, que allí queda una reserva—de \$1 500 a \$2 000—para los fondos finales de los movimientos de Maceo.

De Jamaica, eso también era lo esencial, y dejar, como por todas partes, las almas abiertas para lo venidero. El día ha sido fértil, y de mucha hermosura. Acá está Vd. por todas partes vivo. Mi leal y tierno Pancho ha andado de mano en mano. Pero el mejor recuerdo que me llevo, y que a Vd. le será el más agradable, es el del acuerdo de Mariano Torres, hoy acomodado y padre de larga familia, a salir de aquí, en combinación con el movimiento general e inmediatamente después de él, sin más compañía que la de 10 ó 12 hombres de total confianza, ni más intervención que la suya propia, al aviso en que fía totalmente de Vd. o de mí.—Todo, en bote propio y con armas de acá, costará \$500, que saldrán de acá mismo. ¡Qué fuerte se siente uno con la adhesión cuerda y limpia de hombres semejantes!—Vd., pues, me ordenará acerca de él. Él ha ido estudiando, y está entero y convencido. No debo omitir, por su calurosa veracidad, las muy buenas noticias de Oriente que de

gente fidedigna—y que hoy negocia y aprovecha—he tenido sobre la espera entusiasta de aquella comarca, confirmando las plenas e iguales que Maceo acababa a mi llegada a San José, de recibir de su último comisionado Palacios.³ Y de Manzanillo tuve especiales informes por dos hermanos Rendón, que de allá vienen y han hecho por allá servicio fino,—por un sobrino de Bartolo Massó que anda de prisa, lo mismo que otros, viendo a ver cómo vende lo que por allá tiene,—y por la mujer de José del Carmen Perea. En Calicito está Bartolomé Massó, y dicen que aquello es un sigiloso hervidero. Amador Guerra es por allí ahora hombre de mucha pujanza, y de tanto influjo como Antonio Bello que dicen que lo tiene,—y en quien parecen todos fiar, a diferencia de Ramírez⁴ que no inspira fe. En Punta de Jagua están Ismael y Joaquín Estrada, y en Campechuela un Don Manuel Ferral, muy decidido a pesar de su acomodo, y Filiberto Zayas:—aquel de mucho séquito. Cabezas de otros lugares,—Perea,⁵ y Manuel Salgado y Chucho León. En Yara Arriba, Santiago y Enrique y Leandro Figueredo: encomian de Manzanillo a Luis Soto y Manuel Romagosa, como primeros, y de amigos y consejos, entre la gente nueva.—Pero es preciso no ver hervir estos detalles, y muchos más, en sus labios. Penden allá de nuestros movimientos, y lo saben todo. Se resguardan, y están pronto al monte a la menor sorpresa. Creo de veras muy llegada nuestra hora.

Y yo ¿qué le diré? Esta carta la escribo, con la esperanza de que la recibirá Vd., poco más o menos, al mismo tiempo de nuestra llegada a Nueva York.—Vd. estará pendiente de estos cabos de mi labor, y tal vez tenga ya terminados los suyos. Yo no veo qué nos impida, a su orden de Vd., despachar a la vez el buque de Vd.,—el de Maceo,—el de las Villas calculado de manera que su alijo siga de cerca, y casi coincida, con estas dos,—y la orden para Mariano de Jamaica.—Collazo habrá hecho cuanto en sus cartas nos prometía.—Con esta precisión, y este sigilo, ahora—cuando no pueden esperar de nosotros celeridad semejante—podemos caer dichosamente antes de que se nos encojan, o nos cercenen en Cuba los elementos aun salvos.

³ Diego Palacios.

⁴ Juan Ramírez.

⁵ José del Carmen Perea.

Mándeme, General. A eso voy dispuesto. Y desde el primer día de mi llegada, a ese fin inmediato trabajaré, de modo de que no haya hora perdida.—El gozo me conmueve.—No le diré una palabra más.

Ni de Pancho querido. El reposa a mi lado. Ni un gesto ni un pensamiento tengo que reprocharle en esta continua y seria intimidad. Todo lo puedo dejar en sus manos, y me arrebatara el quehacer. Esta misma noche, en el fuego y arrebatado de la reunión de los jamaíquinos, se condujo con toda hombría. ¿Y tendré que dejarlo ir? Tendrá que ser, y será para mí gran soledad.

Aquí termino, para despachar todo el correo menudo. De su casa no le escribiré, porque desde que le tengo a Pancho estoy como viviendo en ella. Ya no tienen Vds. secretos para mí,—ni hay hijo más que Pancho fiel y piadoso. Nada ve él en donde llega antes que la casa donde con Vds. vivió, y se le ve el culto grave a los años de estrechez y de padecimiento.—Nada, General, pudo ponerme cerca que, por dicha que es como providencial, contribuyese tanto a que lo amara aun más

su

JOSÉ MARTÍ

Cotejada por el manuscrito original. Según esta fuente, carta manuscrita en papel con membrete de “Myrtle Bank Hotel, Kingston, Jamaica”.

De Martí a Gómez

New Orleans, 15 de julio de 1894

Sr. Mayor General Máximo Gómez

Mi querido General:

Lejos de Pancho ya a quien, muy contra mi alma, he tenido, que dejar en N. York, le escribo esta carta por la primera ocasión de salida, que es el 21. Decidí mi viaje a México, para ver de echarle algo más al tesoro, después de recibir su cablegrama Envío.—Como el enviado de Vd. no puede llegar de allá, sino en el mismo plazo, día más día menos, que el que necesito p^a. ir de un vuelo a México y volver; empleo estos días—a la vez que esquivo la publicidad en Nueva York y los habitúo a mis entradas y salidas—en ir en persona a ver qué más traigo, y qué dejo abierto para cuando hayamos ya empezado en Cuba. Si el enviado de Vd. llegase, lo cual sabré porque Guerra¹ me transmitirá su cablegrama Tabaco, yo por el telégrafo atenderé a lo que su venida significa, a fin de que a mi vuelta y al encontrarme con él ya llevemos adelantado ese tiempo. Para el 25 pienso haber vuelto. Una sola pena llevo, y es la de haber tenido que decir adiós a ese hombrecito que con tanta ternura y sensatez me ha acompañado. Sentí como caída y soledad en mí cuando me dió su último beso. Ha estado cosido a mí estos dos meses, siempre viril y alto. A él fiaría lo que a hombres no fío. Y ahora se tiene que ir, en un abrazo brusco, y tal vez no vuelva nunca a ver su cabecita, toda de amor y genio—sus gestos rápidos, de hombre de precisión y voluntad—y sus ojos, para mí tan compasivos y elocuentes. Pero con él siento que voy yo mismo al lado de Vd. Ha hecho Vd. bien en darme ese hijo.—En New York él ha quedado entre cariños. En casa de la señora de Mantilla² lo ven como suyo, y de Tomás Estrada.³ Guerra tiene a su cuidado embarcármelo el 21.—Pancho le contará todas las menudencias que hube de suprimirle en mi carta de Jamaica. Él todo lo observaba y juzgaba.

¹ Benjamín J. Guerra.

² Carmen Mantilla.

³ Tomás Estrada Palma.

Dejé para el tren escribirle largamente, y su velocidad lo ha hecho imposible. Ahora aprovecho la hora que sabía había de tener en New Orleans. De Jamaica escribí a Vd. el resultado de nuestro viaje, que ya está confirmado, por los envíos a mi vuelta a New York. Sería innecesario repetir aquí lo que allí le dije, que era en sustancia esto: Maceo queda obligado, ya a voz de cable, a llevar a la costa los hombres que recogerá en el puerto que él designe el vapor que debo enviarle de New York, tan pronto como reciba orden de Vd. que él sabe que puedo recibir a cada instante: Flor y Cebreco no tienen inconveniente alguno en acompañarle. José Maceo vino a verme a Punta Arenas, y salió, obligado también, en el mismo bote que Flor, con quien hacía más de un año no se hablaba: Maceo quedaba disponiendo su gente, que será poca y de cabeza, a lo que aplicará el dinero, ya cobrado cerca de él, que recibirá en dos partes, y la última muy en los últimos momentos, para dejar a los más necesitados: los costos de colocación en el puerto, serán una bagatela: me pide, y tendrá 200 rifles en el vapor que lo lleve: he deseado sacar de sus manos, en esas tierras peligrosas, toda dificultad de arreglo: por clave podrá saber, con horas de diferencia, la llegada de su buque, y tener su gente corrida a la costa, y empleada en lo usual, para evitar gastos y alarma, hasta el instante último: con Flor hablé plenamente, y él iría en un bote, pero nada queda hecho,—y esto con noble anuencia de Flor,—que Maceo pudiera juzgar secreto o a sus espaldas: jamás, sin embargo, según mis cálculos, sería perdido ese viaje. Eso en cuanto a Maceo, que por mí le responde, como escribí a Vd. de Jamaica, así como Cebreco y Flor. ¡Ah, General: a qué no se puede ir con esos hombres! Flor está hoy como en sus días más puros. Y de Maceo sé ya más: el cobrador de la cuota de Costa Rica me dice, que Maceo, en camino p^a. Nicoya, ha arreglado ya la sociedad en que entran principalmente su finca y las de los que se van: las dos cartas de Maceo que he hallado a mi vuelta están a nuestro aviso.—Ahora de Jamaica:—Mariano Torres está dispuesto a salir de allí con los hombres que tenga, tan pronto como reciba la noticia de mí, que significará, sin que él sepa detalle alguno, que llega a tiempo p^a. ayudar a Vd, y que no va a sacrificio inútil: vino él a mí.—Y de dinero, solo le diré que tenemos los

§10 000 más que necesitábamos, sin contar los §2 000 que envié a Collazo.—Al volver, he hallado su carta, que aún no responde a la mía de N. Orleans de 31 de mayo, y debo decirle que no veo inconveniente a que vaya todo lo que Vd. desea, puesto que el barco siempre ha de ser p^a. ese número, y siempre, como cosa indispensable y elemental, pensé en abundancia de buen carbón, agua y provisiones, que podrán ser para 200, como el armamento. Podemos, pues,—salvo fuerzas fortuitas, hacer lo que a su salida, dejamos pensado, y de Jamaica pude darle por hecho. Creo en el sigilo absoluto: en hacer pronto, sin mucho tiempo para errores ni charlas, lo que de atrás se tiene meditado minuciosamente: en no mover, ni siquiera a última hora, hombre alguno que pueda llamar la atención, aunque se tenga que prescindir de su servicio. Dada, pues, mi carta de Jamaica, donde le hablaba largo de la situación feliz de Oriente, vuelvo de México ansioso a aguardar el enviado de Vd. Y podremos echar a un tiempo las tres vías—la de Vd—la de Maceo—la de las Villas,—sin contar con Mariano Torres. Lo que V. me dice en su carta del 21, lo puede llevar.—Pero a última hora no hemos de estar en agonía, y vale más que menos, y de este salto a México empleo el tiempo ocioso, y veo qué levanto y qué preparo.—Solo que dejo a ese querido Pancho atrás.

La Habana es un peligro, por aquella manera singular de echarlo todo por las calles. Aquí vino, con el hijo del Marqués de Almeida, el sobrino, valiente según dicen, de Pepe Aguirre,⁴ y aunque me lo llevaré de aquí, si me resulta sólido y puedo hacerlo con prudencia, noté con disgusto que sabía más de lo que debía saber,—verdad que me dice que es el que se lo escribe todo a Pepe Aguirre. Por él supe que Carrillo estuvo en la Habana, a conferenciar con Collazo y Pepe, y que la conferencia fue denunciada, y la denuncia bien esquivada por Collazo. De Collazo hallé carta, totalmente satisfactoria, que aun no respondo, para desviar, en el seno mismo de ellos, cualquier peligro causado por la publicidad que noto por lo del sobrino de Aguirre. De Collazo recibí comisión verbal por Gato, que

⁴ General José María Aguirre y Valdés.

nos sirve muy bien,—mostrando ansia porque Vd., sin entrar en detalles, satisfaga la vanidad herida de Julio Sanguily. Yo, sin más que repetir lo anterior, asegurándole para lo final entera confianza de Vd, he creído oportuno e inofensivo escribirle a ese tenor, para dar tiempo a alguna comunicación de Vd. Collazo lo activa todo, sin demora y sin precipitación visible, y veo con placer que ha puesto de lado en la obra seria a uno que otro conversador innecesario. En su carta veo confianza y reposo. Por Gato es por quien sé su labor asidua. A mi vuelta hallé carta de Collazo diciéndome que la de Vd. al Marqués había llegado felizmente.

De quien nada sé, ni he hallado carta, es de Rafael Rodríguez. ¿Por qué me hace, General, la recomendación sobre él? ¿Cómo hubiera podido olvidarla? Vivo en náusea incesante, porque veo la hora feliz, y posible lo que se ha de hacer, y temeroso y vigilante al enemigo, aunque no sospeche nuestra actividad. Pero no espere de mí desviación ni precipitación alguna, ni cabezada criminal en cosas de tanta monta. Ya yo le digo: “está”— Vd. dirija.—Si Rafael no viene, estaré a quien Vd. mande. Si llega antes, Guerra lo recibirá, con todo sigilo. Guerra, que sólo sabe que puede llegar un comisionado de Vd. Y me manejaré de modo que nuestra llegada a Cuba se sepa por Cuba.

Me llama el conductor, y pongo punto. Cuanto le dijera en detalle sobre la condición feliz de la Isla, lo preparado del Oriente,—la inquietud del Camagüey, donde todo el mundo tiene que pagarse la escolta con que sale al campo, por los ocho bandidos que el gobierno no reprime,—lo trabajado de la Vuelta Abajo, que siempre será un poder de destrucción,—y las ventajas que esta situación nos presenta,—sería redundante. ¿Qué no sabe Vd. ya? ¿Y qué necesito yo decirle? Tengo el alma como cuando se está delante de lo extraordinario, y como llena de luz. Todo lo sé de la vida: lo grande y lo feo. Pero sé, y confío. Y le mando un abrazo desde las entrañas.—¡Cómo ansío mi vuelta!

Su

JOSÉ MARTÍ

Y al cerrar esta carta, y repasar cuentas de Cuba y afuera tengo, por si hay algo que enviarle ¿cómo reprimir la confianza en lo propicio de la hora, que rebosan todas ellas? ¿ni qué, sin ofensa, pudiera yo decirle esto? Pero esa es el ansia general, de la gente probada y sensata, y cumplo con trasmitírsela. Ahora, no nos haremos esperar sino lo que nos mande la prudencia: iluego, Vd. verá cómo, a guerra rápida y a amor, encendemos el país!⁵

Cotejada por el manuscrito original del CEM.

⁵ Los compiladores de José Martí. Epistolario, t. III, ubicaron este párrafo final en la carta correspondiente al 6 de mayo de 1893. Lo situaron ahí por las razones siguientes: aunque hacía más de un año de la fundación del Partido Revolucionario, los trabajos de organización eran recientes; hacía un día que ambos se habían entrevistado en Montecristi y la tarea inmediata de Martí era visitar a Maceo y demás patriotas residentes en Costa Rica para imponerlos del plan general y conocer de su disposición para participar en la guerra que se preparaba.

Nosotros consideramos que la hora no era propicia para iniciar un levantamiento en la Isla. Por lo que ubicamos esta posdata en la carta que aparece archivada en el Centro de Estudios Martianos, cuyo contenido sí se ajusta al de este párrafo.

De Martí a Gómez

New York, 30 de agosto de 1894

Sr. Mayor General Máximo Gómez

Mi querido General:

¡Con qué ansiedad estoy esperando cartas de Vd! Ya sé que escribo al azar, y que este correo no va a Monte Christi, por lo que acaso no recibirá Vd. estas líneas; pero aprovecho la oportunidad por si le llegan. ¿Cómo, pues, fiar a una carta de esta especie lo mucho que tuviera que decirle, y que en realidad, aun después de mi vuelta de México, no es más que lo que ya le decía desde Jamaica, al volver con ese inolvidable Pancho de Costa Rica, y luego le dije por manos de él, cuando—en mi deseo de no perder día—tuve que irme sin ponerlo yo mismo en el vapor, a fin de asegurar aún más, como con mi viaje a México aseguré, la realización del pensamiento que dejamos concertado? Esta es, pues, la sustancia. Todos penden de lo que, a mi paso, dejé arreglado en acuerdo con las instrucciones de Vd., todos me atenacean, y me urgen: yo cubro y me escondo, con una razón u otra, dando tiempo a que por allá Vd. haya terminado lo suyo; pero mi agonía es grande, porque, para arrancar con éxito la ayuda final, aguardé siempre un momento en que ya tuviéramos la autoridad del hecho, y faltase tan poco para su realización que de esto mismo sacáramos más fuerzas, y por esto mismo pudiéramos conmover más. Así, midiendo las horas, fui a México. Lo que deseaba, obtuve: y más hubiera podido obtener, y podré obtener tal vez, si no nos falla por demora la situación presente. Pero quedó hecho, dentro de la más estricta prudencia, lo necesario entre propios y extraños para que no deje de realizarse por imprevisión el proyecto meditado: ¿A qué,—sobre todo en esta carta volante, y que no quiero escribir, y que temo no llegue a Vd.,—pintarle la situación que adivina, y es, adentro y afuera, la consecuencia natural de los sucesos y palabras de nuestra última entrevista? De adentro, C. es el que más apremia, y está rodeado de celos o de redes de que desde aquí, a gran trabajo, lo tengo que salvar. Yo me siento como quien lleva un mar adentro, que lo

azota y lo empuja; pero esto es de mí para mí, y para Vd.: mi principal oficio ahora es mantener en cierta conveniente confusión a los espíritus más decididos o inquietos, a fin de que no se les entibie por la demora la esperanza, y den tiempo a que me lleguen las instrucciones definitivas de Vd. Mi ansiedad privada es tal, sin embargo, que no pueden ser ya más las ansias de la muerte.—Como veinte días hace ya que salí de México, y en todo el mes no ha llegado aún carta de allá, ni ha salido de aquí correo directo desde mi venida, para hablarle con más libertad, y enviar a los periódicos y amigos de allá las letras de ánimo que me indica, y preguntarle a la larga por ese Pancho leal y discreto, por quien me preguntan con muy cariñoso interés cuantos en el camino lo conocieron. Que él sea continuamente palabra mía para con Vd.; y que tengamos la felicidad de prestar a nuestra tierra a tiempo el servicio de que parece que podemos prestarle.—A Manana, a Clemencia, a todos, saluda, como si los tuviese cerca de sí,—y a Vd., General, con toda angustia y cariño, su

JOSÉ MARTÍ

Cotejada con fotocopia del manuscrito original. Según el original, papel con membrete “Partido Revolucionario Cubano. Tesorería.”

De Martí a Gómez

Central Valley, 8 de septiembre de 1894

Sr. Mayor General Máximo Gómez.

Mi muy querido general:

Por fin me vinieron las muy ansiadas cartas, aunque con un importantísimo papel de menos, cuyo fin suplo como verá más adelante,—y del placer que me llena solo le diré que,—gracias a Vd., y al orden que sus cartas me permiten poner inmediatamente en nuestras cosas, y a la nobleza y lozanía de lo que me escribe Vd.,—es mi placer tanto como durante mi estancia en México y después de mi retorno era grande mi angustia. Se la expresé en unas líneas que le envié por Cabo Haitiano, y Vd. me habrá querido más por ellas. Sólo, además del papel de Mayía,¹ me faltó en sus cartas una cosa,—y es alguna muestra de que ese Pancho querido no me ha olvidado.

Con un poco de inquietud le escribo, por faltarme aún algún detalle esencial sobre la forma del envío del dinero que tengo dispuesto para mañana, y yo no tengo paz para nada mientras me falta una paja de las que tengo que poner en el haz. Pero dentro de pocas horas, puesto que ahora es de madrugada y a las once se cierra el correo, sabré yo, y diré a Vd. al fin, cómo haya arreglado la remesa. De New York me vine pensando que lo mejor acaso sería enviar a mano la suma; pero no hay la persona, y el riesgo del dinero era más que el de la publicidad, que creo poder evitar.

En mis líneas anteriores dije a Vd. en sustancia la idea de mi viaje a México que, en las pequeñeces y apuros con que al principio tenemos que hilar, era ver de suplir, como queda hecho, con los pocos cubanos de México lo que de otra parte pudiera faltar de lo calculado, por tropiezos de la contribución o aumento de gastos, a la vez que desalojaba de sus fuertes posiciones en la república a los españoles, muy metidos hoy—y de señores—en los negocios y las familias dominantes,—y con prudente mezcla de súplica y de propio respeto, abrir el camino —con

¹ General José María Rodríguez, conocido por Mayía.

quien debía y lo puede—para un doble objeto: el que, sin revelar nuestra penuria—para que no se nos tenga en poco, quedáramos en actitud de acudir a hora desesperada por cualquier retazo que nos pudiese faltar,—y el que, (por la independencia mostrada, y el pensamiento de política anti-yankee que, sin exceso, dejó influyendo grandemente en México y Centro América, y entre estas dos regiones para su mayor paz), nuestra revolución declarada y ya en vías de hecho halle por esta fuente ayuda amplia y pronta. A eso fui, y creo haberlo obtenido. Personalmente, como era necesario, obtuve el auxilio de los de Veracruz: en México cuento con los dos cubanos de valía que hay hoy allí, y de alguna realidad—Carlos Varona y Nicolás Domínguez² y abrí en privado, entre mexicanos de fuerza, la ayuda para mañana, y acaso para ahora, si fallase la de la persona mayor de quien con razón la espero, y con la cual puede pesar, para lo del momento, menos de lo que pesé—que creo que no será para poco en lo futuro—porque la distancia a que estamos Vd. y yo no me permitió dar a mi gestión el carácter extremo, y como de sorpresa para nosotros mismos, que hubiera justificado una demanda, en apariencia mezquina, a quien con menos llegó a hacer más, y está ya hecho a cosas de la mayor magnitud.—Cumplido ya mi propósito, volé acá, y hallé la situación natural,—que—sobre todo en lo de la Habana,—dejé por unos días como si yo no estuviera aquí, a fin de desenredar la madeja que me hallé, y de irlos salvando de sus impacencias o celos, y de la cabezada a que unos u otros los llevasen, por esas mismas convenientes dudas. De Costa Rica,—como de seguro le reiterará Maceo en la carta que le incluyo,—él y Flor me decían, y dicen, que solo por la orden de marchar aguardan. En lo del Cayo, ha habido gran trastorno, con la ida de mucha gente por Tampa y Ocala, que requiere cuidado sumo en la concentración, sobre todo porque nuestros mismos amigos han dado entrada, que ya se cierra, a los numerosos agentes—de nombre ilustre alguno y de la guerra—que están clavados allá para avisar de todo movimiento: pero Serafín está muy aleccionado a estas horas, y yo mismo voy —mientras me creen entretenido en un viaje de exaltación—

² Nicolás Domínguez Cowan.

arreglar estas cosas con Serafín. De la Habana, me hallé cartas desesperadas de Collazo, que recibió a su pedido \$2 000 inmediatamente, bastantes según él para levantar allí recursos, y ahora acude a mí por todos los recursos necesarios, por no poder alzar allí ninguno, y aún—en el apuro de ser copado, en que sin duda se ha sentido,—llegó a desear, o a sugerir que pudiera ser indispensable, echarse a buscar ayuda por medios que no son necesarios, y ni Vd. ni yo pudiéramos aprobar. Sobre todo, lo exaltaba la demora, y encarecía sus peligros, que harto sabemos. Pero eso no era lo inquietante, sino las afirmaciones de Julio que,—sobre la base de una conferencia habida en la Habana entre los compañeros, y el haber fijado en ella el mes de noviembre para el alzamiento,—increpaba sin cesar a Serafín, como si tuviésemos olvidados a los de adentro, le decía que él había sido en la conferencia reconocido como jefe, y le pedía inmediatamente dinero. Serafín me dice que envía a Vd. copia de la respuesta de Collazo, que en esa parte me tranquiliza, y que en todo lo demás, sin más que reiterar yo las instrucciones de Vd., atenderé enviando enseguida la suma p^a. que compre allá el armamento ofrecido, y mostrando la inconveniencia de que se cree adentro una relación peligrosa entre las comarcas, que pudiera caer como una hilera de barajas, y que es innecesaria totalmente, por estar Vd. con cada comarca relacionado directamente, y porque esto daría, en el momento crítico, al movimiento una dirección local, y de extravío seguro, que por la distancia e incomunicación tendría que chocar con la de Vd. Lo de Collazo en aquietar a Julio me ha parecido muy bien, y él quedará contento, y en todo acuerdo de seguro, con la nueva prueba de la remesa.—Recibo a un tiempo los hilos de esta dificultad, las últimas cartas de Costa Rica, y las de Vd.,—y esto me permite ordenar en todas partes a la vez la situación.—A Collazo le va, por Gato mismo, el dinero para las armas.—A Costa Rica escribo en consecuencia, para que continúen dispuestos.—En Jamaica, ya Vd. ha hecho lo de Torres,³ a quien dejé sujeto a cualquier orden que desde aquel instante recibiera de Vd., aunque no supiera más de mí,—salvo que, contra su esperanza, no pudiera alzar allí mismo la bicoca que necesita

³ General de División Mariano Torres Mora.

para su plan.—Y la noticia de que Vd. depende, que es la que pide en la carta al Marqués, tardará en ir a Vd. lo que tarde en llegar mi comisionado de respeto e influjo que en la semana próxima, con las precauciones del caso, sale para el Camagüey, a entregar la carta, activar la contestación, y ver que quien haya de ir se ponga en camino, sin intrusión alguna de parte de él, pero con conocimiento de lo que le basta, y necesita saber, para que no perdamos tiempo precioso. Vendrá a llegar al Camagüey,—cuya decisión real no podrán perturbar los dos o tres acomodados de hoy que procedentes de la guerra quieren ahora estorbarla—como tres o cuatro días después de que reciba Vd. esta carta, y allí pueden hacer lo que deban, en el tiempo mismo que Vd., ha de emplear en los arreglos de ahí.—Y yo a ese plan acomodo, con conocimiento pleno de todas las dificultades de detalle que Vd. con tanta justicia me señala, lo que por mi parte tengo que hacer—para distribuir con mesura de avaro, puesto que de otro modo no podría ser, lo que tenemos, entre las tres atenciones mayores. Lo de surtir no parece difícil, o tan difícil como otras cosas, que con prudencia creo posibles de vencer. Pero tenga tranquilo ese corazón que cada día le conozco y le quiero más. En mí tiene a todo un viejo, que no fía al entusiasmo ni al azar sino aquello que inevitablemente, y sobre el pie firme, se ha de dejar a ellos. Recuerde que, fuera de poner a cada uno en el estribo, para que todo sea a la vez, no habrá tentación ni provocación que me arranque medida alguna que no sea en estricta atención a las órdenes de Vd., ni he de permitir, sino de impedir, que los demás se salgan de ellas. Ya Vd. sabe como quedo, y lo que voy a hacer.—De Rafael,⁴ nada sé, aunque envié mi carta última poco menos que a mano, por su amigo Izaguirre,⁵ que me habló de la disposición de él. Dentro de dos días puede venir respuesta suya y a eso espero para poner a Vd. el cablegrama Proteste.—En seguida, paso acá la semana que viene, en finanzas me voy al Cayo,—y vengo ya a esperar. ¡Qué alegría tan profunda, tan grande y tan tierna, cuando pueda darle el abrazo que me ofrece!

⁴ Rafael Rodríguez.

⁵ Manuel Izaguirre.

El tren se anuncia, y salgo para New York, a ver cómo arreglo la remesa, de que paso a hablarle.—

No vino, con la carta en que Vd. me la anuncia, la lista de Mayía. Como Fraga⁶ recibió carta de Vd., en que le hablaba de la posibilidad de q. recibiese otras yo por ese conducto, y Panchito no me escribió,—creí que acaso venía por Fraga: y no ha venido.—¿Qué hacer en esta situación? Imposible aguardar a otro vapor, e imposible saber lo que la lista decía. Decidí, pues, enviar a V. enseguida \$3 000 en oro americano, p^a. que V. no se vea en inquietud, y ya cuando la lista venga, o V. me responda en la carta que aún me había de venir de V., por pronto que el Camagüey ande, haré lo que deba para que quede detrás de Vd., como la más santa obligación, la suma calculada. Pero anticipando esto le quito a Vd. penas.—Y ahora ¿cómo mandarlo? Si a mano, el riesgo de robo o pérdida, y notoriedad, era mucho. Si entregado aquí por cuenta de Chuchú⁷ p^a. q. allí él se lo entregase a Vd. en moneda del país, no recibía Vd. la suma en oro, como me parece que lo deseará. Lo mejor, hasta este instante—porque aún no llega el jefe de la casa de Jiménez⁸ con quien hablé—es enviar la suma en oro a Chuchú, que es casa de cambio, a entregar a la persona que allí le presente el duplicado del recibo, cuyo duplicado en esta misma carta incluiré a Vd.—

Esto me tiene yendo y viniendo, porque ya sabe que todo lo delicado lo hago por mi mano, y tengo que acabar bruscamente, sin decirle más que de paso lo muy bella y oportuna que me parece su carta para Patria, que ya impresa le incluyo, y en la cual, seguro de que no me lo ha de tener a mal,—y para que no den más los de la Habana de lo que ya dan en la veta de que les llevamos una guerra sin cuartel, que es propaganda que he hallado a mi vuelta muy extendida; como si fuéramos enemigos de las clases cultas,—he mudado un se encarnice por el aborrezca más suave que notará Vd., y un le por un lo. Esto le va a parecer bien,—y más si desde aquí oyese y viese.—Benjamín le escribe, y me ayuda con toda el alma.—Gonzalo anda de

⁶ Juan Fraga.

⁷ Manuel de Jesús Aybar (Chuchú).

⁸ Se refiere a la sucursal en Nueva York de la Casa Jiménez y Haustedt.

abogado por California, pero llega a tiempo, en pocos días,—y con la clave, que tiene él, podré leer lo importante que en clave, me envía Vd., al pie de la carta al Marqués.

Dejo arreglado lo de la remesa, de modo que no haya trastorno. En la casa de acá no saben si allá paga este oro derecho, ni otros detalles. He depositado, pues, en la casa los \$3 000 en oro americano, con el derecho de que Vd. los cobre allí, con el adjunto recibo inmediatamente, en su equivalencia de moneda del país,—si lo desea,—o de que, pudiendo desde el principio disponer de lo que necesite, puesto que el dinero está entregado, lo mande V. a buscar en oro por medio de la casa, y con el conocimiento del modo de importación que aquí es imposible obtener.

Y en todo lo demás, mi general querido, descanse. No hemos de tener tropiezo. Yo callo, preparo, y me dejo caer a última hora. Mis angustias son muchas ¿pero no han sido las de Vd. más? y ¿qué hago yo, comparado con lo que Vd. va a hacer? Si pienso en compañera virtuosa, pienso en Manana; si en hija, en Clemencia, si en hijos, en todos los de Vd. ¡Lo que lo pensaré a Vd.,—y lo que lo querré! Ya sabe cómo quedo, y lo que voy a hacer. Mande a

Su

JOSÉ MARTÍ

Sale en la Patria siguiente la carta útil a Peña. Escribo a F. Henríquez.⁹

Cotejada con fotocopia del manuscrito original.

⁹ Federico Henríquez y Carvajal.

De Martí a Gómez

New York, 24 de septiembre de 1894

Sr. Mayor General Máximo Gómez

Mi muy querido General:

Jamás creo haberle escrito con la tranquilidad y el gozo de hoy. Pudiera la responsabilidad excesiva, y el relativo desamparo en que se está siempre al principio de estas empresas, quitarme la serenidad necesaria para ir encajando los últimos detalles de modo que el número de sorpresas y obstáculos sea el menor posible: pero los grandes sucesos traen consigo la calma que los resuelve. Tengo delante de mí: la comisión de Oriente de que es portador, con la carta de Vd, Francisco Rodríguez: la que puedo considerar como comisión del Camagüey, por lo representativo de los hombres, y el mensaje de vuelta que llevan: y la prueba, tanto más feliz cuanto que el Camagüey la vio al pasar, de que la Habana y las Villas andan mano a mano, y de que en las Villas se hizo desde la Habana un desembarco feliz de armas: Maceo a la vez se obliga reiteradamente por cable a estar pronto en la fecha fijada, que a sus instancias repetidas, y en vista de la unánime situación presente, señalo para fines del mes de octubre.

La comisión de Rodríguez llegó en el propicio momento en que, por sí, y como portador del sentimiento dominante y decidido de cuanto hay hoy de solidez e influjo en el Camagüey, acababa de verme, en conversación que duró varios días, el Sr. Elpidio Marín, hombre rico y puro, a quien acompaña Mauricio Montejo, de familia y pujanza, e insurrecto desde niño; que es el que, para no perder tiempo, lleva ahora los recados al Príncipe, a la vez que Rodríguez los lleva al Oriente, y,—si recibo a tiempo la noticia que he pedido a Collazo,—a la Habana, y por ella a las Villas.

Desde el primer instante de su visita puso Marín en claro lo que tanto nos importaba saber a propósito del Camagüey,—tanto en verdad que para no errar, ni caer allá a medio corazón, tenía yo ya determinado el viaje de un camagüeyano de respeto que tiene aquí buenos negocios: Barranco, el socio de Guerra. Lo

enviaba a saber la verdad: ¿qué significación real tenía la junta? ¿cuál era la opinión definitiva, y decisión, de la comarca? ¿nos deseaban, o no? ¿estaban dispuestos a coadyuvar con el resto de la Isla? Barranco iba con la carta de Vd. al Marqués. Pero la carta fue en sustancia, por no estar en Nueva York Gonzalo, que guarda la clave,—a fin de que de allí se envíe la persona que ya se ha de quedar, y que—según sé ahora, había estado a punto de ser el mismo Montejo que ha venido aquí. Marín me contestó a todo categóricamente con sus propias preguntas. El Camagüey quiere la guerra, y la quiere ahora, si las demás comarcas, en mucho o en poco se levantan con él. No se levantará antes que las demás; ni dejará de levantarse con ellas. La única duda era que las otras comarcas los pudiesen dejar solos; pero ya han visto en la Habana, al pasar, los preparativos para una fecha reciente, han tratado, muy satisfechos, con Collazo en la Habana, y han visto embarcar las armas para las Villas. Montejo pues—este es el resultado actual—sale en la semana entrante para el Camagüey, a activar la salida del comisionado, si no hubiese salido ya, y a decir la situación, para que inmediatamente, bajo la dirección del Marqués, se preparen para recibirnos, y tengan noticia—sin demasiada anticipación,—y con la bastante a sus arreglos—de lo que se va a hacer en las otras regiones. Marín, que es persona de mucho respeto y caudal, y el presidente actual del ferrocarril de Nuevititas, con ingenio y otros negocios de cuantía, ni pide tiempo, ni vacila: según él,—y Montejo, que también es de acomodo, el Camagüey no necesita ninguna preparación. “Ya estamos suficientemente preparados: lo que necesitamos saber es lo que ya sabemos: lo único que se temía era: que nos quedáramos solos.” Vuelve Marín enseñuida, a estar allá al romper, aunque la ruda cistitis que padece le impida al principio tal vez salir al campo: quiere estar allí para echar gente y ayudar a decidir. Vd. calcula lo que, por favorable que sea la situación, podrá su voz. “La junta—dice—fue una cosa que se hizo para decir en ella lo que el gobierno pudiera saber: yo no fui, y no fuimos otros porque de todo tenía ya el Gobierno conocimiento, y sabía que no podríamos decir la verdad. Los mismos que dijeron allí una cosa, harán otra, y yo vengo aquí a decirlo. Se pensó en nombrar de comisionado a Enrique Mola; pero ¿ya el Marqués—me decía Marín—no les explicó en la

carta eso? En el Camagüey no hay más que dos hombres decididos en contra de la guerra, que son Bernabé Sánchez y Antonio Aguilera. Algunos, como Luaces¹ mismo y acaso el mismo Mola—(repito las palabras de Marín, optimista en hombres, e indulgente, y exento de ligereza)—jamás se opondrán a la guerra, e irán a ella, pero tal vez no la desean hoy tan ardientemente como el Camagüey nuevo, y los demás de antes. Puede Vd. decir que la decisión es firme y absoluta. No se quedará frente a la guerra ningún hombre de valer. Los que tenemos algo, ya nos ve Vd: y el Marqués nos tiene a los ricos y a los pobres. El mismo Miguel Machado, se irá también, a pesar de su última comisión a la Habana. Hoy mismo escribo al Marqués, como Vd. me pide, para que mi apoderado dé enseguida el dinero de la comisión.” Escribió. Repetí mi carta al Marqués. Montejo va a lo que ya le digo arriba.—Lo que me tranquiliza y enorgullece es la resolución serena, indiscutiblemente honrada, de esos hombres. Me siento fuerte cada vez que hablo con ellos. Esa es gente invencible.—Dentro de 10 días, pues, estará Montejo acercándose al Príncipe, el hombre se habrá ido, o—irá—a la llegada de Montejo,—y comenzarán allí los preparativos finales,—mientras Rodríguez llega a Oriente, espero yo aquí al enviado de Vd. y al que le llevará el barco a Maceo, y Collazo compra en la Habana los recursos de guerra con los \$5.000 que hoy mismo le envío por conducto de Gato, a quien envié a fin de que se convenciese de la posibilidad de comprar en Cuba las armas—500 rifles para Occidente,—y, si no, de volver con el modo seguro de llevarlas de afuera. Recibo en este instante el cable de Gato, y ya se está girando.

Rodríguez, sale también la semana próxima. Aún no sé si pondré en sus labios la fecha, no sea que a su paso por la Habana fíe de quien no deba, además de Collazo y Laret. Sobre la parte de Laret en esto pregunté a Collazo por vía de Serafín, que desconocía el contenido de la carta, y espero cable de Collazo, diciéndome qué sabe de esto y que se hizo con su acuerdo, a fin de enviar a Rodríguez con seguridad completa de que no caemos en error. Maceo, por su parte, me urge sin

¹ Emilio Luaces Iraola.

cesar, y me comunica la impaciencia especial de Holguín y Manzanillo. Lo que en una forma u otra haré, pues, es anunciar a todas partes que para fines de octubre pueden alzarse, que es la fecha en que todos nosotros podremos estar al caer, sin la persecución mayor y sin duda fatal, que estorbaría nuestro desembarco si se alzara antes la Isla, y sin el peligro—grave por la desesperación del gobierno, ayudada de las primeras vacilaciones de los cubanos cobardes—de que acorralen a la revolución antes de que la podamos socorrer, sobre todo si—como sucedería caso de que no nos viesen llegar—el Camagüey dejase rota en dos la guerra, por ser tan sincera su determinación de ir a ella, en la forma y con la cabeza que le ofrecemos, como de ver venir con calma, si la guerra no empezase con esa fuerza y prestigio. Ellos en Cuba, no sabrán por mi recado que vamos a ir en esa misma fecha; y Vd. dirá lo que desee, y a quien lo desee, pero nosotros vamos más seguros yendo a la vez, y la revolución no corre el riesgo de desunión o lentitud que le traería la demora o imposibilidad de nuestro desembarco.

Yo quedo, pues, obrando en este marco. Ya estoy avisado por Vd. de que va a venir la persona con que he de ir a buscarle. Maceo aguarda, a fecha casi fija. Doy recados a Oriente, como él pide, a Camagüey, y a la Habana y las Villas, de que cada una de las otras comarcas tienen el mismo aviso, e instrucción nuestra para alzarse en esa fecha. Montejo sale enseguida, a que Vd. tenga en tiempo el práctico allá. Doy un salto la semana próxima al Cayo, para arreglar lo de Serafín y Roloff en este acuerdo. El enviado de Vd. ha de venir con tiempo suficiente, porque sólo con él ya aquí, puedo empezar—asegurando el éxito con la rapidez y precisión—las diligencias meditadas de embarque, que no deben tomar, de su llegada a la salida, más que unos quince días, los mismos que los del barco de Maceo. A la vez pueden salir, y saldrán, el que nos lleve, y el de Maceo: y muy poco después el de Serafín. Encajado ya todo, lo mejor parece hacer cuanto hay que hacer con orden rápido, y en mucho menos tiempo del que pudiera sospecharse que necesitábamos para ello. Si el práctico está aquí para el 10, como deduzco de su cable “Protestado”, o en los alrededores, muevo los hilos, ya más cerrados, desde esa fecha, y podemos, sin ahogo, caer en fin de octubre. Ajustaré mis re-

cados a Cuba de manera que no caigamos ante, sino cuando el gobierno, recién sorprendido, tenga que hacer adentro, y no haya tenido aún ocasión para volver de esa relativa sorpresa contra nosotros. Para más tranquilidad y ajuste, aunque por el primer vapor espero a su enviado, ruego me telegráfie la palabra *Compre*, lo cual significará que mis cálculos pueden seguir de la misma manera, y me dará en medio de ellos, y de sus supremas angustias, el aliento que tanto necesito.

De lo de la Habana y noviembre,—que felizmente ajusta con la situación,—creo que hablé ya a Vd. en mi carta anterior. Collazo fijó la fecha, sujeta a la aprobación de Vd., para calmar a Sanguily. Pero yo sé, y lo repitió él así ahora a los del Camagüey, que—sobre todo después de la respuesta favorable del Marqués a la pregunta precisa de Collazo—este no perderá la ocasión, sensata por fortuna, que le ofrece la aquiescencia del Príncipe, la unión con las Villas, la prisa del Oriente, y los 500 rifles que en tres o cuatro días puede ya tener en las manos.

Me entrego, pues, a las últimas faenas, sin dormir, porque no puedo, pero sin ofuscar me. Llena el alma de la grandeza ajena, de la de Vd., de la voluntad y entusiasmo que nos acompañan, me siento como oreado y mejor, y como si estuviéramos poniendo la mano en algo santo. Pero me parecerían profanación las frases. Hasta que estemos en suelo de Cuba no lo abrazaré a Vd. bien.

¡Qué gusto anticipado, sin embargo, el de ver el empuje de cordialidad con que de todas partes empieza esta tarea y la identidad feliz, y de todos a la vez, entre nuestros pensamientos sobre las formas políticas de guerra, enérgicas y breves, sin trabas indebidas, y los pensamientos de todo el interior! No parece que nadie piense en amarrarnos los brazos. De todos viene el mismo clamor. La República a caballo, mientras haya un enemigo que la estorbe. Que las formas de la República sean ayudas, y no obstáculos. Que Vd. no tenga que estar volviendo la cabeza atrás, ni apeándose en el camino a preguntar cómo ha de ser cada botón. Empezamos con juicio, con pericia; con amor, y con el entusiasmo y compañía de la verdadera gloria.

Ya Vd. sabe lo que quedo haciendo, con qué cuidado, con qué sigilo, con qué agonías. ¿A qué sacarlo del contento y atención, y de la melancolía, profunda, de estas últimas horas? En cada una de ellas, sienta en la suya, apretándosela con afecto indecible, la mano de su

JOSÉ MARTÍ

Cotejada con fotocopia del original del CEM.

De Gómez a Martí

Montecristi, 25 de septiembre de 1894¹

Sr. D. José Martí

Estimado amigo:

Llevará esta carta a Rodríguez,² que Vd. como ya conoce.

Viene Rodríguez de adonde debía venir un hombre bueno que nos dijese la pura verdad, del Camagüey.

El Rodríguez pasa a Nueva York, pues le he encarecido la conveniencia de que hablara con Vd., le contara todo lo que más interesa y desde luego quedara Vd. bien impuesto de la verdadero [sic] situación de aquella principal comarca que yo siempre he considerado, y se lo he dicho a Vd., como el nervio principal de la Revolución.

Ojalá lograse Vd. con la honrada eficacia de su palabra escrita, llevar el ánimo de alguno que otro hombre importante de allí el convencimiento, que en la actualidad no tengo, del triunfo que seguramente debemos alcanzar sin necesidad de grandes sacrificios de ningún género, si el mayor número de los buenos decididamente se pone al lado de la Revolución, sucediendo lo contrario puesto que ya la Revolución es inevitable— [sic]

En fin Vd. verá, aconsejándose con Rodríguez, que sabe más que Vd. y yo, cómo se piensa allí, lo que debe decirle a aquellos hombres.

Como siempre suyo afmo amigo

M. GÓMEZ

Cotejada con el manuscrito original.

¹ El original de esta carta (hasta hace muy poco, inédita) se conserva en el Archivo del Museo de la Ciudad de La Habana.

² Martí no escribió nada con Alejandro Rodríguez, quien “no deseaba llevar nada consigo”. Ver carta del 20 de octubre de 1894, en O.C., t. 3, pp. 291-299.

De Martí a Gómez

New York, 20 de octubre de 1894

Sr. Mayor General Máximo Gómez.

Mi querido General:

A las tres cartas de Vd. contesto ahora, a las dos que trajo Alejandro Rodríguez y la que vino por correo, y me inquieta la pluma, nunca imprudente ni tardía, el justo gozo de pensar que acaso sea—por lo que ya me dice y por la condición del país—la última que haya de escribirle. Cuantas medidas previas hubiera podido tomar, están tomadas. Ni a estas cartas siquiera fío los detalles de esta última labor; pero en cosas de secreto, y de más de una persona, todo lo que se haya de hacer tiene que ser muy meditado de antemano, hombre por hombre, y hecho a su hora con tal precisión y rapidez que el enemigo no tenga tiempo de advertirlo y contrariarlo. A eso ajusto lo que me falta por hacer, que depende todo de la llegada de los delegados de Vd., que desdichadamente no pudieron venir por el Saguinaw, y sin cuya presencia aquí, que implica la certeza de nuestras llegadas diversas a Cuba—salvo los riesgos de la suerte dentro de unos veinte días después, no oso—por esa la llave maestra del movimiento unánime—fijar al Oriente y Occidente la fecha que directamente han pedido, y aguardan de mí, en respuesta a la comisión que Vd. me transmitió y a la que, en conexión con ella, trajo Gato de la Habana, que es el que ha estado yendo y viniendo, con mucho éxito y juicio, y sirviéndonos de verificador y veedor, en todo lo relacionado con la Habana. De las Villas recibí por Gato recado de Carrillo de que por sus hermanos le fuera la noticia directa. Del Camagüey, donde todo está como debe, según verá más adelante, Alejandro lleva ahora la espoleada de Vd., que no todos necesitan tanto como pudiera parecer, y Elpidio Marín que es uno de los hombres de más riqueza en la comarca, y tan acomodado e influyente como el que más allí, sigue enseguida a llevar la prueba,—por algunos dudada con honradez, y por otros sin ella—de la ayuda y movimiento inmediato del resto de la Isla,—a unificar en persona, con su influjo local de hombre

sensato y rico, las voluntades tímidas que pudieran aún faltarnos,—y a compensar como ya por mi parte lo he hecho yo, el mal efecto que en algunos hombres útiles, como Machado¹ y Monteverde² pudiera causar la inoportuna carta de Enrique Loynaz, que me negué a publicar en Patria.³ En detalle, al correr de la pluma, le iré fijando aún más claramente los puntos actuales de la situación.

Lo primero es la fecha y manera de los levantamientos en Cuba, y su conexión con los desembarcos, que tengo meditados de manera que anden poco por la mar y lleguen todos a la vez. En esto, la situación ha pasado toda por mano de Vd.—El Oriente ha pedido órdenes, que Vd. refirió a mí: yo, temeroso, con justicia probada, de la discreción del mensajero, y de la intervención súbita e íntima de Lacret y Urbano Sánchez en Oriente, fui al Cayo, llamado a recibir en persona las comunicaciones de la Habana sobre ese y otros puntos, y volví con la seguridad del estricto empleo del dinero sin el cual se declaraban incapaces y desamparados, y con la garantía dada por todos, de la adhesión decidida de Urbano Sánchez, de que deseaba convencerme, no porque ella fuese indispensable, sino porque de ser él desleal, y de caer en su conocimiento los acuerdos entre nosotros y la Isla, y la Habana y Oriente, podía Urbano, con ese hilo deshacer toda la madeja. Rodríguez no siguió camino, porque es demasiado verboso, y porque de la Habana me anunciaron que sería preso a su vuelta. La fecha, en cuanto a Oriente, quedó ligada con la de la Habana, por la comunicación íntima en que ya están. Y la Habana, proponiendo 15 de noviembre, se refirió a mí. ¿Qué hacer en esa situación, y después de conocer ya, por los informes de Marín y los viajes y exportación de dinero y ventas de los camagüeyanos, la disposición del Camagüey y saber que las Villas no están ya desprovistas de armas? Como por el Saguinau después de su cable Protestado, que me anunciaba la venida de sus delegados, los esperaba yo, lo cual nos daba un mes amplio, y tiempo nece-

¹ Miguel Machado.

² Manuel de Monteverde.

³ Ver Patria, a. III, no. 134, Nueva York, 1894, pp. 1-2.

sario p^a. q. en Cuba se alzarán casi a la vez de nuestros desembarcos, sin plazo intermedio entre estos y los alzamientos que permitiese el refuerzo serio y temible de vigilancia en las costas, contesté que siguieran las cosas como estaban, preparándose para el 15 de noviembre, o antes, si había peligro inevitable de sorpresa, aunque siempre de acuerdo con sus instrucciones de Vd., de manera que el Oriente tuviera combinado a una palabra de modo de alzarse primero, a fin de atraer hacia allá el grueso enemigo, y dejar respiro en sus comienzos difíciles al Occidente. Me obligué, además, a avisarles con tiempo, caso de que acá nos sucediera alguna seria e improbable interrupción, que hiciese imprudente o prematuro el estallido en la isla.—Atendiendo, pues, a todo,—a la condición favorable y expectante de la Isla;—al peligro de que nos copen o debiliten adentro la revolución si la dejamos abandonada demasiado tiempo a sí misma, o en la duda de nuestros auxilios,—al tiempo que aún tendríamos—si todo encaja como espero—para caer alrededor del 15, y antes de que los españoles nos aguarden, si la presencia inmediata de sus delegados me permite poner manos a los trabajos a que de ningún modo puedo dar comienzo sin ellos,—atendiendo a todo, digo, dejo estante lo fijado con la Habana y el Oriente, que, a no forzarlos la situación ya desencadenada en Cuba, aguardan sin embargo, desde que conocen el encargo de Vd. a mí, la fecha que por mi conducto se les fije.

Una gran fortuna tenemos, y es la de que de ningún modo puede embarazarnos, ni en la conciencia ni en la historia, el temor a que Vd. alude, de que pudiera decirse que quisimos imponer la guerra. Felizmente no iremos ya a Cuba como los instigadores de una revolución aceptada a regañadientes; sino como el auxilio prometido que esperó para ir a que lo solicitase la Isla revolucionaria, con unanimidad y premura de que queda toda especie de constancia. Oriente ha pedido órdenes a Vd., Occidente, ansioso y pertrechado nos azuza sin cesar, y pide órdenes, reiterando la demanda de Oriente: del Camagüey, acaba Vd. de recibir, a más de las seguridades del Marqués, la comisión de adhesión, que vuelve mucho menos moratoria de lo que vino, y yo aquí declaraciones no menos precisas, sobre la capacidad y voluntad de los camagüeyanos de coadyuvar a

una guerra que lo tenga a Vd. de Jefe, en el plan de alzamiento total de que ya está convencido: en las Villas, Vd. conoce la situación no menos expresa, y con representante de indudable significación, y hoy de adentro del país. Estamos, pues, en plena libertad; y deber,—obedeciendo ya a la voluntad del país de que al principio fuimos los impulsores—de ajustar la forma del levantamiento, que él desea, y por cuya dirección acuden afuera todas las comarcas, del modo que,—en acuerdo, como estamos, con la Isla—mejor convenga a juicio de Vd., al éxito de la guerra.—Nuestro único temor podría ser, por esperar demasiado a que la Isla se alce primero, el de que, a la distancia inevitable—y, a mi juicio, militarmente feliz en que estamos—, tardásemos tanto en que las noticias llegasen a Vd., y de Vd. los delegados a mí, y después de los delegados el trabajo que depende de ellos, y luego las ideas,—que ya llegáramos cuando hubiera el enemigo, del primer empuje, debilitado la acometida del país, y esta no hubiera sido tan pujante como solo será con la llegada de Vd. al país, y de los auxilios simultáneos.—Pero Vd. es hombre de mucha precaución y gloria para eso, y su carta, llenándome de orgullo y gusto, me anuncia la venida oportuna de los delegados, que permite obrar por acá a la vez que por allá, y me dará derecho para confirmar las fechas ajustadas, y dependientes—por disciplina de muy buen augurio—de la confirmación mía en que saben que va envuelta la de Vd.—En cuanto a mí, descanse. Puede fallar mi parte, como falla todo en este mundo, por error, o fatalidad, o estrechez de recursos, aunque no parece que nos sobre un centavo, ni nos vaya a faltar para el plan sencillo y, según todas las averiguaciones y tentativas, posible.—Pero no me faltarán la cautela, la desconfianza extrema y necesaria de los hombres, y el tesón para negar a perezosos o buscones el dinero que hemos recogido con tanta agonía. Mídamme y quíerame. Niéguese razón para creerme capaz de caer en trampas y debilidades. Eso sí: si aún hubiera tiempo, que no parece ver, para más letras tuyas, consuélame y aliénteme con su aprobación y su cariño: que mi única flaqueza, y necesidad, es la de ser amado.

Sobre fondos, le quitaré pena. Ni un solo peso he enviado a Julio Sangüily, a pesar de tener en mis manos poco menos que

la amenaza de ser maltratado por Manuel⁴ si no me le mostraba amigo. Sólo yo puedo maltratarme, con aquello en que yo obre mal. Y a nada temo, porque siempre hice lo que debí. Ni provoqué tampoco por eso, ni enconé, enemistades inoportunas. Ni dejé de hacer nada para mudarlas en amistad, y tener el campo abierto a la concordia que necesitamos. Nada envié a Julio, pues, y de la disposición favorable de su ánimo, y de eso, tendrá Vd. pruebas con la carta de él que le envié,—y donde por cierto se habla, como en varias de Collazo a mí, de que Julio fuera de Jefe a Oriente, a lo cual dije que sólo Vd. podía tener en eso voz, aunque de la composición previa que Vd. ha dado al movimiento y de mis conversaciones con Vd., deducía que estaba en su ánimo, y nunca le oí otra cosa, que Julio mandase en Occidente. Y esto lo dije de modo que a eso se inclinasen, y abandonaran lo de ir Julio a Cuba,⁵ sin lastimar a Collazo.—A Julio no envié fondos; pero a la Habana sí, y de eso creo tener informado a Vd. en mis cartas anteriores. Para levantar fondos ellos, y como única suma,—después de meses de quejas de abandono, por saber yo que el empezar ellos, en la denuncia de la Habana, debía ser cosa de última hora,—me pidieron \$2 000, y se los envié por cable, lo que creó excelente efecto moral, y los puso a la obra. Fui a México, a esperar,—pendiente del telégrafo, las cartas de Vd., cuyo vapor próximo me daba tiempo a emplear en ese viaje los días que hubiera empleado aquí en ocio forzoso,—y hallo carta sobre carta de desesperación; demandando recursos que ellos allí no habían podido levantar con los \$2 000 ya gastados, y que me tenían que pedir, puesto que, en confirmación de mis ofertas, Vd. había dicho a Collazo que conmigo se entendiera para ellos. Me recordaban con razón mi oferta de 300 rifles para Matanzas. Conocía yo ya la publicidad de sus trabajos, la feliz disposición de Occidente, su impotencia, que me explico—después de tanto esquilmo y fraudes allá en estos catorce años, y con el gran miedo de ahora,—para obtener fondos. Y a fin de cum-

⁴ Coronel Manuel Sanguily.

⁵ Se refiere a la provincia de Santiago de Cuba, que tomó el nombre de su capital, de acuerdo con el Real Decreto del 9 de junio de 1878, y posteriormente se denominó Oriente.

plirles la oferta, proveerlos de armas, mudarles la inquietud en confianza y resguardar el dinero, obtuve que Gato fuese de portador de él, a entregarlo si se convencía de que allí podía emplearse, como a su vista se empleó, en armas y pertrechos, o a reservarlo si no podían comprar armas allí, y traerme un plan seguro para que las recibiesen de afuera. Collazo, Aguirre y J. G. Gómez recibieron el dinero: \$3 000 se han empleado en Matanzas, \$1 000 por Collazo y por Aguirre. No sé sin embargo, de seguro, aunque lo creo, si la C de los \$1 000 es Collazo o Carrillo, en cuyo caso éste emplearía eso más, sobre las 150 armas que Elpidio Marín vio en la Habana para él.—Ya ve, pues, cuantas vueltas doy a nuestra pobre bolsa. Y no se enojan. Se me muestran llenos de satisfacción y de cariño.

De Maceo y de sus fondos le hablaré de una vez. Creía él imposible levantar en San José dinero alguno, y levanté cerca de \$2 000 americanos, que, destinados a la expedición de él, no podía yo sin ofensa, aunque los dejé sujetos a mí, emancipar de la administración de él; que en su expedición y sus hombres los había de emplear. Un mes después de su vuelta de Nicoya me telegrafió por fondos repetidamente, tras aviso de su desacuerdo con el gobierno y necesidad probable de su movimiento personal, p^a. estar sobre la obra. Deseoso de que no se nos pueda tachar de abandono, le envié \$450, a tiempo que llegaba un giro de él por \$200 más. Ahora recibo por cable nueva demanda: la silencio al responderle, explicándole en carta que lo que pueda tocar a su expedición ha de ir a mano, y se lo reservo: reitera la petición, y le envié \$200.

Muy bien me ha parecido la carta de Vd., que en duplicado me llega, y le mando hoy; y le agradezco la incidental defensa que en ella hace de mí. Feliz caso es que sea hoy Maceo quien muestre esa impaciencia. Ella sólo puede explicarse por no haberle yo revelado de los detalles de Vd., y la Delegación más que lo que en justicia se requería para su confianza y movimientos. Cable continuo he estado recibiendo de él, precisándome fecha, que yo, en septiembre, fijé para Octubre, y expliqué luego por carta una vez y otra de manera que no quede la menor razón para duda, por las demoras que demandan la prudencia.

Ahora le hablaré de la comisión de Alejandro Rodríguez. Él vino a mí después de mi conocimiento detallado, y muy perso-

nal, por lo mucho del Camagüey que me rodea, de todos los asuntos y hombres de aquella comarca,—de la junta y su significación real,—de los intereses que, valiéndose de revolucionarios tibios o arrepentidos; y de intereses encubiertos, pretendían llevar al ánimo de Vd. allá, y acá al mío, el deseo del Camagüey—falso totalmente a la luz real—de demorar la guerra por falta de preparación. Sabía yo de Bernabé Sánchez, enemigo de la revolución, y capitán de voluntarios en la guerra pasada, que hoy, con el influjo de su gran riqueza y su anhelo de sacar la zafra, es el centro de todas las intrigas de demora, paga directamente, en forma de sueldos o negocios, a revolucionarios de antes, que hoy viven de él, y urgía el envío de una comisión a Vd. Conocía yo a todos los asociados y dependientes de Bernabé Sánchez. Y de la situación real del Camagüey, de su madurez revolucionaria, de la condición que Marín califica de revolución popular y espontánea que empuja y arrollará a los que no la quieran seguir, sabía—no sólo por la señal segura de las ventas apresuradas de ganados y casas y colocación de fondos camagüeyanos en el Norte, sino por las declaraciones precisas de Elpidio Marín y de Mauricio Montejo, este joven de alta casa, y aquel quien es, y de los cuales hablé ya a Vd. en mi carta anterior. Del Marqués, no solo recibí hace tres meses, a más de la que escribió a Vd., carta plena y confirmatoria sobre la situación favorable allí, sino que a las pesquisas de Collazo respondió que, alzadas las demás comarcas, contarán con que el Camagüey les ponía en pie no menos de 1 500 hombres.—El Marqués, además, por comisiones graduales, ha ido recibiendo noticia de nuestros progresos afuera y en la Isla, y una de sus respuestas me vino por Enrique Loynaz, cuya venida, como contestación hablada e información sobre el Camagüey, anunció por carta a Serafín Sánchez y a mí, lo que ampliamente me capacitó, después de tres meses de estudio sobre el valor y sagacidad del impaciente joven, a enviar por él las 200 armas, como prueba de la capacidad pecuniaria nuestra de que se dudaba; y como anuncio de la revolución práctica en caso de sorpresa, que había de agitar y animar, como animó y agitó a la Isla, y sirvió de prueba necesaria en la obra difícil de ir sosteniendo sin revolución visible las emigraciones.—A grados, pues, ha ido el Marqués recibiendo y contestando estos infor-

mes, y, sólo dejó de llegarle la comisión que solicitó, y no cumplió, el yerno de Francisco Sánchez.—Lleno yo del contento de las noticias precisas de Marín, y de las demás que la confirmaban,—probada con hechos difíciles y de riesgo personal la fe de Marín en el éxito de la revolución inminente, a servir a la cual vuelve enseñuida,—me llega Alejandro, antiguo conocido mío, y lo oí con el gusto de ver que Vd. lo había empujado y animado desde allá, y la sorpresa de que, en una conversación previa me mostrase obstáculos pocos naturales a la situación que ya en la segunda conversación no me mostró, y tratase a hombre tan bueno y querido como Marín, de quien sospechaba la vehemente adhesión, como el cuatrero que no es; y me hablase de Collazo, por vez primera a mis oídos, como del ebrio que no he oído yo que sea. También me extrañó que, viniendo comisionado, entre otros, del Marqués, pintase al Camagüey como enteramente desconocedor de lo que por Vd., y por mí, y por sí propio sé que conoce, y el Marqués sobre todo, e ignora, totalmente, el contenido de las cartas entre el Marqués y yo, y los sucesos a ellas referentes. Y me extrañó también, a más de la repulsión marcada de su esposa al movimiento inmediato, que por conducto del mismo Benjamín Guerra, solicitase fondos de anticipo para llevarse de aquí una factura de comercio,—que ya no se lleva.—A Vd. digo, porque debo, mis impresiones todas, porque Vd. de seguro sabe ya que estoy exento por completo de entusiasmos pueriles, y de la muy peligrosa disposición a descreer lo que no sea agradable, y denigrar lo que no se conforma a nuestros deseos. Y esas fueron, en este caso, mis impresiones. Alejandro se va hoy, sin causa alguna para estar descontento de mí, y con las mayores muestras de alegría por el carácter general de la guerra, de que dice ir convencido, y a la que va a ayudar enseñuida, conforme a las instrucciones de Vd. ¿Por qué, sin embargo, me ha quedado la impresión de que le hubiera agradado más la demora del movimiento, o que yo no supiera del Camagüey tanto como los camagüeyanos me dicen—Yo le ofrecí, si era preciso, si lo creía él preciso, escribir por él en el sentido que Vd. me indica: pero él no deseaba llevar nada consigo, y a más me dijo que él era carta viva, que explicaría la situación extrema y nuestro respeto y confianza para con el Camagüey, donde “téngalo Vd.,

por muy seguro,—me dijo una y otra vez—lo único que se necesita es que las otras comarcas ayuden, y que el general Gómez vaya, como yo sé que va; allí no se necesita más preparación”. “¿Más armas quieren?” le pregunté: “Algunas pueden tener”—yo pensaba en las que con Vd. han de ir—“No: me dijo:—ya no hay tiempo: ni son necesarias: allá tenemos armas”.—Y a todo respondí a su contento, y de todo parecía ir entre contrariado y satisfecho. Pero me costaría mucho trabajo dudar de su resolución final.—Tras él va Elpidio, cuya disposición Alejandro ignoraba, y allá se juntarán con los cabezas indecisas.—Yo, para ayudar a esto, escribí ya previamente, con mesura que les irá al corazón, suavizando el efecto penoso e innecesario de la carta de Enrique Loynaz, y rehaciendo cuando, en ánimos tan importantes hoy como el de Miguel Machado y Monteverde, y el joven Lope Recio, pudiese haber deshecho la inoportuna publicación de Enrique. Y ahí sigo dando, y de público diré algo tan lleno y generoso, dentro de muy pocos días, que no quede a nadie en conciencia derecho para desconocer nuestro peso, y nuestra cordialidad.

Ya el correo se acaba, y yo, callo. ¡En qué ansias me quedo! ¿No podrá salir todo como lo anhelamos, sin perder una situación que no quiero pintarle,—no vaya Vd. sin justicia a tenerme por muy juvenil o esperanzado? A la hora en que escribo, por ejemplo, está la Florida llena de noticias alarmantes, y las cartas que aquí todos reciben. Por telegrama me dicen que La Unión Constitucional, el periódico español de la Habana, denuncia la ausencia de sus casas de los jefes separatistas: que el mismo periódico anuncia la aparición de partidas en Oriente: que Moncada está en el campo: que en la Habana ha habido numerosas prisiones de jóvenes, con motivo tal vez de las protestas en que la juventud se separa del Autonomismo, y se declara por la Independencia.—Vamos tan de prisa como iríamos siendo todo eso cierto, y no nos acusara la conciencia de lentitud ni de abandono. ¿Lo verá pronto? ¿Lo abrazaré pronto?

Sólo p^a. hablarle de mí no he tenido tiempo. ¿Cómo duda aún de mi utilidad fuera de aquí, al principio por lo menos, y de que yo no estaré jamás sino donde más útil pueda ser? Aquí, los primeros ímpetus, con la fuerza y crédito de la guerra armada, serán todo lo que deban ser, y el auxilio fácil mensual

que dejo organizado. Allá, Vd. sabe mi alma, y mis propósitos, y encenderé, y juntaré, y quitaré estorbos, y haré en eso cuanto quepa en mí. Y si luego debo echar a la mar el corazón, y volver a ordenar el esfuerzo último, sin el descrédito que acompañaría a un revolucionario meramente verboso, volveré, adonde sirva más. Este es su amigo, muy atareado y ansioso

JOSÉ MARTÍ

Cotejada con fotocopia del original del CEM.

De Martí a Gómez

New York, 3 de noviembre de 1894

Sr. General Máximo Gómez.

Mi querido General:

Su carta última, especialmente grata, me halló dispuesto, como me encargaba Vd. en la anterior, a recibir junto con ella a los comisionados que no la pudieron acompañar, y cuya venida por el vapor siguiente ya me anuncia. ¿Qué le diré ahora, sino que los espero con los brazos abiertos, y con ansia grande; puesto que los trabajos que con la presencia de ellos han de hacerse, son de tal naturaleza que sólo con ellos presentes se pueden comenzar? Volveré a disponer todo lo que tenía dispuesto para continuarlo velozmente a su llegada, de modo de poder dejarlo ir, porque cosas como ésta han de ser hechas con muy poco aviso, y como de una picada. El ensayo ha sido un poco costoso, a pesar de mi incorregible economía; pero él me confirma la exactitud del plan meditado, y la posibilidad de realizarlo sin obstáculos excesivos. Vengan, pues: desde mi vuelta de Costa Rica y Jamaica, la situación, para nosotros los de afuera, es la misma de hoy, y tal como en la memorable y querida visita de Vd. en abril la dejamos ajustada. Y de Cuba, nada le diré que por manos de Vd. no haya pasado, o más de lo que le decía en mi última carta. ¿Y a qué entretenerlo desde aquí con detalles que cada día se alteran, y nada añaden a la situación general? Yo empleo mi tiempo todo,—puesto que en lo demás sólo me toca ya esperar,—en esclarecer y uniformar la situación de Cuba, donde la traición anda suelta, y donde la forma de la traición parece ser ahora la de haberse introducido en nuestras gentes, so pretexto de ayuda, para aconsejar y lograr una demora tal que cause la perturbación adentro, y el desbarajuste afuera, o dé tiempo a que España acuerde un plan de ofertas que permita a los falsos revolucionarios abogar porque, por ahora, se desista de la guerra. Siguiendo esa clave nuevo cuanta prudencia puedo en Cuba, y procuro fijar allí las promesas y las responsabilidades.

Sobre la fecha hablé largamente a Vd. en mi anterior, y en esto es preciso evitar una especie de círculo vicioso que pudiera ser fatal. Nosotros aguardamos por ellos,—y ellos aguardan por nosotros. He aquí las palabras exactas de Collazo en su última carta, respondiendo a mi aviso sobre la conveniencia de anticiparse unos días si veían peligro, o para evitar la sorpresa sobre una fecha demasiado anunciada. Dice Collazo: “Estaremos listos el 18, lo que Vd. deberá confirmar con el aviso previo indispensable, y extraordinariamente necesario antes de iniciar nada, pues ese aviso es el todo”.—Vd. lo ha ido dirigiendo todo sobre la fecha fijada al fin por Collazo y sus compañeros de acuerdo con los de Oriente, y con conocimiento de Carrillo, que por su hermano me pide noticia directa sobre nuestra intención decisiva, y noticia del Camagüey, que a lo sumo—a mi juicio—aunque sólidamente decidido a secundar, por sobre los que de allí se le quisieran oponer, limitará la primera parte de su acción a prepararse a recibir a Vd., sin alzarse en serio hasta que esto no suceda, a menos que el gobierno, contra lo probable en este instante allí, no los violente con la persecución.—Vd., digo, lo ha ido dirigiendo todo sobre la fecha fijada por Collazo, en esas circunstancias, y después de enviarme detalle y mapa de la preparación amplia e inquieta de Occidente; y Collazo me dice que mi aviso es el todo. De nosotros esperan, pues, no la imposición de la guerra, que no puede serles impuesta cuando la tienen acordada y solicitada, sino instrucciones sobre la manera y momento de comenzarla. Avisado yo por Vd. nuevamente de la venida de los comisionados, que significa,—salvos mar y muerte—el desatar a la vez toda nuestra ayuda en los 15 días, poco más o menos, en que la tenemos calculada,—reitero hoy las instrucciones que ya di, para remover por nuestra parte todo obstáculo que se pudiera oponer a esa fecha, o a alguna cercana posterior, si hubieran tenido por alguna confusión que posponerla, y vuelvo a decirles que le será enviada nuestra ayuda dentro de los primeros veinte días posteriores al levantamiento.—Y para limpiar la situación en Cuba, como creo mortal que Occidente se levante sin Oriente, y de Oriente recibo—de Urbano Sánchez, a la vez que una demanda de dinero que por cable atiendo—una como noticia vacilante sobre “variar las

circunstancias, que creo será muy pronto”, totalmente en oposición con las noticias de plena disposición revolucionaria que, entre otros, me ha traído, indignado de que no se empezase ya, el hermano mismo de Urbano, Bernardo,—para limpiar la situación, e impedir el acorralamiento de la guerra en pequeñas fracciones comunicadas, pido que se envíe enseguida de la Habana a Cuba quien escalone las fechas, y pase por sobre cualquier oposición tenebrosa ó innecesaria.—A Carrillo ya respondí por Serafín, y ahora le repito noticia de estas medidas.—Al Camagüey escribo sobre esto, al Marqués, y va de vuelta Elpidio Marín, que del Marqués mismo sabía la carta en clave que envió a Vd., y los demás detalles de la situación, y él, que por voz pública sabía la comisión de Alejandro, va—aparte de la carta, de él ignorada, al Marqués, a disipar cualquier confusión que allí pudiera haberse causado. Pero de ningún modo lleva Elpidio autoridad de dar por supuesto, ni sospechado siquiera, que Alejandro pudiese haber traído, confesa o encubierta, una demanda de demora. Es cierto que su primer conversación conmigo fue toda tendente a inclinar mi ánimo a una dilación que no justifica nada de cuanto sé, ni la oportunidad que hemos creado, ni la opinión de otros camagüeyanos de indudable valer y representación, ni el cable de Costa Rica que acabo de recibir, y dice así: “Familia Enrique (Loynaz) dice ‘Imposible esperar más’: (Maceo).” Es cierto que su segunda conversación, aunque sumisa a la situación de urgencia de que me decía era portador por orden de Vd, tuvo por objeto principal demostrarme que no se había hecho por el Camagüey lo que el Marqués a Vd. y a mí ha ido comunicando, y con nosotros haciendo, y de que él se mostraba desconocedor. Es cierto que la inquietud y desigualdad de su conversación, y la absoluta nulidad de esta, contrastaban penosamente con mi precisión y mi cariño, y sólo quedó obligado a decirme por un cablegrama si al llegar, “había podido inclinar el ánimo de aquellas gentes”. Y José Pujol, camagüeyano rico asociado con Barranco, vino de la Habana dando como prueba de que en el Camagüey no había guerra el que “Alejandro Rodríguez había ido con una comisión contra ella al General Gómez, a la cual Alfredo Costa, o Acosta, comerciante en el Camagüey conocido, había contribuido con dos centenes p^a. los gastos de viaje”.

Desnudamente trato con Vd. este asunto, porque es nuestro deber, y porque el hijo que tengo, si me le falla a su país, o me lo engaña u oscurece, ni es mi hijo, ni lo defiendo contra mi patria. Pero la intervención del Marqués en este asunto, la confianza que Rodríguez ha inspirado a Vd., la afirmación, aunque ligera y como de paso, de que llevaba de Vd. ya instrucciones precisas e inmediatas—pesan en mí tanto o más, en cosa tan grave y decisiva como esta—el cuajo del país en el momento del cuajo de la revolución—como la relación íntima entre Rodríguez y Bernabé Sánchez, el carácter que el rumor íntimo del Camagüey da a la comisión, la contradicción entre la actitud de Rodríguez al paso por aquí y la situación de que Vd. me le dice portador, y él me ha dicho,—y el hecho de Pujol, que a punto antes.—Y en esto me he limitado a mi doble deber de vigilancia y confianza: si hay malicia, he puesto unidad suficiente para que se descubra a tiempo, pero sin la menor palabra, hablada o escrita, que dejase para hoy o después lastimado a Alejandro en el caso de que la malicia,—como anheló—no hubiese existido.—Esas, pues, son las precauciones que tomo, para evitar trastorno, en Oriente, Camagüey, las Villas y la Habana.—Ni he podido echar en saco roto, sino que de atrás la vengo presintiendo y comunicando a Vd., la observación de la carta de Rodríguez que me incluye, y dice así:—“Tal vez el plan de ellos es hacer que Vd. tenga confianza en algunos (traidores) para descubrir la verdad”. No pienso en nadie especialmente cuando digo esto: pero pienso en todo. Por eso, de mi boca, nadie sabe detalle alguno; ni el que va con mi barco sabrá de los otros barcos que van; ni Maceo mismo, a estas horas, sabe, fuera de lo suyo, a pesar de su natural impaciencia—y la de sus hombres alistados desde mi visita—más acerca, por ejemplo, de la parte de Vd., sino que aguardo un detalle que me permita poner los demás en movimiento. Los detalles de afuera, con tanto bribón que se desliza cerca de cada hombre o grupo de hombres a quien suponen decididos, son de extremada dificultad, por esa diafanidad e indiscreción que parecen entre nosotros inevitables. Pero la dificultad mayor creo que está en salvarse de la puñalada que, en el instante de obrar, han querido clavarnos en el brazo, creándonos dudas, confusiones, y demoras de aparente excusa, en los

instantes más felices para la acción. A mí no me aturden, ni me sorprenden. Y a Vd., ¿qué me lo van a aturdir, ni sorprender? De ningún modo obtendrían nada, dada la claridad y respeto con que nos hemos ido guiando, sino que estos fuesen conocidos, y que la revolución, mejor pertrechada en el descanso nuevo, volviese con fuerzas muy crecidas a la carga. Pero ¿y el desmayo y desconfianza del país al ver desaprovechada una ocasión propicia, y como perdida la ilusión que en su ánimo caído pudimos levantar? ¿Y el desorden creciente de los caracteres, y el creciente acomodo de los cubanos,—cada día más venales, en ciertos grupos,—con la condición que a ojos abiertos los mantiene España? No lo quiero pensar. Creo que es esta la hora sensata y propia para redimir.

Lo de Mariano Torres, es como dije a Vd., y él mismo dice: que deseaba ir directamente, y sólo, de Jamaica a Cuba. Sobre recursos, bien recuerdo lo que a las dos de la mañana nos decíamos en el balcón del hotel:—“Y ¿qué pueden necesitar, Vd. y unos pocos hombres? Alquilen una goleta, como aquí la alquilan todos los días en la costa, que les costará \$100 ó \$200. Y armas ¿qué mucho van a necesitar?”—“No, me dijo él: eso todo es poco, y creo que se podrá conseguir aquí”.—“Y si no, yo se lo mandaré.”—Y se lo mandaré, cuando estemos al salir. Y más, para que no lo detenga eso.—Y él vino a mí espontáneamente, cuando me quedé solo, y se había ido toda la gente de entusiasmo vano. Si quiere, pues, podrá ir. Él no parece desear que Vd. le pelee por la tierra por la que no pelee él. Él es áspero, y bueno.

¿Qué más le tengo que decir? Lo importante es lo que le dije al principio. Mucho hemos de fiar a la decisión y a la fortuna; pero al poner a prueba, dispuesto a la venida de los amigos que esperé, los métodos, rápidos y naturales que tenía estudiados, por medio de gente poca, y toda extraña a nuestras comidillas y chismes, y la parte que de acá se ha de hacer para las salidas, todo lo he tenido a punto de cerrarse, sin dificultad alguna visible, en caso de que la llegada de nuestros amigos lo hubiese hecho necesario. ¿No es esa, de este hombre que vela tanto por los demás, la mejor carta que Vd. pudiera recibir, y la que más halagase su bravo corazón? Aquí ceso, pues. Cuanto Rodríguez le recomienda es poco. Yo aquí lo siento también, y salgo, y me esquivo, y creo que los tengo fuera de pista por

la absoluta soledad en que lo hago todo, y mis continuas entradas y salidas.—Vengan esos nobles amigos, y en ellos me parecerá que lo veo venir a Vd.—A Máximo, lo espera Estrada. ¿Y mi Pancho? ¿Y Clemencia, que me parece mía?—Gato y yo conversábamos, como dos hombres de veras, la última vez que nos vimos: y Gato me dijo así: “Y al General me le ha de decir que hay una promesa que yo le hice una vez, y que la tengo muy presente, y se la he de cumplir”: “Cuídeme a mi familia”, me dijo Gómez, y cuando me lo decía, me pareció aquel hombre mejor que nunca. “Dígale que yo no olvido eso, y que esté tranquilo: yo se la cuidaré”.—¡Benditos sean estos hombres naturales, únicos de quienes hay que esperar algo noble en este mundo!

Hasta muy pronto, pues

su

JOSÉ MARTÍ

Cotejada con fotocopia del manuscrito original del CEM.

De Gómez a Martí

noviembre de 1894

No queriendo yo descomponer la fecha que eligió Collazo, esa misma está repetida en todas mis órdenes, y sujeta a esa misma fecha, de ella en lo adelante, irán ajustadas todas las operaciones.¹

¹ Este es el único fragmento que se ha localizado de esta carta. Se encuentra en Carta de José Martí a Serafín Sánchez, Nueva York, 13 de noviembre de 1894. Ver en El general Gómez: Ed. cit., p. 146.

De Martí a Gómez

N. York. Diciembre 8 de 1894

Sr. General Máximo Gómez.

Mi querido General:

Mi carta está hoy en las que le escriben conmigo nuestros amigos Mayía y Collazo, y en el documento incluso, escrito luego de pesar bien todos los detalles de nuestra situación, y en especial de la de Cuba, de la que trae Collazo, los detalles minuciosos, y de hombre sensato, que acá hubiéramos podido desear. Escribirle yo más, sería repetir lo que ellos le dicen, y ven con sus ojos. De todas partes continúa la demanda angustiosa de nuestra actividad, de adentro y de afuera. Todo se ha podido hasta ahora sujetar, sin desorden ni razón de queja, pero ya hubiera sido imposible sujetarlo más. Afortunadamente, y por mano que parece superior a la nuestra humana, todo se combina a su hora, y a la vez que las medidas que se esparcieron sobre Cuba para contrarrestar la intriga de demora,—la de algunos en Camagüey y otros en Cuba,—contenía allá adentro el desbande amenazado y nos servía para mudarlo en orden mayor, acá afuera nos reuníamos Vd., en la muy querida y eficaz persona de Mayía, Cuba, por el noble Collazo, y lo que depende de mí. Distancia, tiempo, confusión,—todo se ha vencido a la vez. De aquí, ya ve Vd. lo que va a Cuba, y los tres grupos de ayuda, debidamente escalonados, se combinarán con esas instrucciones. Vd.,—con su ojo seguro,—medirá los resultados. Tan felices andamos, que el grupo que se nos pudiera torcer, el de C. Rica, quedó, sin intriga alguna, de tal modo trabado que naturalmente ha venido, e inevitablemente, a caer en Flor, por si Maceo, por la herida o la persecución, no pudiese ir. En el otro grupo,—S. y R,—¹ hay el más vivo entusiasmo, y ya a esta hora parece salvado lo q. a mí mismo me parecía imposible salvar—el escándalo de la concentración. Angustias, he de tener y tengo, pero las venceré todas, y son ya pequeñeces. De nada me quejo y sólo siento ternura y pu-

¹ Generales Serafín Sánchez y Carlos Roloff.

reza en el corazón.—Y orgullo de tener cerca de mí, en esta hora de prueba, a almas tan enteras y leales.

De los cables, ya nada le diré. Hecho el giro, según la carta por Mayía, vino la del Saguinau, y mi cable, y al fin el de Vd., que recibimos juntos los tres, con muy vivo cariño. Me pareció verle cerrar los ojos, bajada la cabeza ante quien todo lo manda y premia la virtud, y entregarse al destino, que esta vez no parece abandonarnos.—Lo demás, queda ya al cable y a la mar.—Abraze a Pancho, a la casa toda,—y quiera a su amigo

JOSÉ MARTÍ

Cotejada con el manuscrito original. Según esta fuente, carta manuscrita en papel con membrete del “Hotel Martin. J. 13 Martin, Prop. University Place, Nueva York”.

De Martí a Gómez

Nueva York, [19 de enero de 1895]¹

Sr. General Máximo Gómez

Mi muy querido General:

Escribirle es muy poco, y me es imposible. Sofoco la indignación; pero me ahoga. La cobardía, y acaso la maldad, de López Queralta,² escogido por Serafín Sánchez para guiar su expedición, entregó nuestro plan entero:³ nuestros tres barcos rápidos, salidos a la vez, para llegar casi a un mismo tiempo, con armas para 400 hombres. Acaso se salvará el cargamento. Pero hemos salvado más: la disciplina y el respeto de la Isla, asombrada de este esfuerzo,—y el cariño de las emigraciones, encendido con esta villanía patente.—Ahora, a otras formas. Se nos espera,—y será. Yo no miro a lo deshecho, sino a lo que hay que hacer.—Velo por la salvación del cargo,—doy a Cuba, en una rápida gira por la Florida, prueba del temple renovado de la emigración, y vuelo—con el virtuoso Mayía—a ver a Vd. De viva voz le hubiera explicado un mensajero el increíble suceso,—la increíble e indudable entrega: pero aún no está seguro el valiente joven, y no debe enseñarse por New York.

En cuanto a lo nuestro, el rumbo varía, y la hora: no la situación feliz, más firme por la prueba visible de nuestro esfuerzo.—Sé lo que hallaré en Vd.—Abraze a su casa,—y quiera a su

JOSÉ MARTÍ

volveré a ver a mi buen Pancho

¹ Debido a la detención de los barcos Amadís y Lagonda, el 12 de enero de 1895, en el puerto de Fernandina, Martí viajó rápidamente a Jacksonville. A su regreso a Nueva York, informa de lo sucedido al general Antonio Maceo y a Alejandro González, en cartas fechadas el 19 del mismo mes. El papel utilizado en estas tres misivas tiene el membrete de la Sociedad de Beneficencia Hispano-Americana de Nueva York.

² Coronel Fernando López Queralta.

³ Se refiere al fracaso de su plan revolucionario expuesto y acordado en sus cartas anteriores y conocido por el Plan de Fernandina, para el cual había equipado los barcos Lagonda, Amadís y Baracoa.

De Gómez a Martí

[Montecristi] 2 de febrero de 1895

A José Martí:¹

Jamas he pasado en mi vida días mis angustiosos, porque no hay tormento mayor para el espíritu que la incertidumbre y en esa situación he pasado todo este mes.

Movime enseguida, dando la espalda a este hogar donde no creí volver, tan pronto recibí el giro y su ultimo cablegrama, que creí el ultimo. Todo se concentró en la Zona de Mayía² y yo me quedé a distancia conveniente. Su último mensaje del 14 (“Imposible negocio espéreme”)³ como era natural, me hizo pensar que algo grave pasaba y volé a las orillas de este Puerto, con los ojos ansiosos a la mar a esperar. Ayer noche fondeó en este puerto El N. York, procedente de esa, y ni una carta ni un hombre. Me pierdo en tristes conjeturas, y no obstante que ya sé que al cabo debo conocer lo sucedido, no puede el hombre sustraerse al aguijón del profundo interés que engendra el asunto.

¿Por qué no he recibido yo por El New York una carta de Martí? ¿Por qué no ha venido alguien a contarme lo que pasa? Estas son las preguntas que me hago y no puedo contestármelas.

Mientras tanto, aquí no se ha perdido nada. Cada cosa está en su lugar.

El dinero está intacto, apenas se ha gastado lo indispensable.

Vapores de guerra, enemigos, por estas costas, pero de vigilancia inútil. Después de su ultimo mensaje fue que se estacionó uno en Samaná pero ya yo tenia previsto el modo de burlar la vigilancia de ese centinela.

Recibí carta de Mayía, de Collazo y de Vd.⁴ al moverme de aquí y por eso no quise contestarlas, porque creía que no hu-

¹ Así aparece este manuscrito en el archivo del general Máximo Gómez. Suponemos sea el borrador de una carta.

² El coronel José María Rodríguez, conocido por Mayía.

³ Se refiere al cablegrama que le cursara Martí al frustrarse el llamado Plan de Fernandina.

⁴ Al parecer se refiere a la que Martí escribe el 8 de diciembre de 1894. Se conservan las notas de Destinatario José Martí, Casa Editora Abril, La Habana, 2005.

biesen tenido tiempo de recibirlas. Ya yo hasta había empaquetado mi pluma y mi tintero y suponía que Vds. habían hecho lo mismo. Pensaba que nos echásemos a la mar.

Imágínese en la ansiedad que estoy y como quedo

Su amigo

[MÁXIMO GÓMEZ]

Día 4. Otra carta repitiendo los mismos extremos y variando de dirección. “Eduardo”.⁵ Telegrama, para saber si estas cartas han llegado a sus manos “Mándelo”. Contestación “Saldrá”. Eso querrá decir que espero.

Copiada de una fotocopia manuscrita que se atesora en la Oficina de Asuntos Históricos, del Consejo de Estado de Cuba.

⁵ En vez de Loynaz.

De Martí a Gómez

Dajabón. A las 3. [Santo Domingo, 1 de marzo de 1895]¹

General muy querido:

Con la generosidad de Montesinos he hallado buen caballo y compañero, y por una bagatela estaré en el Cabo mañana, después de ver de aquí a un instante a Marzán.² Aquí no hallo la huella de lo que buscamos: veré con Marzán.—A Pancho, sujetándome el corazón, se lo devuelvo: allá estará a su lado en estos días, y allá puede tener más quehacer en este instante.—Lo que no le devuelvo es su capa, que llevo a que me ampare,—más que a librarme de la lluvia:—ni unos pantalones muy cariñosos, y ya amados.—Vá contento y esperanzado, y con el pensamiento de su casa.

Su

MARTÍ

El viaje fue un sueño. Recuérdeme a Collazo, muy citado por Montesinos,—y a Margarita.³ Que las hermanas⁴ me perdonen la falta a la cita.—

Cotejada con fotocopia del manuscrito original.

¹ Esta carta en el original sólo dice: “Dajabón. A las 3”. Por el texto de las primeras líneas sabemos que se escribió cuando Martí partía de Dajabón —donde residía Joaquín Montesinos— hacia Cabo Haitiano, a donde el Delegado se proponía llegar al otro día. Véase *De Montecristi a Cabo Haitiano*, en O.C., t. 19, pp. 195-196. En las notas del día 1ro de marzo, Martí anota: “Salimos de Dajabón, último pueblo dominicano E.J- El cónsul dominicano pone el visto bueno al pasaporte...” “Salimos con el oro de la tarde”. De lo que se infiere que fue escrita el 1ro.

² Hipólito Marsán.

³ Margarita Gómez Toro.

⁴ Regina y María de Jesús Gómez y Báez, hermanas del General.

De Gómez a Martí

Montecristi, 4 de marzo de 1895

Mi querido Martí:

Llegó Pancho¹ ayer, al que Vd. no debió devolver sino llevarlo. Tengo la presunción de creer que Pancho, a nadie estorba, siempre será útil y jamás costoso o caro. Volvió él triste pero yo lo consolé diciéndole que principie a comprender su destino, como hace muchos años que he comprendido yo el mío, sinónimo del de los desheredados, siempre deprimidos, con el desdén o el desprecio descarado, o desdeñado nuestro cariño y nuestros servicios para esquivar el compromiso dejándonos despojados de derechos. Zapatero, no me queda más remedio que usar tu obra, so pena de aparecer un salvaje, pero tú, quien quiera que seas, no te acerques a mí, pues tú tienes cara de zapatero. Eso es así.

Acompáñole una carta y un telegrama, que puede ser urgente o necesario que Vd. vea todo eso.

Aquí tengo algo real para Vd. y para Cuba y al lado un plan que hemos estudiado yo y Collazo, cuya ejecución y desenvolvimiento, pende en su parte principal de la aprobación de Vd.

He avisado a Mayía de todo.

Maniobre Vd. con un poco de calma para que acierte, y en la seguridad de que juntos siempre estaremos al pie del cañón.

En esta casa nadie lo olvida porque siempre enseñó a los míos a que entiendan, que todas las virtudes para que lo sean deben estar basadas en la sencillez y la lealtad.

Collazo siempre justo y guapo.

Abrace al Dr. Dellundé² y lo quiere su affmo.

M. Gómez .:

Cotejada del manuscrito original que se atesora en la Oficina de Asuntos Históricos, del Consejo de Estado de Cuba.

¹ Se refiere a su hijo Panchito, que acompañaba a Martí en su viaje a caballo hacia Cabo Haitiano; pero al llegar a Dajabón, este lo hace regresar a Montecristi con unas líneas escritas para su padre, fechada en el lugar mencionado el 1ro de marzo de 1895. Ver O.C., t. 20, p. 474.

² Ulpiano Dellundé y Prado.

De Martí a Gómez

Mi General:

Estoy en Gobernación desde temprano, esperando a que se levante Guelito,¹ en el deseo de q. supiésemos algo antes de salir Mayía. Pero ya el vapor está en puerto, y acaso él se dispone en este instante a salir. Aquí quedo en la Administración de Correos, esperándolo, por si viene,—y conmigo dinero p^a. el viaje, que no me atrevo a fiar al mensajero

su

MARTÍ

A las 9 [Montecristi, 11 de marzo de 1895]²

Cotejada por el manuscrito original.

¹ Miguel Andrés Pichardo.

² En Martí en Santo Domingo, de Emilio Rodríguez Demorizi, p. 273, se halla una carta del general Gómez a José Nicolás Ramírez, fechada en Montecristi el 12 de marzo de 1895, donde le comunica que el coronel José María Rodríguez había partido de Montecristi el día anterior. En ella, Gómez se refiere al viaje inminente de Mayía: “el vapor está en puerto”, por lo que es evidente que fue hecha momentos antes de embarcar. El original de la misiva está escrito con lápiz y el de la posdata, con que ha sido publicada, con tinta, en otra hoja. Investigaciones posteriores nos permiten determinar que dicha posdata no corresponde a esta carta, sino pertenece a la dirigida igualmente al general Gómez, el 6 de mayo de 1893, desde Cayo Hueso.

De Gómez a Martí

[Jurisdicción de Guantánamo, 16 de mayo de 1895]

Al Delegado.

A la vuelta y lea.¹

Le mando todo eso para que se entere y espere.

Estoy a un 4^o de legua del camino real. Me dicen que puede pasar hoy el convoy y sigo para atacarlo.

Si llega Massó² que ocupe “las Vueltas”.

Rosalío³ que dé prácticos para cubrir el campamento.

El Gral.

GÓMEZ .:

Archivo Nacional. Fondo: Archivo Máximo Gómez, Legajo 15, no. 4. Compilada alrededor de los años 1970-1975. Ahora no se ha localizado este original.

¹ Estas líneas se encuentran escritas al dorso de una carta del general Bartolomé Masó al general Máximo Gómez, fechada el 16 de mayo de 1895. Al parecer hay una equivocación en cuanto al lugar desde donde se escribió, pues se encontraban en la Jurisdicción de Jiguaní.

² Bartolomé Masó.

³ Se refiere a Rosalío Pacheco, veterano de la Guerra de los Diez Años, en cuya finca acamparon el general Gómez y Martí en varias ocasiones a mediados de mayo de 1895.

De Martí a Gómez

[Dos Ríos], 19 de mayo de 1895

General:

Como a las 4 salimos, p^a. llegar a tiempo a la Vuelta, adonde pasó desde las 10 la fuerza de Masó, a acampar, y reponer su muy cansada caballería:—desde anoche llegaron.—No estaré tranquilo hasta no verlo llegar a Vd.—Le llevo bien cuidado el jolongó. La fuerza, aunque sin animales útiles, hubiera querido salir a seguirlo, en la busca del convoy; p^o. temían confundirse en idas y venidas, en vez de serle útil. Mucho ha violentado a Masó el viaje inútil a la Sabana. Su

MARTÍ

Cotejada con fotocopia del manuscrito original del CEM.

Comentarios de José Martí sobre Máximo Gómez

[...] Vinieron hasta New York, esperanzados en el éxito de un movimiento de armas con la exasperación, angustia e ira reinantes en el país, dos de los jefes más probados, valientes y puros de nuestra guerra pasada,¹ y, con estos calores míos, me puse a la obra con ellos [...] cuando de súbito vi que, por torpeza e interés, los jefes con quienes entraba en esta labor no tenían aquella cordialidad de miras, aquel olvido de la propia persona, aquel pensar exclusivo y previsor en el bien patrio, —aquel acatamiento modesto de la autoridad de la prudencia y de la razón sin las que un hombre honrado, que piensa y prevé, no puede echar sobre sí la responsabilidad de traer a un pueblo tan quebrantado como el nuestro a una lucha que ha de ser desesperada y larga. [...] No vi, en suma, más que a dos hombres decididos a hacer, de esta guerra difícil a que tantos contribuyen, una empresa propia: —¡a mí mismo, el único que los acompañaba con ardor y los protegía con el respeto que inspiro; llegaron, apenas se creyeron seguros de mí, a tratarme con desdeñosa insolencia!

Carta a Manuel Mercado, Nueva York, 13 de noviembre de 1884. En José Martí. Epistolario, t. I, (compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Plá), Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1993, pp. 284-285.

Con el título de “El héroe del Naranjo” ha publicado el general Máximo Gómez su relación de la hazaña del patriota humilde que con su arrojo aseguró aquel día el triunfo. Alma y ocasión es lo que necesitan los pueblos para redimirse, y en cuanto hay ocasión, salen las almas: ¡del pecho más infeliz en apariencia sale tronando la gloria! El folleto del general Gómez, conmovedor y conciso, es buena prueba de que una misma mano puede mover la pluma y la espada.

La narración es un arranque de justicia, y toda ella aparece escrita a caballo, con el afecto misterioso que junta a los que hombro a hombro, en la hora de lo sobrenatural, se vieron

¹ Los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo.

dignos de ella. Las páginas rebosan en aquel amor de padre por sus segundos que afianza al jefe en el corazón de los que han de ayudarle a vencer; y en la admiración del hombre genuino por la virtud sencilla y verdadera. Pero lo que no puede el folleto decir es el ojo de águila con el que el general Gómez midió las posiciones en la batalla del Naranjo; la viveza con que atendió, en el encuentro comprometido, a los obstáculos súbitos; la beldad militar de su apostura misma, que fue como de estatua del silencio, que solo hablaba para vencer; y la llaneza con que admiró a sus soldados después de la victoria.

“Del General Máximo Gómez”, en *Patria*, no. 6, 16 de abril de 1892. Ver O.C., t. 4, p. 395.

[...] ¿Qué me dice, Fernando, de esfuerzos y sacrificios, a propósito de Gómez? Pero ¿Vd. no sabe, aunque le parezca de mi parte afirmación muy zancuda, que no hay en mi persona una partícula de egoísmo ni soberbia, ni de pensamiento y cultivo de mí propio—que es mi almohada la muerte, y Cuba mi único sueño—y que sólo me tengo y uso para allanarle dificultades y para servirla? Gozo con que me amen; gozo con que Vd. me quiera, y los pocos hombres que valen lo que Vd.; gozo con la amistad y distinción de su noble casa; gozo con la virtud de mis paisanos; y yo, como un niño, me voy, limpio, a la tumba. No es que me muero, porque viviré mientras le sea útil a mi país. Pero siento que las pasiones se han desprendido de mí, como se desprenden al desnudarse, las ropas. No hay en mí un átomo de satisfacción ni de impureza. Yo me veo en el portal de mi tierra, con los brazos abiertos, llamando a mí a los hombres y cerrando el paso a los peligros. Pero así no más me veo; seguro de que me harán morder la tierra los mismos a quienes he ayudado a salvar. Pero sonreiré lo mismo que ahora, y con esta alma, y seguro que de antemano me la conoce y entiende el bravo viejo, iré, con la firme sencillez de que ya él sabe, a ver al glorioso Gómez. Yo abriré así un cauce

amoroso, y los que vengan detrás de mí tendrán que entrar por el cauce.

Carta a Fernando Figueredo, 18 de agosto de 1892. En O.C., t. 2, p. 123.

Viene la comunicación de la Convención en hora oportuna, dándome, entre otros acuerdos de que tomo nota, la nueva, siempre por mí anticipada, de que el Mayor General Máximo Gómez, electo ya—por mayoría que raya en unanimidad—por los revolucionarios de armas que residen en el extranjero para encabezar la organización militar revolucionaria,—se anticipa, con su natural grandeza, en capacidad plena de entenderse con la isla,—y de solicitar y obtener, dentro y fuera, la ayuda necesaria para su emancipación.

Carta al Secretario de La Convención Cubana, Nueva York, 18 de agosto de 1892. En O.C., t. 2, p. 119.

[...] ¿Cuál es mi objeto? Guiar nuestra política, con energía y sin ostentación, de modo que por el resultado natural y pronto de ella, entre los cubanos y los que no lo son, reunamos los recursos de la guerra antes de que nos la puedan copar los españoles. Iremos graduando presencias y ausencias, de modo que ayuden a este fin, sin comprometernoslo. De Gómez, de quien sólo grandezas espero, hablaré con él mismo, a ver cómo se ajusta su situación a la conveniencia pública, y cómo se organiza sin demora y sin alarma.—

[...]

A los poderosos, Serafín, les tocaremos la puerta; pero la amenaza de guerra cercana no basta, como no le bastó a Gómez cuando tuvo a su alrededor todos los elementos de guerra visibles.

[...]

Vea qué larga va la carta, y no he comenzado a hablarle. Véame angustiado, para que me alcance el tiempo: angustiado, de los muchos deberes, y la certidumbre de que los podría atender,

y el miedo de que no estén a tiempo, por desidia o irregularidad, los medios de atenderlos. Véame ansioso de la entrevista con Gómez, que creo preparación definitiva para los trabajos formidables, del invierno.

Carta a Serafín Sánchez, 18 de agosto de [1892]. En O.C., t. 2, pp. 121 y 122.

El Delegado, con nuestras almas detrás, nos llevó, callando solo lo que debía, por los mares dudosos, por las inquietas ciudades haitianas y su vapor hospitalario, por las casas campestres del bravo isleño Montesinos, y de Alvarez y Coll y Masenet, al hogar heroico de Máximo Gómez, que pintó con colores de verdadero enamorado, a la hacienda donde trabaja, íntegro y juvenil, el guerrero incapaz de mancillar con el interés la grandeza excepcional de su corazón.

“El Delegado en New York”, en Patria, New York, 1ro de noviembre de 1892. Ver O.C., t. 2, p. 175.

Todo lo de su carta será atendido. Muy principalmente medito en lo de Raimundo, y espero hallarle la situación que desea. A Batista, lo atenderemos enseñuida según él indica; pero espero lo que Gómez me diga sobre lo propuesto. De todos modos creo que debe ir. ¿Y Roloff? Nada puedo hacer, trabados como estamos, y con tanto temporal encima: pero é cómo dejar de sangrar por los buenos? A dos cosas espero, y aborrezco mientras tanto la pluma:—a lo que me diga Gómez de preciso, para adecuar a esto la forma y plazos de nuestra labor,—y a lo que resulte del Cayo, que al fin creo sea para bien.

Carta a Serafín Sánchez, 13 de marzo de [1893]. En O.C., t. 2, p. 245.

De Gómez vengo enamorado, y no puedo recordarlo sin ternura. Maceo no, ha opuesto el menor obstáculo...

Carta a Serafín Sánchez, New York, 25 de julio de 1893. En O.C., t. 2, p. 357.

A caballo por el camino, con el maizal a un lado y las cañas a otro, apeándose en un recodo para componer con sus manos la cerca, entrándose por un casucho a dar de su pobreza a un infeliz, montando de un salto y arrancando veloz, como quien lleva clavado al alma un par de espuelas, como quien no ve en el mundo vacío más que el combate y la redención, como quien no le conoce a la vida pasajera gusto mayor que el de echar los hombres del envilecimiento a la dignidad, va por la tierra de Santo Domingo, del lado de Montecristi, un jinete pensativo, caído en su bruto como en su silla natural, obedientes los músculos bajo la ropa holgada, el pañuelo al cuello, de corbata campesina, y de sombra del rostro trigueño el fieltro veterano. A la puerta de su casa, que por más limpieza doméstica está donde ya toca al monte la ciudad, salen a recibirlo, a tomarle la carga del arzón, a abrasársele enamorados al estribo, a empinarle la última niña hasta el bigote blanco, los hijos que le nacieron cuando peleaba por hacer a un pueblo libre: la mujer que se los dio, y los crió al paso de los combates en la cuna de sus brazos, lo aguarda un poco atrás, en un silencio que es delicia, y bañado el rostro de aquella hermosura que da a las almas la grandeza verdadera: la hija en quien su patria centellea, reclinada en el hombro de la madre lo mira como a novio: ése es Máximo Gómez.

Descansó en el triste febrero la guerra de Cuba, y no fue para mal, porque en la tregua se ha sabido cómo vino a menos la pujanza de los padres, cómo atolondró al espantado señorío la revolución franca e impetuosa, cómo con el reposo forzado y los cariños se enclavó el peleador en su comarca y aborrecía la pelea lejos de ella, cómo se fueron criando en el largo abandono las cabezas tozudas de localidad, y sus celos y sus pretensiones, cómo vició la campaña desde su comienzo, y dio la gente ofendida al enemigo, aquella arrogante e inevitable alma de amo, por su mismo sacrificio más exaltada y satisfecha, con que salieron los criollos del barracón a la libertad. Las emigraciones se habían de purgar del carácter apoyadizo y medroso, que guió

flojamente, y con miras al tutor extranjero, el entusiasmo crédulo y desordenado. La pelea de cuartón por donde la guerra se fue desmigajando, y comenzó a morir, había de desaparecer, en el sepulcro de unos y el arrepentimiento de otros, hasta que, en una nueva jornada, todos los caballos arremetiesen a la par. La política de libro, y de dril blanco, había de entender que no son de orden real los pueblos nacientes, sino de carne y hueso, y que no hay salud ni belleza mayores, como un niño al sol, que las de una república que vive de su agua y de su maíz, y asegura en formas moldeadas sobre su cuerpo, y nuevas y peculiares como él, los derechos que perecen, o estallan en sangre venidera, si se los merma con reparos injustos y meticulosos, o se le pone un calzado que no le viene al pie. Los hombres naturales que le salieron a la guerra, y en su valor tenían su ley, habían de ver por sí, en su caída y en la espera larga, que un pueblo de estos tiempos, puesto a la boca del mundo refinado y menesteroso, no es ya, ni para la pelea ni para la república, como aquellos países de mesnaderos que en el albor torpe del siglo, y con la fuerza confusa del continente desatado, pudo a puro pecho sacar un héroe de la crianza sumisa a los tropiezos y novelaría del gobierno remendón y postizo. Los amos y los esclavos que no fundieron en la hermandad de la guerra sus almas iguales, habrían entrado en la república con menos justicia y paz que las que quedan después de haber ensayado en la colonia los acomodos que, en el súbito alumbramiento social, hubiesen perturbado acaso el gobierno libre. Y mientras se purgaba la guerra en el descanso forzoso y conveniente, mientras se esclarecían sus yerros primerizos y se buscaba la forma viable al sentimiento renovado de la independencia, mientras se componía la guerra necesaria en acuerdo con la cultura vigilante y el derecho levantisco del país, Gómez, indómito tras una prueba inútil,² engañaba el desasosegado corazón midiendo los campos, cerrándolos con la cerca cruzada de Alemania, empujándolos inquieto al cultivo, como si tuviese delante a un ejército calmado, puliendo la finca recién nacida, semilleros y secadores, batey y portón, vegas y viviendas, como si les viniera a pasar revista el enemigo curioso. Quien ha

² Se refiere al fracasado Plan Gómez (1884-1886).

servido a la libertad, del mismo crimen se salvaría por el santo recuerdo; de increíble degradación se levantaría, como aturdido de un golpe de locura, a servirla otra vez; ni en la riqueza ni en el amor ni en el respeto ni en la fama halla descanso, mientras anden por el suelo los ojos donde chispeó antes la suprema luz. ¡Y de día y de noche se oye a la puerta relinchar el caballo, de día y de noche, hasta que, de una cerrada de muslos, se salta sobre la mar, y orea otra vez la frente, en servicio del hombre, el aire más leve y puro que haya jamás el pecho respirado!

Iba la noche cayendo del cielo argentino, de aquel cielo de Santo Domingo que parece más alto que otro alguno, acaso porque los hombres han cumplido tres veces bajo él su juramento de ser gusanos o libres, cuando un cubano caminante, sin más compañía que su corazón y el mozo que le contaba amores y guerras, descalzaba el portillo del cercado de trenza de una finca hermosa, y con el caballo del cabestro, como quien no tiene derecho a andar montado en tierra mayor, se entró lentamente, con nueva dignidad en el épico gozo, por la vereda que seguía hasta la vivienda oscura: da el misterio del campo y de la noche toda su luz y fuerza natural a las grandezas que achica o desluce, en el dentelleo de la vida populosa, la complicidad o tentación del hombre. Se abrieron a la vez la puerta y los brazos del viejo general: en el alma sentía sus ojos, escudriñadores y tiernos, el recién llegado; y el viejo volvió a abrazar en largo silencio al caminante, que iba a verlo de muy lejos, y a decirle la demanda y cariño de su pueblo infeliz, y a mostrar a la gente canija cómo era imposible que hubiese fatal pelea entre el heroísmo y la libertad. Los bohíos se encendieron: entró a la casa la carga ligera: pronto cubrió la mesa el plátano y el lomo, y un café de hospedaje, y un fondo de ron bueno de Beltrán: dos niñas, que vinieron a la luz, llevaban y traían: fue un grato reposo de almas la conversación primera, con esa rara claridad que al hombre pone el gusto de obrar bien, y unos cuantos contornos en el aire, de patria y libertad, que en el caserón de puntal alto, a la sombra de la pálida vela, parecían como tajos de luz. No en la cama de repuesto, sino en la misma del General había de dormir el caminante: en la cama del General, que tiene colgada a la cabecera la lámina de la tumba de sus dos hijos. Y en tres días que duró aquella

conversación, sobre los tanteos del pasado y la certidumbre de lo porvenir, sobre las causas perecederas de la derrota y la composición mejor y elementos actuales del triunfo, sobre el torrente y unidad que ha de tener la guerra que ya revive de sus yerros, sobre el sincero amor del hombre que ha de mover a toda revolución que triunfe, porque fuera crimen sacarlo a la muerte sino para su rescate y beneficio; en aquella conversación por las muchas leguas del camino, ganándoles a las jornadas las horas de luna, salvando a galope los claros de sol, parándose con tristeza ante el ceibo gigante, graneado de balas fratricidas, abominando las causas remediabiles, de castas y de comarcas, porque está aún sin su pleno poder aquella naturaleza tan hermosa, no hubo palabra alguna por la que un hijo tuviera que avergonzarse de su padre, ni frase hueca ni mirada de soslayo, ni rasgo que desluciese, con la odiosa ambición, el amor hondo, y como sangre de las venas y médula de los huesos, con que el General Gómez se ha jurado a Cuba. Se afirma de pronto en los estribos, como quien va a mandar la marcha. Se echa de un salto de la hamaca enojosa, como si tuviera delante a un pícaro. O mira largamente, con profunda tristeza.

Su casa es lo que hay que ver, cuando él no está, y baja a la puerta, cansado del viaje, el mensajero que va tal vez a hablar del modo de dejar pronto sin su sostén a la mujer y sin padre a los hijos. El júbilo ilumina todos aquellos rostros. Cada cual quiere servir primero, y servir más. “Manana” generosa, la compañera de la guerra, saluda, como a un hermano, al desconocido. Un fuego como de amor, como de la patria cautiva y rebelde, brilla en sus ojos pudorosos de la hija Clemencia. Se aprietan al visitante los tres hijos mayores: uno le sirve de guía, otro de báculo, el otro se le cose a la mano libre. Cuanto hay en la casa se le ha de dar al que llega “¡Ay, Cuba del alma!” “¿Y será verdad esta vez?: ¡porque en esta casa no vivimos hasta que no sea verdad!” “Y yo que me tendré que quedar haciendo las veces de mi padre!” dice con la mirada húmeda Francisco, el mayor. Máximo, pálido, escucha en silencio: él se ha leído toda la vida de Bolívar, todos los volúmenes de su padre; él, de catorce años, prefiere a todas las lecturas el Quijote, porque le parece que “es el libro donde se han defendido mejor los derechos del hombre pobre”. Urbano, leal, anhela órdenes.

Aquella misma tarde han recibido todas las cartas del padre amante. “El anduvo treinta y seis leguas para traer a Clemencia de Santiago, y salió ayer para La Reforma, que está a veinte; pero nos dijo que le pusiéramos un propio, que él vendría enseguida”. Allí mismo, como para un amigo de toda la vida, se prepara el viaje del mensajero testarudo, que quiere ir a saludar junto a su arado al viejo augusto que cría a su casa en la pasión de un pueblo infeliz. Manana le da de beber, y le echa luz el rostro de piedad, bajo la corona de sus canas juveniles... ¡Santa casa de abnegación, a donde no llega ninguna de las envidias y cobardías que perturban el mundo!

Y la casa tiene un desván que mira al mar, donde, una vez al menos, no se ha hecho nada indigno de él. Por la escalera de la alcoba, alta y oscura como una capilla, se sube al rincón de escribir del General, con las alas del techo sobre la cabeza, la cama de campaña al pie del escritorio, y el postigón por donde entra, henchido de sal pura, el viento arremolinado. Allí, esquivándose a los halagos fraternales de los montecristeños, dio el General cita, con su pañuelo al cuello y una mirada que se ve en hombre pocas veces, a un cubano que por primera vez sintió entonces orgullo, para ver el mejor modo de servir a Cuba oprimida, sin intrusión ni ceguera ni soberbia. Un pueblo entero pasó por aquel desván desmantelado; y sus derechos, para no hollar ninguno, y sus equivocaciones, para no recaer en ellas, y sus recursos, para emplearlos con seguridad, y sus servidores, para abrazarse a todos, y los infieles mismos, para no conocerles más que la grandeza pasada y la posibilidad de arrepentirse. Con palabras sencillas, en voz baja, andando leguas en una pregunta, mirándose como si se quisieran cambiar el corazón, y no sin cierta sagrada tristeza, aquellos dos hombres, depositarios de la fe de sus compatriotas, acababan de abrir el camino de la libertad de un pueblo: y se le ponían de abono. Le caían años sobre el rostro al viejo General: hablaba como después de muerto, como dice él que quiere hablar: tenía las piernas apretadas en cruz, y el cuerpo encogido, como quien se replega antes de acometer: las manos, las tuvo quietas: una llama, clara e intensa, le brillaba en los ojos: y el aire de la mar jugaba con su pañuelo blanco.

Y allá en Santo Domingo, donde está Gómez está lo sano del país, y lo que recuerda, y lo que espera. En vano, al venir de su campo, busca él la entrada escondida; porque en el orgullo de sus dos hermanas, que por Cuba padecieron penuria y prisión, y en la viveza, y como mayor estatura, de los hijos, conoce la juventud enamorada que anda cerca el tenaz liberador. A paso vivo no le gana ningún joven, ni a cortés; y en lo sentencioso, se le igualan pocos. Si va por las calles, le dan paso todos: si hay baile en casa del gobernador, los honores son para él, y la silla de la derecha, y el coro ansioso de oírle el cuento breve y pintoresco: y si hay danza de gracia en la reunión, para los personajes de respeto que no trajeron los cedazos apuntados con amigas y novias, para él escoge el dueño la dama de más gala, y él es quien entre todos luce por la cortesía rendida añeja, y por el baile ágil y caballeresco. Palabra vana no hay en lo que él dice, ni esa lengua de miriñaque, toda inflada y de pega, que sale a libra de viento por adarme de armadura, sino un modo de hablar ceñido al caso, como el tahalí al cinto: u otras veces, cuando no es una terneza como de niño, la palabra centellea como el acero arrebatado de un golpe a la vaina. En colores, ama lo azul. De la vida, cree en lo maravilloso. Nada se muere, por lo que “hay que andar derecho en este mundo”. En el trabajo “ha encontrado su único consuelo”. “No subirá nadie: he puesto de guardia a mi hijo”. Y como en la sala de baile, colgado el techo de rosas y la sala henchida de señoriles parejas, se acogiese con su amigo caminante a la ventana a que se apiñaba el gentío descalzo, volvió el General los ojos, a una voz de cariño de su amigo, y dijo, con voz que no olvidarán los pobres de este mundo: “Para éstos trabajo yo”.

Sí: para ellos: para los que llevan en su corazón desamparado el agua del desierto y la sal de la vida: para los que le sacan con sus manos a la tierra el sustento del país, y le estancan el paso con su sangre al invasor que se lo viola: para los desvalidos que cargan, en su espalda de americanos, el señorío y pernada de las sociedades europeas: para los creadores fuertes y sencillos que levantarán en el continente nuevo los pueblos de la abundancia común y de la libertad real: para desatar

a América, y desuncir el hombre. Para que el pobre, en la plenitud de su derecho, no llame, con el machete enojado, a las puertas de los desdeñosos que se lo nieguen: para que la tierra, renovada desde la raíz, dé al mundo el cuadro de una patria sana, alegre en la equidad verdadera, regida conforme a su naturaleza y composición, y en la justicia y el trabajo fáciles desahogada y dichosa: para llamar a todos los cráneos, y hacer brotar de ellos la corona de luz. Se peca; se confunde; se toma un pueblo desconocido, y de más, por el pueblo de menos hilos que se conoce; se padece, con la autoridad de quien sabe morir, por la inercia y duda de los que pretenden guiar las guerras que no tienen el valor de hacer: corre por las bridas la tentación de saltar, como por sobre la cerca que cierra el camino, sobre la verba y pedantería, o el miedo forense, que disputan el paso a la batalla: a la ley no se le niega el corazón, sino a la forma inoportuna de la ley: se quiere el principio seguro, y la mano libre. Guerra es pujar, sorprender, arremeter, revolver un caballo que no duerme sobre el enemigo en fuga, y echar pie a tierra con la última victoria. Con causa justa, y guerra así, de un salto se va de Lamensura a palacio. Y luego, descansará el sable glorioso junto al libro de la libertad.

“El general Gómez” en *Patria*, New York, 26 de agosto de 1893. Ver O.C., t. 4, pp. 445-451.

El Oriente, sobre todo, se alzaría si se le dice, y conforme él desea ansioso; pero ellos creen que Gómez va, conforme a nuestros arreglos y promesas, y yo, dada la delicadeza especial de mi situación, y el tiempo y forma—más a mi juicio de los necesarios—que Gómez cree necesario para entendimientos, que ya yo he dejado hechos, con Maceo—tan lejos en Costa Rica, y Cuba, donde todo se lo tenemos preparado, no oso autorizar el levantamiento, hasta no ver de nuevo a Gómez. Si esos bravos han sido infelices, y ya están vencidos, volveré a Gómez, en cuanto conozca los detalles de la situación.

Carta a Serafín Sánchez, 7 de noviembre de [1893]. En O.C., t. 2, p. 420.

[...] Esa es la situación: de seis a ocho días, o antes tal vez, sabré más de Cuba, y sabré de Gómez; lo demás está avisado; otras preparaciones dependen de la necesidad que amerite su realización. Dificultaría mi acción en un caso demasiado urgente, en el de que cundiese y levantase a gente sería esta arrancada de bravos, mi convencimiento doloroso de que Gómez, según su última carta, creía menos cercano y dispuestos de lo que parecen estar los elementos de la guerra en Cuba, a me creía, sin conocerme aún bien, un tanto engolosinado con las promesas de ciertas lealtades de afuera y algunas ayudas de adentro. Y de pronto, sobre este estado de espíritu, arribado acaso por el temor injusto de que la aceleración justificada pudiese ser deseo de quitarle ocasión de ejercitar su autoridad, caen las noticias de Cuba con la frialdad lejana del papel que no se espera, y las prisas consiguientes a la situación en que nos vemos. Pero la verdad me defiende, y con toda ella le escribí. Contando con su aquiescencia a la situación, y una vez conocida su voluntad de entrar inmediatamente en ella si así lo requiere, no habrá valla al júbilo y la energía de este hermano de Vd. y criado de Cuba. Pero al país hemos llevado, con pleno derecho, el nombre de Gómez, que es todo un ofrecimiento y parte principal de un contrato tácito, y no podría yo intentar por sobre él una guerra que en él ve una entidad principal, y se trama contando con ella.

Carta a José Dolores Poyo, New York, 14 de noviembre de 1893. En O.C., t. 2, pp. 425-426.

[...] Pero el miedo, Rogelio, fue en vano, según verá por la nota adjunta del General, y le diré yo mismo que me voy a dar allá

un salto. Cuanto deseaba, es. El General ve la situación, y está obrando con la rapidez que ella manda.

Carta a Rogelio Castillo, 9 de diciembre de 1893. En O.C., t. 2, pp. 455-456.

“Yo no puedo hablar esta noche,³ dijo, porque ante la gloria del padre se inclina el hijo reverente”. [...] “Este hombre,⁴ que no nació en Cuba, a quien conoce y admira todo el continente americano, que ha hacinado tantos laureles sobre su frente que habría con ellos para dar prestigio a muchos héroes; este hombre, que ya es inmortal, y que podría descansar satisfecho de su obra, abandona su comodidad presente, deja una familia que le rinde culto de adoración y que es como premio digno a sus virtudes, se lanza al mar y viene a nosotros con todo el ímpetu de sus pasadas proezas, dispuesto a proseguir en su propósito nobilísimo de completar la democracia americana. Este hombre, ¡ah, cubanos! merece toda nuestra veneración, y ante él yo me reconozco pequeño, y no puedo hablar sino para saludarlo con la efusión de hijo agradecido”.

“El último 10 de Abril en New York”, en Patria, 17 de abril de 1894. Ver O.C., t. 4, pp. 334-335.

[...] Ya tú entiendes lo que significa mi entrevista con Gómez: no es sólo, Fermín del alma, dejarlo ajustado todo, hasta los mínimos detalles, sino desvanecer los últimos obstáculos que la revolución de ayer pudiera poner a la de hoy: y abrir los surcos anchos y seguros para la de hoy: ¡y qué trabajo cuesta ser saúg y sincero—y ser enérgico y dulce,—y ser todo esto en mi soledad y mi tristeza! Y a eso, el trabajo físico de tanta

³ Fragmento del discurso pronunciado por José Martí con motivo de ser reelecto Delegado del PRC en el segundo aniversario de su fundación, Nueva York, 10 de abril de 1894.

⁴ Se refiere a Máximo Gómez, quien comparte con él los honores que le tributan los asistentes al acto.

ida y venida—y todo lo de Loynaz, felicísimo en resultados, mas con espinas que tengo que ir moviendo—y estas generosas y locuaces afecciones. Pero de todo me compensa la nobleza que en Gómez he visto:—el hijo que me deja,⁵ a que me acompañe en mi viaje próximo—y la esperanza—y cállate—de que volveré a verte pronto.

Carta a Fermín Valdés Domínguez, Nueva York, 18 de abril de 1894. En O.C., t. 3, pp. 147-148.

[...] He visto al General grande y bueno, y digno de su obra, y yo no me le apego con el regaño interior de la conveniencia pública, que protesta y sonrío, sino con tierno y largo cariño. Lo he visto hasta lo hondo, y no he hallado más que grandeza. Era muy de temer, al organizar la guerra presente, la pasión o el recelo o la arrogancia de la pasada. Él lo obvia todo, y crece. Aquí no ha hallado más que admiración y cariño. No le puedo escribir, de lo que tengo que decirle, y se dirá a su hora. Hemos reconocido nuestra situación, y nuestros actos inmediatos van a ser, sin un día de pérdida ni una falta de ajuste, lo que ella exige.

Adiós, ahora. Periódico, juntas, Panchito un poco enfermo, mi cuerpo deshecho. Pero el camino claro, y yo pagado de mis sufrimientos. Profundamente he gozado al lado de Gómez, y sólo espero triunfo para la guerra, y paz y justicia. Sin eso, estaría muy triste.

Carta a Serafín Sánchez, [abril de 1894]. En O.C., t. 3, pp. 132-133.

Ni en espíritu, ni en detalle, me separo un ápice del vigor y la nobleza del General Gómez. Así le envíe a decir al anunciarle—para calmar su duda natural—la situación próxima de que hoy le va la prueba.

⁵ Francisco (Panchito) Gómez Toro.

Carta al general Enrique Collazo, New York, 8 de mayo de 1894.
En O.C., t. 3, p. 164.

[...] La precisión con que hablo a Vd. le es prueba,—conociendo como conoce mi conciencia, y este juicio mío que no alcanza a perturbar la más noble pasión,—de que el General y yo tenemos andados, en absoluto acuerdo y con resultados igualmente felices, todos los caminos preparatorios; y de que, en estos instantes, todo parece depender,—puesto que nuestros medios bastan, o les falta muy poco, para nuestras capacidades,—del sigilo y ajuste con que se hagan los detalles de acción, que el General y yo atendemos por nosotros mismos, él desde donde está y yo por Costa Rica, y por mis propios ojos y manos, sin ninguna especie de intermediario.—Vd. sabe, en resumen, lo que importa caer sobre un enemigo que aún no nos espera, y esto, con la certidumbre que hoy tiene de la revolución el gobierno español, sólo lo podemos hacer,—seguros ya del apoyo concreto y bastante de las diversas comarcas,—con una celeridad inusitada, y no sospechada, de movimientos unánimes y precisos.—El General vino a verme a New York. Él es hombre de realidades, y no hubiera podido decidirse sin verificación. Después de eso, he tenido ya la fortuna de enviarle más de lo que conocía. Se volvió enseguida a Montecristi, visto el poco tiempo que la situación parece permitir y necesitar, y fijó conmigo todos los detalles. Yo he levantado en la Florida, sin escándalo y con maña, y como si simplemente respondiéramos a la provocación y persecuciones del gobierno en Cuba, lo más de lo que aún necesitábamos,—voy a trabar por mí la parte de que el General me encargó—y de aquí a un mes estaré de vuelta en el Norte, con esos arreglos acabados detrás de mí, y en disposición de cumplir inmediatamente con todo lo fijado con el General.

Carta a Rafael Rodríguez, New Orleans, 30 de mayo de 1894.
En O.C., t. 3, p. 198.

De mí, véame, y ámeme, porque le estoy labrando, amigo del alma, la patria común. Seremos grandes. Aún lo verá Vd.

con sus ojos. Junte cuanto esfuerzo pueda, y échelo enseguida, e inmediatamente, en los brazos de nuestro General. Por Cuba va a cuajar la emancipación de la América.

Carta a Federico Henríquez y Carvajal, New York, julio de 1894.
En O.C., t. 7, p. 303.

[...] eso es todo lo que por mi parte quisiera esperar, Serafín: cerciorarnos, enseguida, de lo que racionalmente podemos tener: volar a Gómez otra vez, para emplearlo según su consejo y pericia: y disponer, como un rayo, la reunión de nuestros hombres indispensables y su caída sobre la isla. Yo sé que la isla no necesita más tanteos. Afuera, ya hemos hecho lo que tenemos que hacer. Hasta que Gerardo vino, hace quince días, no sabíamos a derechas de Cuba, no sabíamos todavía del Camagüey, no sabíamos, con la plena conciencia necesaria para obrar, que nos respondía lo indispensable de la isla. Ahora sabemos: podemos llamar a alguna puerta, seguros de que la isla no se nos niega: si la poca puerta a que tenemos tiempo de llamar se nos cierra, por la sorpresa de la poca preparación, o por cualquiera otra causa, con lo que tendremos de nosotros mismos, tenemos bastante. La isla no se nos niega si le cumplimos nuestra promesa. Y se nos niega, si no se la cumplimos. ¿Cómo resumiré mi pensamiento? Creo que debemos esperar el tiempo estrictamente necesario para reunir, de dos golpes posibles, más lo juntado y añadible de la emigración, lo indispensable para los recursos mínimos, y sin embargo bastantes, que hemos ofrecido llevar; para acordar con Gómez el modo del desembarco inmediato, y reunir para él las armas aún no compradas y los jefes dispersos. A nada más necesito esperar por mi parte: pero yo me pregunto, ¿cómo esperar menos? ¿cómo reducir el plazo físicamente preciso para ir a ver a Gómez, arreglar la distribución, y distribuir el desembarco conforme al arreglo? ¿cómo ir a ver a Gómez, ni qué desembarco se puede arreglar, sin más recursos que los que hoy tenemos? ¿cómo reducir a acción, a armas y expedición en viaje, lo mismo que tenemos ya hoy, en un plazo que ni siquiera nos permite juntar a los que tienen que

ir en un lugar seguro, en un lugar nuevo e inmediato, como el que tengo ya visto? Esa es toda mi espera: la materialmente para cargar de armas y jefes los barcos que han de ir: la materialmente indispensable para procurarnos, en dos golpes simultáneos, mientras Gómez prepara su pensamiento, la suma mínima para las armas y los barcos. [...] Gómez ha de ir: usted ha de ir: otros han de ir: todos hemos de ir: no se ha de ir en barcos vacíos: los que van han de salir de donde están, han de juntarse en donde no estén: en pedir el consejo de Gómez, que ya sé yo lo que piensa y el tiempo que juzga indispensable, se va el plazo.

Carta a Serafín Sánchez, [octubre de 1894]. En O.C., t. 3, pp. 313-314.

[...] Pienso y callo. Déjeme callar.—Ahora, sin haber faltado aun los de Cuba a una fecha que estimo tardía,—dispuesto aquí todo por mí de modo que,—según el ensayo que felizmente acabo de hacer—salgamos con dicha y secreto, y tenga Vd., allá lo que le falta para sus labores,—anunciado por Gómez el detalle a que he de subordinar todos mis actos,—porque no soy yo el director militar de la guerra, que hubiera podido y debido ya empezar...

Carta al general Antonio Maceo, New York, 10 de noviembre de 1894. En O.C., t. 3, p. 344.

Aprovechando el ofrecimiento que me hace usted en su carta del 7, tan oportuna que ésta se cruzó con el cablegrama en que pedía usted alistase allí persona para el mismo servicio, ruego a usted despache por primer correo, y si es posible por el mismo que lleva esta carta un comisionado al Brigadier Francisco Carrillo, a fin de comunicarle las instrucciones siguientes, ajustadas a los acuerdos de esta Delegación con el

General Máximo Gómez y a la última carta del General al Delegado que firma.

1.—No se ha interrumpido trabajo alguno en adelantamiento de los decididos por el General y éste anuncia tener ya terminados todos los suyos.

2.—El General, que venla anunciando las causas que le habían impedido cumplir, en las fechas por él fijadas con el detalle culminante y clave de la combinación, la anuncia expresa y finalmente al Delegado para dentro de muy pocos días.

3.—No puedo fijar fecha, porque, aludiendo el General Gómez a la fijada en la Habana, que acepta, y de la cual hace depender todo sus movimientos, dice así el General mismo: “No queriendo yo descomponer la fecha que eligió Collazo, esa misma (subrayo lo que subraya el General) está repetida en todas mis órdenes, y sujeta a esa misma fecha, de ella en lo adelante, irán ajustadas todas las operaciones.”

4.—Como en ajuste preciso a esta situación y manifestaciones, instruyo a la Isla para contraminar y arrollar las intrigas de demora y trastorno que allí han nacido en los dos últimos meses a perturbar la organización revolucionaria, y como acá extenderé los sucesos de modo que puedan acomodarse sin perderse a la demora de la fecha fijada, demora que en este instante me parece tan poco deseable como inevitable, debo pedir, pues, al Brigadier Carrillo, en apoyo de los movimientos que me tiene anunciados el General Gómez, que esté preparado para obrar a cada momento, bien le sirva de guía el alzamiento en Occidente, que, conforme a las instrucciones del General, continuamente reiteradas por la Delegación, debe combinarse con el de Oriente, bien reciba noticia expresa de Delegación, y directa, la cual no irá nunca sino en consecuencia de la realización de los anuncios del General Gómez, y en estricto acuerdo con ellos, caso de que el General, confiado hoy en mi comunicación frecuente con la Habana y el Brigadier Carrillo, no haya creído necesario enviarle más aviso directo.

5.—Como aún puede haber tiempo, y acaso no haya más que el indispensable, la Delegación ruega al Brigadier Carrillo que le dé sobre asuntos y personas cuantas noticias le puedan guiar, seguro de que la Delegación estima su juicio y su prudencia y le pide que el comisionado envíe alguna dirección y palabra con la cual

se le pudiera por cable enviar el anuncio, siempre sujeto a las condiciones anteriores, de que estuviera listo para una fecha muy inmediata, caso de que, puesto que el desea tener de afuera confirmado lo que se le dice de adentro, no haya más modo o tiempo de anunciarle esta confirmación.

Es mi ánimo, General Sánchez, al fijar estas instrucciones asegurar al General Carrillo una vez más el respeto y cariño en que se tiene su vida, e impedir que por falta de este anuncio oportuno, o confusión entre noticias dudosas, pueda ayudar oportunamente a los movimientos que en su último detalle me anuncia ya el General Gómez.

Carta a Serafín Sánchez, New York, 13 de noviembre de 1894.
En O.C., t. 3, pp. 370-371.

Ayer a toda prisa puse en el correo, [...] la carta en que me pareció oportuno dejar formal constancia de lo que en esta fecha mandamos decir a Carrillo. Y ya la había cerrado cuando me llegó un cablegrama del General Gómez, respondiendo al mío de antier, enviado en cuanto recibí carta de Cuba, de la Habana, pidiéndome con afán que hiciese modo de hacer llegar a Carrillo órdenes inmediatas, y noticia de Gómez, porque—aunque J.G.⁶ no se me muestra en su informe de ninguna manera, ni en un ápice, alarmado por la propaganda de reformas—urге en la situación actual que por la carencia de esas instrucciones precisas no se entibien los elementos en que influye Carrillo. Adivinando yo esas situaciones, ya había pedido a usted, antes por cable a Palma, que tuviera lista persona que pudiese seguir viaje con la carga que a Carrillo pensaba enviar, y que he sustituido, de acuerdo con la indicación de usted, por la que a usted escribo, para que se la trasmita verbalmente. A Gómez envié este cablegrama, que como la respuesta ha tenido que pasar por la Habana:—“falta factura ordenada rubio puede trastornar negocio: úrgenla”. Y Gómez

⁶ Juan Gualberto Gómez.

me ha contestado: “factura oportuna primer vapor”. Dicha ha sido poder calzar con esta confirmación lo que decía la Delegación a Carrillo.

Carta a Serafín Sánchez, 14 de noviembre de 1894. En O.C., t. 3, p. 372.

[...] Cable muy satisfactorio, plenamente satisfactorio, de Gómez:—y yo, contentísimo, y nunca con más fuerza, y con vía más segura que hoy.

Carta a Serafín Sánchez, 2 de diciembre de [1894]. En O.C., t. 3, p. 407.

14 de Febrero.⁷

Las seis y media de la mañana serían cuando salimos de Montecristi el General, Collazo y yo, a caballo para Santiago: Santiago de los Caballeros, la ciudad vieja de 1507. [...] A los caballos les picamos el paso, para que con la corrida se refresquen, mientras bebemos agua del río Yaque en casa de Eusebio; y el General dice esta frase, que es toda una teoría del esfuerzo humano, y de la salud y necesidad de él:—“El caballo se baña en su propio sudor”.

De Diario. De Montecristi a Cabo Haitiano. En O.C., t. 19, p. 186.

[...] Estamos aquí en las consecuencias naturales de la situación creada por la infortunada falta del envío que se esperaba y no llegó, según por cable dije a Vds. Ni el General ni yo llevamos sobre la conciencia la pérdida de un momento. [...]—Han sido de incesante viaje estos días que pensé emplear en escribir: y el

⁷ Ni en los fragmentos de este Diario ni en los del Diario de campaña se insiste en el año, porque ambos corresponden a 1895.

viaje sigue, como ven:—sin embargo, no faltará nada esencial,—a pesar de una premura tan penosa, que me saca la pluma de las manos.—Pero aquieten los nobles corazones: en la casa del General escribo, que desde que llegamos es toda nuestra, y él no descansa; ni me deja caer, y es quien es:—y yo no he de desmerecer del cariño de Vds., ni de mi obligación.

Carta a Benjamín Guerra y Gonzalo de Quesada, Montecristi, 8 de marzo de [1895]. En O.C., t. 4, p. 82.

De lo de acá, sepan, y ya adivinan, que el General y yo no hemos perdido ocasión ni momento, y que el modo mejor de ayudarnos es darnos por muertos, y no decir palabra de nosotros, hasta que demos señales indudables de vida.

Carta a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra, [Montecristi], 25 de marzo de [1895]. En O.C., t. 4, p. 106.

Del manifiesto, complacerá a Vds. saber que luego de escrito no ocurrió en él un solo cambio; y que sus ideas envuelven a la vez, aunque proviniendo de diversos campos de experiencia, el concepto actual del general Gómez, y el del Delegado. Lo que en país que principia, y con las dudas y choques de la guerra, es, realmente, causa de fe, y honor.

Carta a Gonzalo de Quesada, [Montecristi], 28 de marzo de [1895]. En O.C., t. 4, p. 113.

Del pie que ponemos en ella le es prenda el Manifiesto⁸ que ya va en camino, y que el General suscribió con la Delegación, sin que ésta escondiese o recortase un solo pensamiento suyo, ni él hallara una sola idea aventurada o trabadora.

⁸ El ya citado Manifiesto de Montecristi.

Carta a Tomás Estrada Palma, Montecristi, 1ro de abril de [1895]. En O.C., t. 4, p. 118.

14 [de abril].—[...] Lo primero fue coger yaguas, tenderlas por el suelo. Gómez con el machete corta y trae hojas, para él y para mí. Guerra hace su rancho; cuatro horquetas: ramas en colgadizo: yaguas encima. Todos ellos, unos raspan coco, Marcos, ayudado del General, desuella la jutía.

[...]

Habla erguido el General. Hablo. Desfile, alegría, cocina, grupos. En la nueva avanzada: volvemos a hablar. Cae la noche, velas de cera, Lima cuece la jutía y asa plátanos, disputa sobre guardias, me cuelga el General mi hamaca bajo la entrada del rancho de yaguas de Tavera. Dormimos, envueltos en las capas de goma.

15 [de abril].—[...] Al caer la tarde, en fila la gente, sale a la cañada el General, con Paquito, Guerra y Ruenes. ¿Nos permite a los 3 solos? Me resigno mohino. ¿Será algún peligro? Sube Ángel Guerra llamándome, y al capitán Cardoso. Gómez, al pie del monte, en la vereda sombreada de plátanos, con la cañada abajo, me dice, bello y enternecido, que aparte de reconocer en mí al Delegado, el Ejército Libertador, por él su Jefe, electo en consejo de jefes, me nombra Mayor General. Lo abrazo. Me abrazan todos.

De Diario de Campaña. Cotejado con el original.

[...] Del General bueno y querido, ya ve los tiernos cuidados. No me cuida él a mí más que yo a él. Me pesaba por las lomas su carga, como a él la mía. Brioso y jovial repechaba, con la carga de tres soldados, estas alturas. Más joven va que el más joven. Ve el grave caso político, y lo encararemos felizmente. Se le ve la frente llena ya del pensamiento de recoger y arremeter. Es gran gozo, vivir entre hombres en la hora de su grandeza.

Carta a Tomás Estrada Palma, [cerca de Baracoa], 15 de abril de [1895]. En O.C., t. 4, pp. 130-131.

[...] Allanados parecen los obstáculos que a este fin urgente se hubieran podido presentar: el General Gómez siente hoy, tan vivamente como yo, esa primera necesidad, como medio eficaz y rápido de oponerse a la campaña inicial de reducción y localización que el enemigo va a emprender contra la guerra. Y del espíritu con que por fin entramos en esta labor, les dará muestra el incidente con que para mí se cerró el día de ayer. “General” me llamaba nuestra gente desde que llegué, y muy avergonzado con el innmerecido título, y muy querido y conocido, me hallé por cierto entre estos inteligentes baracoanos: al caer la tarde vi bajar hacia la cañada al General Gómez, seguido de los jefes, y me hicieron seña de que me quedase lejos. Me quedé mohíno, creyendo que iban a concertar algún peligro en que me dejarían atrás. A poco sube, llamándome, Ángel Guerra, con el rostro feliz. Era que Gómez, como General en Jefe, había acordado, en consejo de Jefes, a la vez que reconocerse en la guerra como Delegado del Partido Revolucionario, nombrarme, en atención a mis servicios y a la opinión unánime que lo rodea, Mayor General del Ejército Libertador. ¡De un abrazo, igualaban mi pobre vida a la de sus diez años! Me apretaron largamente en sus brazos. Admiran conmigo la gran nobleza. Lleno de ternura veo la abnegación serena, y de todos, a mi alrededor. ¿Cuándo olvidaré el rostro de Gómez, sudoroso y valiente, y enternecido, cuando subía las lomas resbaladizas, las pendientes de breñas, los ríos a la cintura, con el rifle y revólver y machete y las doscientas cápsulas, y el jolongo al hombro? Y cuando a sus espaldas doy su jolongo al práctico, él me quita mi rifle, y sigue cuesta arriba con el mío y el suyo. Nos vamos halando, hasta lo alto de los repechos. Nos caemos riendo. A la hora de alarma, y las ha habido buenas, los seis rifles están juntos. Hemos dormido en cuevas, y al monte claro: el rancho de la guerrilla, con su ama servicial y su comida caliente, ha sido un lujo. A porfía ahora, se nos muestra cariño. Uno trae su boniato amarillo, o su cabo de salchichón, o su plátano asado: otro me brinda su agua hervida con hoja de na-

ranja y miel de abeja: otro me regala, porque oye decir que la tomé con gusto en el camino, una naranja ágría. Los apellidos de New York me andan dando vueltas, Rubio y Urgellez, López y Fromita. El general les habló en fila, y yo, y les quedó el alma contenta.

Carta a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra, [cerca de Baracoa], 15 de abril de [1895]. En O.C., t. 4, pp. 126-127.

16 [de abril]. [...]—Antes, en el 1er paradero, en la casa de la madre e hijona espantada, el General me dio a beber miel, para que probara que luego de tomarla se calma la sed.

[...]

25 [de abril]. [...] “Párese la columna, que hay un herido atrás.” Uno hala su pierna atravesada, y Gómez lo monta a su grupa. Otro herido no quiere: “No, amigo: yo no estoy muerto” y con la bala en el hombro sigue andando.

De Diario de campaña. Cotejado con el original.

Nos sonreíamos y crecía la hermandad. Gómez me ha ido cuidando en los detalles más humildes con perenne delicadeza. He observado muy de cerca en él las dotes de prudencia, sufrimiento y magnanimidad.

Carta a Carmen Miyares de Mantilla, cerca de Guantánamo, 26 de abril de 1895. En O.C., t. 20, p. 226.

28 [de abril]. —Amanezco al trabajo. A las 9 forman, y Gómez, sincero y conciso, arenga: Yo hablo, al sol. Y al trabajo. A que quede ligada esta fuerza en el espíritu unido: a fijar, y dejar ordenada, la guerra enérgica y magnánima: a abrir vías con el Norte, y servicio de parque: a reprimir cualquier intentona de perturbar la guerra con promesas. Escriba la circular a los jefes, a que castiguen con la pena de traición la intentona, —la circular a los hacendados,—la nota de Gómez a las

fincas,—cartas a amigos probables,—cartas para abrir el servicio de correo y parque,—cartas para la cita a Brooks.⁹

De Diario de campaña. Cotejado con el original.

Con mimo, más que con cariño, trata al Delegado el General en Jefe, y el hombre al hombre, y de sí propio ha ido cuajando el pensamiento natural, que es el de reunir representantes de todas las masas cubanas alzadas, para que ellos, sin considerarse totales y definitivos, ni cerrar el paso a los que han de venir, den a la revolución formas breves y solemnes de república, y viables, por no salirse de la realidad, y contener a un tiempo la actual y la venidera. Pero pudiese llegar a Vds. la convocatoria a la Asamblea antes de que se efectuase, y de esto no ha de publicarse sino el hecho de que el Delegado y el General en Jefe, en su carácter y obligación de representantes electos del P.R.C. convocan la Asamblea de Delegados del pueblo cubano revolucionario para que él acuerde y elija el Gobierno, adecuado a las condiciones actuales, que lo ha de regir.

Carta a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra, Cuartel General en Campaña, Filipinas, Jurisdicción de Guantánamo, 30 de abril de 1895. En O.C., t. 4, pp. 143-144.

4 [de mayo].—Se va Bryson.¹⁰ Poco después, el consejo de guerra de Masabó. Violó y robó. Rafael preside, y Mariano¹¹ acusa. Másabó, sombrío, niega: rostro brutal. Su defensor invoca nuestra llegada, y pide merced. A muerte. Cuando leían la sentencia, al fondo del gentío, un hombre pela una caña. Gómez arenga: “Este hombre no es nuestro compañero: es un vil gusano”, Másabó, que no se ha sentado, alza con odio los

⁹ Enrique Brooks.

¹⁰ Jorge Eugene Bryson.

¹¹ Mariano Sánchez.

ojos hacia él. Las fuerzas, en gran silencio, oyen y aplauden: “¡Qué viva!”

7 [de mayo].—[...] “Aquí, me dijo Gómez, nació el cólera, cuando yo vine con doscientas armas y 4000 libertos, para que no se los llevasen los españoles, y estaba esto cerrado de reses, y mataron tantas, que del hedor se empezó a morir la gente, y fui regando la marcha con cadáveres: 500 cadáveres dejé en el camino a Tacajó.” Y entonces me cuenta lo de Tacajó, el acuerdo entre Céspedes y Donato Mármol. Céspedes, después de la toma de Bayamo, desapareció. Eduardo Mármol, culto y funesto, aconsejó a Donato, la dictadura, a lo que Gómez le dijo que ya lo había pensado hacer, y lo haría, no por el consejo de él, sino para estar dentro, y adentro impedirlo mejor: “Sí, decía Félix, porque a la revolución le ha nacido una víbora.” “Y lo mismo era él”, me dijo Gómez. De Tacajó envió Céspedes a citar a Donato a conferencia, cuando ya Gómez estaba con él, y quiso Gómez ir primero, y enviar luego recado. Al llegar donde Céspedes, como Gómez se venía con la guardia que halló como a un cuarto de legua, creyó notar confusión y zozobra en el campamento, hasta que Marcano salió a Gómez que le dijo: “Ven acá, dame un abrazo.”—Y cuando los Mármol llegaron, a la mesa de cincuenta cubiertos, y se habló allí de la diferencia, desde las primeras consultas se vio que, como Gómez, los demás opinaban por el acatamiento a la autoridad de Céspedes.

8 [de mayo].—[...] En la mesa, sin rumbo, funge el consejo de guerra de Isidro Tejera, y Onofre y José de la O. Rodríguez: los pacíficos dieron parte del terror en que pusieron al vecindario: el capitán Juan Peña y Jiménez.—Juan el Cojo, que sirvió “en las tres guerras”, de una pierna solo tiene el muñón, y monta a caballo de un salto,—oyó el susto a los vecinos, y vio las casas abandonadas, y depone que los tres le negaron las armas, y profirieron amenazas de muerte.—El consejo, endeerezado de la confusión, los sentencia a muerte. Vamos al rancho nuevo, de alas bajas, sin paredes.—José Gutiérrez, el corneta afable que se lleva Paquito, toca a formación. Al silencio de las filas traen los reos: y lee Ramón Garriga la sentencia, y el perdón. Habla Gómez de la necesidad de la honra en las banderas: “ese criminal ha manchado nuestra bandera.” Isidro, que venía llorando, pide licencia de hablar: habla gimiendo, y sin idea,

que muere sin culpa, que no lo dejarán morir, que es imposible que tantos hermanos no le pidan el perdón. Tocaban marcha. Nadie habla. Él gime, se retuerce en la cuerda, no quiere andar. Tocaban marcha otra vez, y las filas siguen, de dos en fondo. Con el reo, implora Chacón y cuatro rifles, empujándolos. Detrás, solo, sin sus polainas, saco azul y sombrero pequeño, Gómez.—Otros atrás, pocos, y Moncada,—que no ve al reo, ya en el lugar de muerte, llamando desolado, sacándose el reloj, que Chacón le arrebató, y tira en la yerba, manda Gómez, con el rostro demudado, y empuña su revólver, a pocos pasos del reo. Lo arrodillan, al hombre, espantado, que aún, en aquella rapidez, tiene tiempo, sombrero en mano, para volver la cara dos o tres veces. A dos varas de él, los rifles bajos. ¡Apunten!, dice Gómez: ¡Fuego! Y cae sobre la yerba, muerto.—De los dos perdonados,—cuyo perdón aconsejé y obtuve,—uno, ligeramente cambiando el color pardo, no muestra espanto, sino sudor frío: otro, en sus cuerdas por los codos, está como si aún se hiciese atrás, como si huyese el cuerpo, ido de un lado lo mismo que el rostro, que se le chupó y desencajó.—Él, cuando les leyeron la sentencia, en el viento y las nubes de la tarde, sentados los tres por tierra, con el pie en el cepo de varas, se apretaba con la mano las sienas. El otro, Onofre, oía como sin entender, y volvía la cabeza a los ruidos. “El Brujito”, el muerto, mientras esperaba el fallo, escarbaba, doblado, la tierra,—o alzaba de repente el rostro negro, de ojos pequeños, y nariz hundida de puente ancho.—El cepo fue hecho al vuelo: una vara recia en tierra, otra más fina al lado, atada por arriba, y clavada abajo de modo que deje paso estrecho al pie preso.—El Brujito, decían luego, era bandido de antes: “puede Vd. jurar, decía Moncada, que deja su entierro de catorce mil pesos.”

9 [de mayo].—[...] De los llanos de la protesta, salimos al borde alto, del rancho abandonado, de donde se ve el brazo del río, aún seco ahora, con todo el cauce de yerbal, y los roncós caídos cubiertos de bejuco, con flores azules y amarillas, y luego de un recodo, la súbita bajada:—“¡Ah, Cauto—dice Gómez—¡cuánto tiempo hacía que no te veía!”

De Diario de campaña. Cotejado con el original.

Gómez, organizador enérgico. Mi fatiga será grande y haré cuanto en este campo glorioso puedan Cuba y Vds., esperar de mí...

Adiós les digo, con el júbilo de ver aquí a los cubanos negados a España, y enamorados de la revolución. Auxilio rápido, un gran revuelo, y gloria—y martirio.

Carta a Carmen Miyares de Mantilla, Alta gracia, Holguín, 9 de mayo de 1895. En O.C., t. 20, p. 230.

10 [de mayo].—De Alta gracia vamos a La Travesía. —Allí volví a ver de pronto, a la llegada, el Cauto, que ya venía crecido, con su curso ancho en lo hondo, y a los lados, en vasto declive, los barrancos. Y pensé de pronto, ante aquella hermosura, en las pasiones bajas y feroces del hombre. Al ir llegando, corrió Pablo una novilla, negra, de astas nacientes, y la echan contra un árbol, donde, a vueltas, le van acortando la soña. Los caballos, erguidos, resoplan: les brillan los ojos. Gómez toma del cinto de un escolta el machete, y abre un tajo, rojo, en el muslo de la novilla.—“Desjarreten esa novilla!” Uno, de un golpe, la desjarreta, y se arrodilla el animal, mugiendo: Pancho, al oír la orden de matar, le mete, mal, el machete por el pecho, una vez y otra: uno, más certero, le entra hasta el corazón; y vacila y cae la res; y de la boca sale en chorro la sangre. Se la llevan arrastrando. Viene Francisco Pérez, de buen continente, enérgico y carirredondo, capitán natural de sus pocos caballos buenos, hombre sano y seguro. Viene el capitán Pacheco,¹² de cuerpo pequeño, de palabra tenaz y envuelta, con el decoro y la aptitud abajo: tomó un arria, sus mismos cubanos le maltrataron la casa y le rompieron el burén, “yo no he venido a aspirar, sino a servir a la patria”, pero habla sin cesar, y como a medias, de los que hacen, y de los que no hacen, y de que los que hacen menos suelen alcanzar más que el que hace “¡pero él solo ha venido a servir a la patria!” “¡Mis polainas son es-

¹² José Rafael Pacheco.

tas!”,—las pantorrillas desnudas: el pantalón, a la rodilla, los borceguíes de vaqueta: el yarey, amarillo y púrpura. Viene Bellito,¹³ el coronel Bellito de Jiguaní, que por enfermo había quedado acá. Lo adivino leal, de ojo claro de asalto, valiente en hacer y en decir. Gusta de hablar su lengua confusa, en que, en las palabras inventadas, se le ha de sorprender el pensamiento. “La revolución murió por aquella infamia de deponer a su caudillo”. “Eso llenó de tristeza el corazón de la gente”. “Desde entonces empezó la revolución a volver atrás.” “Ellos fueron los que nos dieron el ejemplo”, —ellos, los de la Cámara,— cuando Gómez censura agrio las rebeliones de García,¹⁴ y su cohorte de consejeros: Belisario Peralta, el venezolano Barreto, Bravo y Senties, Fonseca,¹⁵ Limbano Sánchez y luego Collado.¹⁶ —Bello habla dándose paseos, como quien espía al enemigo, o lo divisa, o cae sobre él, o salta de él. “Eso es lo que la gente quiere: el buen carácter en el mando.” “No, señor, a nosotros no se nos debe hablar así, porque no se lo aguanto a hombre nacido”. “Yo he sufrido por mi patria cuanto haiga sufrido el mejor General”. Se encara a Gómez, que lo increpa porque los oficiales dejan pasar a Jiguaní las reses que llevan pase en nombre de Rabi.¹⁷—“Los que sean, y además esa, la orden del jefe, y nosotros tenemos que obedecer a nuestro jefe”. “Ya sé que eso está mal, y no debe entrar res; pero el menor tiene que obedecer al mayor. Y cuando Gómez dice: “Pues lo tienen a Vd. bueno con lo de Presidente. Martí no será Presidente mientras yo esté vivo”: y enseguida, “porque yo no sé qué le pasa a los Ptes., que en cuanto llegan ya se echan a perder, excepto Juárez, y eso un poco, y Washington”.

De Diario de campaña. Cotejado con el original.

¹³ Francisco Blanco.

¹⁴ Vicente García.

¹⁵ José Miguel Barreto, Miguel Bravo y Senties, Modesto Fonseca.

¹⁶ José Enríquez Collado.

¹⁷ Jesús Sablón Moreno.

El General está ahogado de catarro, y fía en que yo le escriba por los dos. A el también le preocupa la poquedad de las operaciones, la continua proveeduría de reses a las ciudades, y la desocupación de la mucha gente buena que ansía más guerra de la que hay.

Carta al general Antonio Maceo, La Jatía, 12 de mayo de 1895.
En O.C., t. 4, p. 165.

**Comentarios de Máximo Gómez
sobre José Martí**

New Orleans, 20 de Enero de 1885

Sr. D. Juan Arnao.

Estimado amigo: su grata del 15 me favorece hoy y quedo enterado de lo que ya yo me suponía.

New York siempre flojo.

Sabe V. que ahora pienso en todo lo Providencial? El tiempo que los cubanos de New York me han hecho perder y aun el dinero, mío propio, [q^e] tontamente he gastado ilusionado creyendo que trataba con hombres que estaban dispuestos a hacer algo por su Patria, me han hecho tomar determinaciones que creo que nos harán llegar más allá de donde pensábamos.

Respecto a la negativa de Martí, no me extraña. Martí desde el primer día que me conoció en New York se hubiera separado, pero no encontraba un medio hábil hasta que la casualidad se lo dio. Y digo se hubiera separado, por que él no es un hombre que puede girar en ninguna esfera sin la pretensión de dominar y al tomarme el pulso se dijo para sus adentros “con este viejo soldado es imposible hacer eso, y lo que es peor me puedo ver al fin hasta en el compromiso de seguirlo hasta los campos de Cuba—porque este en vez de ayudar yo a empujarlo puede arrastrar.—Este hombre hace poco caso de los oradores y los poetas y lo que solicita es pólvora y balas y hombres que vallan con él a los campos de mi patria a matar a sus tiranos”. He aquí Amigo mío ni más ni menos las reflexiones de ese joven a quien es preciso dejar tranquilo que ya [iremos] a luchar por hacerle patria para él sus hijos. No nos ocupemos más de esas pequeñeces, éstos son átomos que nada influyen en los destinos de los pueblos.

Yo sigo adelante, a un lado los estorbos, tengo fe en la Santa razón de la causa y en el pueblo cubano hoy abyecto y sumiso como pueblo esclavo y sumido en la miseria moral y material, [p^o.] por la misma razón cuando se le sacuda fuertemente, él se levantaría valiente y resuelto—tengo fe también en mí mismo y mis compañeros y me anima la decadencia de España que no puede hoy sostener ni por un año un Cuerpo de Ejército en campaña—Con su Administración Militar por añadidura.

Adiós amigo hasta otra vez y soy de V. muy afmo amigo

M. GÓMEZ

Cotejada con la fotocopia del original que se encuentra en la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, Fondo Siglo XIX. Máximo Gómez.

¿Conque gran reunión el 10 de Octubre? Me alegro que allí acudiesen cubanos prestigiosos como Tomasito y Martí —aunque en los tiempos que corremos no sabemos si habrán cambiado de opiniones. Como quiera que sea, nosotros no tenemos que ver nada con los que se cansen y dejen su carga en medio del camino. Los hombres de ideas y principios fijos, y, con verdadera conciencia de lo que son, no vacilan jamás en sus propósitos. Los que no, les sucede lo mismo que al discípulo del Gran Maestro cuando le dijo: —“Maestro me hundo” y Él le contestó:—“Te ha faltado la fe”.

[...]

Es necesario que se ocupe con ahínco de explorar la opinión de Martí y Tomás Estrada. A todos nos ha llamado la atención, sobre todo del segundo, que ahora se meta en reuniones que no tengan un fin serio y positivo. Yo conozco a Tomasito y tengo formada de él buena opinión, y lo mismo de Martí, como hombres honrados y de orden, aunque descorazonados en política —pues por ocuparse de los hombres más que de los principios, han dejado de ser los prohombres de la revolución pudiendo haberlo sido en escala mayor. Nos han dado a nosotros los Jefes,—sobre todo, Martí a Maceo— una importancia que estamos muy lejos de tener con poderío y fuerza para trastornarlo todo y hacerse verdadero Capitán de la revolución de Cuba, de un pueblo ilustrado y rico. Cogen miedo a todo eso, porque se olvidan que en las efervescencias revolucionarias cualquiera quidam que porta espada parece un gran Señor—pero después, al cesar la guerra y cuando la opinión y el criterio público entra a ejercer su natural influjo, aquel cuyas virtudes cívicas no han quedado bien puestas ¿qué papel representa? No sirvió más que para la guerra y para la guerra no se necesitan sino hombres que peleen.

Si hombres como Tomasito y Martí, junto con Lamadriz, Don Ignacio, Giraudy, Dr. Luis y Párraga y Coroalles se hubieran puesto a nuestro lado, cerrando los ojos, y hasta el corazón a lo malo que vieran y sintieran y sólo con el firme propósito de habernos empujado a Cuba, a cada uno de nosotros, siquie-

ra con 30 hombres (mi plan), ¿cómo andaría la cosa a estas horas habiendo todos ellos quedándose detrás guardándonos las espaldas?

No sé decir de quienes hubieran sido mayores el nombre y la gloria, si de los que íbamos a combatir o de los que nos ponían en condiciones de principiar y sostener la lucha. Pero nos dejaron solos; pero aún hubo más, algunos nos despreciaron y nos insultaron. Con todo eso, siempre estamos dispuestos a ir a morir a Cuba. No se puede pedir más abnegación a los hombres.

Carta a Francisco Carrillo, Panamá, 23 de noviembre de 1887. En Máximo Gómez. Cartas a Francisco Carrillo, (compilación, introducción y notas de Hortensia Pichardo), Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986, pp. 76-77 y 79.

[...] No obstante todo eso he sentido la necesidad de escribirle a Ud. para si es posible aunar de nuevo nuestras relaciones, y que me diga, si puede penetrarlo, cómo pensaron, José Martí aquí afuera y Manuel Sanguily allá adentro, respecto al presente y porvenir de Cuba— sus esperanzas y propósitos [...].

Carta a José Miguel Párraga, Panamá, 5 de diciembre de 1887. En Archivo Nacional, La Habana, Fondo Archivo Máximo Gómez, Caja 3.

Vamos a otras cosa: Me escribe Párraga y me adjunta una larga carta muy bien escrita —como obra de Martí y que nos dirige el Directorio a los Jefes militares. Todo se reduce en sustancia a que nosotros no intervengamos por ahora en llevar la guerra a Cuba por las pocas probabilidades de éxito cuando allá no nos apoyan, y, dejando para cuando se pueda, la iniciativa a ellos. Piden que nosotros contestemos afirmativamente sobre estos puntos para ellos poder trabajar con calma y decir a los de dentro que no tengan cuidado, que nosotros no inquietaremos el país.

Como Vd. dice, para la generalidad, la cosa no está muy clara pero yo no creo que Martí sea autonomista, pero no sabemos, si no obstante, él que es el alma ahí de todo eso, obra por influencias de dentro.

El asunto merece la pena de ocuparse de él, pues si todo eso venimos a parar que el partido separatista se robustezca, porque todos nos apretemos en sus filas y porque nuevos elementos vengan con nosotros, entonces, marchemos todos juntos, pues eso es lo que Cuba necesita para salvarse. En la carta que a mí se me dirige, se revela el espíritu de independencia, solamente que no se expresa con la bravura y empuje conque Martí sabe decir todas esas cosas. Luego codeándose con Trujillo que Vd. sabe lo desacreditado que está como hombre de poca fe política. No sé si a Maceo le dirán lo mismo que a mí pues a él también le han dirigido otra carta. Esta mañana lo cité a una conferencia a él, a José Maceo y Cebreco que pienso tener aquí con la Directiva del Club, pues quiero antes de formular mi contestación oír la opinión de los demás. Maceo me contestó que no podía venir por ocupaciones y que además ya él había dado su contestación.

[...]

Preveo que en N. York se entrará ahora en un período de fatigosa labor, hasta que se forme y nazca la verdadera entidad moral fuerte y robusta, no por los hechos, como piensa Martí, sino por los hombres, que la representen, que por su carácter le impriman grande autoridad. De no ser así, tendremos un poder civil, lánguido y débil, como lo fue el Comité de Cayo Hueso, “come, comía”, como le puso el noble apóstol de Puerto Plata, el inmaculado D. Ignacio.

Sé que Martí es de bríos y de talento, y le soy franco, si él y Sanguiely, Manuel, comulgan juntos, con esos dos hombres quiero perderme, pero eso es lo que quiero yo saber bien para después penetrar en sus esperanzas, porque si son las que se revelan en la carta, trabajar para que aquel pueblo se levante, entonces nos saldrán canas verdes. Mientras más palos peguen los españoles, más se degradan y menos se mueven.

Carta a Francisco Carrillo, Panamá, 25 de enero de 1888. En Máximo Gómez. Cartas a Francisco Carrillo, Ed. cit., pp. 81-83.

Monte Cristi, 1º Dibre./88

Le va una broma que no sé si la podrá aguantar.

Mándeme a vuelta de vapor, por el correo, y como encomienda:

“Álbum del Criollo” \$1.50

40 Broadway P. d N. León y

“Ramona”. Novela traducida por Martí.

En Máximo Gómez. Cartas a Francisco Carrillo, Ed. cit., p. 103.

Escriba más, para que no solamente “encienda corazones”, como ha dicho Martí, sino para que también haga, u obligue, a pensar cabezas que es de donde baja la vergüenza hasta los pies.

Carta a Gonzalo de Quesada, La Reforma, República Dominicana, junio de 1882. En Emilio Rodríguez Demorizi: Martí en Santo Domingo, Impresores UCAR GARCÍA, S.A., La Habana, 1953, p. 44.

Efectivamente, por el periódico de usted, por el viejo, leal y firme Yara y por cartas de mis amigos particulares, he venido sabiendo con júbilo inexplicable, que el espíritu revolucionario empieza a renacer por esos centros de emigraciones, alentado por el Sr. Martí y otros compatriotas más, que como él, de alma fuerte y corazón bien templado, se han puesto al frente del movimiento impulsor.

Carta a Enrique Trujillo, La Reforma, República Dominicana, 25 de agosto de 1892. En Patria, 1ro de octubre de 1892.

Respecto a lo que Ud. me dice de José Martí, no me parece conveniente que Ud. se insinúe mucho con él y mucho menos a mí, de ninguna de las maneras.

Carta a Serafín Sánchez, 4 de agosto de 1892. Archivo Nacional, La Habana, Fondo Archivo Nacional Máximo Gómez, Caja 9.

[...] Porque Martí y yo somos dos átomos ante la grande idea de la redención de un pueblo por la que ambos nos encontramos fuertemente interesados. Cuando los hombres somos afines en sentimientos, el engranaje es un hecho, los pequeños estorbos de formas o de carácter, esos se allanan y desaparecen con el roce.

Carta a Serafín Sánchez, Montecristi, 8 de septiembre de 1892. Archivo Nacional, La Habana, Fondo Archivo Nacional Máximo Gómez, Caja 32.

[...] Esa correspondencia de Ud. que le agradezco, ha ilustrado mi juicio respecto, por supuesto, al espíritu de las emigraciones, con especialidad la de ese Cayo Hueso, con relación a las formas de la organización iniciada por Martí...

Carta a Juan A. Calderón, Montecristi, 9 de septiembre de 1892. Archivo Nacional, La Habana, Fondo Archivo Nacional Máximo Gómez, Caja 5.

Espero la anunciada visita de Martí y le recibiré como se merece tan buen cubano. Creo que puede servirle de mucho para continuar con acierto en sus trabajos preparatorios nuestra entrevista, pues como dice el refrán, “pueden ver más cuatro ojos que dos”.

Carta a Fernando Figueredo, Montecristi, 9 de septiembre de 1892. En Emilio Rodríguez Demorizi, Ob. cit., pp. 46-47. En el Archivo Nacional se encuentra un borrador de esta carta, con la siguiente clasificación: Fondo Archivo Máximo Gómez, Caja 5.

Septiembre 11 [de 1892].—Llega aquí, a la “Reforma”, el señor José Martí, Delegado del Partido Revolucionario Cubano, que viene a conferenciar conmigo sobre asuntos de la misma Revolución que se organiza.

[...]

Así pues, Martí ha encontrado mis brazos abiertos para él, y mi corazón, como siempre, dispuesto para Cuba.

Diario de campaña del Mayor General Máximo Gómez, Comisión del Archivo de Máximo Gómez, La Habana, 1940, pp. 273-274.

Con notable retraso ha venido a mis manos su estimable de fecha 27 de septiembre, que contesto.

[...] Paréceme a mí que si hombres como Ud. se pusiesen al lado de Martí en estos momentos quizá se pudiese llevar, más pronto, a feliz término la obra comenzada[...] Martí vino a verme y a pedirme mi concurso y como mi espada siempre que el brazo pueda moverla estará dispuesta a defender los derechos de la futura Patria de mis hijos, [...]

Carta a Eusebio Hernández, Montecristi, 25 de diciembre de 1892. Cotejada con copia donada al Centro de Estudios Martianos por Emilio Godínez.

[...] Yo me alegro que Martí se despidiera satisfecho de estas regiones que visitó, pues así serán más la fe y la esperanza en el éxito de la empresa que traemos entre manos.

Carta a Gonzalo de Quesada, Montecristi, 26 de diciembre de 1892. Archivo Nacional, La Habana, Fondo Donativos y Remisiones Fuera de Caja.

Yo creo a Martí a propósito para organizar por la misma razón que no es militar y desde luego estará menos expuesto a sufrir las consecuencias de las rivalidades que nunca faltan entre la gente del chafarote, como decía Spotorno.

Carta del 15 de enero de 1893 al Sr. A.D. En Patria, New York, 14 de febrero de 1893.

[...] Cuando no había nada, cuando todo estaba muerto, surgió Martí y con su palabra y su afán, levantó los espíritus, no la Revolución pues esta existe muchos años ha, fraguada por la misma España;

Carta a Serafín Sánchez, La Reforma, 27 de febrero de 1893. Archivo Nacional, La Habana, Fondo Archivo Máximo Gómez, Caja 9.

Como muy bien comprenderá Ud. todo lo que ha ordenado y dirigido el Delegado del Partido, ha estado en lo racional, justo y perentorio [...] Después de lo de Fernandina, y después de lo que en este instante, en que le dirijo estas líneas, nos comunica el cable, y es que ya hay humo de pólvora en Cuba y cae en aquellas tierras sangre de compañeros, no nos queda otro camino que salir por donde se pueda y como quiera.

Carta a Antonio Maceo, Montecristi, 27 de febrero de 1893. Archivo Nacional, La Habana, Fondo Archivo Máximo Gómez, Caja 18.

[...] Nunca como ahora espero con tanta ansiedad a Martí, cuya visita me anuncia Ud. pues siento no hacer lo que Ud. me indica, de dirigir cartas a la Isla como Jefe Militar [...]

Carta a Serafín Sánchez, Montecristi, 30 de abril de 1893. Archivo Nacional, La Habana, Fondo Archivo Máximo Gómez, Caja 9.

[junio 3 de 1893] Pasan los meses de Febrero, Marzo, Abril y Mayo y el día 3 de Junio vuelve José Martí a conferenciar conmigo y me informa del buen estado de los trabajos preparatorios; [...]

Diario de campaña del Mayor General Máximo Gómez, Ed. cit., 31475.

Junio 5. Martí se separa de mí el día 5, con rumbo a New York, después que, de acuerdo, dejamos resuelto el modo y manera de auxiliar la Revolución inmediatamente que ella surja en la Isla.

Diario de campaña del Mayor General Máximo Gómez, Ed. cit., p. 275.

Lo más prudente y juicioso es no salirnos del plan lento y laborante que se ha propuesto Martí, y para el cual le hemos ofrecido nuestra ayuda,

Carta a Serafín Sánchez, Montecristi, 25 de junio de 1893. Archivo Nacional, La Habana, Fondo Archivo Máximo Gómez, Caja 9.

Yo he sentido mucho que por un tris, hubiera Ud. caído en el engaño de los Sartorius, [...] pues trataban de endiosarme y prescindiendo de Martí;

Carta a Serafín Sánchez, La Reforma, 1ro de julio de 1893. Archivo Nacional, La Habana, Fondo Archivo Máximo Gómez, Caja 9.

Según Martí, contamos ya con recursos acumulados. Y no lo creo capaz de mentir.

Carta a Francisco Carrillo, Montecristi, 18 de septiembre de 1893. En Máximo Gómez. Carta a Francisco Carrillo, Ed. cit., p. 116.

[Noviembre de 1893] José Martí, como Delegado, continúa los trabajos preparatorios con tino y actividad que nada dejan que desear. Por eso es conveniente dejarlo en completa libertad de acción, pues así también es más segura la reserva y el sigilo.

Diario de campaña del Mayor General Máximo Gómez, Ed. cit., pp. 275-276.

Después de estar aquí en Nueva York, y haber conferenciado con Martí, sobre detalles que no podíamos desatender, hemos resuelto que él solo para mayor economía y menos llamar la atención, pues ya estamos demasiado vigilados, sea el que vaya a verse con Ud. y arreglado todo con Flor y Cebreco.

Carta a Serafín Sánchez, Central Valley, 12 de abril de 1894. Archivo Nacional, La Habana, Fondo Archivo Máximo Gómez, Caja 9.

[...] Tú me conoces y sabes que yo sé ocupar mi puesto, llegada la hora, y debía dejar a Martí que él sin obstáculos ni estorbos realizara la obra estupenda de unificación y concordia de los elementos dispersos de fuera, que deben en un momento dado unirse con el elemento sano y dispuesto de dentro para salvar a Cuba.

Carta a Enrique Collazo, Central Valley, 12 de abril de 1894. En Emilio Roig de Leuchsenring: Máximo Gómez, su ideología Político-revolucionaria, p. 22.

Yo tengo que irme después de dejar preparado todo lo que hay que hacer y eso corresponde exclusivamente a Martí, el pobre!, que le tengo lástima porque ahora sí es verdad que para desempeñar el cometido confiado a él tendrá que sudar la gota gorda [...]

Carta a Serafín Sánchez, New York, 18 de abril de 1894. Archivo Nacional, La Habana, Fondo Archivo Máximo Gómez, Caja 9.

[Abril de 1894] Llegamos el día 8.

[...]

Martí me pide que le deje a mi hijo Pancho; accedo a ello, pues veo que le puede ser útil y después de tocarlo todo, de convenirlo; me retiré de New York,

Diario de campaña del Mayor General Máximo Gómez, Ed. cit., p. 277.

[...] No culpemos a Martí, pues algo se le debe olvidar, porque es inmensa la carga que pesa sobre sus hombros, cuando nosotros no hacemos nada y él lo está haciendo todo [...]

Carta a Serafín Sánchez, *La Reforma*, 29 de mayo de 1894. Archivo Nacional, La Habana, Fondo Archivo Máximo Gómez, Caja 9.

[...]—porque “ya sabe usted que decididamente me he puesto al lado de José Martí, competente y autorizado Delegado del Partido Revolucionario Cubano [...]

Carta a Domingo Figarola-Caneda, París, agosto de 1894. Archivo Nacional, La Habana, Fondo Donativos y Remisiones, Caja 296; y en *Patria*, a. III, no. 128, 8 de septiembre de 1894.

Noviembre 14 [de 1894] Me encuentro en Monte Cristi; llega el coronel José María Rodríguez, de la Capital, y el Brigadier Francisco Borrero; ambos cumpliendo órdenes mías. El primero salió por vía de Haití con destino a New York, para entenderse por el Delegado José Martí. Va a ponerse de acuerdo, en nombre mío, sobre asuntos de expedición.

Diario de campaña del Mayor General Máximo Gómez, Ed. cit., p. 279.

[...] Allá va Martí con su cabeza desgredada, sus pantalones raídos, pero con su corazón fuerte y entero para amar la independencia de su tierra, por la que yo también me esfuerzo y trabajo. [...] Creo, y no veo por qué no puede ser así, que tú, Martí y yo y todos los que sean como nosotros, nos estrechemos las manos y formemos un haz en medio de las Antillas.

Carta de Gómez a su primo Gregorio Bellini, 9 de marzo de 1895. En Emilio Rodríguez Demorizi: Ob. cit., pp. 119-120.

Día 4 [de abril]. Bastián no encuentra marinos, claro está que él mismo los desanima para por una causa en apariencia legal, no cumplir su contrato y dejarnos burlados.

Martí va con él a resolver el problema.

[...]

Está probada la mala fe de Bastián; [...] Por fin, a fuerza de la tenacidad de Martí, ha logrado arrancar a este hombre cruel, 400 pesos; es decir lo que le habíamos dado por conducirnos; con eso hemos quedado desligados de este hombre funesto, pero aislados, con un barco inútil por falta de marinos y en un puerto cuyos habitantes nos niegan amparo.

Diario de campaña del Mayor General Máximo Gómez, Ed. cit., pp. 285-286.

Si Cirujeda se hubiera parado con respeto delante de los cadáveres de los bravos de Punta Brava, como lo hizo Jiménez de Sandoval frente al del héroe de Boca de Dos Ríos José Martí, mañana yo no tendría ningún motivo racional para negarle un saludo; pero del modo que lo hizo, esa es una culpa que le alcanzará hasta la quinta generación.

Carta al Brigadier José Miguel Gómez, La Gloria, 25 de marzo de 1897. En Máximo Gómez, su Ideología Político-revolucionaria, p. 80.

Día 21 [mayo de 1895], a las 8 a.m. Avisos contradictorios de Garriga, que no ha podido entrar en Remanganaagua; punto a donde entró la columna, pues han estado haciendo fuego— que Martí es muerto y que separada su cabeza, la reservan; y el cuerpo enterrado en el cementerio de aquel poblado.

Diario de campaña del Mayor General Máximo Gómez, Ed. cit., p. 336.

Desobedeciendo mis órdenes, cargó al enemigo que lo esperaba parapetado tras una cerca y protegido por los árboles [...] no supe de él hasta que uno de sus ayudantes que lo siguió cuando él le ordenó avanzar, vino a mi encuentro y me dijo: General, han herido a Martí. Cuando corrí hacia el lugar en donde me dijeron que había caído, me envolvían las descargas del enemigo y aquí de mi pena al no poder rescatar el cadáver de mi amigo, de mi hermano, de mi compañero queridísimo, del valiente general a quien no pude con mis órdenes contener porque fué a la muerte con toda la energía y el valor de un hombre de voluntad y entereza indomables.

[...]

Todo el cubano que ame a su Patria y sepa respetar la memoria de Martí debe dejar siempre que por aquí pase, una piedra en este monumento. [...] Imitad sus virtudes y su patriotismo y aprended a morir y a servir a la causa grande y enaltecida por él y otros héroes: a la Independencia de la Patria.

Palabras de Gómez ante el monumento a Martí, 19 de mayo de 1896. En Fermín Valdés Domínguez: Diario de Soldado, t. II, Centro de Información Científico Técnica, Universidad de La Habana, 1973, pp. 85-86.

En los primeros empeños revolucionarios no estuvo Martí con nosotros, o mejor dicho con Maceo, y quedamos separados, yo viviendo en Santo Domingo de mi trabajo y él trabajando en Nueva York, y así pasó el tiempo hasta que surgió en Tampa y el Cayo el Partido Revolucionario, gracias a sus titánicos es-

fuerzos. No se atrevió él a dirigirse a mí y recibí una carta suscrita por los amigos del Cayo en la que me preguntaban mi opinión sobre la noble propaganda de Martí. Les contesté que estaba en mi puesto como revolucionario y que mi espada estaba —como siempre— al servicio de la lucha por la independencia de Cuba: me anunciaron la visita de Martí y yo me apuré en manifestar que sería muy bien recibido: mi familia estaba en Santiago de los Caballeros y yo en una finca a 19 leguas de la población en donde estaba solo con mis trabajadores. Encargué a mi familia que tan pronto como llegara Martí me mandaran un propio anunciándose su llegada, —porque no había telégrafo ni otra manera más rápida de comunicación—. Martí llegó y mi familia lo recibió con todo el afecto que él despertaba en todas las almas.

Cuando supo que yo no estaba allí y que iban a despachar un propio en busca mía, se opuso a ello, pidió caballo y un guía para ir a mi finca y emprendió el largo viaje sin detenerse a descansar. Cuando Martí hacía esto acababa de pasar una enfermedad grave y aún estaba enfermo y débil; pero su voluntad era de acero.

Ya era de noche y como todos los días había despedido a mis trabajadores y ya estaba acostado y siguiendo mi costumbre, había dejado baja, pero encendida mi lámpara de petróleo. No dormía todavía y sentí pasos de caballos que se fueron acercando hasta que llegaron al patio de mi casa: me sorprendí, pensé en alguna novedad en mi casa y me levanté para dar más luz a mi lámpara; pocos momentos después sentí que me tocaban en la ventana de mi cuarto y que alguién me saludaba desde afuera, corrí a abrir la puerta y recibí en mis brazos a mi amigo queridísimo. No sé de cuantas cosas hablamos, pero sé que nos entendimos al momento, y aquella noche quedó firmado el pacto que selló para siempre —con sello de gloria— al caer como héroe y como hombre en Dos Ríos. Le hice cenar en mi compañía: mandé a prepararle un bocado en la casa de una buena amiga mía de la vecindad y después nos acostamos en mi mismo cuarto; el ocupó la cama de mi esposa que estaba arreglada como ella la había dejado a ir a la ciudad y yo acerqué la mía a aquella, para poder continuar nuestra charla

desde las camas: nos sorprendió el día sin haber podido dormir. Al día siguiente le propuse que se quedara unos días conmigo para que descansara de sus trabajos y repusiera su salud muy quebrantada, me dijo que no podía porque tenía necesidad de estar pronto en Nueva York. Debía él ir a la capital y un día después salió para allá con cartas mías y ya Vd. sabe como fue recibido y la duradera y buena impresión que hizo entre cubanos y dominicanos.

Desde entonces siempre hemos estado unidos y juntos hemos trabajado por preparar la revolución redentora.

De Conversación con Fermín Valdés Domínguez, julio de 1896. En Fermín Valdés Domínguez: Ob. cit., pp. 24-25.

[Julio 10 de 1896] Al siguiente día continuamos hasta la Vuelta Grande. Por la tarde visita a Boca de Dos Ríos, al punto donde cayó José Martí. Allí mismo levantamos un mausoleo a piedra viva. El acto fué solemnísimos.

Diario de campaña del Mayor General Máximo Gómez, Ed. cit., pp. 360.

Todo se ama en la vida: desde el recuerdo encantador, de nuestros ensueños puros de virgen, cuando niños, hasta el rincón de calabozo oscuro en donde, presos, por la ingratitude de los hombres, hemos derramado una lágrima. La diferencia está en que unos recuerdos entristecen y otros nos hacen gozar: como si el espíritu en toda su plenitud empezara a vivir vida nueva en nosotros.

He pensado así al trotar de mi caballo por las riberas de este Cauto, tantas y tantas veces vadeado por mí, y en cuyas márgenes me detengo a escribir estas líneas.

Si es verdad que en la isla de Cuba no existe un lugar, ni aun en lo más intrincado de sus selvas, que no guarde un recuerdo sagrado de su larga y cruenta lucha por su independencia, cierto es también que ninguno como el caudaloso Cauto

puede ofrecer al historiador, entusiasta o frío, mayor caudal —como el de sus aguas,— de episodios interesantes.

Pudiera decirse “la historia de Cauto” dentro de la historia de Cuba y como que la murmuran sus aguas incesantemente y la enseñan las devastaciones que la mano terrible de la guerra ha causado en sus riberas.

¡Cuánta ruina y cuánta soledad!

Ah! España cruel! Cuánto mal has hecho y cuánto mal has compelido a hacer! Y aún no te condueles!

El espíritu se conturbe si contemplar el crimen de querer ejercer un dominio y un derecho caducado ya, sacrificando a tus propios hijos. Desde el cándido siboney hasta nuestros días cuántas lágrimas y cuánta sangre han ido a aumentar las aguas del impetuoso Cauto! ¡Cómo se derramó la sangre cubana, disputando un día al fiero Balmaseda al paso de este río por los generales Modesto Díaz y Donato Mármol de veneranda memoria! La metralla barrió nuestros incautos batallones desarmados o mal armados, que con ciego entusiasmo pretendieron detener aquella fiera que sembró el espanto y el odio.

Balmaseda pasó el Cauto dejando detrás la carnicería y llevando delante el terror. Pero nada de eso pudo aprovechar al tirano: ocupó el centro; (Bayamo) extendiendo sus líneas de ocupación por toda la comarca que soñó pacificar y castigar, por ser cuna de aquel gran alzamiento: y el Cauto fue una de aquellas líneas que estimó como preferente guarnecer. El célebre campamento de Vuelta Grande fue teatro de crueles escenas de muerte y profanaciones que la pluma se siente impotente para describir.

Después [...] la muerte siempre, en la emboscada, detrás del barranco, en la descuajada selva, en el escombros de la casa derruida, en el fondo de sus corrientes [...] Y eso siempre: de día, de noche, a todas horas y durante diez años!

El eco del último disparo de aquella lucha titánica se perdió en las montañas de Oriente. El guerrero criollo se sintió extenuado; depuso las armas, y Cuba ensangrentada y abatida tornó a la servidumbre, más inicua todavía.

No debía durar mucho tiempo esa paz indecorosa que los pueblos jamás pueden perder lo conciencia de sus derechos y

su honra; y el pueblo cubano de nuevo se lanza, y esta vez resuelto y fiero. Y vuelvo yo también, como soldado leal a su bandera a ocupar un puesto en las filas de los batalladores por la libertad; y piso otra vez esta tierra de héroes y mártires, abrevando mi caballo en las aguas turbias del Cauto y evocando sagrados y queridos recuerdos.

Por aquí pasé con el alma entristecida, dejando detrás, marcado con la sangre de uno de mis compañeros, el lugar donde al cayó como caen los hombres: que para eso se viene a la guerra. Y fue ese obrero, immaculado maestro, José Martí.

Él ha muerto en una hora de ruda refriega y a los primeros disparos de esta guerra, como si al despertar de este pueblo, que él mismo sacudiera para que se desperezara y se irguiese digno y fiero contra la tiranía, quisiera haberle dado con su muerte, ejemplo de resolución y bravura. ¡Más grandeza no puede esperarse de un hombre!

En la plaza pública y en la tribuna fue terrible y oportuno, estuvo siempre tan a la altura de la causa que defendía, que los suyos, sus hermanos, le queríamos admirándole; y a nuestros enemigos los fue imposible odiarlo, ni siquiera desdeñarlo.

Murió Martí a los primeros resplandores de este gran incendio que ilumina a la América toda. Y sin embargo de su muerte prematura, vive y vivirá en la memoria de sus compañeros, como si hubiera sido un héroe de cien batallas. Y es que a Martí, como obrero afortunado en la preparación de la obra redentora de su tierra, el destino le tenía preparado como premio, su tumba gloriosa en Dos Ríos. ¡Qué mayor fortuna, ya que morir se tiene, que principiar la labor sagrada de la patria en la tribuna y concluir la en el campo de batalla! Mayor grandeza no puede esperarse de un hombre!

Duerme en paz, compatriota y amigo querido: que yo digo de ti lo que la historia ha dicho del héroe griego: “bajo el cielo azul de tu patria, no hay tumba más gloriosa que la tuya.”

Yo vengo, no como guerrero fatigado, de lejanas regiones, y como trabajador tenaz sobre el yunque; y allá también quedaron dos compañeros más de expedición: (éramos seis, quedamos tres el general Borrero, y Guerra fueron arrebatados de mi lado por el plomo enemigo, y por aquí voy atormentado con sus re-

cuerdos, que avivan, la presencia de estas riberas, en donde juntos y resueltos nos envolvió el humo del primer combate.

¡De cuántas emociones, con todos estos recuerdos, se siente vivamente impresionado el espíritu, a pesar de la permanente rudeza a esta vida de combates!

“El general Gómez y sus recuerdos”, en *El Cubano Libre*, República de Cuba, 20 de julio de 1896.

A esa clase de hombres pertenecía Martí, a esos genios nacidos para el bien y para ser los jefes de los pueblos y los salvadores de todas las dificultades y miserias, pues siempre saben estar por encima de todas ellas.

Conversación de Máximo Gómez con Fermín Valdés Domínguez, [17] de agosto de 1896. En *Fermín Valdés-Domínguez: Ob. cit.*, p. 111.

[...] sí tenemos que lamentar la desaparición de entre nosotros del Gral. José Martí, de cuya muerte me habla Vd. en su carta y ahora la del Gral. Serafín Sánchez, el espíritu de estos valientes y nobles cubanos alientan a nuestros soldados y nos lleva a pelea en donde alcanzan triunfos como los que nos hacen recordar distintas batallas en las que el enemigo ha sufrido innumerables bajas dando por resultado que en Oriente se hagan fuertes los españoles en los pueblos, sin ocuparse de perseguirnos en los montes.

De carta a Francisco Arredondo, Campamento El Coral, diciembre de 1896. En *Cartas políticas a Francisco Arredondo*. Ver Cuaderno manuscrito en la biblioteca del Centro de Estudios Martianos.

Cuando en veinticinco de marzo de mil ochocientos noventa y cinco dirigía yo al mundo, desde Montecristi, mi pobre voz

unida a la de aquel grande hombre que se llamó José Martí que por su vida dedicada toda a la emancipación de su Patria y su apostolado sublime, vive en la memoria del pueblo cubano con gloria imperecedera, no pensaba que tendría que levantarla de nuevo para ratificar lo que entonces dijimos y menos para desvirtuar ciertas afirmaciones de quien, por ser el supremo representante de un pueblo, unido a nosotros por mil títulos debiera conocer mejor lo que constituye nuestra manera de ser y nuestro estado actual.

Al llamamiento que entonces hicimos al honor y la virilidad del pueblo cubano, respondió este del modo admirable que hoy contempla el mundo, que ve con interés creciente cómo al paso que España confirma su propósito de resistir —al extremo que indican los numerosos aprestos militares que no esperaban verla hacer los que no tenían conocimiento exacto de su tenacidad y de lo que supone para ella la pérdida de la posesión más importante que conserva en América—las huestes libertadoras ocupan todo el país y luchan cada día con resolución.

El Cubano Libre, República de Cuba, 15 de marzo de 1897.

Señor [Francisco] María González.

Estimado amigo: Quedo enterado del propósito que tienen ustedes de reunirse el día 19 de mayo, para tratar algo relativo a la memoria imborrable del querido de todos nosotros. José Martí, muerto hace siete años defendiendo en los campos de batalla los derechos de su pueblo. Y han hecho muy bien en decirme ese propósito, pues usted sabe cuánto lo amaba yo también y, cual ninguno, sufrí el primero la profunda pena de verlo desaparecer en aquella hora funesta para la patria.

Yo no sé si podré tomar parte en esa reunión de amigos de Cuba y del glorioso muerto a la vez, y es por eso que te adelanto estas líneas de condolencia como un deber cumplido o la memoria del héroe caído en Boca de Dos Ríos.

Fue José Martí muy poco conocido de sus compatriotas, los cubanos en el verdadero, esplendoroso apogeo de su gloria. La verdad sea dicha: yo no he conocido otro igual en más de treinta años que me encuentro al lado de los cubanos

en su lucha por la independencia de la patria. Martí fue cariñosamente admirado en la tribuna, desde donde flageló siempre a la tiranía y se hizo amar del pueblo, cuyos derechos defendía con tesón incansable.

Desde allí, al decir de muchos criollos y extraños, se hizo un hombre notable.

Supo buscar en el libro y el periódico los mejores y más cariñosos factores, poniéndolos al lado del obrero cubano en el taller del trabajo para que se instruyera, principalmente, en el amor a las cosas de la patria, y se sintiera después bien hallado con la nueva sociedad que debía venir; creándose de este modo la República por el pueblo y para el pueblo. Predicó la escuela, como la panacea que curará todos nuestros males como consecuencia de una vida anterior de atraso crudísimo, de privilegios y obscurantismos. Aún siendo un niño se encaró contra el poder usurpador de los derechos de su patria, y por eso pagó llevando un grillete al pie pues buen cuidado había de tener la tiranía de apagar en Cuba toda lámpara, que como Plácido, pudiese dar algún destello de luz.

Siempre lo fue Martí, en suma; altivo, rebelde contra todas las tiranías y usurpaciones.

En hora buena, todo eso es espléndido y edificador, sublime si se quiere; pero Martí no debió tener necesidad de hacer grandes esfuerzos para llenar esa misión que él mismo se había impuesto. Para aquel cerebro, dotado de sorprendentes recursos intelectuales y para aquel hombre de gran corazón, debemos presumir que no era una empresa que ofreciese grandes dificultades que vencer.

El atrevimiento era mesurado, se tenía que contar con el tiempo y esperar que la semilla fructificara nuevamente, después de tantos fracasos. La esperanza no había muerto en el corazón del pueblo, y Martí, hombre de penetración, comprendió eso y en esa grande y sólida base apoyó el extremo de su palanca.

Pero llegó un momento para Cuba en el que Martí debía completarse y se completó, y he aquí desde donde yo lo he visto grande y hermoso y a donde muy pocos tuvieron la ocasión de contemplarlo, consumando el mayor de los sacrificios: franco, sencillo y resuelto, sin que pudiese esperar halagado

el aplauso, porque en la guerra todo es duro y escueto. Frente a la muerte no se puede mentir; hasta allí no se puede llegar sino desnudo de ficciones.

Yo vi a Martí entero y sin decaimientos cuando en el tremendo fracaso de la Fernandina, en donde lo perdimos todo, quedándonos sin recursos y sin crédito como premio doloroso de algunos años de ímprobo trabajo. Qué días tan amargos aquellos que nos tenía preparado el destino al lado de la terrible contrariedad que sufrían unos hombres preparados con entusiasmo para una grandiosa empresa, ese fracaso no solamente dejaba comprometida aun la vida, sino también algo más grande, el honor. Preciso era en lance tan desesperado jugar el todo por el todo, y vi entonces a Martí, sin miedo y resuelto a correr los azares de una suerte por demás incierta, cuando para cumplir la palabra empeñada con la propia conciencia y con la patria, nos lanzamos a la mar en débil barquichuelo, llevándolas en vez de elementos de guerra, a los compañeros combatientes ya, la dolorosa noticia del fracaso. Para los hombres de honor que sepan apreciar aquella desairada situación nuestra, sobre todo para Martí que era el director de las cosas de fuera, han de pensar junto conmigo, que era preciso poseer una gran dosis de entereza para no sentirse desconcertado ante tamaño infortunio, que muy bien pudiera apreciarse de manera distinta, por la vehemencia de la opinión pública, desesperada por ver realizada la empresa con tanta insistencia anunciada. El pueblo, y sobre todo los eternos enemigos de la revolución, podrían decir con sobra de razón: “He aquí el parto de los montes.”

Después de eso vi a Martí resuelto y entero, cuando, no contento el destino con la desgracia con la cual acababa de fustigarnos, dispuso fuésemos traicionados y abandonados en la mar por los mismos que se habían comprometido, mediante una retribución adelantada, a conducirnos a la tierra amada.

Momentos angustiosos fueron aquellos, capaces de meter miedo a los espíritus más fuertes y mejor templados, y a hombres como Martí, no acostumbrados a los azares de la guerra. Extraño contraste. Habíamos principiado por la más horrenda derrota para obtener después, como se ha visto, la más espléndida victoria. Así ha sido Cuba y seguirá siéndolo.

Al fin vencimos de tantos trastornos y de tantas infamias, a costa de sacrificios sin cuento, y yo vi entonces también a Martí, atravesando las abruptas montañas de Baracoa con un rifle al hombro y una mochila a la espalda, sin quejarse ni doblarse, al igual de un viejo soldado batallador, acostumbrado a marchas tan duras, a través de aquella naturaleza salvaje, sin más amparo que Dios. Después de todo este martirizante calvario y cuando el sol que alumbra las victorias principió a iluminar nuestro camino yo vi a José Martí, ¡ah, qué día aquel! erguido y hermoso en su caballo de batalla, en Boca de Dos Ríos. Como un venado, jinete, rodeado de aquellos diestros soldados que nos recuerda la historia, cubiertos de gloria en las pampas de Venezuela.

Allí en Boca de Dos Ríos, y de esa manera gloriosa murió José Martí. A esa gran altura se elevó para no descender jamás, porque su memoria está santificada por la historia y por el amor, no solamente de sus conciudadanos, sino de la América toda también. Guarde usted, amigo mío estas líneas, como un recuerdo del amigo y del hermano, escritas al calor de los recuerdos de aquellos tiempos y del compañero muerto y nunca bien llorado.

M. GÓMEZ

Carta publicada con el título “Martí juzgado por Máximo Gómez”. En *El Mundo*, Diario de la mañana, La Habana, 1ro de mayo de 1902.

Habana, 26 de febrero de 1905

Sr. Fermín Valdés Domínguez

Estimado amigo:

Desde tu rincón de enfermo he recibido tu carta tratándome de cosas de la Patria, por ser uno de sus grandes días, así como de nuestro amado Martí, por ser también el día bien escogido para la inauguración de la estatua que la gratitud de este pueblo le ha erigido en el Parque Central de la Ciudad. Te confieso que he pasado un día de profundas emociones. ¡Cuántos recuerdos hermosos y tristes a la vez! Yo no sabía, como no sabrías tú tampoco, que éramos capaces de amar

tanto, como no sospechamos que tendríamos tanta resistencia para la lucha.

En medio de aquel alborozo de un pueblo reverente ante la memoria de José Martí no tuve yo la culpa de que una lágrima rodase por mi mejilla. Y eso que nadie lo supo conocer tanto como sus últimos compañeros que el cielo le deparara a última hora.

Conocieron a Martí como a un intelectual de primera magnitud pero muy pocos, como lo conocí yo, conocieron a Martí como hombre de primera fuerza. Y cuidado que yo soy hombre que veo muy pocas cosas dignas de admiración en este planeta que vivimos.

Así y todo, quedamos nosotros; así al menos lo creo yo para tremolar siempre la bandera, así fuese encima de las barricadas, si fuese necesario levantadas por las manos callosas del pueblo.

Comparte con tu esposa mi afecto sincero y quedo affmo. amigo.

M. GÓMEZ.

Archivo Nacional, La Habana, Fondo Donativos y Remisiones, Caja C.

No me quedé quieto; sin embargo, y siempre conspiré, y una vez con tan mala suerte, que el mismo Martí me abandonó en medio del camino por no estar de acuerdo con mi carácter sus tendencias autoritarias. También aquel desgraciado incidente convirtió en desafectos míos a todos los admiradores de Martí. Quedéme pues quieto, y sin quejarme esperé.

Ya en el 93 empezó de nuevo a sentirse el lento movimiento del espíritu revolucionario y surgió Martí como agitador, y el Pueblo tanto dentro como fuera se sintió conmovido —tal era el ansia de libertad.— Yo no me moví y esperé, pues en el discurso de Martí leí estas palabras significativas. “No debemos echar nuestro vino nuevo en odres viejos”. Y hablaba además de elementos no gastados. La agitación creció y el Pueblo principió a preguntar. ¿Y dónde están los viejos combatientes? ¿Con quiénes vamos a ir a la guerra? Al principio se creyó

prudente no contestarle, pero al fin hubo que hacerlo. Para eso; a mí el primero se me consultó, y yo contesté que no pertenecía mas que a Cuba, y que el que no se pusiera al lado de Martí, que se proponía levantar nuevamente nuestra bandera, no sería buen cubano. Mi carta, que fué publicada, fué causa que tomara más intensidad el fuego revolucionario oculto por todas partes. Hice un llamamiento a mis antiguos subalternos, que todos contestaron acatando mi autoridad; los bolsillos se vaciaron en la Caja de la Revolución, y la Revolución armada fué un hecho.

[...]

Reunido a los Maceos, con nuestros pies ensangrentados: “Sosténganse aquí en Oriente como saben ustedes hacerlo con brío, les dije, que yo y Martí seguíamos hasta el Centro, en donde todo hace creer que el espíritu ha muerto o está dormido”. Y seguimos perseguidos tenazmente por el enemigo, no obstante algo desconcertados y sin planes, pues siempre llegaban tarde para cubrir las encrucijadas. Reunidos ya en las Vueltas-Cauto, con el general Masó y algunas fuerzas más, armadas y con sus cananas casi vacías, ocurrió el combate de “Dos Ríos”; combate rudo y mal preparado, lo confieso, pero en donde yo me prometía obtener otro “Palo Seco”. En la guerra muchas veces lo improvisado dá resultados brillantes; por lo regular la Diosa de la Victoria se enamora de los intrépidos, pero en “Dos Ríos”, donde yo me prometí abrir una campaña brava para imponernos, poco hubieran importado las pérdidas,—la fortuna nos fué adversa y perdimos a Martí, no obstante quedar nosotros dueños del campo.

Este desgraciado suceso, muy común en la guerra, de que un hombre muera, me causó profunda impresión, pero no la suficiente para apocar mi espíritu ni mucho menos para entorpecer mi plan.

De “Extracto de mi Diario”, en *Diario de Campaña del Mayor General Máximo Gómez*, Ed. cit., pp. 431, 432-433, respectivamente.

Así murió Martí al comienzo de la lucha que él mismo ayudó tanto á preparar, sin llegar á ver á su Cuba libre. Y ya que él es muerto, copio aquí las palabras que dijo un día delante de los sepulcros de los héroes muertos: “Pues que la misma poesía escrita es grado inferior á la virtud que la promueve y cuando se escribe con la espada en la Historia, no hay tiempo ni voluntad para escribir con la pluma en el papel. —El hombre es superior á la palabra. Recojamos el polvo de sus pensamientos, ya que no podemos recoger el de sus huesos y abrámonos camino hasta el campo sagrado de sus tumbas para doblar ante ellos la rodilla y perdonar, en su nombre, á los que los olvidan ó no han tenido valor para imitaros”.

Bernardo Gómez Toro: *Revoluciones... Cuba y hogar*, Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Ca., La Habana, 1927, pp. 77-78.

Cuando la familia y los amigos, que para mí es lo mismo, nos colman de caricias, las mujeres y los niños con su angelical ternura nos abren sus brazos y riegan flores en nuestro camino, entonces parece como que de gozo el corazón quiere salirse del pecho y me ocurre que es una verdad la frase del honorable José Martí: “sin sonrisa de mujer no hay gloria de hombre.”

Y como sí se tratara de cosas supremas, sublimes, pues, qué vale la vida de los hombres ante la augusta majestad de los principios, hay que guardar encerrado en el pecho el recuerdo de aquella noche memorable. Como cuando en compañía de la gente amorosa del pueblo con su digno Gobernador, se entra por la puerta de la casa en donde se siente flotar el espíritu de Martí bravo y sapiente, de Borrero, Guerra, César arrojados, y solo se siente vivo a Marcos del Rosario, el dominicano bravo, de pierna rota de un balazo, en Coliseo célebre.

De “La vuelta a mi tierra”. Archivo Nacional, La Habana, Fondo Máximo Gómez, Caja 77.

Dominado el pueblo cubano desde la conquista por España, rezagada ella misma, según lo comprueba su decadencia con-

fesada por sus mismos hombres, de la corriente de progreso que se hace notar, lo mismo en el mundo viejo que en el nuevo, no podía por menos que sentirse notablemente adormecida la conciencia de este pueblo que, por fortuna, según el concepto del profundo Martí, la España misma con sus estu-pideces y crueldades debía sacudir —y sacudió— el espíritu del pueblo, que despertó más aprisa al reclamo de sus libertadores.

De “Juicios propios” y “Mi consejos a los cubanos”. Sin fecha. Archivo Nacional. La Habana Fondo Archivo Máximo Gómez, Caja 2.

En estos momentos, en que yo me encuentro dentro del programa que se ha dado el Partido Separatista, para ayudar a Cuba en la guerra que debe declarar a sus crueles dominadores, que los trabajos dirigidos con acierto por su Delegado, inspiran confianza y por cuya razón no es dudoso que de un momento otro surja en la Isla un levantamiento que habrá que auxiliar inmediatamente, debemos pues, estar preparados de la mejor manera posible, para que los esfuerzos de afuera, suficientes y a tiempo, aseguren el éxito dentro.

Archivo Nacional La Habana, Fondo Archivo Máximo Gómez, Caja 31.

Cablegramas

De Martí a Loynaz

SOCIÉTÉ FRANÇAISE DES TÉLÉGRAPHES SOUS-MARINS

Pour Cristi
New York

De

New York, 13 Nov. 1894¹

Loynaz. Monte Cristi
Santo Domingo

Falta factura detallada rubio trastorna negocio urgente²

Julio³

O.C., t. 28, p. 450.

¹ El original tiene un cuño gomígrafo con esta fecha.

² Según la carta enviada por Martí a Serafín Sánchez, fechada el 14 de noviembre de ese año, hay variaciones en el texto: “A Gómez envíe este telegrama, q. como la respuesta ha tenido que pasar por La Habana:—‘falta factura ordenada rubio puede trastornar negocio: úrgenla.’ Y Gómez me ha contestado: ‘factura oportuna primer vapor.’” (En José Martí. Epistolario, Ed. cit., t. IV, pp. 338-339.)

³ Nombre en clave de José Martí.

De Gómez a Martí

[Montecristi, 14 de noviembre de 1894]¹

[Sr. José Martí]

[Nueva York]

Factura oportuna primer vapor.

O.C., t. 3, p. 372.

¹ Hemos tomado este cablegrama de la carta escrita en Nueva York al general Serafín Sánchez, con fecha 14 de noviembre de 1894, que se encuentra en O.C., t. 3, p. 372. Se incluye aquí, con la misma fecha de la carta citada, porque este cablegrama es la respuesta del general Gómez al que le cursara Martí el día anterior, 13, como puede verse en O.C., t. 28, p. 450.

De Martí a Loynaz

SOCIÉTÉ FRANÇAISE DES TÉLÉGRAPHES SOUS-MARINS

Pour Cristi
New York

De

New York, 23 Nov. 1894

Loynaz. Cristi
Espero ansioso contento arreglo sálvese¹

Julio

O.C., t. 28, p. 451.

¹ Al parecer, se refiere a las instrucciones que Martí debía transmitir a los diferentes centros revolucionarios.

De Martí a Loynaz

— SOCIÉTÉ FRANÇAISE DES TÉLÉGRAPHES SOUS-MARINS —

Pour Cristi
New York

De

5 Dec. 1894

Loynaz. Cristi

Santo Domingo
Recibido—¹

Julio

O.C., t. 28, p. 456.

¹ Al parecer, se refiere a las instrucciones que Mayía Rodríguez le había entregado de parte de Gómez. En la carta que envía el 4 de diciembre a Serafín Sánchez, le hace mención a que ya tiene en sus manos “la clave de lo que falta por hacer”. La carta concluye diciéndole “Aquí está Mayía”, la persona que las llevó.

De Martí a Loynaz

~~SOCIÉTÉ FRANÇAISE DES TÉLÉGRAPHES SOUS-MARINS~~

Pour Cristi
New York

De

6 Dec. 1894

Loynaz. Cristi
Negocio excelente pago hecho diga si retiro

Julio

O.C., t. 28, p. 456.

De Martí a Loynaz

— SOCIÉTÉ FRANÇAISE DES TÉLÉGRAPHES SOUS-MARINS —

Pour Cristi
New York

De

11 Dec. 1894

Loynaz. Cristi

Juan cinco

Julio

O.C., t. 28, p. 459.

De Martí a Loynaz

SOCIÉTÉ FRANÇAISE DES TÉLÉGRAPHES SOUS-MARINS

Pour Cristi
New York

De

13 Dec. 94

Loynaz. Cristi
Santo Domingo

Orden cable

Julio

O.C., t. 28, p. 459.

De Martí a Loynaz

SOCIÉTÉ FRANÇAISE DES TÉLÉGRAPHES SOUS-MARINS

Pour Cristi
New York

De

19 Dec. 94

Loynaz. Cristi

Aclare cable

Julio

O.C., t. 28, p. 460.

De Martí a Loynaz

— SOCIÉTÉ FRANÇAISE DES TÉLÉGRAPHES SOUS-MARINS —

Pour Cristi
New York

De

24 Dec. 94

Loynaz. Cristi

Pedro veinticuatro irá último—avise

Julio

O.C., t. 28, p. 462.

De Martí a Loynaz

SOCIÉTÉ FRANÇAISE DES TÉLÉGRAPHES SOUS-MARINS

Pour Cristi
New York

De

28 Dec. 94

Loynaz. Cristi

Cobro bien irá último

Julio

O.C., t. 28, p. 462.

De Martí a Loynaz

Nueva York, [2 de enero de 1895]¹

Loynaz Cristo

Imposible seis por seguridad, probable Pedro dieciocho irá último.

Julio

Gerardo Castellanos García: Francisco Gómez Toro; en el surco del Generalísimo, Imprenta Seoane Fernández, La Habana, 1932, p. 280.

¹ Le asignamos esta fecha porque en el libro de Gerardo Castellanos se halla este cablegrama, dirigido a Loynaz (palabra registrada), que fue transcrito por Panchito Gómez Toro a su padre en carta fechada en Montecristi el 7 de enero de 1895, en la que expresa haberlo recibido el día 2 a las 5 p.m. Según original, fue impuesto en New York el 2 de enero de 1895 y recibido en Montecristi el propio día. Papel membrete de la Société Française de Télégraphes Sous-marins.

De Martí a Loynaz

[Nueva York, 8 de enero de 1895]¹

Casi seguro Pedro trece irá último

Gerardo Castellanos García: Ob. cit., p. 281.

¹ Este cablegrama dirigido a Loynaz (palabra registrada) de una carta de Panchito Gómez Toro a su padre, fechada en Montecristi el 9 de enero de 1895, en la cual le señala que fue recibido en Puerto Plata “ayer 8”, por lo que se incluye con esa fecha. Según original.

Itinerario de Martí en Haití y Santo Domingo

Itinerario de Martí en Haití y Santo Domingo¹

Primer Viaje: 1892

Agosto

31.-Sale Martí de Nueva York rumbo a Haití.

Septiembre

8.-Llega a Gonaïve (Haití).

9.-Embarca de nuevo en un buque costero hacia Cabo Haitiano, emprendiendo el propio día la ruta a caballo hacia la frontera. Llega a Ouanaminthe en la noche, pasando inmediatamente a Dajabón (República Dominicana).

10.-Sale de Dajabón hacia Montecristi.

11.-Emprende, a caballo, el camino a Laguna Salada.

13.-Sale a caballo de la finca La Reforma (Laguna Salada), hacia Santiago de los Caballeros, a donde llega el propio día.

15.-Reanuda la ruta de la Vega Real, visita el Santo Cerro y pernocta en La Vega.

18.-Llega en la tarde a la ciudad de Santo Domingo de Guzmán.

20.-Sale del puerto de Santo Domingo a bordo de la goleta Lévido, y llega a Barahona al atardecer.

24.-Emprende de madrugada la marcha, a caballo, hacia Port-au-Prince, y hace su entrada en la capital en las primeras horas de la noche.

Octubre

4.-Abandona Port-au-Prince rumbo a Jamaica.

Segundo Viaje: 1893

Mayo

26.-Sale de Nueva York hacia Montecristi (República Dominicana).

¹ En la elaboración de esta cronología se tomó como base a Guillermo de Zédegui: *Ámbito de José Martí*, Impresores P. Fernández y Cía, S en C, La Habana, 1954, p. 170; y se actualizó con Ibrahim Hidalgo Paz: *José Martí 1853-1895. Cronología*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2003.

Junio

3.-Llega a Montecristi.

5.-Parte, en bote, hacia Cabo Haitiano.

10.-Sale, vía marítima, hacia Port-au-Prince y, desde este puerto, sigue rumbo a Costa Rica.

Tercer Viaje: 1895

Enero

31.-Sale para Haití en el vapor Athos.

Febrero

6.-Arriba a Cabo Haitiano, saliendo en bote, esa misma noche, para Montecristi (República Dominicana).

7.-Llega al amanecer a Montecristi.

12.-Parte hacia La Reforma (Laguna Salada).

13.-Sale para Santiago de los Caballeros.

18.-Sale de Santiago para las cercanías de La Vega (El Hatico), y regresa a Santiago.

19.-Vuelve a Montecristi.

Marzo

1ro.-Sale de Montecristi, a caballo, rumbo a Cabo Haitiano.

2.-En ruta hacia Cabo Haitiano, pasa por Fort Liberte (Haití), donde pernocta.

3.-Continúa viaje a Cabo Haitiano, llegando al anochecer.

4.-Sale de noche, en lancha, hacia Montecristi.

5. Llega a Montecristi.

Abril

1ro.-Parte la expedición de Martí, en la goleta Brother hacia la isla de Inagua.

2.-Arriban a Inagua a las 10 de la noche, aproximadamente.

6.-Regresan a Cabo Haitiano a bordo del carguero alemán Nordstrand.

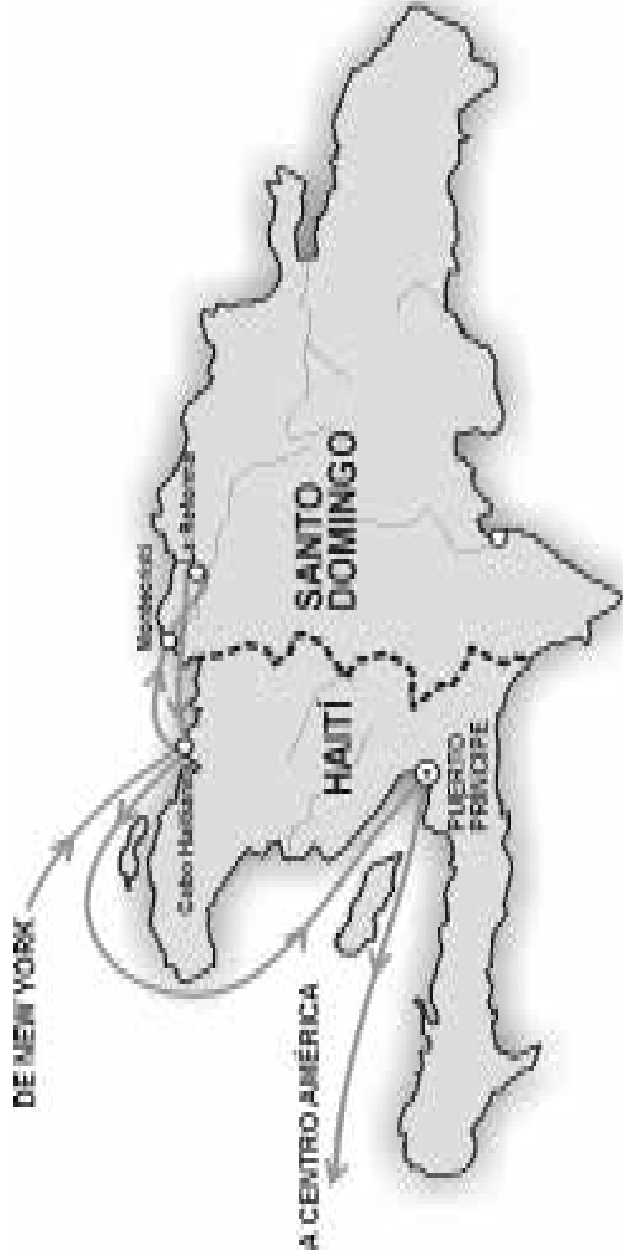
10.-Salen de Cabo Haitiano hacia Inagua.

11.-Les amanece en Inagua y, tras breve escala de tres horas, salen rumbo a las costas de Cuba en el Nordstrand.

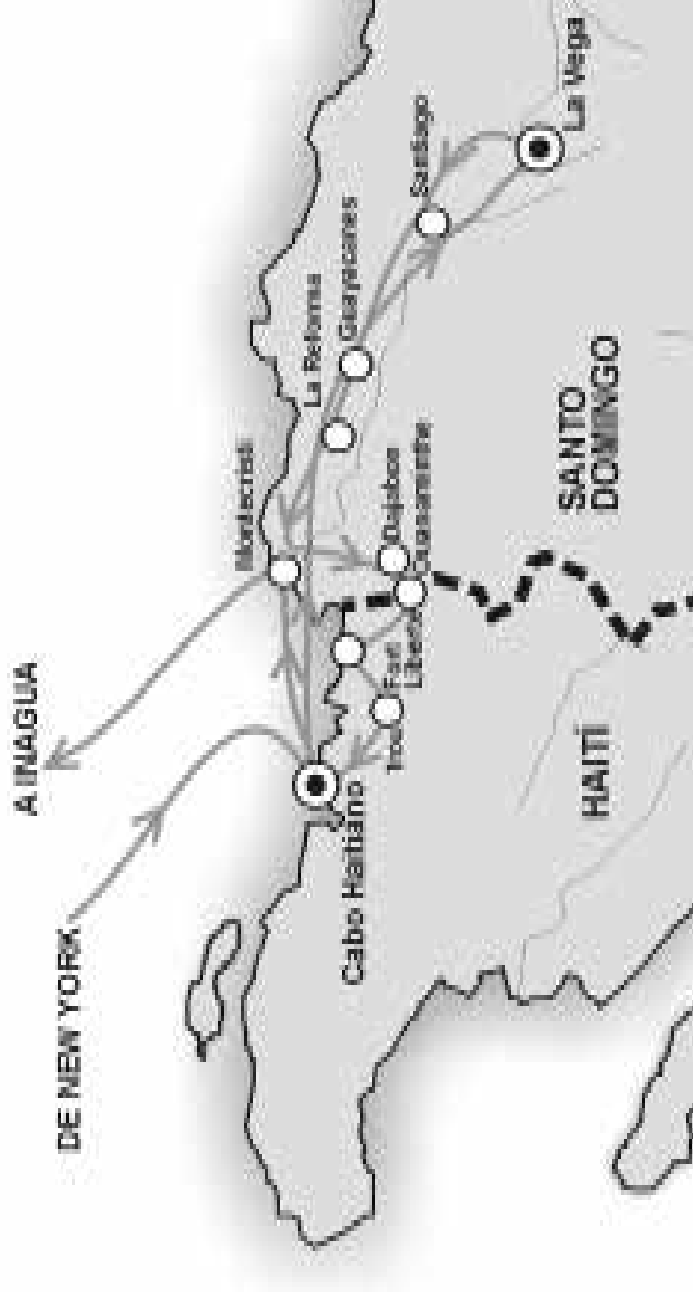
Primer Viaje



Segundo Viaje



Tercer Viaje



**Cronología
de la correspondencia cruzada
entre José Martí y Máximo Gómez**

**CRONOLOGÍA DE LA CORRESPONDENCIA CRUZADA ENTRE MÁXIMO GÓMEZ Y JOSÉ MARTÍ
(1882 - 1895)**

| NO. | CORRESPONDENCIA | LUGAR | FECHA | FUENTES | | | TEXTO |
|-----|--------------------------|-----------------------------|-------------------------|-------------------------|-------------------------------------|--|--|
| | | | | MARTÍ, JOSÉ, O.C., 1975 | MARTÍ, JOSÉ, EPIST., 1993 | OTRAS FUENTES | |
| 1 | Martí-Gómez ¹ | Guatemala | 1877-1878 | t. 20, pp.263-264 | pp. 12-13 | <i>Papeles de Martí</i> , ² p. 1 <i>El general Gómez</i> | He conmovido muchas veces. |
| 2 | Martí-Gómez | Nueva York | 20-07-1882 ³ | t. 1, pp. 167-171 | <i>El general...</i> , pp. 14-18 | <i>P. Martí</i> , p. 2 | El aborrecimiento con que tengo las palabras... Ayer he leído con detenimiento su juiciosa... |
| 3 | Gómez-Martí | San Pedro Sula, Honduras | 8-10-1882 | | | <i>Máximo Gómez, su ideología...</i> , pp. 1-2 <i>P. Martí</i> , p. 5 | |
| 4 | Martí-Gómez | Nueva York | 20-10-1884 | t. 1, pp. 177-180 | | <i>El general...</i> , pp. 19-22 | Sali en la mañana del sábado de la casa... |
| 5 | Gómez | Nueva York | 22-10-1882 | | | <i>P. Martí</i> . | De grandísimo interés personal son para mí estos escritos. ⁴ |
| 6 | Martí-Gómez | Nueva York | 16-12-1887 ⁵ | t. 1, pp. 216-222 | t. 1, pp. 438-443 | <i>El general...</i> , pp. 23-30 | Con la fe de la honradez y la fuerza del patriotismo... |
| 7 | Gómez-Martí | Panamá | 25-1-1888 | | | <i>Destinatario José Martí</i> , p. 165 | Con el interés que ella merece, he leído la carta... |

| NO. | CORRESPONDENCIA | LUGAR | FECHA | FUENTES | | TEXTO |
|-----|--------------------------|----------------------------|---------------------------|-------------------------|--|--|
| | | | | MARTÍ, JOSÉ, O.C., 1975 | MARTÍ, JOSÉ, EPIST., 1993 | |
| 8 | Martí-Gómez ⁸ | Santiago de los Caballeros | 13-9-1892 | t. 2, pp. 160-164 | t. 3, pp. 207-210 | El Partido Revolucionario Cubano... |
| 9 | Gómez-Martí | Santo Domingo | 15-9-1892 | | Máximo Gómez, su ideología..., pp. 20-21 El general..., pp. 171-172 | Al enterarme del contenido de su atenta nota... |
| 10 | Martí-Gómez | Santiago de los Caballeros | 15-9-1892 | | | |
| 11 | Martí-Gómez | Santo Domingo | 19-9-1892 ⁷ | t. 2, pp. 164-165 | t. 3, p. 211 | ¿Qué le diré, en estos carifios que me rodean... |
| 12 | Martí-Gómez | Tampa | 12-1892 ⁸ | (cable) | | |
| 13 | Martí-Gómez | Nueva York | 10-3-1893 ⁹ | | | Ruego diga G. urge reserva J. Visita hacendados sospechosa término éxitos arreglos vérelo enseguida. ¹⁰ |
| 14 | Gómez-Martí | Santo Domingo | 3-1893 | | | Desde ayer, porque solo un día ha pasado... No le quiero escribir.. |
| 15 | Martí-Gómez | Key West | 6-5-1893 | t. 2, pp. 321-323 | t. 3, pp. 347-349 | |
| 16 | Martí-Gómez | Cabo Haitiano | 6-5(6)-1893 ¹¹ | t. 2, p. 353 | t. 3, pp. 365-366 | El general..., pp. 39-42 El general..., pp. 42-43 |
| 17 | Gómez-Martí | Montecristi | 18-9-1893 | | | Con el interés que V. debe suponer lei su carta... Yo mismo quisiera ser la carta... |
| 18 | Martí-Gómez | Nueva York | 29-9-1893 ¹² | t. 2, pp. 385-391 | t. 3, pp. 392-397 | |

| NO. | CORRES-PONDENCIA | LUGAR | FECHA | FUENTES | | | TEXTO |
|-----|---------------------------|---------------|-------------------------|----------------------------|------------------------------|-------------------------------------|---|
| | | | | MARTÍ, JOSÉ, O.C., 1975 | MARTÍ, JOSÉ, EPIST., 1993 | OTRAS FUENTES | |
| | | | | | | | |
| 19 | Gómez-Martí | Santo Domingo | 1893 ¹³ | | | | |
| 20 | Martí-Gómez | Nueva York | 10-11-1893 | t. 2, pp. 416-419 | t. 3, pp. 440-443 | <i>El general...</i> , pp. 54-59 | En persona y no por carta, iba a contestar la apreciable de Vd. |
| 21 | Martí-Gómez | Nueva York | 23-11-1893 | t. 2, pp. 441-446 | t. 3, pp. 459-464 | <i>El general...</i> , pp. 54-60 | Con mucho más tranquilidad escribo a Vd. |
| 22 | Gómez-Martí ¹⁴ | Santo Domingo | | | | | |
| 23 | Martí-Gómez ¹⁵ | | | | | | |
| 24 | Martí-Gómez ¹⁶ | | | | | | |
| 25 | Gómez-Martí ¹⁷ | | | | | | |
| 26 | Martí-Gómez | Nueva York | 4-1-1894 | t. 3, pp. 17-20 | t. 4, pp. 7-9 | <i>El general...</i> , pp. 60-64 | No sé que mi vida haya tenido momentos más gratos... |
| 27 | Martí-Gómez | Nueva York | 1-2-1894 | t. 28, pp. 428-429 | t. 4, pp. 37-41 | <i>El general...</i> , pp. 64-69 | Llego de Washington, de ver como se endereza |
| 28 | Gómez-Martí | | 11-2-1894 ¹⁸ | | | | |
| 29 | Martí-Gómez | Nueva York | 21-2-1894 | t. 28, pp. 429-434 | t. 4, pp. 55-59 | <i>El general...</i> , pp. 70-74 | Recibo, poco antes de las tres... |
| 30 | Martí-Gómez | Nueva York | 3-3-1894 | t. 3, pp. 68-72 | t. 4, pp. 66-69 | <i>El general...</i> , pp. 75-79 | Vino el vapor sin ninguna de Vd... |
| 31 | Gómez-Martí ¹⁹ | | | | | | |
| 32 | Martí-Gómez | Nueva York | 24-3-1894 | t. 3, pp. 86-91 | t. 4, pp. 77-82 | <i>El general...</i> , pp. 79-85 | Gusto muy grande tuve con su carta... |
| 33 | Martí-Gómez | Nueva York | 4-1894 | t. 3, p. 131 | t. 4, p. 113 | <i>El general...</i> , p. 86 | Ayer, con el ir y venir,... |

| NO. | CORRESPONDENCIA | LUGAR | FECHA | FUENTES | | TEXTO |
|-----|---------------------------|--------------|-------------------------|-------------------------|---------------------------|---|
| | | | | MARTÍ, JOSÉ, O.C., 1975 | MARTÍ, JOSÉ, EPIST., 1993 | |
| 34 | Gómez-Martí | Monte Cristi | 17-4-1894 ²⁰ | | | Confiado en la voluntad de usted... |
| 35 | Martí-Gómez | Nueva York | 17-4-1894 | | | Y Patria General, que en el valor de los hombres y la lealtad de las mujeres... |
| 36 | Gómez-Martí ²¹ | | | | | |
| 37 | Martí-Gómez | Nueva York | 12-5-1894 | t. 3, pp. 165-167 | | En los instantes en que, luego de dejar... |
| 38 | Gómez-Martí ²² | (cable) | | | | |
| 39 | Gómez-Martí | Montecristi | | | | |
| 40 | Martí-Gómez | N. Orleans | 31-5-1894 | t. 3, pp. 199-203 | t. 4, pp. 179-182 | Le escribo a la madrugada... |
| 41 | Martí-Gómez | Nueva York | 18-6-1894 | | | Giro por valor de 600.00 pesos. |
| 42 | Gómez-Martí | Montecristi | 21-6-1894 | | | |
| 43 | Martí-Gómez | Kingston | 25-6-1894 | t. 3, pp. 217-221 | t. 4, pp. 196-200 | Después de un día de feliz trabajo... |
| 44 | Gómez-Martí ²⁵ | (cable) | | | | |
| 45 | Martí-Gómez | N. Orleans | 15-7-1894 | t. 3, pp. 231-234 | t. 4, pp. 221-224 | Lejos de Pancho ya a quien... |
| 46 | Martí-Gómez | Nueva York | 15-8-1894 | | | |

El general...,
pp. 211-213

El general...,
pp. 211-213

El general...,
pp. 86-88

Máximo Gómez una vida..., p. 36²³

El general...,
pp. 88-92

Anuario martiano,
no. 5, a. 74, p. 152

El general...,
pp. 92-97

El general...,
pp. 98-102

Anuario martiano,
no. 5, a. 74, p. 153²⁶

| NO. | CORRESPONDENCIA | LUGAR | FECHA | FUENTES | | OTRAS FUENTES | TEXTO |
|-----|---------------------------|----------------|------------|-------------------------|---------------------------|--|---|
| | | | | MARTÍ, JOSÉ, O.C., 1975 | MARTÍ, JOSÉ, EPIST., 1993 | | |
| 47 | Martí-Gómez | Nueva York | 30-8-1894 | t. 3, pp. 241-242 | t. 4, pp. 237-238 | <i>El general...</i> , pp. 102-103 | ¡Con qué ansiedad estoy esperando cartas de Vd.! |
| 48 | Gómez-Martí ²⁷ | | | | | | |
| 49 | Gómez-Martí ²⁸ | | | | | | |
| 50 | Martí-Gómez | Central Valley | 8-9-1894 | t. 3, pp. 248-253 | t. 4, pp. 243-247 | <i>El general...</i> , pp. 104-109 <i>Anuario martiano</i> , no. 5, a. 74, p. 155 ²⁹ | Por fin me vinieron las muy ansiadas cartas |
| 51 | Martí-Gómez | Nueva York | 18-9-1894 | | | | |
| 52 | Gómez-Martí | Montecristi | 9-1894 | | t. 4, p. 268 | <i>El general...</i> , p. 114 | "Protestado" |
| 53 | Martí-Gómez | Nueva York | 24-9-1894 | t. 3, pp. 270-274 | t. 4, pp. 265-269 | <i>El general...</i> , pp. 110-115 <i>Oficina del Historiador de la Ciudad</i> | Jamás creo haberle escrito con tranquilidad... Llevará esta carta a Rodríguez, que Vd. como ya conoce. |
| 54 | Gómez-Martí ³⁰ | Montecristi | 25-9-1894 | | | | |
| 55 | Gómez-Martí | | | | | | |
| 56 | Gómez-Martí | | | | | | |
| 57 | Martí-Gómez | Nueva York | 20-10-1894 | t. 3, pp. 291-299 | t. 4, pp. 284-291 | <i>El general...</i> , pp. 115-124 | A las tres cartas de Vd. contesto ahora... |
| 58 | Gómez-Martí ³¹ | | | | | | |
| 59 | Martí-Gómez | Nueva York | 3-11-1894 | t. 3, pp. 291-299 | t. 4, pp. 313-317 | <i>El general...</i> , pp. 125-130 <i>Anuario martiano</i> , no. 5, a. 74, p. 160 ³² | Su última carta, especialmente grata, me halló dispuesto... |
| 60 | Martí-Gómez | Nueva York | 4-11-1894 | | | | |
| 61 | Martí-Gómez | Nueva York | 12-11-1894 | | t. 4, p. 329 | | Falta factura ordenada a rubio puede trastocar negocio: Úrgenia. ³³ |

| NO. | CORRESPONDENCIA | LUGAR | FECHA | FUENTES | | | TEXTO |
|-----|-----------------|-------------|---------------------------|-------------------------|---------------------------|--|---|
| | | | | MARTÍ, JOSÉ, O.C., 1975 | MARTÍ, JOSÉ, EPIST., 1993 | OTRAS FUENTES | |
| 62 | Gómez-Martí | | 11-1894 | | | <i>El general...</i> , p. 146 | No queriendo yo descomponer la fecha que eligió Collazo, esa misma está repetida en todas mis órdenes, y sujeta a esa misma fecha, de ella en lo adelante, irán ajustadas todas las operaciones. ³⁴ Factura oportuna primer vapor. (Se trata de un cable) ³⁵ Espero ansioso contento arreglo sálvese. (Cable) |
| 63 | Gómez-Martí | Montecristi | 14-11-1894 ³⁵ | | | <i>Destinatario José Martí</i> , p. 320 | |
| 64 | Martí-Gómez | Nueva York | 23-11-1894 | | t. 4, p. 345 | | |
| 65 | Martí-Gómez | Nueva York | 4-12-1894 | (cable) | | <i>Anuario martiano</i> , no. 5, a. 74, p. 164 ³⁷ | |
| 66 | Martí-Gómez | Nueva York | 5-12-1894 | | t. 4, p. 358 | | Recibido. (Cable) |
| 67 | Martí-Gómez | Nueva York | 6-12-1894 | | t. 4, p. 359 | | Negocio excelente pago hecho diga si retiro. (Cable) |
| 68 | Gómez-Martí | | 7-8-12-1894 ³⁸ | (cable) | | | |
| 69 | Martí-Gómez | Nueva York | 8-12-1894 | t. 3, pp. 414-415 | t. 4, pp. 365-366 | <i>El general...</i> , pp. 130-131 | Mi carta está hoy en la que le escriben conmigo... |
| 70 | Martí-Gómez | Nueva York | 10-12-1894 ³⁹ | (cable) | | | Juan cinco. (Cable) |
| 71 | Martí-Gómez | Nueva York | 11-12-1894 | | t. 4, p. 369 | | Orden cable. (Cable) |
| 72 | Martí-Gómez | Nueva York | 13-12-1894 | (cable) | | | |
| 73 | Martí-Gómez | Nueva York | 13-12-1894 | (cable) | | <i>Anuario martiano</i> , no. 5, a. 74, p. 165 ⁴⁰ | |

| NO. | CORRES-PONDENCIA | LUGAR | FECHA | FUENTES | | TEXTO |
|-----|------------------|--------------|------------------------|-------------------------|---------------------------|--|
| | | | | MARTÍ, JOSÉ, O.C., 1975 | MARTÍ, JOSÉ, EPIST., 1993 | |
| 74 | Martí-Gómez | Nueva York | 19-12-1894 | | t. 4, p. 385 | Aclare cable. (Cable) ⁴¹ |
| 75 | Martí-Gómez | Nueva York | 24-12-1894 | | t. 4, p. 396 | Pedro veinticuatro irá último-avise. (Cable) |
| 76 | Martí-Gómez | Nueva York | 28-12-1894 | | t. 4, p. 406 | Cobro bien irá último |
| 77 | Martí-Gómez | | 1-1895 | t. 4, pp. 17-18 | | Escribirle es muy poco y me es imposible... |
| 78 | Martí-Gómez | Nueva York | 2-1-1895 | | t. 5, p. 5 | Imposible seis por seguridad, probable Pedro dieciocho irá último. (Cable) ⁴² |
| 79 | Martí-Gómez | Nueva York | 8-1-1895 | | t. 5, p. 10 | Casi seguro Pedro 13 irá último. (Cable) |
| 80 | Martí-Gómez | Nueva York | 14-1-1895 | | t. 5, p. 16 | Imposible negocio, espéreme... |
| 81 | Martí-Gómez | Nueva York | 19-1-1895 | | t. 5, p. 23 | Escribirle es muy poco y me es imposible... |
| 82 | Gómez-Martí | Monte Cristi | 2-2-1895 | | | Jamás he pasado en mi vida días más angustiosos... |
| 83 | Martí-Gómez | Dajabón | 1-3-1895 ⁴³ | t. 20, p. 474 | t. 5, p. 88 | Con la generosidad de Montesinos... |
| 84 | Gómez-Martí | Montecristi | 4-3-1895 | | | Llegó Pancho ayer, al que Vd. no debió devolver sino llevarlo... |
| 85 | Martí-Gómez | Montecristi | 11-3-1895 | | t. 5, p. 99 | Estoy en Gobernación desde temprano,... |

| NO. | CORRESPONDENCIA | LUGAR | FECHA | FUENTES | | TEXTO |
|-----|-----------------|--|-----------|-------------------------|---------------------------|---|
| | | | | MARTÍ, JOSÉ, O.C., 1975 | MARTÍ, JOSÉ, EPIST., 1993 | |
| 86 | Gómez-Martí | Jurisdicción de Guantánamo ⁴⁴ | 16-5-1895 | | | A la vuelta y lea. Le mando todo eso para que se entere y espere... |
| 87 | Martí-Gómez | Dos Ríos | 19-5-1895 | t. 4, p. 170 | t. 5, p. 253 | Como a las 4 salimos... |

Notas de la Cronología

- ¹ Según Emilio Rodríguez Demorizi, esta carta “no fue enviada o no pudo ser llevada a su destino”. Ver Emilio Rodríguez Demorizi: *Martí en Santo Domingo*, Ed. cit., p. 17. Por otro lado, el contenido de la carta del 20 de julio de 1882 denota que es la primera vez que le escribe.
- ² En lo adelante, al referirnos al mismo pondremos P. Martí y la página.
- ³ Esta carta, al igual que la enviada a Antonio Maceo, fue llevada hasta Honduras por Flor Crombet. Este, al comunicarle a Martí sobre la demora en las respuestas de ambos próceres, le contaba:

A mi llegada a esta ciudad recibí la noticia de hallarse muy distantes los Gerls. Gómez y Maceo, he ahí el porque aún no he tenido contestación de ellos. [...] Yo vuelvo a insistir en que me dé cuantas pruebas sean posibles pa. mostrar a estos tres el estado real de lo que sucede en Cuba. Gómez y Maceo que. pr. lo que. he sabido no titubean ante la necesidad de la guerra, y que. con justa honra habrán de aceptar el puesto que. se les señala, no se moverán, así me lo aseguran hasta tanto adquieran íntima convicción de los elementos con que. se cuenta de las proporciones del movimiento y de los hombres que. toman parte en él. Ellos saben que la Revolución tiene que. ser, y con esta convicción, se han impuesto el deber sagrado de no violentar sucesos, ni siquiera sacar sus nombres al viento hasta que. los sucesos lo justifiquen. (En *Destinatario José Martí*. (compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual), Casa Editora Abril, La Habana, 1999, pp. 106-107.)
- ⁴ Estos apuntes de Gómez no fueron enviados a Martí, pero, por ser sus comentarios a la carta que Martí le enviara el 20 de octubre de 1884, los incluimos.
- ⁵ Por error de la mayoría de los compiladores esta carta aparece dirigida únicamente a Gómez, cuando en realidad constituyó una carta circular, que fue enviada además, a Maceo y a Francisco Carrillo. Véase la respuesta de los tres en *Destinatario José Martí*.
- ⁶ Emilio Rodríguez Demorizi define esta carta y la del 15 de septiembre, en que Gómez le responde, como “El Pacto de Santiago”.
- ⁷ Esta carta es una versión de la enviada por Martí a Gómez el día 13 de igual mes y año. Apareció publicada como hoja suelta con membrete de la “Delegación del Partido Revolucionario Cubano”. Sólo los motivos políticos que entrañaban el conocimiento de la corte, por los emigrados y los habitantes de la Isla, explican su publicación nuevamente junto a la respuesta del general Gómez.
- ⁸ Con fecha 22 de diciembre de 1892, José Martí, en carta a Serafín Sánchez, dice: “[...] En Nueva York encontré un comisionado a Cuba. Escribo al viejo;...” En José Martí. *Epistolario*, t. III, Ed. cit., p. 227.
- ⁹ En carta a Serafín Sánchez, del 10 de marzo de 1893, le dice: “[...] He puesto telegrama a Gómez”. *Ibíd.*, p. 297.
- ¹⁰ Sobre este cable y su contenido, ver la carta de Martí a Serafín Sánchez, Central Valley, 21 de marzo de 1893. En la misma se hace referencia a la posibilidad de que Julio Sanguily hubiese visto un cable de Gómez con el texto que aquí aparece. En José Martí. *Epistolario*, t. III, Ed. cit., pp. 312-313.
- ¹¹ “Martí escribió ‘mayo’, pero evidentemente se trata de un error, pues en esa fecha se encontraba en Cayo Hueso, desde donde escribió otra carta al general Gómez”. (En José Martí. *Epistolario*, t. III, Ed. cit., nota 26)

p. 366.)

- ¹² “No obstante haber sido fechada por Martí el día 29, consideramos que corresponde al 30 de agosto, debido a que alude a su respuesta ‘enseguida’ al cablegrama recibido del Cayo, y transcribe el que él le dirigiera a Serafín, cuyo original, con fecha 30 de agosto de 1893, se encuentra en el archivo de Serafín Sánchez, lo que demuestra que esta carta fue escrita después de haber cursado el cablegrama.” (En José Martí. Epistolario, t. III, Ed. cit., nota 1, p. 392.)
- ¹³ Sobre esta carta se hace mención en la enviada por Martí a Gómez en noviembre de 1893.
- ¹⁴ En la carta a Serafín Sánchez, fechada del 2 de diciembre de 1893, Martí le comunica que ha recibido cable “muy satisfactorio, plenamente satisfactorio, de Gómez”. Ver José Martí. Epistolario, t. III, Ed. cit., p. 466.
- ¹⁵ En carta de diciembre de 1893 le comunica a Serafín Sánchez que no llegó el enviado de Gómez, por lo que: “Yo telegrafía al General, y le escribo mucho por este correo”. En José Martí. Epistolario, t. III, Ed. cit., p. 489.
- ¹⁶ Ídem.
- ¹⁷ Esta carta se menciona en la enviada por Martí a Gómez el 4 de enero de 1894: “No sé que mi vida haya tenido momentos más gratos que estos en que vivo desde que recibí su carta, llena toda ella de su natural grandeza;...” Ver El general Gómez, Ed. cit., pp. 60-64. Igualmente, se hace referencia a la misma en la carta de Martí a Serafín Sánchez, el 2 de enero de 1895. Ver José Martí. Epistolario, t. IV, Ed. cit., p. 3.
- ¹⁸ En la carta enviada por Martí a Gómez, con fecha 21 de febrero de 1894, le comunica: “Recibo, poco antes de las tres, noticia imprevista de que sale a las 4 la correspondencia por vapor no anunciado al público, y al vuelo le acusaré recibo de su muy grata del 11 de este...” Ver El general Gómez, Ed. cit., p. 70.
- ¹⁹ Con fecha 24 de marzo de 1894, Martí escribe a Gómez: “Gusto muy grande tuve con su carta, la más sabrosa y bella que he recibido de Vd. La mía anterior responde...” ¿Se referirá a la carta del 3 de marzo del propio año? Igualmente, con fecha 10 de mayo de 1895, Gómez, en carta a Gonzalo de Quesada le menciona que envía una carta para Martí, ¿se referirá a la nota a que hace mención Martí que recibió con fecha 12 de mayo?
- ²⁰ Esta carta, publicada en Patria, apareció sin fecha. Para ubicarla cronológicamente tuvimos en cuenta la fecha con que fue publicada.
- ²¹ Con fecha 12 de mayo, Martí le comunica a Gómez el haber recibido una tarjeta de este. Ver en El general Gómez, Ed. cit., p. 87.

- ²² En carta de Gómez a Gonzalo de Quesada, fechada el 29 de mayo de 1894, Gómez le insiste en la necesidad de que este entregue a Martí la nota que le envió.
- ²³ En carta a Gonzalo de Quesada, desde La Reforma, con fecha 29 de mayo de 1894, Gómez le hace referencia a una carta que envió para Martí y de la urgencia de que este la reciba. Ver Raúl Rodríguez La O: *Máximo Gómez una vida extraordinaria*, Editora Política, La Habana, 1986, p. 37. En la p. 36 de dicha obra se hace referencia a otra carta de Gómez y Martí, pero al carecer de fecha de referencia no la hemos incluido.
- ²⁴ En la carta de Martí a Gómez del 15 de julio de 1894 le comenta: “Lo que Vd. me dice en su carta del 21, lo puede llevar.” (En José Martí. *Epistolario*, t. IV, Ed. cit., p. 223.) Por otro lado, en esta misma carta, le dice: “Al volver, [se refiere al viaje que había realizado por Centroamérica con Panchito, del cual llegó a Nueva York, el 2 de julio] he hallado su carta, que aún no responde a la mía de N. Orleans de 31 de mayo”. (Ibidem, p. 222).
- ²⁵ Con fecha 15 de julio de 1894, Martí le escribe a Gómez: “después de recibir su cablegrama. Envío...” Ver El general Gómez, Ed. cit., p. 98.
- ²⁶ En carta al tesorero del 15 de agosto de 1894, Martí le solicita remitir la suma de 36.00 por cablegrama a Santo Domingo, Costa Rica y Key West. En el caso del de Santo Domingo, pensamos que fue dirigido a Gómez.
- ²⁷ En la carta enviada por Martí al general Gómez, le comenta: “Por fin me vinieron las muy ansiadas cartas...”. Ver en El general Gómez, Ed. cit., p. 102.
- ²⁸ En la carta del 8 de septiembre, Martí le dice a Gómez que con la llegada de Gonzalo de Quesada, y con la clave que este posee podrá leer “lo que en clave me envía Vd. al pie de la carta al Marqués”. Ver en El general Gómez, Ed. cit., p. 109.
- ²⁹ Con fecha 18 de septiembre de 1894, Martí, en carta al Tesorero, le solicitaba pagar de Fondos de Guerra el importe de dos cablegramas a San José de Costa Rica y Montecristi; este último, al parecer, dirigido a Gómez.
- ³⁰ Sobre estas tres cartas, que hemos subrayado, hace mención Martí en la carta que le envía a Gómez con fecha 20 de octubre de 1894. Ver al respecto, El general Gómez, Ed. cit., p. 115.
- ³¹ La carta enviada por Martí a Gómez, con fecha 3 de noviembre de 1894, comienza diciéndole: “La última carta especialmente grata, me halló dispuesto...” Ver El general Gómez, Ed. cit., p. 125.
- ³² Con esta fecha, Martí en carta al tesorero le rogaba depositar “en casa de los Sres. Jimenez, Hanstedt a Co. La suma de cinco mil pesos, a la orden del General Máximo Gómez, en la casa Jiménez y Cía de Montecristi”.
- ³³ En José Martí. *Epistolario*, t. IV, Ed. cit., p. 329, el texto que aparece es el siguiente: “Falta factura detallada rubio trastorna negocio urgente.”
- ³⁴ Este es el único fragmento de esta carta que ha podido ser localizado en carta de José Martí a Serafín Sánchez, fechada en Nueva York, el 13 de noviembre de 1894. Ver El general Gómez, Ed. cit., p. 146.
- ³⁵ Según Martí, este cable fue enviado el día 13 y no el 14 como aparece en

Destinatario José Martí. En la carta enviada a Serafín Sánchez con fecha 14 de noviembre, se puede leer: “Ayer a toda prisa puse en el correo, [...] la carta en que me pareció oportuno dejar formal constancia de lo que en esta fecha mandamos decir a Carrillo. Y ya la había cerrado cuando me llegó un cablegrama del general Gómez, respondiendo al mío de antier [...] A Gómez envié este telegrama, q. como la respuesta ha tenido que pasar por La Habana:—‘falta factura ordenada rubio puede trastornar negocio: úrgenla’. Y Gómez me ha contestado: ‘factura oportuna primer vapor.’” En José Martí. Epistolario, t. IV, Ed. cit., pp. 338-339.

³⁶ Este puede ser el cable que dice Martí que recibió de Gómez, según carta del 8 de diciembre de 1894. Ver El general Gómez, Ed. cit., p. 131. En carta a Serafín Sánchez, el 14 de noviembre de 1894, Martí dice haber recibido este cable, ver la obra antes citada, p. 148.

³⁷ Con fecha de 17 de diciembre de 1894, Martí, en carta al tesorero, solicitaba dejar autorizados los pagos de varios cables, entre ellos, uno por valor de 9.50 pesos, dirigido a Montecristi, que pensamos, estuvo dirigido a Gómez.

³⁸ En la carta que le escribe Martí a Gómez, el 8 de diciembre de 1894, le comunica que había recibido un cable de él. Ver José Martí. Epistolario, t. IV, Ed. cit., p. 366.

³⁹ Ver Anuario del CEM 4/74, p. 164.

⁴⁰ Estos dos cables del día 13 parecen ser a los que hace referencia Martí en la carta que envía al tesorero el 17 de diciembre, donde le solicita dejar como autorizados varios pagos, entre ellos, dos del día 13 de diciembre, por valor de 28.50 pesos.

⁴¹ Este es, al parecer, el cable a que hace referencia Martí en carta al tesorero del 4 de enero de 1895, donde le solicita “dar por autorizados el pago de varios cables”, entre ellos, uno del día 19 de diciembre por valor de 10.25 pesos.

⁴² Este es, al parecer, el cable a que hace referencia Martí, en carta al tesorero del 4 de enero de 1895, donde le solicita “dar por autorizados el pago de varios cables”, entre ellos, uno con fecha 2 de enero de 1895, por valor de 22.80 pesos.

⁴³ Esta carta ha sido ubicada en José Martí. Epistolario, con fecha 2 de marzo, pero corresponde al día 1ro de marzo de 1895. En el Diario conocido como De Montecristi a Cabo Haitiano, p. 195, se especifica: “Salimos de Dajabón, del tristísimo pueblo dominicano, que guarda por el norte la frontera, [...] salimos con el oro de la tarde”. Lo cual coincide con el comienzo de la carta, donde dice: “Dajabón a las 3”.

⁴⁴ Parece que el compilador o Gómez se equivocaron al poner el lugar desde donde se escribió la nota, ya que la zona en que se encontraba operando Gómez, por esos días, se correspondía con la jurisdicción de Jiguaní.

Fichero Mínimo

AGRAMONTE LOYNAZ, IGNACIO (El Mayor). Mayor General. Abogado. Nació en Puerto Príncipe, Camagüey, el 23 de diciembre de 1841. Participó en el movimiento conspirativo que condujo al alzamiento del Camagüey el 4 de noviembre de 1868. Colaboró en la elaboración de la Constitución de Guáimaro. Renunció a su cargo en la Cámara de Representantes, y asumió el mando de la División de Camagüey. Se destacó como jefe militar capaz en diferentes momentos, como el rescate del brigadier Julio Sanguily, el 8 de octubre de 1871, acción que realizó con sólo treinta y cinco combatientes. Cayó en combate en los campos de Jimaguayú, el 11 de mayo de 1873.

AGUILAR, RAFAEL. Cubano radicado en Puerto Plata, República Dominicana. Presidente en dicha localidad del Club Diez de Octubre. Colaboró con Gómez y Martí en la preparación de su expedición a Cuba.

AGUILERA, ANTONIO. Combatiente de la Guerra del 68. Fue ascendido a Coronel el 9 de abril de 1870.

AGUIRRE Y VALDÉS, JOSÉ MARÍA TIMOTEO (Pepe). Mayor General. Nació en La Habana en 1843. Participó en la Guerra del 68. Fue miembro del contingente invasor a Las Villas. Estuvo en la Guerra Chiquita. Fue capturado el 24 de febrero de 1895 en los momentos en que iba a alzarse. Puesto en libertad, marchó al extranjero y se incorporó a la guerra en noviembre, en la expedición del general Francisco Carrillo. Murió de pulmonía el 29 de diciembre de 1896.

ALFARO, ELOY. Militar y político ecuatoriano. Nació en 1842. Presidente de la República (1895-1901; 1906-1911). Durante su primer mandato se construyó el ferrocarril entre Guayaquil y Quito. Fue derribado por un golpe militar en 1911. Murió asesinado en la cárcel, en 1912, en Quito.

ARTURO DE MERIÑO, FERNANDO. Ex presidente y arzobispo de Santo Domingo.

AYBAR, MANUEL DE JESÚS (Chuchú). Empresario dominicano, socio de la importante casa comercial Jiménez y Compañía, de Monte-

cristi. Amigo personal del general Máximo Gómez, a quien sirvió y ayudó en difíciles situaciones. Fue intermediario en la correspondencia entre la Delegación y Gómez.

BANDERA BETANCOURT, JOSÉ QUINTITO (Quintín). Nació en Santiago de Cuba, Oriente, en 1834. General de División. Combatiente de las tres guerras. Participó en la Protesta de Baraguá. Formó parte del contingente invasor como jefe de la infantería. Fue asesinado, por la Guardia Rural, durante el levantamiento conocido por la Guerrita de Agosto, en 1906.

BARRANCO Y MIRANDA, MANUEL. Nació en Puerto Príncipe en 1842. Se incorporó a la Guerra de los Diez Años. Pasó a la emigración y se estableció en Nueva York, donde llegó a ser un comerciante de buena posición. Activo colaborador del Partido Revolucionario Cubano. Fue destinatario de la correspondencia dirigida a Martí. Falleció en Tampa, el 22 de diciembre de 1894.

BATISTA Y VARONA, PORFIRIO. Nació en Puerto Príncipe, el 22 de febrero de 1854. Participó en la Guerra de los Diez Años. Después del Zanjón, residió en Santiago de Cuba. Colaboró con Martí en la preparación de la Guerra del 95, a la que se incorporó. Alcanzó los grados de Coronel. Murió el 2 de enero de 1811.

BELLO RONDÓN, ANTONIO. Coronel. Nació en Bayamo. Se incorporó a la Guerra de los Diez Años cuando la toma de Bayamo. Participó en la sedición de Lagunas de Varona, en 1875.

BELLO, SERAFÍN. Patriota cubano radicado en los Estados Unidos. Estuvo entre los fundadores de la Convención Cubana en 1884. Gran amigo y colaborador de Martí. Ayudó a constituir el Partido Revolucionario Cubano.

BETANCES, RAMÓN EMETERIO. Escritor y político puertorriqueño. Nació en Cabo Rojo en 1830 y murió en Nevilly en 1898. A causa de sus ideas políticas tuvo que residir largas temporadas en el exilio en París, desde donde trabajó en la emancipación de su patria y de Cuba. Escribió varias obras científicas y literarias; y ejerció con éxito la medicina.

BOLÍVAR, SIMÓN. Militar y político sudamericano. Nació en Venezuela el 24 de julio de 1783. Prócer y principal gestor de la independencia americana, por lo que es conocido como El Libertador. Falleció el 17 de diciembre de 1830.

BORRERO LAVADÍ, FÉLIX FRANCISCO (Paquito). Nació en Palma Soriano, el 30 de marzo de 1846. Héroe de la Guerra de los Diez Años. Participó en la Protesta de Baraguá. Se radicó en Puerto Plata en 1878. Vino a Cuba en la expedición de Gómez y Martí. Cayó en el ataque al puesto militar de Alta gracia, el 17 de junio de 1895.

CALLEJAS E ISASI, EMILIO. General español. Nació en 1830 y murió en Guanizo, Santander, en 1906. Sirvió en Santo Domingo, Puerto Rico y Cuba, en donde alcanzó los grados de Brigadier. De regreso a España, combatió a los cantonales de Cartagena y a los carlistas.

CARRILLO MORALES, FRANCISCO M. Mayor General. Nació en San Juan de los Remedios, Las Villas, el 4 de octubre de 1851. Combatiente de las tres guerras. Colaborador activo dentro de la Isla en la Guerra del 95. Ocupó diferentes cargos en la República. Falleció en La Habana, el 11 de noviembre de 1926.

CASTILLO ZÚÑIGA, JOSÉ ROGELIO DEL. General de División. Nació en Papoyán, estado de Cauca, Colombia, el 19 de marzo de 1845. Alcanzó el grado de Capitán en el ejército colombiano. Se incorporó a la Guerra del 68, en 1871. Formó parte de la escolta de Céspedes. Apoyó la Protesta de Baraguá. Participó en la Guerra Chiquita y en la del 95, el 24 de julio de ese año. El gobierno interventor lo nombró Inspector de Cárceles, Presidios y Beneficencia. Murió en La Habana, el 21 de septiembre de 1925.

CASTRO-PALOMINO Y NARANJO, RAFAEL DE. Nació en La Habana. Radicó por muchos años en Nueva York. En 1885 fue electo secretario de la Asociación Cubana de Socorro. Firmó junto a Martí y a otros patriotas la carta enviada a Gómez, Maceo y otros, el 16 de diciembre de 1887. Fue un activo colaborador de Martí. Ayudó a fundar el Partido Revolucionario Cubano.

CEBRECO SÁNCHEZ, AGUSTÍN. Mayor General. Nació en El Cobre, Oriente, el 25 de agosto de 1855. Combatiente de las tres guerras. Se encontraba entre los firmantes de la Protesta de Baraguá. Fue uno de los veintitrés expedicionarios de la goleta Honor. Fue electo, en varias ocasiones, Representante a la Cámara por la provincia de Oriente. Falleció en La Habana, el 19 de diciembre de 1924.

CÉSPEDES Y DEL CASTILLO, CARLOS MANUEL DE. Conocido por El Padre de la Patria. Primer presidente de la República en Armas (1869-1873). Nacido en Bayamo en 1819. Estudió Derecho en las universidades de Madrid y Barcelona. Regresó a Cuba en 1844; y ocho años después participó en la rebelión de las Pozas, lo que le costó la cárcel. En 1868, en su ingenio Demajaigua, se levantó en armas y proclamó la independencia de Cuba y liberó a sus esclavos. En 1869, la Asamblea Constituyente reunida en Guáimaro le proclamó Presidente de la República en armas. En 1873, en Bijagual, fue depuesto por la Cámara de Representantes. Cayó en combate, en San Lorenzo, en la Sierra Maestra, el 27 de febrero de 1874.

CISNEROS BETANCOURT, SALVADOR. Nació en Puerto Príncipe, Camagüey, en 1873, hijo de una acaudalada familia. Marqués de Santa Lucía. Al estallar la Guerra de los Diez Años, otorgó la libertad a sus esclavos y puso sus bienes al servicio de la independencia cubana. Presidente de la República en armas (1873-1875); asistió a la Asamblea Constituyente en la que se proclamó la República de Cuba y fue nombrado presidente de la misma (1895-1897). Como miembro de la Asamblea Constituyente de 1901, se opuso a la Enmienda Platt. En 1907, fundó la Junta Patriótica de La Habana. Murió en dicha ciudad en 1914.

COLLAZO TEJADA, ENRIQUE. General de Brigada. Nació en Santiago de Cuba, Oriente, el 28 de mayo de 1848. Graduado de la Escuela de Artillería de Segovia el 22 de agosto de 1866. Participó en la Guerra de los Diez Años. Formó parte del Comité del Centro, encargado de concertar la paz con España. Firmó junto a Martí y a Mayía Rodríguez las órdenes de alzamiento

para el inicio de la Guerra del 95, a la que se incorporó en 1896. En la República se desempeñó como jefe de la Armería Nacional. Integró la Junta Patriótica de La Habana, fundada en 1907. Fue Representante a la Cámara (1909-1911). Fue miembro fundador de la Academia de la Historia de Cuba. Entre sus obras se destacan: Desde Yara hasta el Zanjón, Cuba Independiente, Cuba heroica, La guerra en Cuba, Cuba intervenida y Los americanos en Cuba. Murió en La Habana, el 13 de marzo de 1921.

COROALLES, MANUEL. Médico cubano. Nació en Sancti Spíritus. Máximo Gómez lo conoció en Panamá de tránsito para Honduras, en 1879. En el período de la tregua fecunda apoyó a los revolucionarios cubanos. En los meses finales de la preparación de la Guerra del 95, Martí le confió misiones especiales.

CROMBET TEJERA, FRANCISCO ADOLFO (Flor). Mayor General. Nació en 1851. Combatiente en las tres guerras. Participó en el Plan Gómez. Al iniciarse la Guerra del 95, dirigió la expedición que salió de Costa Rica, y en la que además venían Antonio Maceo, Agustín Cebreco y otros. Cayó en combate el 10 de abril de 1895, en Alto Palmarito, Baracoa, Oriente.

DELLUNDÉ Y PRADO, ULPIANO. Nació en Jiguaní, Oriente, el 19 de febrero de 1846. Vivió en Puerto Plata, donde ejerció su profesión de médico, y, luego, en Cabo Haitiano. Hombre caritativo y generoso, dio su fortuna a la patria. Falleció en Santiago de Cuba, el 18 de enero de 1906.

DOMÍNGUEZ COWAN, NICOLÁS. Nació en La Habana, el 12 de marzo de 1840. Se graduó de Médico en Francia. Durante la Guerra de los Diez Años se radicó en México, donde ejerció su profesión y alcanzó gran prestigio y buena posición social. Allí conoció a Martí, con quien colaboró activamente a favor de la independencia de Cuba. Falleció en México, el 9 de mayo de 1898.

DUARTE Y DIEZ, JUAN PABLO. (1813-1876). Patriota dominicano considerado como el fundador de la Nueva República, proclamada el 27 de octubre de 1844.

ESQUERRA RODRÍGUEZ, HIGINIO. General de Brigada. Nació en Quemado Grande, Las Villas, en 1857. En 1883, se alzó en la zona de Camajuaní, y pactó en 1884. Participó en el Plan Gómez. El 4 de noviembre de 1893 se alzó nuevamente en Santa Isabel de las Lajas, Las Villas. Fracasado el plan, pudo escapar a los Estados Unidos. Colaboró en el frustrado Plan de Fernandina. Fue ascendido a General de Brigada el 20 de junio de 1898. Perteneció al Ejército Nacional. Murió en Cienfuegos, el 19 de noviembre de 1914.

ESTRADA ESTRADA, JOAQUÍN. Bayamés, combatió en la Guerra del 68, así como en la fallida conspiración de Maceo en 1890. Se incorporó a la Guerra del 95 el 24 de febrero de ese año. Murió de tifus durante la guerra.

ESTRADA PALMA, TOMÁS. Nació cerca de Bayamo, el 8 de julio de 1832. Se incorporó a la Guerra de los Diez Años. En 1877, tras haber sido elegido presidente del gobierno provisional cubano, fue capturado por los españoles que le encarcelaron durante un tiempo. Tras la Paz del Zanjón, fue puesto en libertad. Marchó a Honduras y, después, se estableció en los Estados Unidos, donde fundó una escuela para latinoamericanos en Central Valley (Nueva York). En 1895, a la muerte de Martí, fue electo Delegado del PRC. La Asamblea de Jimaguayú lo designó ministro plenipotenciario de la República de Cuba en los Estados Unidos. Al instaurarse la República, fue elegido primer presidente, cargo del que tomó posesión en 1902. Durante la “guerrita de agosto” de 1906, solicitó la intervención norteamericana. Falleció en Santiago de Cuba, el 4 de noviembre de 1908.

FERRERA COELLO, JUAN. Coronel. Conocido por Baracoa. Nació en Palma Soriano, Oriente, en 1852. Combatió en la Guerra del 68, la que concluyó con los grados de Comandante. Colaboró con Maceo en los preparativos de su expedición. Aun contra los deseos de Maceo no pudo partir en la expedición que salió de Costa Rica. En carta a Alejandro González, de fecha 30 de marzo de 1895, Maceo lo explica: “Por lo precipitado de mi viaje como por las dificultades de última hora, no pude avisar a todos los que de mi

confianza quedaron en Costa Rica, quedando entre ellos Baracoa, León de Castro y otros, todos buenos y veteranos”. (Ver Antonio Maceo: Ideología política, vol. II, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1998, p. 15.) Se incorporó a la Guerra del 95 en la expedición del Coronel Mariano Torres. Murió en Alto Songó, Oriente.

FIGUEREDO SOCARRÁS, FERNANDO. Coronel ingeniero. Nació en Puerto Príncipe, Camagüey, en 1849. Participó en la Protesta de Baraguá. Colaboró con Martí en la preparación de la guerra necesaria. Durante la República fue presidente de la Academia de Historia de Cuba. Falleció en La Habana, el 13 de abril de 1919. Entre sus obras más destacadas figura La Revolución de Yara.

FRAGA Y DELGADO, JUAN. Nació en San Antonio de las Vegas, La Habana, el 12 de julio de 1838. Exiliado en los Estados Unidos. En junio de 1888, creó el club Los Independientes. Colaboró con Martí en la fundación del Partido Revolucionario Cubano. Falleció en Brooklyn, el 12 de mayo de 1899.

FUENTES Y PALACIOS, FÉLIX RAMÓN LUCAS. Nació en La Habana, el 18 de octubre de 1833. En 1869, fue deportado a la Isla de Fernando Poo por conspirar contra España. Se fugó y huyó a los Estados Unidos, desde donde apoyó activamente a los insurrectos. En 1887, junto a otros cubanos, funda la Comisión Ejecutiva, con el objetivo de organizar las emigraciones para un nuevo intento independentista. Fue gran amigo de Martí.

GARCÍA ÍÑIGUEZ, CALIXTO RAMÓN. Mayor General. Nació en Holguín, Oriente, el 4 de agosto de 1839. General de las tres guerras. Cayó herido, al intentar quitarse la vida, disparándose su revólver en la boca, el 6 de septiembre de 1874, en San Antonio de Baja. Presidió el Comité Revolucionario de New York, que organizó la llamada Guerra Chiquita. Se incorporó a la Guerra del 95, el 24 de marzo de 1896, con una fuerte expedición. Ocupó el cargo de lugarteniente General, al caer Maceo el 7 de diciembre de 1896. Colaboró, por indicaciones del Gobierno, con el Ejército norteamericano en las operaciones que condujeron a la derrota española en la Guerra hispano-cuba-

no-norteamericana. El 13 de septiembre de 1898, el Consejo de gobierno lo destituyó del cargo de lugarteniente General por considerar que había dejado de merecer su confianza. Murió en los Estados Unidos, el 11 de diciembre de 1898, mientras cumplía una misión de la Asamblea de Santa Cruz ante el Gobierno norteamericano.

GARCÍA PONCE, MANUEL HERMENEGILDO. Nació en el poblado de Alfonso XII (Alacranes), Matanzas, el 1ro de febrero de 1851. Famoso por sus actos tildados de bandidismo. Combatió al colonialismo español desde 1887 hasta 1895. En la madrugada del 24 de febrero de 1895, cuando marchaba a incorporarse a la guerra, fue asesinado. Se le conoce como “el Rey de los campos de Cuba”.

GARZÓN, VICTORIANO. Coronel. Nació en Santiago de Cuba, en 1847. Combatiente de las tres guerras. Participó en la Protesta de Baraguá y en la fallida Conspiración de la Paz del Manzanero. Se alzó el 24 de febrero. Murió en el combate de Altos de Escandel, en 1895.

GIRAUDY Y CASSARD, FEDERICO. Escritor separatista, músico, políglota, periodista y masón. Nació en Santiago de Cuba, en 1836. Laboró por la independencia de Cuba antes del 10 de octubre de 1868; alcanzó el grado de Teniente Coronel del Ejército Libertador. Después del Zanjón, continuó trabajando por la independencia de la patria desde Santo Domingo, donde se había establecido y desde donde se mantuvo en contacto con Máximo Gómez. Ayudó económicamente a la guerra en la etapa del 95. Murió en 1915.

GÓMEZ BÁEZ, MÁXIMO. Militar cubano. Nacido en Baní, República Dominicana, en 1836. En 1868 se incorporó a la guerra. Sus dotes de mando y las victorias logradas le convirtieron en el jefe de las fuerzas revolucionarias hasta su dimisión en 1876. Durante los años 1884-1886, llevó a cabo el conocido Plan Gómez. En 1892 se unió a José Martí, líder del Partido Revolucionario Cubano, con quien firmó el Manifiesto de Montecristi. Desembarcó junto a Martí, en Cuba, tras el grito de Baire (1895), que

reinició la guerra de la independencia. La Asamblea de Jimaguayú lo nombró General en Jefe del Ejército Libertador, cargo que ostentó hasta que concluyó la guerra en 1898. Fue depuesto del cargo por la Asamblea del Cerro. Apoyó la candidatura de Tomás Estrada Palma a las presidenciales de 1901. Murió en 1905, en La Habana.

GÓMEZ FERRER, JUAN GUALBERTO. Periodista. Nació en Sabanilla del Comendador, Matanzas, el 12 de julio de 1854. Conspiró durante la preparación de la Guerra Chiquita; fue detenido y enviado a prisión a Ceuta hasta 1882. Fue designado, por Martí, delegado del PRC en la Isla. Participó en el frustrado alzamiento de Ibarra, el 24 de febrero de 1895. Como Representante a la Asamblea de Santa Cruz, apoyó la destitución de Máximo Gómez como General en Jefe. Como miembro de la Constituyente de 1901, se opuso a la Enmienda Platt. Ocupó escaños en la Cámara de Representantes (1914-1917) y del Senado (1917-1925). Realizó una gran campaña en defensa de los negros. Murió en La Habana, el 5 de marzo de 1933.

GÓMEZ TORO, CLEMENCIA. Hija del general Gómez. Nació en La Reforma, Sancti Spíritus, el 1ro de mayo de 1874. Colaboró en la recaudación de fondos para la causa de la independencia. Falleció en La Habana, el 27 de septiembre de 1920.

GÓMEZ TORO, FRANCISCO (Panchito). Capitán. Nació en La Reforma, Sancti Spíritus, Las Villas, el 11 de marzo de 1876. Hijo del Mayor General Máximo Gómez. Viajó con Martí, en 1894, durante los preparativos de la Guerra del 95. Llegó en la expedición del Three Friendo, bajo el mando del general Juan Rius Rivera, el 8 de septiembre de 1896. Designado ayudante de Maceo, participó en varias acciones combativas. Cayó en el combate de San Pedro, el 7 de diciembre de 1896, junto al general Antonio Maceo.

GONZÁLEZ, ALEJANDRO. Secretario de Máximo Gómez en los días de la emigración; lo acompañaba constantemente y desempeñaba las comisiones más delicadas. Luchador incansable por la causa cubana. Ronzalito le llamaban el general Gómez, Martí, quien también lo apreciaba muchísimo, y sus amigos. Participó

en el Plan Gómez. Colaboró con Martí en los trabajos preparatorios de la Guerra del 95. Al fracasar el Plan de Fernandina, regresó a Jamaica donde residía.

GUERRA, AMADOR. Coronel. Nació en Yara, Oriente, en 1853. Se alzó el 24 de febrero de 1895, en Calicito, por indicaciones de Bartolomé Masó. Murió el 1ro de julio de 1895, combatiendo a una columna española en Sabana de Pedro.

GUERRA Y ESCOBAR, JOSÉ BENJAMÍN. Camagüeyano. Nació el 12 de agosto de 1856. Participó en la Guerra del 68. Al constituirse el Partido Revolucionario Cubano, el 10 de abril de 1892, fue electo su Tesorero. En 1900, se suicidó en Nueva York, aunque algunos críticos refieren que fue un accidente, por tomar una dosis excesiva de laudano.

HENRÍQUEZ Y CARVAJAL, FEDERICO. Escritor y periodista dominicano. Nació en Santo Domingo, el 16 de septiembre de 1848. Tomó parte en la campaña pro independencia de Cuba. Gran pedagogo. Fue Presidente de la Suprema Corte de Justicia. Falleció el 4 de febrero de 1952.

HERRERA Y MONTERO, MARTÍN. Nació en San Diego de Núñez, Pinar del Río, el 7 de septiembre de 1846. Emigró a Cayo Hueso durante la Guerra de los Diez Años, desde donde colaboró con la causa de la independencia. Fue fundador del Partido Revolucionario Cubano. Terminada la Guerra del 95, regresó a Cuba. Falleció en San Juan y Martínez, Pinar del Río.

HEUREAUX, ULISES (Lilí). Conocido por el Pacificador. General y político dominicano. Nació en 1845. Presidente de la República entre 1882-1884 y 1887-1899. Pese a sus compromisos con el gobierno español, apoyó financieramente la expedición de Gómez y Martí. Fue asesinado en 1899.

HIDALGO Y COSTILLA, MIGUEL. Nació en 1753. Sacerdote promotor de la independencia de México. En 1810 se subleva contra el poder español y, tras pocos meses de intensa lucha, es apresado y fusilado junto con sus colaboradores, en 1811.

HIDALGO GATO Y BADÍA, EDUARDO. Nació en Santiago de las Vegas, el 6 de octubre de 1847. De oficio tabaquero, tuvo que salir del país por sus ideas independentistas. Radicado en Cayo Hueso, llegó a crear un próspero negocio de tabaco. Fue fundador del Partido Revolucionario Cubano. Colaboró desinteresadamente con Martí en la preparación de la Guerra del 95. Murió en La Habana, el 3 de diciembre de 1926.

IRAOLA Y DÍAZ, PEDRO. Camagüeyano. Hijo de familia acaudalada, la cual se vio obligada a emigrar del país por sus sentimientos patrios. Estuvo con Martí en la creación de la Comisión Ejecutiva en 1887.

LACRET MORLOT, JOSÉ. General de División. Nació en Santiago de Cuba, Oriente, en 1850. Se destacó en el combate de La Llanada de Juan Mulato, el 4 de febrero de 1878, a las órdenes del Brigadier Maceo. Participó en la Protesta de Baraguá. Se incorporó a la invasión en la Guerra del 95. Fue electo Representante a la Asamblea Constituyente de 1901. Se opuso a la Enmienda Platt. Murió en La Habana, el 24 de diciembre de 1904.

LAMADRID Y DEL JUNCO, JOSÉ FRANCISCO. Nació en Matanzas, el 19 de marzo de 1814. Mezclado en las conspiraciones de mediados del siglo, se vio obligado a emigrar. Desde entonces fue siempre uno de los más entusiastas revolucionarios exiliados en la Florida. Estuvo entre los fundadores del Partido Revolucionario Cubano. Murió en Cayo Hueso, el 3 de febrero de 1892.

LÓPEZ DE QUERALTA, FERNANDO. Coronel ingeniero. Nació en Santiago de Cuba, Oriente. Combatiente de la Guerra del 68. Colaboró con el Plan Gómez, donde tuvo pésima actuación en la labor de adquisición de armas, indicada por Maceo. Nunca se supo si el fracaso de las expediciones se debió a una violación del secreto o a una delación suya. No participó en la Guerra del 95. Murió en 1903.

LORENZO-LUACES IRAOLA, EMILIO. Coronel. Médico. Nació en Puerto Príncipe, Camagüey. Estuvo en la Guerra del 68; fue uno de los

participantes en el rescate de Sanguily. En 1878 fue designado presidente del Comité del Centro, el cual concertó la Paz del Zanjón. En enero de 1879, se convirtió al autonomismo. Por sus indiscreciones, en 1894, prácticamente entregó el alijo de armas introducido por Enrique Loynaz del Castillo. En principio, no secundó el alzamiento del 24 de febrero de 1895. Se alzó en junio del mismo año. Durante la República fue gobernador de la provincia de Camagüey. Murió en 1910.

LORET DE MOLA BOZA, ENRIQUE. Coronel. Nació en Camagüey en 1848. Abandonó los estudios de Medicina en la Universidad de La Habana para incorporarse a la Guerra del 68. Fue Secretario del Comité Revolucionario del Centro y ayudante de Ignacio Agramonte. Estuvo en la Asamblea de Guáimaro. En la República, fue cónsul de Cuba en Filadelfia.

LOYNAZ DEL CASTILLO, ENRIQUE. Nació en Puerto Plata, República Dominicana, en 1871. Salvó la vida a Maceo en el atentado sufrido en noviembre de 1894. Compuso el Himno Invasor. Concluyó la guerra como General de Brigada. Participó en la Guerrita de Agosto (1906) y en la de la Chambelona (1917). Fue Embajador en México (1908-1911), Portugal (1928), República Dominicana, Haití, Panamá y Venezuela. Combatió la dictadura de Machado. Entre sus obras encontramos Memorias de la Guerra. Falleció en La Habana, el 10 de febrero de 1963.

MACEO Y GRAJALES, JOSÉ ANTONIO DE LA CARIDAD. Mayor General. Nació en Santiago de Cuba, en 1845. Participó en las guerras del 68 y del 95. Aunque conspiró, no pudo participar en la Guerra Chiquita. Participó en los fracasos Plan Gómez (1884-1886), y en la conspiración de la Paz del Manganeso (1890). Junto a Gómez, realizó 6la invasión a Occidente como jefe del contingente invasor. Cayó en el combate de San Pedro de Punta Brava, el 7 de diciembre de 1896.

MACEO GRAJALES, JOSÉ MARCELINO. Mayor General. Nació en Majaguabo, San Luis, Oriente, en 1849. General de las tres guerras. Participó en la protesta de Baraguá. Formó parte de la expedición del Honor, dirigida por Flor Crombet. Cayó en el combate de Loma del Gato, el 5 de julio de 1896.

MACHADO Y COSSÍO, MIGUEL. Participó en la Guerra de los Diez Años, donde alcanzó el grado de Coronel. En 1872 abandonó la lucha y emigró al Perú. Regresó a Cuba después del Zanjón. No formó parte de en la Guerra del 95. Falleció en Camagüey, el 1ro de enero de 1916.

MARÍN, ELPIDIO. Nació en Camagüey, el 16 de febrero de 1850. En 1894, en unión de Enrique Loynaz, fundó la Compañía de Ferrocarriles Urbanos de Camagüey, con el fin de cubrir las actividades conspirativas. No participó en la Guerra del 95.

MASÓ MÁRQUEZ, BARTOLOMÉ. Mayor General. Nació en Manzanillo, Oriente, en 1830. Se alzó el 10 de octubre de 1868. Luego de la Protesta de Baraguá, depuso las armas cuando Maceo salió de Cuba. Fue detenido por participar en los planes conspirativos de la Guerra Chiquita. Intervino en la fallida conspiración de Maceo en 1890. Se alzó el 24 de febrero de 1895 en Bayate. En la Asamblea Constituyente de Jimaguayú (13 de septiembre de 1895) fue electo Vicepresidente de la República en Armas, cargo al que renunció para seguir el ejercicio de las armas. La Asamblea Constituyente de La Yaya (10 de octubre de 1897) lo eligió Presidente, tomando posesión de dicho cargo el 30 del mismo mes. Fue candidato a las primeras elecciones presidenciales de la República, pero renunció debido a los ilegales manejos que se observaban para elegir a su adversario Tomás Estrada Palma. Murió en Manzanillo, el 14 de junio de 1907.

MASSÓ PARRA, JUAN. Coronel. Nació en Santiago de Cuba. Combatiente de las tres guerras. Fue uno de los protestantes en Baraguá. Colaboró con el Plan Gómez. Estuvo en la acción de Dos Ríos y en la de Peralejo. Participó en la invasión a Occidente y en la Campaña de la Lanzadera. En enero de 1898, firmó el acta de capitulación de él y otros oficiales y soldados. Creada la Brigada Cuba por el Ejército español, le fue conferido el mando de la misma. Concluida la guerra, marchó a España, reconociéndosele el grado de Coronel. A partir de entonces, estuvo envuelto en conspiraciones, estafas, razones por las que fue detenido dos veces en Cuba (1903 y 1907), y en Centroamérica.

MENDIVE Y DAUMY, RAFAEL. Nació en La Habana, el 24 de octubre de 1821. Estudió Derecho y Filosofía. Maestro de Martí en la Escuela Municipal de Varones. Fue deportado a España por los sucesos del Teatro Villanueva. Regresó a Cuba después del Zanjón. Fue miembro de la Sociedad Económica de Amigos del País y secretario de la Sección de Literatura del Liceo de La Habana. Falleció en La Habana, el 24 de noviembre de 1886.

MIYARES Y PEOLI, CARMEN. Nació en Santiago de Cuba, el 7 de octubre de 1848. Radicada en los Estados Unidos, estableció una casa de huéspedes, donde se alojó Martí a su arribo a esa nación. Fue íntima colaboradora de Martí. Falleció en Nueva York, el 17 de abril de 1925.

MONCADA, JOSÉ GUILLERMO (Guillermón). Mayor General. Nació en Santiago de Cuba, Oriente, en 1841. Combatiente de las tres guerras. Participó en la invasión a Guantánamo (1871); en la Protesta de Baraguá; en el Plan Gómez (1884-1886); y en la conspiración de Maceo (1890). Designado Jefe de Oriente por Martí. Falleció, luego de incorporarse a la guerra de 1893, víctima de la tuberculosis, el 5 de abril de 1895. En su honor, al cuartel Reina Mercedes de Santiago de Cuba, le fue puesto su nombre en 1909.

MONTEJO Y JUSTIZ, MAURICIO. De familia acomodada, pasó a la emigración con sus padres y se incorporó a la Guerra de los Diez Años en 1876 con doce años. Intervino en los preparativos del alzamiento del Camagüey. Se sumó a la Guerra del 95 en las fuerzas de Máximo Gómez. Desempeñó diferentes cargos durante la guerra. Murió en 1939, en Camagüey.

MONTESINO TRUJILLO, JOAQUÍN. Nació en Islas Canarias. Vino a Cuba muy joven. Por sus ideas anticolonialistas sufrió prisión con Martí en la cárcel de La Habana. Se radicó en Montecristi desde 1880. Colaboró con Martí y Gómez en los preparativos de la partida de estos hacia Cuba. En 1899, regresó a Cuba. Falleció en La Habana, el 27 de marzo de 1911, en la mayor pobreza.

NÚÑEZ RODRÍGUEZ, JUAN EMILIO DE LA CARIDAD. General de División del Ejército Libertador. Nació el 27 de diciembre de 1855 en

Sagua la Grande. Participó en la Guerra del 68, así como en la Chiquita. En esta última, permaneció en el campo de batalla hasta que Martí le indicó abandonarlo. Colaboró en el Plan Gómez. En 1896, fue designado Jefe del Departamento de Expediciones de la Delegación del Partido Revolucionario Cubano en Nueva York. Al concluir la guerra, fue electo representante a la Asamblea de Santa Cruz, así como a la Constituyente de 1901. Durante la ocupación, fue Gobernador de La Habana. Ocupó diferentes cargos durante la República. Falleció en La Habana, el 5 de mayo de 1922.

PACHECO, ROSALÍO. Veterano de la Guerra de los Diez Años, en cuya finca acamparon el general Gómez y Martí, en varias ocasiones, a mediados de mayo de 1895.

PALACIOS MESA, DIEGO. Coronel. Nació en Santiago de Cuba, Oriente, en 1867. Participó en la Conspiración de Maceo de 1890. Se alzó el 24 de febrero de 1895. Murió el 14 de enero de 1897, como consecuencia de las heridas sufridas en el combate de Palmarito del Cauto (6 de mayo de 1896).

PÁRRAGA Y FERNÁNDEZ, JOSÉ MIGUEL. Nació en Santa María del Rosario en 1847. Fue alumno del Colegio del Salvador. Dejó sus estudios de Medicina en el último año para incorporarse a la Revolución del 68. Llegó a Cuba en la expedición del Perrit (11 de mayo de 1869). Ingresó en la sanidad militar y en el ejercicio de su cargo demostró valor y habilidad. Fue hecho prisionero en 1877 y deportado a Barcelona. Allí terminó sus estudios de Medicina. Más tarde, se trasladó a New York, donde ejerció su profesión y no descansó un instante en su labor revolucionaria. Disfrutó en la emigración, como antes en la guerra, de toda la confianza de Gómez, quien en 1885 lo hizo tesorero general de los pocos fondos que habían podido reunir para llevar la guerra de nuevo a Cuba. Luego, colaboró en los planes de José Martí, quien tuvo frases de elogio para el médico que “supo tajarse un nido en la roca”. Falleció en Brooklyn, el 20 de septiembre de 1892.

PÉREZ PÉREZ, PEDRO AGUSTÍN (Periquito). Mayor General. Nació en Guantánamo, Oriente, el 29 de abril de 1884. En la Guerra del 68 combatió al lado de España en las famosas Escuadras de Guantánamo. Participó en la Guerra Chiquita del lado de los cubanos. Encabezó el pronunciamiento militar de Guantánamo, cuando se inició la Guerra del 95. Al concluir la guerra, fue designado Alcalde de Guantánamo, cargo al que posteriormente renunció. Murió en Boca de Jaiba, Guantánamo, el 13 de abril de 1914.

PÉREZ Y TAMAYO, TEODORO. Nació en Bayamo. Emigró a los Estados Unidos al ser perseguido por los españoles durante la Guerra del 68. Gran amigo de Martí. Participó en la fundación de la Convención Cubana y del Partido Revolucionario Cubano. Al concluir la guerra, regresó a Cuba.

PICHARDO, MIGUEL ANDRÉS (Guelito). Político dominicano. Fue Gobernador de Santiago de los Caballeros. En 1895 era el Gobernador de Montecristi. Él entregó a Mayía Rodríguez los 2000 pesos oro con que Ulises Hereaux contribuyó a la expedición de Gómez y de Martí.

PINA MARÍN, JOSEFA (Pepa). Nació en Arroyo Blanco, Sancti Spíritus, el 15 de junio de 1857. Esposa de Serafín Sánchez Valdivia. Prestó importantes servicios en los preparativos de la Guerra del 95. Falleció en La Habana, el 6 de septiembre de 1930.

PORTUONDO TAMAYO, RAFAEL. General de División. Abogado. Nació en Santiago de Cuba, en 1867. Participó en la frustrada conspiración de la Paz del Manganeso. Delegado personal de Martí en Santiago de Cuba. Fue nombrado Secretario de Relaciones Exteriores en la Asamblea de Jimaguayú. Como miembro de la Asamblea Constituyente se opuso a la Enmienda Platt. Murió en Santiago de Cuba, el 15 de julio de 1908.

PUJOL Y MAYOLA, JOSÉ. Industrial de Puerto Príncipe, dueño de una fábrica de gaseosas. Martí lo define como “productor cubano, sagaz y cordial”. (En O.C., t. 5, p. 369).

QUESADA ARÓSTEGUI, GONZALO DE. Abogado. De padres camagüeyanos, nació en La Habana, el 15 de diciembre de 1868. Eficiente colaborador de Martí en la fundación del Partido Revolucionario Cubano. Ocupó dentro de este, el cargo de Secretario de la Delegación. Como miembro de la Constituyente de 1901, apoyó la aprobación de la Enmienda Platt. Representó a Cuba en varios eventos internacionales. Murió en Berlín, el 9 de enero de 1915, lugar en el que se desempeñaba como embajador. Fue el albacea de la obra literaria de Martí. Con su dinero comenzó a publicar los documentos martianos.

RAMÍREZ PELÁEZ, JOSÉ NICOLÁS. Boticario. Nació en Camagüey, el 9 de septiembre de 1851. Participó en la Guerra de los Diez Años. Al terminar esta, se radicó en Santiago de los Caballeros. Alcanzó el grado de Coronel. Amigo de confianza de Gómez y Martí. Su casa era conocida como “La casa de Cuba”. Falleció el 9 de abril de 1895.

RECIO Y LOYNAZ, LOPE. Nació el 23 de agosto de 1870, en Puerto Príncipe. Se graduó de Bachiller en Artes en 1876. Ingresó al Partido Autonomista del que llegó a ser Vicepresidente en Puerto Príncipe. Se incorporó a la Guerra del 95, el 5 de junio del mismo año, uniéndose con posterioridad a las fuerzas de Máximo Gómez. Desempeñó diferentes cargos. El 29 de junio de 1896 fue ascendido a General de Brigada, y asumió la jefatura de la Primera División del Tercer Cuerpo.

RODRÍGUEZ AGÜERO, RAFAEL. General de División. Nació en Puerto Príncipe, Camagüey, en 1846. Participó en el rescate de Sangüily. Formó parte del Comité del Centro, que firmó la Paz del Zanjón. Concluyó la guerra con el grado de General de Brigada. Participó en el Plan Gómez. Se incorporó a la Guerra del 95 en julio de 1898; fue el último jefe de Estado Mayor de Gómez. Fue Jefe del Cuerpo de Artillería del Ejército Nacional. Falleció el 3 de mayo de 1905, en La Cabaña.

RODRÍGUEZ Y COLINA, LEANDRO. Nació en Güines. En 1869 fue deportado a Fernando de Poo, lugar del que se fugó, y se trasladó a Nueva York. Apoyó el movimiento revolucionario tanto

en el 68 como durante la Guerra Chiquita. Colaboró con el Plan Gómez (1884-1886). Regresó a Cuba luego de concluida la Guerra del 95. Fue elegido alcalde de Güines, cargo del que fue depuesto por Estrada Palma. Murió en dicho lugar, el 25 de diciembre de 1910.

RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, JOSÉ MARÍA (Mayía). Mayor General. Nació en Santiago de Cuba, Oriente, el 13 de junio de 1849. Se incorporó a la Guerra del 68, a las órdenes de Donato Mármol. Participó en la Protesta de Baraguá. Tomó parte en los preparativos de la Guerra Chiquita, pero fue detenido y enviado a Mahón, España. Colaboró con Martí y Gómez en la preparación de la guerra necesaria. Firmó junto a Martí y Collazo, la orden de alzamiento. Se incorporó en julio de 1895 a la guerra. Al concluir esta, fue designado Director de la Casa de Beneficencia y Maternidad. Murió el 25 de mayo de 1903.

RODRÍGUEZ VELAZCO, ALEJANDRO. General de División. Nació en Sancti Spíritus, Las Villas, en 1852. Se alzó en 1869. Conspiró en la Guerra Chiquita. Colaboró con el Plan Gómez. Fue ascendido a General de División en 1897. Fue el primer alcalde de La Habana en la República, cargo al que renunció para ocupar la jefatura del Cuerpo de la Guardia Rural en la Isla. Fue jefe del Ejército Nacional. Participó en la Guerrita de Agosto. Falleció el 27 de febrero de 1915.

RODRÍGUEZ ZELEDÓN, JOSÉ JOAQUÍN. Abogado y político costarricense. Nació en San José, en 1838. Fue electo presidente de la República de Costa Rica en el período 1890-1894. Durante su gobierno, Antonio Maceo firmó el contrato de construcción de una colonia en Nicoya (Contrato Lizano-Maceo). Falleció en 1917.

ROLOFF MIALOVSKY, CARLOS. Mayor General. Tenedor de libros. Nació en Varsovia, Polonia, en 1842. Participó en la guerra de Secesión norteamericana. Llegó a Cuba en 1865. Aceptó el Pacto del Zanjón. Fundador del Partido Revolucionario Cubano. En la Guerra del 95 llegó a Cuba al frente de una expedición. Creó la Academia Teórico-Práctica para la Fabricación y Manejo de Explosivos (25 de enero de 1898). Se desempeñó, además,

como Inspector General del Ejército Libertador. Falleció en Guanabacoa, el 17 de mayo de 1907.

SAN MARTÍN, JOSÉ DE. Militar y político argentino. Nació en 1778. Libertador de su patria, de Chile y del Perú. Desilusionado por las intrigas políticas, decidió abandonar las tierras liberadas, y embarcar hacia Europa, donde fallece en 1850.

SANGUILY GARRITE, JULIO. Nace en La Habana, en 1845. Fundador de la Caballería del Camagüey. Su captura por los españoles, a causa de su invalidez, motivó su heroico rescate por el Mayor General Ignacio Agramonte y treinta y cinco héroes más, el 8 de octubre de 1871. En la tregua fecunda, participó en la Conspiración de Maceo (1890). Fue capturado en la mañana del 24 de febrero de 1895. Se incorporó a la guerra el 25 de junio de 1898. Murió el 23 de marzo de 1906.

SANGUILY GARRITE, MANUEL ANTONIO. Abogado y periodista. Nació en La Habana, en 1848. Participó en la Guerra de los Diez Años. El 4 de marzo de 1876 fue ascendido a Coronel. No participó en la Guerra del 95. Radicado en los Estados Unidos, regresó a Cuba en 1898. Viajó a los Estados Unidos junto a Calixto García, para gestionar los recursos para el licenciamiento del Ejército Libertador. Propuso la destitución de Gómez en la Asamblea del Cerro. Se opuso inicialmente a la Enmienda Platt, aunque luego votó a favor de ella. Murió el 23 de enero de 1925.

SÁNCHEZ HECHAVARRÍA, FRANCISCO (Pancho). General de División. Nació en Santiago de Cuba, Oriente, el 10 de octubre de 1854. Colaboró en la Guerra del 68, sin llegar a combatir. Participó en la fallida conspiración de Maceo (1890). Se incorporó a la Guerra del 95 en la expedición del vapor León, el 19 de agosto de 1895. Fue el primer gobernador de la provincia de Oriente durante la República, cargo que desempeñó hasta su muerte, ocurrida el 17 de diciembre de 1902.

SÁNCHEZ HECHAVARRÍA, URBANO. Nació en Santiago de Cuba, el 1ro de mayo de 1830. Licenciado en Derecho Civil y Canónico. Deportado de Cuba por conspirar contra España, vivió en varios países centroamericanos, y conoció a Martí en Guatemala.

SÁNCHEZ VALDIVIA, SERAFÍN GUALBERTO. Nació en Sancti Spíritus, Las Villas, en 1846. Combatiente de las tres guerras. Se acogió al Zanjón. Participó en el Plan Gómez. Colaboró con Martí en el Partido Revolucionario Cubano y era uno de los jefes de la expedición del Plan de Fernandina. Formó parte de la Invasión. Cayó en el Paso de las Damas, el 18 de noviembre de 1896.

SÁNCHEZ VALDIVIA, RAIMUNDO. Teniente Coronel del Ejército Libertador y gobernador de Sancti Spíritus. Hermano de Serafín Sánchez. Su conducta, según el General Gómez, no era la misma que la de Serafín.

SARTORIO LEAL, RICARDO. Nació en Holguín, en 1855. Combatiente de las tres guerras. Aceptó el Pacto del Zanjón. En 1890 participó en la conspiración conocida por la Paz del Manganeso. El 11 de abril de 1893 dirigió el pronunciamiento en Purnio, Holguín. Se incorporó desde el inicio de la Guerra del 95. Participó en el rescate de los restos de Maceo y Panchito. Concluyó la guerra con el grado de General de Brigada. Ocupó cargos en la República como Alcalde de Gibara (1901-1908). Falleció en La Habana, el 17 de septiembre de 1918.

SELLÉN Y BRACHO, FRANCISCO. Nació en Santiago de Cuba, el 10 de octubre de 1836. Durante la Guerra de los Diez Años, fue arrestado y deportado por conspirar contra España. Radicado en los Estados Unidos, se dedicó al periodismo y a la enseñanza. Conoció a Martí en Nueva York. Falleció en La Habana, el 9 de mayo de 1907.

SEYMOUR RUBENS, HORATIO. Norteamericano. Abogado. Defendió a los tabaqueros cubanos ante el intento de expulsarlos de sus puestos de trabajo para colocar a inmigrantes españoles, en 1893. De él, se diría en Patria, el 30 de junio de 1894: “[...] con el empuje de su juventud y sus talentos y conocimientos, excepcionales a su edad, arrancó de la cárcel al inocente y recabó de las autoridades de Washington los derechos conculcados. [...] Rubens, no solo fue juriconsulto para sus clientes: fue amigo y hermano”.

SOTERO FIGUEROA Y FERNÁNDEZ. Nació en Puerto Rico, el 22 de abril de 1851. En 1889, se radicó en Nueva York. En su imprenta comenzó a publicarse, en 1893, el periódico Patria. Secretario del Cuerpo de Consejo y Presidente del Club Borinquen. Falleció en Marianao, el 5 de octubre de 1923.

SUÁREZ DELGADO, MANUEL. Mayor General. Nació en Santa Cruz de Tenerife, Islas Canarias, el 20 de junio de 1837. Graduado de la Escuela Militar de Toledo. Integró el Comité Revolucionario del Centro para concertar la Paz del Zanjón. Terminó la guerra con el grado de General de Brigada. No ocupó cargos públicos en la República. Falleció en Camagüey, el 3 de enero de 1917.

TORO PELEGRÍN BERNARDA (Manana). Nació en Jiguaní, Oriente, el 20 de agosto de 1852. Esposa del Mayor General Máximo Gómez y madre de Panchito Gómez Toro. Al concluir la Guerra del 95, regresó a Cuba. Formó parte de la Junta Patriótica de La Habana, opuesta a la corriente anexionista presente luego de la segunda intervención. Murió en La Habana, el 29 de noviembre de 1911.

TORRES MORA, MARIANO. General de División. Nació en Holguín, en 1827. General de las tres guerras. Participó en la toma de Guisa y Las Tunas, junto al General Calixto García, en 1897. Fue ascendido a General de División en 1898. Murió en Holguín, el 4 de febrero de 1930.

TRUJILLO Y CÁRDENAS, ENRIQUE. Periodista santiaguero. Establecido en Nueva York, publicó varios periódicos como El Avisador Cubano, El Avisador Hispanoamericano y, en 1890, El Porvenir. Entre sus obras, se encuentran: Apuntes históricos, (Nueva York, 1896). Falleció en La Habana, el 24 de noviembre de 1903.

VALDÉS DOMÍNGUEZ, FERMÍN. Médico-cirujano y periodista. Nació en La Habana, en 1853. Gran amigo de Martí. Sufrió prisión junto él. Se incorporó a la guerra el 24 de julio de 1895. Fue ascendido a Coronel en diciembre de 1896. Fue representante en las Asambleas de Jimaguayú y La Yaya. Integró la Junta Patriótica

de La Habana, fundada en 1907. En la República no ocupó cargos públicos. Falleció el 13 de junio de 1910.

WASHINGTON, GEORGE. Nació el 22 de febrero de 1732, en Virginia. Nombrado jefe del ejército en la guerra contra el colonialismo inglés, logró derrotarlo, y fue elegido Presidente de la naciente República. Falleció en 1799.

YERO MINIET, LUIS. Coronel. Nació en Santiago de Cuba. Se incorporó a la Guerra del 95 en noviembre de dicho año, en la expedición de Mariano Torres. En 1906, ocupaba el cargo de Capitán del puerto de La Habana. Murió en dicha ciudad, el 8 de noviembre de 1931.

ZAMBRANA Y VÁZQUEZ, ANTONIO. Abogado, profesor, periodista y orador. Nació en La Habana, el 19 de julio de 1846. En la Guerra del 68, fue miembro de la Asamblea del Centro. Redactó junto a Agramonte la primera Constitución de la República, en Guáimaro. Fue diputado a la Cámara. Después del Zanjón se afilió al Partido Autonomista. Luego se radicó en Costa Rica, donde atendió los asuntos legales de Maceo con el gobierno de ese país. En 1906 regresó a Cuba. Vivió en La Habana hasta su muerte, ocurrida el 27 de marzo de 1922.

Bibliografía

ARCHIVO NACIONAL: Fondo Máximo Gómez.

CALLEJAS, BERNARDO (compilador): Máximo Gómez en la independencia patria: visión múltiple de un guerrero excepcional, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1986.

CASTELLANOS GARCÍA, GERARDO: Misión a Cuba. Cayo Hueso y Martí, Imprenta y Papelería "ALFA", La Habana, 1944.

_____ : Francisco Gómez Toro. En el surco del generalísimo, Imprenta Seoane Fdez, 1932.

CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS: El General Gómez, Centro de Estudios Marianos y Editora Política, La Habana, 1986.

CENTRO DE ESTUDIOS MILITARES: Diccionario Enciclopédico de Historia Militar de Cuba, t. I (Primera parte, 1510-1898), Ediciones Verde Olivo, La Habana, 2001.

DE QUESADA Y MIRANDA, GONZALO (recopilación): Papeles de Martí, t. 1, Imprenta El Siglo XXI, La Habana, 1933.

DUPORTEY FIDEAUX, HIRAM: Martí en el Diario de Soldado de Fermín Valdés Domínguez, CICT, Universidad de La Habana, 1972.

GARCÍA CISNEROS, FLORENCIO (compilador): Máximo Gómez, écaudillo o dictador?, Librería y Distribuidora Universal, Miami, 1986.

_____ : La muerte de José, Martí: versiones y discrepancias de Máximo Gómez, Ediciones de Noticias de Arte, Nueva York, 1994.

GARCÍA PASCUAL, LUIS: Entorno martiano, Casa Editora Abril, La Habana, 2003.

GARCÍA PASCUAL, LUIS (compilador): Destinatario José Martí, Casa Editora Abril, La Habana, 2005.

GÓMEZ, MÁXIMO: Diario de Campaña: 1868-1899, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1968.

GÓMEZ TORO, BERNARDO (compilador): Revoluciones... Cuba y hogar..., Rambla y Bouza, La Habana, 1927.

- _____ : La famosa expedición Gómez-Martí (1895): un eslabón perdido en su cadena de vicisitudes, UCAR GARCÍA, S.A./, La Habana, 1953.
- HART DÁVALOS, ARMANDO: Martí y Gómez un encuentro histórico, Ediciones Urbe, La Habana, 1992.
- HIDALGO PAZ, IBRAHIM: 1853-1895. Cronología, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2003.
- HORREGO ESTUCH, LEOPOLDO: Máximo Gómez. Libertador y Ciudadano, Imprenta P. Fdez. y Cía, S en C., La Habana, 1948.
- José Martí: Correspondencia con el General Máximo Gómez, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977.
- LOYOLA, OSCAR: “José Martí y Máximo Gómez”, en Universidad de La Habana, no. 221, mayo-agosto [septiembre-diciembre], 1985.
- MAÑACH, JORGE: Martí el apóstol, 4ta edic., Espasa Calpe, Argentina, 1952.
- MARTÍ, JOSÉ: Obras Completas, 28 t., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- MARTÍNEZ, MAYRA BEATRIZ Y FROILÁN ESCOBAR (presentación y notas): José Martí. Diario de campaña, Casa Editora Abril, La Habana, 1996.
- MORALES, SALVADOR (compilador): Máximo Gómez: selección de textos, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.
- OFICINA DE ASUNTOS HISTÓRICOS: Colección Siglo XIX, Fondo José Martí.
- Patria: New York, 1892 a 1895.
- PÉREZ GUZMÁN, FRANCISCO Y VIOLETA SERRANO RUBIO: Máximo Gómez: aproximación a su cronología 1836-1905, Editorial Academia, La Habana, 1986.
- PICHARDO, HORTENSIA (compiladora): Máximo Gómez. cartas a Francisco Carrillo, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.

- RIPOLL, CARLOS: José Martí: letras y huellas desconocidas, Elisio Torres and Sons, New York, 1976.
- RODRÍGUEZ, ROLANDO: Dos Ríos: a caballo y con el sol en la frente, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2001.
- RODRÍGUEZ DEMORIZI, EMILIO: Los tres viajes de Martí a Santo Domingo, Publicaciones ONAP, Santo Domingo, República Dominicana, 1995.
- _____ : Martí en Santo Domingo, Impresores UCAR GARCÍA S. A., La Habana, 1953.
- RODRÍGUEZ LA O, RAÚL: Máximo Gómez: una vida extraordinaria, Editora Política, La Habana, 1986.
- _____ : Enigma, Ediciones Verde Olivo, La Habana, 1998.
- SÁNCHEZ MARTÍNEZ, JULIO C.: “Reflexiones sobre una relación fecunda: José Martí y Máximo Gómez.” Trabajo final del Diplomado de Estudios Martianos, La Habana, 1999.
- SANTOS MORAY, MERCEDES: Subir lomas hermana hombres, Editorial Gente Nueva, La Habana, 1987.
- SOUZA, BENIGNO: Máximo Gómez, el generalísimo, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.
- TEJADA, VALENTÍN: Martí a su paso por Santo Domingo, Imp. y Librería M. Medrano S. en C., Guantánamo, 1935.
- TOLEDO SANDE, LUIS: Cesto de llamas. Biografía de José Martí, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1996.
- UBIETA, ENRIQUE: Efemérides de la Revolución Cubana, Librería e imprenta La Moderna Poesía, La Habana, 1920.
- VALDÉS DOMÍNGUEZ, FERMÍN: Diario de Soldado, 2 t., CICT, Universidad de La Habana, La Habana, 1973.
- ZÉNDEGUI, GUILLERMO DE: Ámbito de José Martí, P. Fernández y Cía, S en C, La Habana, 1954.

Índice

Prólogo / 5

Cartas cruzadas Martí-Gómez / 17

Comentarios de José Martí
sobre Máximo Gómez / 173

Comentarios de Máximo Gómez
sobre José Martí / 205

Cablegramas / 233

Itinerario de Martí en Haití y Santo Domingo / 247

Cronología de la correspondencia cruzada
entre Máximo Gómez y José Martí / 255

Fichero mínimo / 269

Bibliografía / 293

